

JENNIFER · EVE



LA PAREJA RECLAMADA POR EL ALFA



La pareja reclamada por el alfa

Un Romance Paranormal de Pareja Rechazada y de Hombres Lobo

(Serie de la Redención de la pareja)

Jennifer Eve

Copyright © 2024 by Jennifer Eve

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

[Capítulo 1: Aria](#)
[Capítulo 2: Aria](#)
[Capítulo 3: Aria](#)
[Capítulo 4: Aria](#)
[Capítulo 5: Aria](#)
[Capítulo 6: Aria](#)
[Capítulo 7: Aria](#)
[Capítulo 8: Aria](#)
[Capítulo 9: Aria](#)
[Capítulo 10: Aria](#)
[Capítulo 11: Aria](#)
[Capítulo 12: Aria](#)
[Capítulo 13: Aria](#)
[Capítulo 14: Aria](#)
[Capítulo 15: Aria](#)
[Capítulo 16: Aria](#)
[Capítulo 17: Aria](#)
[Capítulo 18: Aria](#)
[Capítulo 19: Aria](#)
[Capítulo 20: Aria](#)
[Capítulo 21: Aria](#)
[Capítulo 22: Aria](#)
[Capítulo 23: Aria](#)
[Capítulo 24: Lucas](#)
[Capítulo 25: Aria](#)
[Capítulo 26: Aria](#)
[Capítulo 27: Aria](#)
[Capítulo 28: Aria](#)
[Capítulo 29: Aria](#)
[Capítulo 30: Aria](#)

Capítulo 1: Aria

—¡Aria!

Un escalofrío me recorrió la espalda. Por tercera vez aquella tarde, mi instructor de combate me ladraba para que prestara atención.

—¡Sí, señor!

—¿Has oído lo que he dicho?

—¡Sí, señor!

—Entonces, ¿qué acabo de decir?

Odiaba admitirlo, pero me había perdido un poco en mis pensamientos. Mi inminente ceremonia de apareamiento hacía difícil pensar en otra cosa. Tragando saliva, respondí:

—¡Estaba explicando la mecánica del golpe en el plexo solar, señor!

Frunció el ceño, se echó el pelo hacia atrás y se puso en posición de combate.

—Bien. Demuestra lo que has aprendido.

Tenía la sensación de que mi respuesta no le había gustado. Por otra parte, el señor Ross, teniente mayor de la manada Grey Creek, no era un lobo metamorfo fácil de impresionar.

Con un resoplido, imité su postura, con las piernas flexionadas y los puños cerrados a la altura del pecho. Todos mis sentidos estaban en sintonía con nuestro entorno: la suave brisa sobre mis hombros, los dedos de mis pies desnudos rígidos para mantener el equilibrio sobre las duras colchonetas que cubrían el suelo. Yo llevaba una camiseta de tirantes negra y unos leggings largos que me permitían una gran libertad de movimientos, mientras que el señor Ross llevaba una camiseta gris con un agujero en la axila y unos pantalones de chándal negros que se cortaban en el tobillo. Llevaba el pelo largo y pelirrojo recogido en una coleta trenzada que me hacía cosquillas en la nuca, y él tenía las cejas fruncidas. Miré hacia el lugar en el que pretendía

golpearle: justo en medio del abdomen, justo encima del estómago.

En el momento en que mis ojos parpadearon, el señor Ross golpeó primero. Como un rayo, su puño salió disparado hacia mí, los nudillos golpeando mi plexo solar en el punto exacto en el que yo pretendía golpearle. No me lo esperaba. Un dolor cegador me arrancó el aire de los pulmones y me hizo caer al suelo.

Luego, el señor Ross se puso encima de mí.

—Hablabas de maniobras defensivas para desviar un golpe en el plexo solar, señorita Gunn — gruñó decepcionado.

Si hubiera estado escuchando, me habría dado cuenta de que tenía que agarrarle el codo cuando iniciara el golpe y clavarle la rodilla en el estómago en lugar de planear hacer el golpe yo misma. Maldita sea.

Jadeando, me apoyé en las palmas de las manos y temblé. Deseaba ponerme en pie, pero el dolor que irradiaba mi cuerpo me contuvo. El señor Ross suspiró y se apartó.

—Lo notarás durante un par de días. Reanudemos el entrenamiento el jueves.

El peso de su decepción me arrastró de nuevo al suelo. Apoyé la frente en la esterilla y gemí, frustrada conmigo misma. El fracaso era veneno para mi ego.

Después de la sesión de entrenamiento, me di una larga ducha. Salí del vapor para entrar en el vestuario de chicas y me miré en el espejo: ojos verdes llenos de determinación, pecas en las mejillas y los hombros. Abrí la toalla y fruncí el ceño al ver el moretón morado que tenía encima del estómago y debajo de los pechos; mi piel pálida se lastimaba con facilidad. En ese momento, unas voces lejanas me avisaron de la llegada del equipo de fútbol de nuestra manada, que se preparaba para el entrenamiento de la tarde. Me vestí apresuradamente y me sequé el pelo, evitando los ojos de las otras chicas. No me hablaban y yo no les hablaba. Entre mis estudios y el entrenamiento Alfa, no tenía tiempo para amigas, por mucho que envidiara su camaradería.

Mi próxima ceremonia de apareamiento no sólo iba a unirme con mi pareja predestinada, sino que también me elevaría al rango de Hembra Alfa de la Manada Grey Creek junto a nuestro Macho Alfa, Oswald Moore. Me había estado preparando durante cuatro años, y ahora, tenía sólo dos meses antes de que mi vida cambiara por completo.

Al salir del gimnasio, crucé el patio de la villa de la manada Grey Creek hacia mi siguiente lección con la contable de la manada, la señora Foster. Las hojas brotaban en los grandes robles y los coloridos tulipanes iluminaban el aire fresco de la primavera a lo largo del paseo.

Todo lo que nuestra manada necesitaba estaba en la villa: el gimnasio con piscina, la granja con el ganado, los cerdos y las gallinas, el almacén y las oficinas de nuestra división laboral de Industrias de Fabricación Sombra, viviendas tipo apartamento para nuestros compañeros de manada de estatus inferior hasta los Omegas, y la Logia, donde vivían nuestros compañeros de manada de estatus superior. Fuera de la villa había un campo cuidadosamente cuidado en el que practicábamos deportes y celebrábamos reuniones —aunque nuestras ceremonias más especiales se celebraban en el patio— y, más allá, extensos bosques que llegaban hasta misteriosas montañas azules que se recortaban en el horizonte. Nuestro hogar era un paraíso aislado en la naturaleza salvaje de la Piedra de Alsa.

Tomé una última bocanada del aire caldeado por el sol antes de entrar en el edificio de oficinas. Siempre había aire acondicionado, por eso había cambiado la camiseta de tirantes y los leggings por un fino jersey gris, unos vaqueros y unas zapatillas blancas y negras. El ascensor emitió un tintineo musical y me condujo al pasillo del tercer piso, que daba a un vestíbulo de estilo atrio. Caminé a paso ligero por el pasillo con mi carpeta de trabajo en los brazos, pero me detuve cuando vi a mi profesora charlando amistosamente con alguien fuera de su despacho. Me miró sonriendo.

El corto cabello negro acunaba un mechón gris entre sus mechones. Unos ojos ámbar brillantes y llenos de vida hacían que su rostro pareciera atractivo, a pesar de sus rasgos cincelados y sus enormes bíceps ahogados por las mangas de la camisa, que podrían haber resultado intimidatorios. Nunca lo había visto antes. El hecho de que fuera desconocido me hizo entrecerrar los ojos con desconfianza, pero la señora Foster parecía amistosa con él, así que bajé la guardia mientras me acercaba a ellos.

—Buenas tardes, Sra. Foster —dije, mirando al hombre antes de centrarme en mi profesora—. He terminado mi proyecto de finanzas antes de tiempo. ¿Podremos encontrar un momento hoy para revisarlo?

La señora Foster rio en voz baja detrás de sus labios.

—Podemos arreglarlo. Siempre tan académica, ¿verdad? No esperaba menos de la compañera predestinada del Alfa.

Me enorgullecía que me elogiara delante de un desconocido y, cuando la señora Foster miró entre él y yo, aproveché la ocasión para presentarme y tenderle la mano.

—Luke, esta es Aria Gunn, la futura Hembra Alfa de la Manada Grey Creek —dijo la señora Foster.

El hombre sonrió y me estrechó la mano, con un apretón firme y amistoso.

—Un placer, señorita Gunn. Sospecho que pronto nos veremos mucho.

No le di mucha importancia a su afirmación y ya me estaba dando la vuelta cuando la mujer mayor me hizo un gesto para que entrara en su despacho.

—Toma asiento, Aria. Estaré contigo en un momento.

El desconocido no recibió una presentación adecuada de nombre y rango, sólo Luke, lo que me hizo pensar que no era importante. Lo observé, y él me observó a mí, cuando pasé junto a ellos y entré en el despacho.

—¿Para cuándo la actualización del sistema? —preguntó la señora Foster a mis espaldas.

—En el próximo mes —dijo Luke—. La transición debería ser bastante rápida.

—Es una mejora muy necesaria. Me alegro de que la manada de la Sombra Silenciosa haya aumentado nuestro presupuesto de red.

El comentario sobre el aumento del presupuesto despertó mi curiosidad, pero me resistí a mirar por encima del hombro. Ya sabía que Oswald estaba inmerso en negociaciones con el Alfa de nuestra manada líder, pero el resultado aún no se había hecho público. Una vez que la señora Foster dio las gracias a Luke por su tiempo y su ayuda, se marchó, y ella regresó al despacho, rodeando su mesa para instalarse frente a mí.

Luke no debía de ser más que un técnico informático de la manada Sombra Silenciosa. Su atractiva sonrisa rondó mi mente durante la primera hora de clase, aunque no supe por qué. No me interesaba nadie más que mi compañero predestinado.

—Exactamente, ¿a cuánto puede ascender el presupuesto? —pregunté.

La señora Foster enarcó las cejas.

—¿Aún no te has reunido con Oswald?

—No.

—Quizá sea mejor que hables con él primero —dijo—. No tengo todos los detalles.

No le di importancia, pero mi entusiasmo por las negociaciones presupuestarias bastó para que me olvidara del técnico informático hasta que la señora Foster me despidió por la tarde.

Tras repasar la conversación que había escuchado, me dirigí a la cafetería de la Logia para cenar con mi familia. Mientras que los niveles inferiores de la manada comían en la cafetería común, mi familia y yo teníamos el privilegio de vivir y cenar en la Logia. A base de trabajo duro y dedicación, mis padres habían criado a nuestra familia a través de los rangos y, sin duda, el hecho de que yo fuera la pareja predestinada del alfa ayudó un poco, así que, durante la mayor parte de mi vida, había disfrutado de los beneficios de nuestro alto rango. Estaba emocionada por sentarme con mi familia y compartir con ellos la noticia del aumento del presupuesto, hasta que, caminando por el pasillo, a través de una ventana de la cafetería, divisé al hombre de mis sueños.

Todos los pensamientos anteriores sobre las negociaciones y el técnico informático quedaron empujados por la alegría de ver a mi compañero predestinado. Era la misma alegría que sentía cada vez que conseguía verle.

Caminando más rápido, me fijé en Oswald Moore, de pie junto al mostrador de la cafetería, hablando con su macho beta, Harvey Glenn. Mi prometido tenía un aspecto sofisticado y pulcro con su traje gris oscuro y el pelo castaño peinado en puntas que le hacían parecer un magnate de Wall Street. Cuando me acerqué, me pilló en su periferia y fijó firmemente su atención en Harvey hasta que aparecí justo a su lado, con las manos entrelazadas educadamente a la espalda.

—Buenas noches, Oswald —saludé—. ¿Vas a cenar en el café esta noche?

Intentó esconder un suspiro.

—No, Harvey y yo estamos repasando las actas de nuestra reunión con el Alfa de Silent Shadows. Primero vamos a comer algo.

Su respuesta me bajó un poco el ánimo, pero seguí sonriendo, mirando entre los dos hombres.

—¿Puedo hablar contigo más tarde? Los planificadores de la ceremonia de apareamiento aún necesitan ideas para las flores que queremos para nuestros arreglos florales, y necesito saber el

resultado de tus negociaciones sobre el presupuesto.

—Sí —dijo Oswald—. Ven a mi oficina alrededor de las ocho esta noche.

Con la misma rapidez, me animé de nuevo y sentí calor en el pecho.

—De acuerdo.

El empleado de la cafetería acercó a Oswald y Harvey dos bolsas de plástico transparente llenas de envases de comida. Cada uno cogió una y se dieron la vuelta antes de que Oswald se detuviera. Contuve la respiración esperando sus palabras de despedida.

—Y trae té —dijo, y luego acompañó a Harvey hacia la salida.

—De acuerdo —dije tras él, ansiosa por complacer a mi compañero predestinado—. ¡Hasta luego!

Pero Oswald ya había salido y no me escuchó.

Para un ojo inexperto, habría parecido que Oswald era indiferente a mí, pero así era Oswald. Era distante y desinteresado en la mayoría de las cosas, se exasperaba fácilmente y tenía poco tiempo para mí. Ser el alfa de nuestra manada le exigía mucho. Pero era un firme protector de nuestro hogar y trabajaba duro para darnos a todos la mejor vida posible. Prefería que dedicara su atención y energía a los asuntos de la manada antes que a mí. Cuando me convirtiera en su pareja, me vería como a una igual y me dejaría entrar en su vida. Hasta entonces, me conformaba con apoyarle en todo lo que pudiera.

Mi familia ya estaba sentada en una mesa del patio. Cogí algo de comer y me uní a ellos. No se habían molestado en esperarme antes de comer y, cuando me senté, ya estaban inmersos en una conversación.

—¿A qué hora es el partido de fútbol? —preguntó mi padre.

—A las siete de la tarde —respondió mi hermana Emma—. Jugaremos contra la manada Crescent Moon. Es nuestro primer partido juntos con la nueva alianza.

—¿Vas a aplastarlos por completo como aplastaste a la Manada Moonstone? —se burló mi otra hermana Cassie.

—Evidentemente. Todavía estoy entusiasmada por los tres goles que marqué en los primeros cinco minutos del partido. No tuvieron ninguna oportunidad —tarareó Emma

—No los aplastes demasiado —dijo mi madre—, queremos mantener relaciones amistosas con ellos.

Abrí la boca para elogiar a Emma, pero los demás siguieron hablando.

—Sabes, estoy dirigiendo el próximo proyecto de anuncio de televisión para Shadow Manufacturing, y la mayor parte de mi equipo creativo es de la manada Moonstone —dijo Cassie.

—¿Ah, sí? —dijo mi hermana mayor, Lacey—. Esos idiotas de Moonstone no saben ni la mitad de lo que es el genio creativo.

—Que tengas una exposición de arte en Rock State no significa que tu genialidad de la escuela de arte tenga cabida en un anuncio de televisión —dijo Cassie—. Probablemente lo llenarías de cortes abstractos y primeros planos de los labios de alguien.

—La sutileza de la influencia indirecta es la publicidad moderna —se mofó Lacey.

—¿Os habéis enterado de las negociaciones presupuestarias? —dije.

Mis hermanas me miraban con desprecio. Mi padre se metió el tenedor en la boca mientras mi madre respiraba como si estuviera poniendo a prueba su paciencia.

—No, ¿qué pasa con eso? —, me preguntó con una fina sonrisa.

—Oh, sólo... aparentemente, Oswald ha conseguido un buen trato.

—¿Como qué?

—Aún no lo sé.

Emma y Cassie pusieron los ojos en blanco, ya aburridas de mí porque no tenía los detalles.

—Mm. ¿Cómo van los preparativos de la ceremonia? —preguntó mi madre.

Su juicio arrastró mis ojos de nuevo a mi plato.

—Estamos en ello. Oswald ha estado un poco ocupado.

—Ya veo.

—No le culpo —le dijo Emma a Cassie con una risita—. Las negociaciones tienen que ser mucho más emocionantes que planear un futuro con ella.

Mi madre regañó a las chicas, pero vi una sonrisa en la comisura de sus labios.

Ser la compañera predestinada del alfa era lo único que tenía a mi favor. No era una atleta como Emma, una líder de equipo carismática como Cassie o una artista como Lacey. Pasaba demasiado tiempo en mis estudios como para ser algo impresionante para ellas. Cuando la conversación volvió a centrarse en decidir a quién invitar a la fiesta posterior al partido de Emma, me limité a sonreír en silencio y a comer el resto de la comida.

Durante dos horas después de eso, trabajé en las tareas de mis clases, y finalmente, a las 7:45, preparé té, una bandeja con un termo, una taza, azúcar y nata, y lo llevé al edificio de oficinas, subí en el ascensor hasta el cuarto piso donde la oficina de Oswald daba al atrio. Su puerta estaba entreabierta. Llamé y me asomé al interior.

El rostro de Oswald estaba iluminado por la pantalla de su ordenador, mientras se desplazaba sin pensar por lo que imaginé que era una hoja de cálculo o un contrato. Ni siquiera me miró.

—Pasa, Aria.

Si no hubiera cargado con la bandeja, me habría dado un respingo. Dejé la bandeja sobre su escritorio, me senté frente a él, abrí el termo y vertí té en la taza.

—¿Qué es esto? —, me preguntó con una mueca.

—¡Es tu té! —, sonreí.

—No huele como el té chai de vainilla del café.

—Te lo he preparado yo misma —le dije—. Es té chai normal, pero le he añadido leche condensada porque sé que te gusta dulce. Pensé que te gustaría la cremosidad.

Le dio un sorbo, luego frunció el ceño y dejó la taza un poco más lejos, como si no tuviera intención de volver a sorberla pronto.

—Tráeme té del café la próxima vez.

Mi corazón casi se saltó un latido.

—De acuerdo. —Sin problemas. No le gustaba la leche condensada azucarada. Lección aprendida—. Entonces, ¿las flores?

—No me importa. —Sus ojos volvieron al monitor—. Algo que vaya a juego con la combinación de colores.

—Así que... blanco y amarillo —dije—. Bueno, los lirios darán un toque juguetón, mientras que las hortensias tendrán un aspecto más clásico...

—He dicho que no me importa. Elige algo que te guste.

Dudé ante su falta de interés. Pero temí molestarle insistiendo más, así que lo dejé estar. Le observé durante unos segundos y luego recordé la verdadera razón por la que había venido a hablar con él.

—¿Las negociaciones presupuestarias deben de haber ido bien? La señora Foster dijo que nuestros sistemas informáticos recibirían una actualización.

—Sí —respondió inmediatamente, tecleando palabras y haciendo clic con el ratón.

—¿Qué tipo de aumento presupuestario esperamos?

Oswald chasqueó un par de veces más y se levantó, cogiendo una carpeta de la esquina de su escritorio.

—Un millón para todos.

Me levanté con él.

—¡Es increíble!

—Y si las ventas cumplen nuestras previsiones al final del trimestre, nuestra división recibirá otros doscientos cincuenta mil para gratificaciones a los empleados —dijo, mirándome de frente.

—¡Oh, Oswald! ¡Eso es maravilloso! —¡Nuestros compañeros de manada se merecían el dinero extra! Era motivo de celebración. Ni siquiera me lo pensé antes de inclinarme para abrazarle,

sólo para que su mano en mi hombro me mantuviera a raya.

Titubeante, levanté la vista hacia él.

—Simplemente... no lo hagas. —Había notas de disgusto en su voz—. Ha sido un día largo.

Entonces, Oswald me empujó y se fue hacia la puerta, como hacía siempre que hablábamos, como si fuera la vía de escape más rápida. No me miró cuando se marchó, no me dijo adiós ni buenas noches, simplemente siguió andando. Me dejó en su despacho con las manos colgando, las palmas aún abiertas a la espera de una caricia recíproca.

Esto era normal. ¿Verdad?

Me tragué el dolor y recogí todo lo que había en la bandeja, incluso la taza de té aún llena que él no se había bebido. Con la bandeja en la cadera, cerré la puerta de su despacho y me dirigí al ascensor. Pero cada paso que daba me parecía más y más pesado hasta que mis pies ya no se movieron.

Si esto era normal, ¿por qué era tan difícil de digerir?

Las cosas no serían siempre así entre nosotros, ¿verdad?

Capítulo 2: Aria

—He elegido las peonías blancas y lirios de día amarillo claro con una pizca de eucalipto verde pálido —le dije a la señora Foster.

—Eso está bien, señorita Gunn.

—Quiero que parezca una boda humana tradicional —continué—. No me van mucho las bendiciones, los cánticos y los regalos de presas muertas. —Como era la norma en las ceremonias de apareamiento de los cambiaformas lobo—. Sí, las últimas dos semanas me han tenido bastante ocupada con los organizadores.

La señora Foster canturreó mirando papeles en su escritorio. Mis hermanas no estaban interesadas y yo no tenía amigos con los que compartir mis noticias, pero me moría de ganas de hablar con alguien.

—¿Cómo van tus lecciones de etiqueta?

—Son geniales. He pasado la prueba de etiqueta con nota.

—Esas habilidades serán fundamentales en tu correspondencia con el Consejo de los Siete y en la reunión con los Alfas de nuestras manadas hermanas —recordó la señora Foster.

—Lo sé. Ya me he reunido con los Alfas de la Manada Moonstone y los Betas de la Manada Crescent Moon. —Pero era en la reunión con el Alfa de la Manada Silent Shadows donde mis habilidades de etiqueta brillarían de verdad. Tenía que impresionar a mi Alfa superior, Lucas Black. Al parecer, era un tipo duro de roer.

Aquel día, tenía un buen presentimiento sobre la ceremonia que se avecinaba. Mi optimismo se reflejaba en el vestido amarillo que resaltaba las curvas de mis caderas y mi pecho, las bailarinas blancas y el elegante moño que contenía mi pelo pelirrojo, mis pecas ocultas bajo una base de maquillaje pálida y las uñas relucientes de esmalte dorado. Quería estar guapa para Oswald. Llamé suavemente a la puerta de su despacho, me asomé al interior, llamé su atención y le mostré el té que le había traído de la cafetería.

—¿Estás ocupado?

La cara de Oswald, que hasta entonces había estado hundida en la mano por la frustración que le producía cualquier tontería que hubiera estado haciendo antes, se inclinó hacia mí. Sus ojos marrones me miraron a mí y al té antes de cogerlo.

Lo tomé como una invitación sin palabras a pasar. Le entregué el té y me senté en la silla frente a él.

—Así que mi formación está casi terminada —le dije—. La señora Foster dice que confía en mi capacidad para dirigir el departamento de informes civiles de la manada y supervisar la gestión de los fondos de la sucursal. ¿No será agradable compartir por fin parte de la responsabilidad?

Sorbió el té, reacio a decir nada, y cuando por fin contestó, clavó los ojos en el monitor.

—Es mucha responsabilidad para una chica de diecisiete años.

—Claro, pero estoy preparada. Llevo cuatro años entrenándome para esto —le recordé.

—Y he estado viviéndolo desde los dieciséis —contraatacó.

Así es. Aunque yo me había estado preparando para convertirme en la Hembra Alfa desde que tenía doce años, él había sido empujado al papel de Alfa cuando tenía dieciséis. Ahora tenía veintidós, y sus responsabilidades de Alfa eran lo único que había conocido desde que era un adolescente. Pero aun así...

—Ambos hemos estado inmersos en esto durante años. Es todo lo que conocemos...

Había renunciado a cualquier oportunidad de hacer amigos, demostrar mi talento a mi familia y disfrutar de mi vida, todo para poder ayudar a Oswald a liderar la manada. ¿Por qué no podía ver eso?

Oswald suspiró y se pasó los dedos por el pelo.

—Dudo que las otras manadas te tomen en serio, siendo tan joven.

—Bueno... tú fuiste quien sugirió celebrar la ceremonia de apareamiento este año —aventuré. Su mandíbula se tensó.

—Sí.

Podría haber esperado un par de años más para permitirme seguir entrenando. Pero Oswald estaba ansioso por celebrar la ceremonia de apareamiento lo antes posible por razones que no podía comprender. Pensé que era porque estaba ansioso por aliviarse de sus responsabilidades y compartir su mundo conmigo, pero últimamente eso parecía improbable. No podía imaginar cuál podría ser la verdadera razón. Tal vez sólo quería consumir nuestro vínculo de pareja.

—Mira, no te emociones demasiado con el trabajo de Alfa, ¿vale? No quiero que te decepciones y te desquites conmigo cuando descubras lo pesado que es —dijo Oswald.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—Nunca la tomaría contigo. Oswald, sabes que sólo quiero ayudar. Estoy aquí para ti. —, le dije cogiéndole la mano por encima de la mesa.

Pero en cuanto le rocé el nudillo, retiró la mano y frunció las cejas con desdén. El silencio que se extendió entre nosotros fue tenso antes de que apartara la mirada.

—Me voy mañana a una conferencia en Hale Stone, así que no hagas perder el tiempo a los planificadores esperando mi opinión sobre los detalles de la ceremonia, ¿vale? Confío en que puedas encargarte tú sola, ya que tienes tanta confianza en el resto del trabajo de Alfa que se avecina.

Necesité todas mis fuerzas para no marchitarme con el viento helado de su desdén. Retiré la mano y me pasé un mechón de pelo rojo por detrás de la oreja.

—Sí, puedo hacerlo. ¿Cuándo volverás?

—En una semana.

No supe qué más decir después de aquello. Durante unos segundos más, me quedé sentada mirándole, luego me froté las palmas húmedas en el regazo y me levanté, aceptando que nuestra conversación había terminado. Me miró. Mi corazón se estremeció, esperando una última afirmación por su parte, pero se limitó a mirarme de arriba abajo y a gruñir:

—Ese color no te sienta bien —, dijo antes de volver a centrarse en su monitor.

Salí de su despacho, luchando por no quebrarme bajo el aplastante peso de su juicio.

Fue lo único en lo que pude pensar el resto del día, y sufrí preguntándome por qué había elegido el amarillo para nuestra combinación de colores si no creía que me sentara bien. Quería meterme en un agujero y llorar, pero en lugar de eso me pasé los días siguientes haciendo recados como una autómatas, sin vida, sin alma. Apenas estaba prestando atención una lluviosa tarde de domingo cuando me tropecé con alguien al salir de los barrios bajos con la ropa de la tintorería de mi madre en los brazos. Me quedé inmóvil, avergonzada.

—Lo siento, disculpe.

Sus manos fueron a coger la ropa de la tintorería para que no se me cayera de los brazos.

—¡Aria! Hola, ¿qué pasa?

Sólo entonces me di cuenta de que era mi primo, Dax, el que estaba ante mí. Sus cálidos ojos marrones fueron un bienvenido respiro.

—¿Hola? —insistió—. Debes tener muchas cosas en la cabeza. Ni siquiera me has sonreído. La ceremonia de apareamiento te tiene tan preocupada, ¿eh?

—Lo siento —volví a decir, parpadeando—. Sí, sí. —Hora de reprimir mi dolor y recuperar la sonrisa, para que no sospechara nada—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿No se supone que deberías estar cazando para tu manada?

—Ya he hecho una cacería hoy. De hecho, acabo de terminar de tomar un café con tu padre —dijo—. ¿Estás segura de que todo está bien?

Mi padre era su tío y el hermano de su madre. Su familia formaba parte de la Manada Moonstone, nuestra manada aliada más cercana, y él se había ganado el estimado rango de Cazador de Manada el año pasado. Me pregunté lo bien que se sentiría tener la total confianza de su propia manada.

—Todo está bien.

Dax parecía no creerme.

—Hace tiempo que no salimos, ¿sabes? ¿Por qué no vienes a correr conmigo? ¿Tal vez despejar tu mente un poco?

—Tengo mucho que hacer...

—Vamos —insistió.

No sonaba tan mal. Tal vez me distraería de Oswald.

—Está bien. Sólo tengo que llevarle esta ropa a mi mamá.

Dax sonrió. Me acompañó de vuelta a la Logia, saludó a mi madre y, con la misma rapidez, salimos de la villa hacia los campos abiertos de más allá. El entrenamiento y las clases no me dejaban mucho tiempo libre para dar rienda suelta a mi lobo. Claro que podía transformarme cuando entrenaba en combate con el señor Ross en nuestras formas de lobo y siempre que nuestra manada tenía cacerías ceremoniales en grupo, pero transformarse solía ser sinónimo de trabajo manual, y yo no hacía mucho de eso. Mi vida no era tan salvaje como la de mis compañeros de manada.

Al menos había dejado de llover cuando llegamos al campo. Habíamos guardado la ropa en el cobertizo exterior de la villa, destinado a tales actividades, y tomamos nuestras formas lobunas. Dax era como una sombra, una combinación moteada de pelaje negro y marrón, y mucho más grande que yo: tenía complexión de cazador. Yo, en cambio, era esbelta, lo bastante musculosa para mantenerme en pie, pero ligera, y tenía el pelaje tan rojo como mi cabello. Me resultaba difícil camuflarme cuando cazaba, así que supuse que esa era una razón tan buena como cualquier otra para no cazar. Corrimos por el campo, el aire húmedo dejaba gotitas en mi pelaje y se colaba por mi piel. Era agradable, pero aún no era suficiente como para curar lo que Oswald me había dicho. Incluso mientras Dax me guiaba hacia la línea de árboles, mis pensamientos volvían continuamente a ese momento en la oficina, preguntándome qué era lo que debí haber hecho de otra manera.

El cielo nublado oscureció rápidamente el bosque. No me había dado cuenta de que había perdido de vista a Dax entre los árboles, percatándome de que estaba sola cuando salí de mis pensamientos y no pude ver adónde había ido. Mi loba se detuvo y rugió confundida, levantando la nariz para buscar su olor. Debería estar cerca...

—¿Dax? —llamé en lengua de lobo.

Entonces, se oyó un ruido detrás de mí.

Ni siquiera percibí los olores del viento cuando me di la vuelta, respirando aliviada al ver a mi primo.

—¡Ahí estás!

El lobo que tenía delanteladeó la cabeza y sólo entonces me di cuenta de que estaba mirando unos estoicos ojos ámbar en lugar de los alegres marrones de mi primo. Su pelaje plateado estaba ribeteado de negro en los hombros y el lomo, y su cola de punta negra se balanceaba.

—Oh —dije sombríamente—. Tú no eres Dax.

—No. —El lobo me rodeó en un arco suave, evaluándome como si fuera un tesoro antiguo para tasar. Seguí su mirada cohibida, pero me recordé a mí misma que iba a ser la próxima hembra alfa de la manada Grey Creek; no debería comportarme de forma tan tímida, sobre todo delante de alguien que no era más que un técnico informático. En lugar de eso, levanté la cabeza y me encontré con los ojos de Luke, que hizo una pausa con una pizca de intriga.

—¿Qué hace exactamente la futura hembra alfa de la manada Grey Creek aquí sola? —preguntó como si pudiera leerme la mente.

Me mantuve firme.

—Eso no es asunto tuyo.

El loboladeó la cabeza, con una expresión casi carente de emoción, salvo una punzada. No sabría decir si era fastidio o diversión.

—¿No deberías estar ocupado arreglando ordenadores o algo así? —añadí.

Las orejas de Luke se inclinaron hacia delante.

—Ése es sólo uno de mis muchos talentos. Es extraño que lo conozcas. Suelo reservarme mis aficiones. —Siguió dando vueltas a mi alrededor, haciéndose el tranquilo y pasando de mi actitud defensiva—. Tu hobby debe ser perderte en el desierto por la noche.

—No era eso lo que estaba haciendo. —Con un suspiro, aparté la mirada de él, intentando comprender por qué el olor que llevaba me resultaba tan abrumador—. Ni siquiera tengo aficiones —murmuré.

Sus patas golpearon la hierba detrás de mí y, sin previo aviso, me dio un mordisco en el anca y yo di un respingo, volviéndome de nuevo hacia él. Luke se echó hacia atrás y agitó la cola. Nos miramos fijamente durante un minuto mientras yo me esforzaba por entender lo que estaba

haciendo; mientras tanto, tuve la sensación de que estaba escarbando en mi mente, descifrando mis pensamientos más íntimos, antes de que de repente se marchara en otra dirección.

—¡Hey! —¿En serio pensabas que podía pellizcarme y luego salir corriendo así?! ¡Qué descaró!

El instinto me decía que lo persiguiera, y así lo hice. Tal vez fueran mis impulsos alfa los que me decían que afirmara mi dominancia. Era rápido y ágil, más de lo que esperaba de un simple subordinado. Siempre me llevaba unos metros de ventaja, saltaba por encima de escombros caídos y me frenaba con giros bruscos, mirando de vez en cuando por encima de su hombro. Pero me había entrenado lo suficiente en mi forma de lobo como para seguirle el ritmo, al menos durante los primeros minutos.

Al final, resultó ser más rápido que yo. Volví a encontrarme sola en la oscuridad, persiguiendo sombras y su olor fantasma antes de darme cuenta de que me había hecho correr en un gran círculo. Gruñendo, reduje la velocidad para recuperar el aliento, frustrada por haber permitido que un subordinado sacara lo mejor de mí.

Apoyé la nariz en el suelo y seguí su rastro, pensando que tal vez estaba esperándome, pero entonces el aire se tiñó de sangre. En cuanto levanté la cabeza, lo vi de pie frente a mí con una liebre en las fauces. “Genial” pensé. “Va a ponerme en evidencia y a presumir de ello cazando un conejo mientras me esperaba”.

Pero Luke se acercó y sólo colocó la liebre a mis pies, llamándome la atención mientras se erguía.

—Espero que sea suficiente para que olvides lo que sea que te esté molestando —murmuró.

¿Cómo podía saber que algo me molestaba?

El escepticismo se apoderó de mí. No supe qué decir y di gracias cuando un aullido lejano llamó nuestra atención, rompiendo el silencio de la noche. Ambos nos volvimos para mirar. Reconocí que pertenecía a Dax.

—Tu primo te está buscando —dijo Luke.

Agarré rápidamente el conejo, la vergüenza me impulsaba a poner distancia entre Luke y yo, pero no pude evitar echarle una última mirada. Sus ojos se detuvieron en mí todo el tiempo que la oscuridad le permitió distinguir mi forma. No se me ocurrió hasta después de dejarlo atrás que

de alguna manera sabía que Dax era mi primo.

Al igual que la última vez, Luke absorbió mis pensamientos, pero no lo olvidé tan fácilmente cuando me reuní con Dax. Mi primo se puso en posición de firmes, reduciendo rápidamente la distancia que nos separaba.

—¡Aria! ¡Cielos, pensé que te había perdido! Tenemos que volver a la villa. Me he encontrado con uno de tus exploradores. Tu Alfa ha vuelto pronto de su viaje —dijo, con cara de preocupación—. Y... ha traído una chica a casa.

El conejo se me cayó de las fauces y se me desplomó el corazón.

Capítulo 3: Aria

Dax me hizo una pregunta tras otra mientras volvíamos a la villa, y yo estaba segura de que era para distraerme.

—¿Qué estabas haciendo ahí fuera? ¿Cazaste tú misma ese conejo? ¿De quién es el olor que huelo en ti?

Pero apenas podía concentrarme en otra cosa que no fuera caminar en la oscuridad hacia la villa iluminada al otro lado del campo. De todos modos, el conejo en mis fauces me dificultaba responder, así que agradecí tener una excusa para guardar silencio. Me lo habría comido si no estuviera tan ansiosa por lo que había oído; la idea de que Oswald hubiera conocido a otra chica me desgarraba el apetito. Finalmente, llegamos a los muros exteriores de la villa y volvimos a tomar nuestras formas humanas. Me vestí e intenté entrar corriendo antes de que Dax me pusiera la mano en el hombro para detenerme.

—¡Aria! Veo que algo va mal. —Su voz estaba tensa por la preocupación.

Una explosión de emociones desagradables estuvo a punto de hacerme estallar. En lugar de eso, sellé los labios en una sonrisa tensa y me encontré con los ojos de Dax.

—No pasa nada. Sólo voy a llevar este conejo a la cocina, ¿de acuerdo?

—Claro, pero escucha... si estás preocupada por esa chica nueva, no lo estés. Oswald no es un imprudente, estoy seguro de que sólo la ha traído para mantenerla a salvo porque no tenía otra opción. Puede ser peligroso para las hembras solas —me dijo Dax, dirigiéndome una mirada suave.

Sabía que sólo intentaba tranquilizarme y que tal vez estaba siendo tonta al preocuparme tanto por una desconocida cuando mi compañero predestinado estaba haciendo su trabajo de alfa: cuidar de la gente. Pero no encontré consuelo en sus palabras.

—Lo sé. Gracias.

Dax me devolvió la sonrisa y me apretó el hombro.

—Si alguna vez necesitas a alguien con quien hablar, ya sabes dónde encontrarme.

Desde que descubrí a mi compañero predestinado y empecé el entrenamiento Alfa, me había costado encontrar amistades, pero Dax... Siempre había estado ahí para mí. Cada preocupación que me agobiaba amenazaba con derramarse y hacerle señas para que volviera, anhelando consuelo de cualquier tipo. En lugar de eso, me lo tragué y lo vi alejarse.

Tras una breve visita a la Logia para depositar mi conejo en nuestros almacenes de alimentos y una conversación con nuestro intendente, averigüé dónde estaba Oswald. Mis pies iban en piloto automático, en dirección al centro médico de la manada. El olor de la chica nueva ya saturaba el aire, obstruyendo mi garganta. Llegué al mostrador de la recepcionista, mirando al pasillo como si esperara ver allí a Oswald con la desconocida.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Gunn? —preguntó la enfermera.

—Me han dicho que el Alfa Moore ha traído a una solitaria esta noche —respondí, resistiendo el impulso de inquietarme—. ¿Está aquí? ¿Puedo verlos?

La enfermera asintió y se levantó.

—Un momento. Déjeme comprobarlo con ellos.

Me quedé suspendida en la incertidumbre mientras la enfermera recorría el pasillo, llamando y entrando por la segunda puerta a la derecha. Teníamos tres curanderos de manada, pero a estas horas de la noche, sólo uno de ellos estaba trabajando en el centro médico. Los otros eran nuestros compañeros de manada que habían ido a la escuela de enfermería y habían vuelto para proporcionar cuidados de enfermería y realizar tareas de oficina. El resto de las puertas estaban entreabiertas con las luces apagadas, así que sólo podía suponer que la sanadora estaba en esa habitación con Oswald y la chica nueva.

Unos minutos más tarde, la enfermera salió con Oswald a cuestas. Me dio un vuelco el corazón al ver a mi prometido, pero parecía cansado, le faltaba la chaqueta del traje y llevaba la camisa blanca parcialmente desabrochada y arrugada. Me guió enérgicamente hasta un rincón del vestíbulo, lejos de los oídos indiscretos de la enfermera.

—¿Qué haces aquí?

—Me han dicho que habías traído una solitaria a casa —respondí, confundida—. ¿Por qué no iba

a venir a ver cómo estabas?

—No es necesario —gruñó Oswald. Estaba visiblemente molesto, no sabía si conmigo o con la situación, pero tenía la ligera sospecha de que era lo primero.

—Sólo quiero asegurarme de que tú y ella estáis bien. ¿Quién es ella?

—Una loba cambiaformas herida.

—¿Cómo se lastimó?

Oswald arrugó el labio y apartó la mirada.

—Algunos otros lobos solitarios la atacaron.

—¿Cuándo? ¿Dónde? —Me acerqué y bajé la voz por si alguien nos oía—. ¿Están nuestros compañeros de manada en peligro?

—No —dijo bruscamente, sacudiendo la cabeza mientras su enfado se intensificaba—. Estamos bien, Aria. La encontré fuera de Hale Stone. ¿Por qué no te metes en tus putos asuntos?

Cuando me insultó, fue como si me clavaran un cuchillo en el pecho. No entendía por qué se resistía tanto a que me involucrara y supiera más sobre la desconocida herida.

—¡Sólo intento ayudar!

—¡Mara no necesita tu ayuda! —replicó.

—¿Se llama Mara? —repetí—. ¿Cuánto tiempo se va a quedar aquí?

—No es asunto tuyo.

—Sí es asunto mío —argumenté—. La semana que viene es nuestra ceremonia de apareamiento. Voy a ser la Hembra Alfa de Grey Creek, ¡y necesito saber sobre la extraña que se queda en nuestro territorio!

En cuanto pronuncié las palabras "hembra alfa", Oswald palideció de asco y se apartó de mí, girando el hombro como si no pudiera soportar mirarme.

—Deja de esforzarte tanto y de actuar como si ya fueras la Hembra Alfa. Hasta que no se celebre

nuestra ceremonia de apareamiento, no eres nada, Aria.

Como si insultarme no me hubiera herido lo suficiente, cada palabra posterior hundía el cuchillo un poco más. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Me acerqué un poco más, intentando que Oswald me mirara, pero podía sentir el desdén que rezumaba por su postura y su olor. Me empujó a alzar la voz con desesperación:

—¿Por qué no me dejas...?

—Porque no quiero que lo hagas. Vete a casa y deja que yo me ocupe de Mara —dijo Oswald con dureza. No volvió a mirarme antes de marcharse por el pasillo. No pude hacer otra cosa que verlo entrar en la habitación, cerrando la puerta tras de sí, abandonada en el silencio atónito entre la enfermera de la recepción y yo. Luchando contra las lágrimas, me excusé, pero sólo conseguí salir antes de que el estruendo de la vergüenza me dejara temblando contra la pared. Todos esos años de formación en Alfa me habían preparado para una situación así. Pero hiciera lo que hiciera, no era suficiente para él. ¿Qué estaba haciendo mal?

Llorando en silencio y con el rostro escondido en la palma de mi mano, me escondí en la oscuridad y luché contra la duda sobre todo lo que había creído de mí misma y de Oswald. Una y otra vez, había destrozado mi dignidad. Me había convencido de que no lo decía en serio. Sólo estaba demasiado ocupado para prestarme atención, sólo estaba nervioso por compartir sus deberes conmigo, y sólo estaba... inseguro sobre el futuro, y eso le hacía alejarme, ¿verdad? Pero ¿cuántas veces había podido machacar mi confianza y no darse cuenta de lo que me estaba haciendo? ¿Me estaba poniendo a prueba humillándome delante de nuestros compañeros de manada? ¿Para ver si todavía podía mantener la cabeza alta? Una hembra alfa debería ser capaz de soportar tales pruebas, y yo deseaba con todas mis fuerzas demostrarle que era lo suficientemente fuerte para él, pero no estaba segura de poder hacerlo.

Cuando por fin reuní fuerzas, regresé a la Logia, a la suite que compartíamos mis padres, mis hermanas y yo, y me metí en la cama. Pero ni siquiera allí encontré consuelo. Oleadas de dolor me mantenían despierta, atrapando sollozos en mi garganta y mirando miserablemente en la oscuridad hasta que finalmente me agoté en el sueño.

Nueve fuertes puñetazos contra el saco de boxeo me dejaron los nudillos palpitantes. Normalmente era bastante resistente cuando se trataba de entrenamiento de combate, pero hoy el dolor era más difícil de soportar que de costumbre. Apreté los puños y suspiré por la nariz, conteniendo mi frustración.

—No pares —me instó el señor Ross, de pie detrás de mí con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Me duelen las manos —murmuré.

—No me importa. Sigue adelante.

Agravada, lancé otro puñetazo al saco de boxeo y luego fruncí el ceño por el dolor, apartando la mano.

El teniente me agarró de la muñeca.

—No estás en forma. Estás golpeando con los nudillos de los dedos meñique y anular en lugar de con los dedos índice y corazón —me señaló, y luego me tiró la muñeca a un lado—. ¿Por qué estás tan distraída hoy? Tu prueba final es mañana. Si luchas así contra Preston, te van a dar una paliza.

—Lo siento —dije inmediatamente—. Dame un poco de tiempo. Lo intentaré de nuevo.

—No tendrás una segunda oportunidad luchando contra Preston.

Me hicieron falta todas mis fuerzas para no dejar salir el gruñido que burbujeaba en mi garganta.

—Lo sé.

Habían elegido a uno de los soldados más fuertes de la manada Grey Creek para ponerme a prueba mañana. Ya había visto a Preston varias veces, era el novio de Cassie, y sabía que no me lo pondría fácil. Lo que significaba que no podía distraerme.

Retrocedí, levanté los puños y me quedé mirando el saco de boxeo, respirando lentamente por la nariz hasta que el dolor remitió en los nudillos. Intenté concentrarme, pero sólo podía pensar en Oswald y en la indiferencia con que pronunciaba el nombre de la solitaria, Mara, como si ya fueran amigos. Una llamarada de ira se encendió en mí. Golpeé con el puño el saco de boxeo, haciéndolo retroceder, y luego volví a golpearlo mientras se balanceaba hacia mí. No me importaba si mi forma era correcta o si me rompía los malditos nudillos al descargar mi ira. Cuando terminé el entrenamiento, tenía las manos magulladas.

—Ponte las pilas o tu examen no será lo único que suspendas mañana —me advirtió el señor Ross al despedirme más tarde de lo habitual. La sutil advertencia iba dirigida a mi formación Alfa en su conjunto, y no hizo más que agravar mi enfado. No podía permitir que cuatro años de

entrenamiento se echaran a perder porque estaba enfadada por una chica a la que ni siquiera había conocido.

En la ducha, cerré los ojos y me lavé el pelo, encontrando alivio en el agua caliente antes de que el equipo de fútbol femenino irrumpiera en el vestuario. Sabrían que era yo la que estaba en la ducha, pero me callé, esperando que me ignoraran.

—¿Os habéis enterado de lo de la solitaria que trajo el Alfa Moore anoche? —preguntó una de las chicas.

—Oh, sí —dijo otra chica—. Parece que le gusta. Se ha pasado todo el día en su habitación.

—Mi amiga es enfermera y trabaja en el centro médico; dice que lo vio cogiéndole de la mano.

—Oí que se peleó con Aria por ella, y Aria no quería que se quedara.

Me dio asco escuchar la conversación. La enfermera de anoche debió contarles a todos lo de nuestra pelea.

Entonces habló mi hermana Emma.

—Aria estaba muy enfadada. Se pasó toda la noche llorando en su habitación —se rio con una maliciosa alegría.

Oír a mi propia hermana burlarse de mí hizo que se me hinchara la garganta de rabia. Cerré el grifo, salí de la ducha y me envolví en una toalla.

—No estaba llorando —respondí a las chicas, decidida a mantener un tono duro pero firme—. Sólo fue un malentendido. Me alegro de que Oswald la trajera para cuidarla. Ninguna de vosotras lo entendería.

Las chicas me miraron sorprendidas y divertidas, fingiendo ignorancia al saber que yo había estado allí todo el tiempo. Todas murmuraban entre sí, incluso Emma, mientras yo me secaba, me vestía y salía de la habitación. Sólo cuando desaparecí de su vista, me detuve a respirar, recogiendo mi desorden de emociones.

Me escocía pensar en Oswald cerca de Mara y cuidando de ella, cogiéndole la mano, mimándola todo el día mientras se curaba. Pero la envidia no estaba bien vista para una hembra alfa.

Apretando la bolsa de deporte contra mi costado, atravesé el patio a paso ligero, mirando fijamente a mis compañeros de manada mientras mi mente se agitaba con pensamientos invisibles. Ni siquiera me di cuenta de lo que estaba mirando hasta que tropecé, miré hacia la hendidura de la acera, volví a mirar hacia arriba y me di cuenta de que había dos personas justo delante de mí, y a una de ellas sólo la reconocí por el olor. Era el olor dulzón y enfermizo de la solitaria.

Mi corazón latía con fuerza mientras me detenía, observando hasta que la persona con la que hablaba se alejó y ella volvió los ojos hacia mí.

Odiaba admitirlo, pero era... hermosa. Su pelo colgaba sobre sus estrechos hombros y tenía un brillo antinatural en su místico tono plateado. Su cuerpo delgado y atractivo estaba vestido con una camiseta demasiado grande que obviamente pertenecía a Oswald y unos vaqueros azules. Y sus ojos... Me era imposible aguantar la comparación con el brillo etéreo de su mirada oceánica, capaz de curar a cualquiera que se fijara en ella. Excepto a mí, por supuesto. Mi dolor sólo aumentó cuando me di cuenta de lo absolutamente hermosa que era. No era de extrañar que Oswald estuviera tan enamorado de ella.

—Hola —dije torpemente.

La mujer sonrió y dio una elegante zancada hacia mí.

—Hola. El lugar es precioso, ¿verdad?

—Sí. —Este era mi hogar; ningún otro lugar sería tan hermoso como este. Sentía que no merecía su belleza, pero eso era sólo mi amargura mostrando su fea cara. Intenté tragármela y devolverle la sonrisa—. Eres Mara, ¿verdad? ¿Te estás curando bien?

Se tocó ligeramente las vendas que le envolvían la frente.

—Estoy bien, gracias. Si no fuera por el atento cuidado de tu Alfa, no estoy segura de que hubiera sobrevivido.

Me quedé callada, sin dejar de sonreír.

—Me alegra oírlo. Me llamo Aria Gunn —dije, ofreciéndole la mano.

Mara miró mi mano y luego me miró a mí.

—Oh. Debes ser la pareja predestinada de Oswald, ¿entonces...?

—Lo soy.

Su sonrisa vaciló. Había una grieta en su fachada que, por un breve instante, brilló con una luz siniestra antes de que Mara extendiera su mano vendada y cogiera la mía. Esperaba un simple apretón de manos, no esperaba que me apretara la mano, sonriera y luego se desplomara con un grito de dolor.

—¡Ah! ¡Mi mano!

Con los ojos muy abiertos, retrocedí y miré mudamente a mi alrededor en busca de lo que creía que podía haberla herido, hasta que me di cuenta de que lo que la había herido era yo. O al menos, así lo hizo ver ella, apretándose la mano como si le hubiera roto todos los huesos. Todos en el patio se volvieron para mirarnos. Ya podía sentir su calor acusador sobre mí.

—¡Mara! —gritó la voz familiar de mi compañero predestinado.

Me sobresalté al ver que Oswald abría de golpe las puertas del edificio de oficinas cercano e irrumpía en el patio. Su atención se centró en mí.

En medio segundo, de repente me sentí la enemiga de todos, y apenas sabía lo que había pasado. Lo único que sabía era que Mara estaba desplomada en el suelo, y que yo tenía la culpa de ello. Todos acababan de presenciar cómo su futura Hembra Alfa atacaba a la solitaria herida.

Capítulo 4: Aria

—¡Maldita sea, Aria! ¿Qué coño has hecho? —rugió Oswald mientras corría hacia Mara, con el cuerpo acelerado por una ira que nunca antes había visto en él.

Mi mano seguía levantada como para terminar el saludo.

—No he hecho nada...

La confusión paralizó mi cuerpo hasta que Oswald se interpuso entre Mara y yo, empujándome por el pecho. En el instante en que su palma entró en contacto conmigo, retrocedí y me encogí, alarmada de que me pusiera las manos encima de ese modo. Oswald se arrodilló junto a Mara y la estrechó entre sus brazos.

—¿Estás bien?

La solitaria reprimió un llanto y se apoyó en él.

—Sí, creo que estoy bien...

—¿Qué ha pasado?

Miró a Oswald con ojos llorosos y le tendió su mano inerte para que la examinara. —La señorita Gunn me ha cogido la mano para estrechármela, pero me temo que la ha agarrado demasiado fuerte.

Se me apretó el pecho de indignación al oír la voz ligera y patética de la mujer, como si la experiencia le hubiera quitado todas las fuerzas. Apenas la había tocado y ahora decía que le había aplastado la mano.

Oswald me clavó una mirada venenosa.

—¡Idiota! ¿No ves que tiene la mano herida? ¿Por qué has hecho eso?

—No estaba pensando —respondí, por mucho que no quisiera darle a Mara la satisfacción de

admitir que yo tenía la culpa.

—¿No estabas pensando? Puedes ver que está vendada. —Oswald levantó la mano de Mara. Su tacto era mucho más suave que cualquier contacto físico que hubiera tenido conmigo.

Sacudí la cabeza y me aparté.

—Lo siento —repetí—. No debería haberme ofrecido su mano mala entonces.

Mara se resistió mientras Oswald se levantaba y se abalanzaba sobre mí.

—¡Esto no es culpa de ella, sino tuya! Deberías haberlo sabido. ¡Zorra estúpida! —dijo, agarrándome del cuello de la camisa y empujándome hacia atrás.

Nuestros compañeros de manada, que se habían reunido para ver el altercado, soltaron gritos de asombro. Me esforcé por mantener la compostura y un sudor frío se apoderó de mí mientras los espectadores murmuraban entre sí. Capté fragmentos de lo que decían:

—¡Está celosa de Mara!

—¿Cómo puede liderarnos si ni siquiera puede ser amable con una extraña herida?

—Qué hembra alfa tan inmadura...

—Nunca he visto al Alfa Moore ponerse tan violento —murmuraron algunos con incredulidad—. Esa es su compañera predestinada. ¿Está bien que le hable así?

Pero eso no pareció importarle a Oswald. Tragándome el nudo que tenía en la garganta, retrocedí mientras sentía que la mirada abrasadora de Oswald me taladraba la frente.

—Lo siento —repetí débilmente, pero no tenía fuerzas para quedarme allí y aceptar su juicio.

Estaba claro que pasara lo que pasara, yo tenía la culpa. Y quizá tenían razón. No debería haberle ofrecido un apretón de manos a Mara, viendo que tenía una mano vendada. No debería haberla tocado, ni siquiera haber hablado con ella. Debería haberlo sabido desde que Oswald me dijo que me metiera en mis asuntos.

La multitud empezó a acercarse, asfixiándome. Las lágrimas que salían de mis ojos ardían, y la vergüenza se acumulaba en mi interior, mis mejillas enrojecidas como una niebla de humillación.

Sólo quería escapar. Ocultando mi rostro a todo el mundo, me di la vuelta y hui al lugar más seguro que se me ocurrió: mi habitación en la Logia. Al menos allí no tendría que oírlos cotillear sobre mí.

Cuando llegué a la suite de mi familia, pasé corriendo junto a mi madre, sentada a la mesa de la cocina, sin decirle nada. Esperaba que me dejara en paz, pero unos minutos después de refugiarme en mi habitación y sentarme en la cama, oí sus pasos fuera.

—¿Aria? ¿Por qué no estás en tu clase de contabilidad con la señora Foster?

Apreté los puños contra las rodillas.

—Hoy no me encuentro bien —dije, luchando por mantener la voz firme.

—Eso no es excusa —dijo desde detrás de mi puerta—. Tienes obligaciones. No puedes dejar de lado tu entrenamiento Alfa por un malestar estomacal o un dolor de cabeza. ¿Crees que tus obligaciones esperarán a que te sientas mejor?

Lo último que quería era que mi madre me criticara ahora mismo. No sabía de qué otra forma explicar mi absentismo escolar aparte de decir la verdad.

—No es eso. Me he peleado con Oswald —confesé.

—Oh. —Mi madre dudó, luego agarró el pomo de la puerta—. ¿Puedo entrar?

—Claro. —No tenía sentido luchar. Sabía que tendría que enfrentarme a ella por muy calientes y frenéticas que estuvieran mis emociones, y dejar que se enterara de lo ocurrido por otra persona no me haría ningún favor.

La puerta se abrió y mi madre entró en mi habitación. Llevaba el pelo rojo, del mismo tono que el mío, recogido en elegantes trenzas, y un largo vestido azul ondulaba cerca de sus talones. Se sentó a mi lado y pude sentir la gravedad de su mirada sobre mí, pero en cuanto levanté la vista hacia ella, miró a la pared. Me pregunté si mi tristeza era más una molestia para ella que una preocupación real.

—¿Y por qué fue la pelea? —preguntó.

Jugueteé con mis manos, pasándome los dedos por los nudillos magullados.

—Esa chica nueva, Mara. Me la he encontrado de camino a mi clase. Al principio me pareció muy simpática y muy guapa. Fui a darle la mano y creo que la herí sin querer.

—¿Le has hecho daño?

—Su mano ya estaba herida. Dijo que le había apretado la mano demasiado fuerte, pero apenas la había tocado —dije, luchando una vez más contra la emoción en mi voz. Lo había estado haciendo bien hasta que abordé la injusticia de toda la situación—. Oswald se ha puesto de su lado inmediatamente. Ni siquiera ha querido escucharme. ¿Por qué le creería a ella y no a mí? Ni siquiera la conoce.

—¿Así que heriste a esta chica que vino a nuestra manada buscando ayuda?

La acusación en la voz de mi madre era la misma que en la de todos los demás. Me ericé, odiaba sentirme tan volátil.

—¡Ella exageró!

—Aun así, deberías haber aceptado tu error con gracia", despreció mi madre.

—Todos me miraban mal, así que me he disculpado y me he ido. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Deberías haberte ofrecido a ayudarla y preguntarle cómo podías compensarla.

—Ya intenté ayudarla anoche. Oswald me rechazó.

—No te esfuerzas lo suficiente.

Ni siquiera escuchaba lo que tenía que decir. ¿Cómo podía mi propia madre no ponerse de mi parte?

—Si esta pelea es tan mala como dices, entonces tienes que disculparte con Oswald y Mara —dijo mi madre—. No podemos arriesgarnos a que pierdas tu posición de Hembra Alfa tan cerca de la ceremonia de apareamiento.

¿De eso se trataba? ¿Era lo único que le importaba?

—No importa si crees que Mara estaba exagerando. Sólo déjalo ir. Oswald es tu compañero predestinado. Con el tiempo aceptará más fácilmente tu punto de vista.

Eso era lo que tenía que hacer. ¿Tragarme mi dignidad y aceptar el mal genio y la negligencia de Oswald? ¿Aceptar que entregara libremente sus afectos a otras mujeres mientras yo quedaba abandonada atrás, esperando el momento en que me sonriera?

Ya no tenía fuerzas para discutir con mi madre. Lo único que pude hacer fue asentir, viendo cómo se levantaba y se quedaba en mi puerta.

—Llamaré a la señora Foster para que te excuse por hoy. Pero tienes que entender que la vida no te va a excusar cada vez que lo pases mal. Espero que te disculpes con Mara o al menos con Oswald.

No se quedó a escuchar mi respuesta. Supuso que me disculparía, como una buena alfa en formación. Lo único que le importaba a mi familia era que yo hiciera lo que me decían para que ellos pudieran mantener su alto estatus. Pero lo peor era que... todo lo que tenía era mi familia. Y si no podía hacerlos felices, ¿para qué le servía a nadie? En cuanto se cerró la puerta, subí los pies a la cama y hundí la cara en mis rodillas, dejando que la vergüenza me tragara entera.

En un pequeño espejo de mano, practiqué mi sonrisa. Por mucho que fingiera, no conseguiría que pareciera menos hueca. A pesar de cuatro años de preparativos, de repente sentí que no estaba preparada para ese día. Después de que el asistente de ceremonias me pusiera el vestido y me peinara y maquillara, me senté sola en una carpa blanca al borde del patio, mirando a través de la pequeña ventana de plástico a la multitud que se congregaba fuera. La gente empezaba a llegar al patio, buscando sus asientos para la ceremonia de apareamiento.

Oí acercarse a mi primo, pero no miré hacia él ni siquiera después de que hablara. —Hola, Aria. Hoy estás muy guapa.

—Gracias. —Pero no me sentía hermosa. Ni siquiera me sentía como si esta fuera mi ceremonia de apareamiento.

Dax entró en la tienda y se puso a mi lado.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué pareces tan triste? ¿No estás emocionada?

—Lo estoy —dije, viendo a mi familia moverse por las filas de sillas para encontrar sus lugares cerca del frente—. Es que... no he visto ni hablado con Oswald desde la semana pasada.

—¿Desde la pelea?

Mi silencio lo confirmó.

—Intenté disculparme con Mara, pero estoy bastante segura de que Oswald le dijo que se alejara de mí. Ambos me evitan.

—No, vamos. Quizá Oswald también esté nervioso.

—Al menos podría haberme felicitado por ganar el combate contra Preston... Pasé todas mis pruebas, completé todo mi entrenamiento, y no he sabido nada de él.

Dax suspiró y me tocó el hombro, animándome suavemente a ponerme en pie.

—Es que ha estado lidiando con muchas cosas... Pero te prometo que cuando te vea, va a perder la cabeza. Quiero decir, ¿quién no se sentiría el tipo más afortunado del mundo por tener a alguien tan inteligente como tú a su lado?

Quería sonreír y apreciar el optimismo de mi primo, pero algo me decía que era más un deseo que una realidad.

La puerta de la tienda volvió a abrirse, y esta vez mi padre apareció nimbado por la luz del sol.

—Es la hora, Aria.

Dax me cogió de las manos.

—Vas a estar bien —me prometió.

Le miré a los ojos y asentí. Esta era mi ceremonia de apareamiento. Después de esto, Oswald y yo estaríamos unidos para siempre por nuestro vínculo de apareamiento. Sin importar nuestras diferencias, después de esto, estaríamos unidos en un nivel completamente nuevo. Seguramente después de eso, Oswald se abriría a mí. Me daría una oportunidad. Tenía que hacerlo... ¿verdad?

Después de que Dax abandonara la tienda, me quedé de pie junto a mi padre, fuera de la vista de todos. El sudor me caía por la espalda dentro del vestido de gasa y se me acumulaba en el nacimiento del pelo, recogido en un moño rojo. Un precioso pasador de perlas lo mantenía en su sitio mientras un ramo de peonías blancas y lirios amarillos florecía entre mis manos. Tanto si estaba preparada como si no, lo cierto es que parecía estar a la altura. Contuve la respiración cuando las dulces cuerdas de la canción de nuestra ceremonia empezaron a sonar desde la banda que había a un lado. Oswald Moore, vestido con su elegante traje negro y el pelo castaño peinado

hacia atrás, recorrió el pasillo entre las sillas, sonriendo a sus compañeros de manada. Se detuvo ante el chamán de la manada y me esperó... a mí.

Apenas podía respirar. Probablemente me habría quedado allí paralizada para siempre de no ser porque mi padre me cogió del brazo y me instó a caminar con él.

Cuando salimos de detrás de la tienda, todos nos miraron. Mi corazón latía más fuerte que nunca. Mis pies se deslizaron con cuidado por la hierba para no tropezar delante de todos. Ni siquiera pensé en mirar a Oswald, mi atención se dispersó entre la gente reunida para mi ceremonia. Mi familia estaba sentada en las dos primeras filas de la izquierda: mis hermanas, con caras de desprecio o de aburrimiento, y mi madre, con una sonrisa tensa y sus expectativas de perfección. Dax estaba sentado detrás de ellas, sonriendo con ánimo. Y luego, mirándome fijamente desde la primera fila a la derecha, estaba Mara.

¿Qué hacía ella aquí? ¿Por qué la habían invitado a la ceremonia de apareamiento?

Intenté que no me distrajera. Reprimiendo mi decepción, miré por fin a Oswald, buscando en él el más mínimo atisbo de apoyo. No pude evitar sentir calor en el pecho al ver a mi prometido. Era natural que me sintiera así; después de todo este tiempo, mi instinto de metamorfa me obligaba a amarlo. Y lo amaba.

Pero no sonrió cuando me devolvió la mirada. La frialdad de sus ojos era la misma de siempre.

Eso empeoró mis nervios. La punta de mis zapatillas blancas rozó la hierba y estuve a punto de tropezar. Avergonzada, me pasé un mechón de pelo por detrás de la oreja y me aferré al ramo hasta que llegué junto a Oswald. Mi padre me quitó el ramo, dejándome las manos vacías, desocupadas y húmedas de sudor ansioso. Una vez que se sentó, me encontré sin valor para mirar a Oswald a los ojos.

—Estamos aquí reunidos en esta hermosa tarde para celebrar la unión de Alfa Oswald Moore y su compañera predestinada, Aria Gunn —comenzó el chamán—. Todos, por favor, levántense y únanse a nosotros para la bendición ceremonial de apareamiento.

Oswald no se movió para cogerme las manos ni ofrecerme ningún consuelo. Permaneció inmóvil frente a mí mientras el resto de la manada se levantaba y recitaba la bendición junto al chamán.

—En nombre del Consejo de los Siete, os bendecimos, Oswald Moore y Aria Gunn, para que os améis y apreciéis el uno al otro mientras el sol brille y las nubes lluevan. Mientras nuestras patas

puedan recorrer nuestro territorio y nuestras voces en armonía adornen los cielos. Mientras la Manada Grey Creek esté viva y sea un faro para guiaros a casa, os bendeciremos para que os deleitéis en la unión eterna de vuestro compañerismo.

El coro de sus bendiciones era hueco y robótico. Intenté sonreír a Oswald, pero me miraba sin expresión, como si la ceremonia de apareamiento fuera un deber más que debía cumplir.

—Aria Gunn, ¿aceptas a Oswald Moore, tu compañero predestinado, como tu legítimo compañero a los ojos de la Manada Grey Creek?

Temblé y busqué en Oswald algún tipo de emoción, cualquier emoción, y no encontré ninguna. Aun así, respondí con impotencia:

—Sí, lo acepto.

—Oswald Moore, ¿aceptas a Aria Gunn, tu compañera predestinada, como tu legítima compañera a los ojos de la manada Grey Creek?

Me miraba con desprecio. Sus labios no se movían y cada segundo de silencio me retorció aún más el estómago. Aunque Oswald nunca había sido cariñoso conmigo, hasta ahora nunca había dudado de la validez de nuestro vínculo predestinado. Nunca había pensado que dudaría. Y entonces abrió la boca, y la respuesta llegó en cámara lenta, el tiempo decelerando a paso de tortuga, empezando por su gruñido de disgusto.

—No.

Mi corazón tartamudeó conmovido. Las palabras ni siquiera parecían reales.

—Que se sepa a los ojos de la manada Grey Creek que yo, Oswald Moore, rechazo a mi compañera predestinada Aria Gunn —dijo, mirando a sus compañeros de manada reunidos en el patio—. Nunca he sentido una conexión con Aria y nunca creí que estuviera preparada para asumir la responsabilidad de Hembra Alfa junto a mí. Pero hay una que creo que está mejor preparada para el papel. Una a la que he esperado toda mi vida conocer. Desde el momento en que puse mis ojos en ella, supe que era la que debería haber sido mi compañera predestinada desde el principio, Mara Torres.

Todos miraron a la belleza de pelo plateado sentada en primera fila. Se tapó la boca con la mano, sorprendida. Yo también me tapé la boca con la mano, sólo para contener mi agonía y

desesperación. Me tambaleé cuando Mara se puso en pie, deslizándose con elegancia hacia Oswald. Se colocó en mi lugar y aceptó sus manos entre las suyas. Él la miró como debería haberme mirado a mí.

—Mara, ¿te convertirás en mi compañera y tomarás el papel de Hembra Alfa a mi lado?

Inspiró suavemente y sonrió. Se suponía que iba a ser el mejor día de mi vida y, en cambio, se había convertido en el suyo.

—Sí, lo haré.

No pude aguantar más, forzando mi voz a salir de mi garganta.

—Oswald, ¿por qué...? ¿Qué estás haciendo?

La sonrisa de Oswald se tensó como si yo fuera poco más que una molestia. Pasó la mirada de Mara a mí.

—Actúas amable y correctamente cuando tienes que hacerlo, pero he visto tu verdadera naturaleza, Aria. ¿Herir a una metamorfa lastimada por simples celos? ¿Manchar su nombre, hacerle la vida imposible? No creas que no he oído lo que has estado haciendo estas últimas semanas. Ni siquiera te has disculpado con ella... con nosotros.

Me quedé boquiabierta por la sorpresa.

—Yo... intenté disculparme...

—Sin embargo, ni Mara ni yo te vimos ni una sola vez en los días previos a esta ceremonia. No lo intentaste en absoluto. Eso es suficiente para demostrarme que no eres digna de liderar esta manada —gruñó Oswald—. No mereces estar aquí conmigo.

Ya no sabía cuál era la verdad, pero estaba claro que le había fallado a Oswald, y su decisión estaba tomada. Volvió a centrarse en Mara, acercándose a ella. Mis piernas flaquearon mientras me retiraba del frente de la reunión. Por mucho que me doliera, no pude apartar la mirada de Oswald, que colocaba la marca de apareamiento en el cuello de Mara, hasta que lo hizo, y sentí que nuestro vínculo predestinado se rompía. Resonó hasta en mi alma, dejando a mi lobo retorciéndose, llorando de dolor por lo que acababa de perder.

Todo mi mundo se derrumbó sobre mí. No entendía cómo Oswald podía descartarme así. Al

parecer, sí había perdido la cabeza al verme, pero no de la forma que yo quería.

Nunca le había importado. Todo este tiempo había estado buscando a alguien que me reemplazara. Y encontró a esa persona en Mara.

Capítulo 5: Aria

Las ramas pasaban a mi lado mientras corría por el bosque, deseando poder dejar atrás la villa de la manada para siempre. No quería volver. Sentía que todo el mundo se había vuelto contra mí. Incluso los árboles se burlaban de mí, enganchándome los pies con las raíces y enredándome el pelo con hojas y ramitas. Las lágrimas corrían por mis mejillas y me nublaban la vista, así que no vi la rama caída hasta que tropecé con ella y caí de bruces sobre la hierba. El impacto me dejó sin aliento y me quedé aturdida antes de que cada pizca de dolor se hiciera notar de golpe, dejándome destrozada en el suelo.

Todo por lo que había trabajado me había sido arrebatado. Ni siquiera me habían dado la oportunidad de luchar por ello. Oswald aplastó mis esperanzas y rompió mi corazón, y ni siquiera le había importado. Estaba más sola que nunca. Sin él y sin las responsabilidades de Hembra Alfa, no era nada. El llanto me hacía temblar la espalda, mis dedos se clavaban en la tierra mientras el dolor brotaba de mí. No podía detenerlo. Mi dolor era tan intenso que me consumía, cegándome a todo lo demás. No oía nada más que mi propio llanto desgarrado y no sentía nada más que el calor en la cara, el escozor de las lágrimas en mis ojos. Mi mundo se había vuelto pequeño y sofocante. Ni siquiera podía respirar.

Se suponía que hoy era mi día. Había planeado cada detalle de la ceremonia. Había entrenado tan duro durante cuatro años. Amaba a Oswald y le dediqué toda mi vida, y en un instante, ¡esa vida me fue robada! La angustia me embargaba una y otra vez, arrancándome sollozos del pecho cada vez que pensaba en lo que había perdido.

Sentí como si me clavarán mil cuchillos en el corazón. Con las lágrimas manchándome la cara, me senté de espaldas contra un árbol. Envolví las rodillas con los brazos y las abracé, sintiéndome pequeña y vulnerable. Bajé la cabeza hasta las rodillas, sintiendo que volvía a hundirme en un dolor que parecía no tener fin.

No sé cuánto tiempo estuve allí sentada, con la garganta inflamada y la cabeza martilleándome con un dolor sordo. Me sentía vacía, en carne viva, como si me hubieran raspado las entrañas. Ya no me salían lágrimas. Mis ojos palpitaban mientras miraba el suelo del bosque cerca de mis pies, con la cabeza en blanco.

Ahora nada tenía sentido y no quería seguir pensando. Esta paz y tranquilidad temporales en mi cabeza eran una bendición. Sabía que no duraría mucho, pero lo prefería.

El sonido de las hojas secas al crujir me hizo levantar la vista con una mezcla de esperanza y miedo.

No fue Oswald quien salió de la espesura, sino otra cara conocida.

—¡Ahí estás! —dijo Dax—. Dios mío, Aria, estaba muy preocupado por ti. —Apenas me había puesto de pie cuando mi primo se abalanzó sobre mí y me dio un fuerte abrazo—. ¿Estás bien? ¿Qué demonios fue todo eso? ¡No puedo creer que Oswald te hiciera eso en serio!

Sintiéndome vacía, me quedé allí de pie hasta que Dax se separó de mí. Sus manos seguían en mis brazos. No sabía qué decir.

—Lo siento. Yo... soy una decepción.

Las cejas de Dax se fruncieron con simpatía.

—Aria, no tienes que disculparte. Oswald te ha hecho daño.

—No soy lo bastante buena. Eso es todo.

Sacudió la cabeza.

—No, no lo creo.

Yo tampoco quería creerlo. Ni siquiera lo entendía. Pero de alguna manera, Mara era mejor que yo. En el par de semanas que llevaba formando parte de la manada, le había demostrado a Oswald que podía ser mejor líder, mejor amante, mejor persona que yo. Era mayor y más sabia y tenía más experiencia. Era más guapa y mejor que yo en todos los sentidos, por eso Oswald la había elegido a ella en vez de a mí. Cada comparación que establecía entre Mara y yo hacía aflorar de nuevo mi agonía, pero todas mis lágrimas se habían agotado. No me quedaba más que una melancolía negra y sombría. Miré fijamente a Dax y finalmente le pregunté:

—¿Qué pasó después de que me fuera?

Dax vaciló antes de responder lentamente:

—Al principio, todos estaban sorprendidos, pero nadie se quejó. A todo el mundo parecía gustarle Mara. Supongo que ha ido por ahí y se ha hecho amiga de la manada mientras se curaba, así que todos se alegraron por ella. Era casi como si esperaran que sucediera.

Mi melancolía se encendió. Ahora, el calor de la traición corría por mis venas. Me arrepentí de haber preguntado, pero esperaba que al menos alguien hablara sobre el hecho de que una completa desconocida se convirtiera en la Hembra Alfa de la manada. Estaba claro que me equivocaba.

—Ha hecho un discurso después de que te fueras acerca de cómo, a diferencia de ti, ella tiene el mejor interés de la manada en el corazón. Creo que es una mentira —dijo Dax—. La forma en que tiene a todos envueltos alrededor de su dedo. Sé a ciencia cierta que entregaste tu vida a tu manada.

—¡Todo lo que hice fue por la manada! Por Oswald —grazné, con la emoción amenazando con quebrar mi voz—. Nada de esto tiene sentido. ¿Cómo puede no ver todo lo que he sacrificado? ¿Qué voy a hacer? ¿Cuánto valgo para mi manada?

Dax suspiró y tiró de mí para darme otro abrazo. Por mucho que intenté luchar contra ellas, las lágrimas se derramaron por mis mejillas en un último arrebato.

—Sé que ahora mismo te sientes muy abatida, pero esto no es el final. Siempre has sido resistente y adaptable, y eres inteligente y amable, y sabes lo que vales. Duele, pero... creo en ti, Aria. Sé que serás capaz de levantarte después de esto —dijo.

Una risa oscura y amarga salió de mis labios.

—Para ti es fácil decirlo.

—Porque es verdad —dijo Dax—. Has completado tu entrenamiento por una razón, porque tienes lo que hace falta. Puede que Oswald no lo vea, pero eso no importa. Lo que importa es que seas fiel a ti misma. No dejes que lo que piensen los demás te desanime. —Luego se apartó y me miró a los ojos—. Puedes hacerlo. Encuentra tu propio camino. Sabes que siempre estaré aquí para apoyarte. Sólo estoy a una llamada de distancia.

Sólo quería que dejara de compadecerme de mí misma. Ojalá fuera tan fácil. De todos modos, suspiré y asentí.

—Sí.

—Vamos. Volvamos —dijo Dax.

Mi cuerpo estaba cargado de dudas mientras le seguía fuera del bosque. Agradecí los ánimos de Dax, pero no veía la forma de salir de esta.

—¿Sigue ahí? Lleva dos días seguidos llorando —dijo Emma, con la voz apagada en la otra habitación.

—Sí —dijo Cassie—, es tan patético. Se lo ha buscado por ser una zorra con Mara. ¿Por qué no puede reconocerlo y admitir que la cagó?

—Porque la pequeña Aria nunca hace nada malo.

—Bueno, sólo porque tu compañero predestinado sea el Alfa no significa que tengas garantizado convertirte en la Hembra Alfa... Creo que eso se ha vuelto obvio. Ella no puede esperar que la gente sienta lástima por ella para siempre. Tiene que superarlo y empezar a trabajar como el resto de nosotros.

Me quedé de pie frente a la puerta de mi dormitorio, escuchando a mis hermanas cotillear sobre mí, dudando si girar el pomo y dar la cara. Tenía tantas ganas de discutir con ellas, pero empezaba a preguntarme si tenían razón.

Mi agenda se había vuelto inquietantemente vacía. Sin entrenamiento ni deberes de Alfa que me mantuvieran ocupada, no sabía cómo debía servir a mi manada. Pensaba que mi destino era liderar con Oswald. ¿Qué se suponía que debía hacer? Tal vez debería tragarme mi orgullo y pedir ayuda.

Con una mirada al espejo, intenté parecer un poco menos patética de lo que me acusaban mis hermanas. Hacía tiempo que mis lágrimas se habían secado en mis mejillas, y mis ojos ya no estaban rojos, sólo hundidos en ojeras. Me cepillé el pelo y me vestí con unos vaqueros y una camiseta gris. Luego, inhalando profundamente, abrí la puerta y entré en el salón.

Emma y Cassie se sorprendieron al verme.

—Mira quién ha salido arrastrándose de su calabozo —dijo Emma—. ¿Por fin te has cansado de revolcarte en tu propia miseria?

—Me he cansado de oírte hablar de mí como si no estuviera —dije con desgana.

—¿Puedes culparnos? Apenas haces nada —se mofó Cassie.

Sentí una punzada de humillación y rabia al saber que disfrutaba con mi sufrimiento.

—Supongo que tienes algunas ideas. ¿Qué sugieres que haga entonces?

—No es nuestro trabajo resolver tu vida. Tal vez deberías ir a preguntar a Oswald si la oficina necesita un conserje o algo así —se burló Emma.

Al menos limpiar retretes era más útil que dar patadas a un balón, quise replicar. En lugar de eso, inspiré y recobré la compostura, respondiendo con una nítida conformidad:

—Bien. Le pediré a Oswald que me dé trabajo.

—Ya era hora —dijo Cassie.

—Tal vez puedas limpiar también la reputación de nuestra familia, ya que se ha convertido en una mierda de desprestigio después de que él te rechazara —añadió Emma.

Cassie dio palmaditas en el hombro de Emma y se echó a reír.

—¡Sí, claro! Lo único que va a arreglar nuestra reputación es que Aria milagrosamente deje de existir.

—Ugh —dijo Emma—. Ahora tenemos que trabajar el doble para compensarte por ser tan vergonzosa. —Su mirada se clavó en mí.

No podía soportar la forma en que me miraban, la forma en que me hablaban, con tanto desprecio por mi propio ser. Antes de que mi ira desbordada me arriesgara a decir algo grosero, me volví hacia la puerta. ¿Cuándo habían empezado mis hermanas a odiarme tanto?

Pero cuando cerré la puerta, me di cuenta de a lo que me había condenado. Estos dos últimos días, no podía imaginar volver a hablar con Oswald. Ahora no tenía más remedio que enfrentarme a él, aceptar que había perdido todo lo que tenía a mi favor y suplicarle que me diera un trabajo.

El ambiente en la manada era diferente ahora. Mientras caminaba entre los edificios, sólo recibía

críticas de mis compañeros de manada. Sentí sus miradas y oí el trasfondo de sus abucheos. Sabía que ya corrían rumores después de haber herido a Mara, pero ahora era de lo único que hablaban a mi alrededor.

—¿Has oído que le gritó a Mara después de la ceremonia, diciéndole que no se merecía a Oswald? —decían.

—Escuché que amenazó con golpear a Mara. Después de ganar la pelea contra Preston, no me sorprendería que lo intentara. Ella es peligrosa —dijo alguien más—. Deberías alejarte de Aria si sabes lo que es bueno para ti.

Sentí un escalofrío al pensar que mis compañeros de manada me aislarían y me privarían de compañía. Esa sería la peor consecuencia posible. Los cambiaformas lobo prosperaban con la atención y el tacto. Necesitábamos el contacto físico o nos volvíamos locos. Había anhelado el toque alfa de Oswald, pero el de mi manada y mi familia había sido suficiente. ¿Qué me pasaría si mis compañeros de manada me alienaban por completo?

Me apresuré a entrar en el edificio de oficinas y subí tres pisos en silencio por el pasillo hasta llegar al despacho de Oswald. Su puerta estaba abierta. Me armé de valor y llamé.

Oswald no me miró, sólo arrugó la nariz mientras tecleaba.

—Se acabó, Aria. No me hagas perder el tiempo pidiéndome que lo reconsidere porque no voy a hacerlo.

Su voz áspera fue un puñetazo en las tripas. Mi coraje ya estaba minado.

—No he venido aquí para hablar de eso —logré decir.

—¿Por qué estás aquí entonces?

Dudé.

—¿Puedo entrar?

—Ugh. —Oswald se echó hacia atrás en su silla y me miró—. Bien. Cierra la puerta.

Dentro de mi pecho, mi lobo gemía. Agaché la cabeza y cerré la puerta, pero no tomé asiento ante su escritorio, sino que jugueteé con las manos cerca de la puerta.

—Como no estoy haciendo aquello para lo que me entrenaron, yo... en realidad no sé qué se supone que debo hacer.

—¿Qué quieres decir?

Tenía la sensación de que sólo quería oírme admitir lo patética que era.

—No tengo una universidad en mente. No me he entrenado para un trabajo aquí en la villa. No soy una gran cazadora. Ahora no sé cómo servir a la manada.

Oswald gruñó.

—¿Por qué es ese mi problema?

—Pensé que tal vez tendrías algo en mente para mí, si no puedo ser la Hembra Alfa.

—Eso es algo que deberías haber considerado. Apáñatelas.

No pude evitar fruncir el ceño.

—Nunca insinuaste siquiera que fuera una posibilidad que no me convirtiera en Hembra Alfa. Tú y todos los demás siempre me hablabais como si ese fuera mi futuro.

—No culpes a los demás de tus propios defectos —dijo Oswald.

—¡No estoy haciendo eso! —Mis ojos se desviaron hacia Oswald—. ¡Sólo te estaba explicando por qué he venido a pedirte consejo!

En cuanto levanté la voz, Oswald se levantó de la silla y puso las manos sobre el escritorio.

—El hecho de que tengas las agallas de hablarme de esto es espantoso. ¿Acaso eres lo único que te importa?

—¡No! Me importa la manada. Quiero... ¡Necesito tener un propósito!

—Todavía no te has disculpado con nosotros. ¿Qué te hace pensar que mereces ser parte de esta manada?

—¿Qué? —Lo miré desconcertada—. ¡Seguí intentando disculparme! ¡Nunca me dejaste hablar contigo ni con Mara! No lo entiendo, Oswald. No entiendo por qué me dejas fuera y luego actúas

como si yo fuera la villana cuando yo... yo sólo... ¡intento hacer lo correcto!

—¡Si estuvieras intentando hacer lo correcto, habrías abandonado tu entrenamiento Alfa y seguido adelante! —estalló Oswald.

—¿Qué... por qué?

—¿No lo he dejado claro? —Se inclinó hacia delante, clavando las uñas en el escritorio—. Nunca te quise, Aria. Nunca quise tocarte ni hablar contigo. Nunca me atrajiste. Siempre pensé que eras una enana débil. Debería haber sido obvio. Intenté rechazarte sin decir nada porque el resto de la manada me habría juzgado si te rechazaba antes de tiempo, así que intenté desanimarte, romperte el corazón y hacer que no me quisieras... pero no lo conseguí. Seguiste intentándolo, y ese es tu maldito problema. Por eso tuve que rechazarte delante de todo el mundo, porque eras demasiado estúpida como para ver que nunca te quise en primer lugar.

Mis ojos se abrieron de par en par ante el peso de aquella revelación. La crueldad de Oswald siempre había tenido como objetivo quebrarme. No es que estuviera demasiado ocupado para darme afecto o demostrar que se preocupaba por mí; la verdad es que nunca quiso tener nada que ver conmigo. Todo este tiempo, yo había sido demasiado ignorante como para darme cuenta.

—Incluso iba a dejarte ir tranquila. Habría hablado contigo antes de la ceremonia, pero después de que empezaras a atacar a Mara, tenía que castigarte. ¿Y qué mejor castigo que humillarte delante de toda la manada? Así que no, Aria, no voy a ayudarte dándote un trabajo. Puedes averiguarlo por ti misma ya que siempre has estado tan decidida a conseguir lo que quieres. Sólo déjanos a Mara y a mí fuera de esto.

Venir aquí a hablar con Oswald había sido un error. Me tragué el nudo que tenía en la garganta, pero me dolía. Me dolía todo. Retrocedí contra la puerta y apreté los puños.

—Y ni se te ocurra hablar con Mara. Ella es todo lo que quiero, Aria. Es perfecta. No te atrevas a mancharla con tu egoísmo y codicia —advirtió Oswald.

—No te preocupes —murmuré de inmediato—, me mantendré lejos de ti y de Mara. Gracias por nada.

Cuando le di la espalda a Oswald, gruñó.

—¿Qué has dicho?

No me entretuve. Mi ira me impulsó a ignorar a Oswald y cerrar de un portazo la puerta de su despacho, dejándole atrás para enfrentarme una vez más a mis emociones.

Entonces, todo lo que había sentido hasta que volví a estar sola quedó adormecido por el shock.

Toda mi vida se había desperdiciado en un hombre que nunca me había querido. Todas las amistades que podría haber hecho, los lazos que podría haber forjado con mis hermanas y las carreras que podría haber seguido se tiraron por la borda por una vida que nunca estuvo destinada a ser mía. Sabía que nunca iba a convertirme en su compañera, y aun así me hizo soportar cuatro años de entrenamiento, creyendo que algún día me amaría. Esperaba que yo leyera su mente, que supiera que no me quería, mi propia pareja predestinada. Y luego, porque estaba demasiado concentrada en mis estudios, me castigó por algo que ni siquiera había hecho. Bueno... podía quedarse con Mara.

Ahora que sabía la verdad, deseaba más que nada desenmascarar las mentiras y la traición de Oswald. Anhelaba que alguien, cualquiera, entendiera por lo que estaba pasando. Me dolía el corazón. Todo lo que quería era un poco de compasión. Pero ¿alguien me escucharía?

Capítulo 6: Aria

Me paseé por el salón, esperando a que mi familia llegara a casa. Por primera vez desde la ceremonia, no sentía lástima de mí misma. Estaba enfadada. Y esa rabia se agitó en mi interior durante una hora antes de que mis padres entraran por la puerta.

—Aria. Veo que por fin vuelves a sentirte sociable —dijo mi madre, dejando una bolsa de papel llena de comida mientras mi padre pasaba junto a nosotras hacia su despacho.

—He hablado con Oswald —les dije a ambos.

Mi padre hizo una pausa y me miró con decepción.

—¿Por qué?

—Porque quería encontrar un nuevo propósito —respondí. "En cambio, Oswald me ha dicho la verdad sobre por qué me rechazó durante mi ceremonia.

Mi madre se cruzó de brazos y se colocó junto a mi padre. Intercambiaron una mirada consternada y sus rostros se ensombrecieron.

—Nunca me quiso. Siempre planeó rechazarme porque no se sentía atraído por mí, pero no quería molestar a la manada pareciendo superficial por ello —dije, con las palabras como veneno en la lengua.

—Tiene derecho a tomar esa decisión por sí mismo —dijo mi padre.

—¿Preferirías que se aparease contigo y que vuestra relación fuese una mentira? —añadió mi madre.

—No. ¡Preferiría que me lo hubiera dicho en vez de alargarlo y humillarme! —Los miré buscando alguna señal de apoyo—. ¿No creéis que lo que ha hecho es una mierda?

La decepción de mi madre se intensificó.

—¿Qué esperas ganar haciendo acusaciones como ésa?

—Todo el mundo me culpa de no esforzarme lo suficiente o de esforzarme demasiado. ¡Pero no importa lo que hiciera, Oswald aún me habría rechazado!

—¿Y? ¿Qué quieres que hagamos al respecto? Nuestra familia ya está bajo escrutinio por criar al pequeño monstruo que resultaste ser.

—¿"Pequeño monstruo"? —repetí incrédula—. ¡Lo único que he hecho ha sido entrenar y hacer lo que me decían!

—Aun así dejaste que los celos te controlaran. ¡Atacaste a nuestra nueva Hembra Alfa!

—¡Yo no la atacué! —grité.

Mi madre retrocedió y mi padre, protector, se puso delante de ella.

—No le levantes la voz a tu madre. No entiendes por lo que hemos tenido que pasar para mantener nuestro hogar en la Logia. Para mantener nuestro rango en la manada.

—¡No me importa nuestro rango! Sólo quiero que alguien me escuche.

—¡Claro que no te importa! ¡Lo das todo por sentado! —gritó mi madre—. ¡Todo lo que tenías que hacer era probar que eras digna del Alfa Moore, y ni siquiera pudiste hacer eso!

—¡Nunca me quiso!

—¡Podría haberlo hecho!

—¿Por qué no me escuchas? —me esforcé desesperadamente.

¡No lo entendían! No podía hacer nada para que Oswald cambiara de opinión. Podría haber completado mi formación antes de tiempo, haber hecho todos mis proyectos a la perfección, haber aceptado trabajo extra y haber intentado seducirle, pero nada de eso habría funcionado. En cuanto se dio cuenta de que yo era su compañera predestinada, supo que no me quería. Nunca habría sido lo bastante buena.

Me hervía la sangre, pero no sabía de qué otra forma demostrarles que había hecho todo lo posible.

—¿Por qué no me creéis? —pregunté, mirándolos con las lágrimas amenazando con derramarse por mis mejillas.

Mi padre negó con la cabeza.

—No podemos arriesgarnos a perder todo por lo que hemos trabajado tan duro. Nuestra familia empezó sin nada. Todos hemos hecho lo posible para ser respetados por la manada. Todos menos tú.

Mi ira estalló.

—¡Nadie habría mirado dos veces a nuestra familia si yo no fuera la compañera predestinada de Oswald!

—¡Niña arrogante! —exclamó mi madre.

—No es personal —dijo mi padre, intentando mediar en la tensión eléctrica que había entre nosotros—. Sólo tienes que demostrar que eres digna de que te escuchen.

Las brasas de mi ira se apagaron en incredulidad.

—Soy tu hija.

—Eso no significa nada para nosotros —dijo mi madre.

La miré fijamente, mi ira enfriándose por completo. Mi corazón se rompió aún más.

—¿Qué...?

—Quizá sea mejor que te quedes en el alojamiento para visitantes por ahora —sugirió mi padre.

No me lo podía creer. Mis propios padres no estaban dispuestos a defenderme.

—¿Quieres... quieres que me vaya?

Mi madre frunció los labios, mirándome con duro desprecio, mientras mi padre suspiraba. Me di cuenta de que odiaba ser el portavoz, pero si mi madre hablaba, sólo conseguiría insultarme y degradarme aún más.

—Es lo mejor para nuestra familia —dijo.

Toda mi vida, todo lo que me había importado era servir a mi manada, pero más que eso, servir a mi familia. Quería lo mejor para ellos. Y ahora me decían que lo mejor para ellos era que me fuera.

—Bien. —Me temblaba la voz. Quería decir más, pero la pena me sofocaba y los ojos me ardían demasiado como para mantener el contacto visual. Apartándome de la conversación, me encerré en mi habitación e hice la maleta, con las manos temblorosas y las lágrimas goteando por mi barbilla. Nunca habría imaginado que me echaría mi propia familia, abandonada a mi suerte como consecuencia de mis errores. Siempre pensé que me apoyarían. Pero esto había demostrado finalmente que yo no significaba nada para ellos.

Ni siquiera me despedí mientras arrastraba el petate por el pasillo, incapaz de mirar a mis padres, pues sabía que no me compadecerían. Tuve suerte de que Lacey doblara la esquina antes que yo. Echó un vistazo a la bolsa que tenía en las manos y no tuvo que adivinar lo que había pasado.

—Buena suerte, queridísima hermanita —se rio Lacey al pasar junto a mí.

Resistí el impulso de empujar mi hombro contra ella, pero lo más probable era que aquello se descontrolara y se convirtiera en otro rumor sobre mi incontrolable violencia. Agaché la cabeza y seguí caminando, con la mandíbula tensa.

Por suerte, nadie se cruzó conmigo de camino al alojamiento de los visitantes. No estaba a la altura de la suite en la que vivía mi familia. Pero, para los visitantes, era suficiente. Tuve que presentarme en la recepción de la sala común para que me dieran mi llave y me asignaron una pequeña habitación con una cama individual, una mesilla de noche, una cómoda y una pequeña cocina: un fregadero, una encimera y un microondas. También tenía un pequeño cuarto de baño con inodoro y ducha de pie. Las paredes blancas y lisas eran asfixiantes, como una celda. Me senté en el borde de la cama y me sumergí en el silencio. La soledad me resultaba desconocida, pero en cierto modo suponía que llevaba mucho tiempo sintiéndome sola. Mis hermanas nunca fueron realmente mis amigas, ¿verdad? Al menos esta habitación era mejor que estar sin hogar.

Deshice la maleta, llené la cómoda con mi ropa y coloqué una fotografía enmarcada en la mesilla de noche. Cuando me metí en la cama, mis padres me sonreían desde la foto. Me dolía demasiado saber que no eran capaces de sonreírme en la vida real. Incliné la foto hacia abajo y me di la vuelta.

La soledad amenazaba con abalanzarse sobre mí como un vacío. Nadie me oiría llorar toda la

noche en mi habitación. Era mejor así.

—¿Tiene algún libro sobre enfermería? ¿O de ciencias de la alimentación? —le pregunté al bibliotecario de la logia.

Me miró con escepticismo, tratando claramente de averiguar por qué me interesaban esos temas ahora que había terminado mis estudios, pero el estigma que pesaba sobre mí le impedía preguntar. Quería justificarme, pero pensé que no le importaría.

—Por aquí —me dijo, guiándome por los pasillos. Nos detuvimos varias veces para que cogiera libros de las estanterías y, al llegar al mostrador, me acercó los libros y se ajustó las gafas.

—Los tendrás que devolver dentro de una semana.

—Gracias. —Todavía tenía la voz ronca de tanto llorar. Levanté los ojos hacia él y los volví a bajar. Me resultaba difícil producir algo más fuerte que el fantasma de lo que solía ser mi sonrisa, sobre todo cuando podía sentir el desdén que emitía toda la gente con la que hablaba.

Recogiendo los libros, salí rápidamente de la biblioteca y me dirigí a la sala común. En mi propia habitación no había superficie suficiente para estudiar con eficacia, y pensé que al menos podría vencer mi soledad aislante sentándome en algún lugar público, pero me arrepentí rápidamente después de sentarme en una mesa y recibir las miradas de mis compañeros de manada. Intenté ignorarlas, hundiendo la nariz en los libros.

La enfermería y la cocina eran dos de mis intereses a los que pensé que podría dedicarme. Quizá mis padres se apiadarían de mí y me pagaran la universidad. O la manada podría financiarme la matrícula con un préstamo. Llegados a este punto, me estaba agarrando a un clavo ardiendo, pero si había algo que pudiera hacer para demostrar mi utilidad, tenía que intentarlo, aunque mi corazón no estuviera del todo en ello.

Al final, conseguí olvidarme de los murmullos de mis compañeros de manada para leer unos cuantos capítulos, pero me desconcentré cuando el aire cambió de repente. Parecía más frío y me picaba la nariz con un olor desagradable. O tal vez era sólo el recuerdo que me traía el olor. Levanté la vista, y allí estaba la belleza de pelo plateado, Mara, hablando dulcemente con una compañera de manada cerca de la puerta.

Desvié la mirada, pero era demasiado tarde. Ella captó mi mirada y se acercó.

—Aria, qué agradable sorpresa. No te he visto por aquí últimamente —canturreó Mara, de pie frente a mí—. ¿Qué estás leyendo?

No es asunto tuyo, quise gritar. En lugar de eso, tensé la mandíbula y la miré, forzando mi tono hacia la cortesía.

—La Ciencia de la Cocina.

—Oh. ¿Para qué?

—Puede que sea algo a lo que quiera dedicarme en el futuro.

—¿Quieres ser chef? —comentó Mara con un leve tono de condescendencia que sólo yo parecía detectar—. Tu formación no incluía nada de eso, ¿verdad?

—No.

—No, supongo que una Hembra Alfa estaría demasiado ocupada para las tareas del hogar —dijo al hilo de mi respuesta—. Me ha mantenido ocupada últimamente, claramente.

Resistiendo el impulso de suspirar en voz alta, sólo tararé y bajé los ojos al libro, deseando que Mara se evaporara.

Se quedó, inclinada sobre la mesa.

—No me has felicitado ni una sola vez.

—¿Por qué debería felicitarte?

—Por ascender al rol de Hembra Alfa de la Manada Grey Creek —dijo Mara con un parpadeo de sorpresa—, sobre todo después de que su destinataria prevista se quedara corta.

La vergüenza de mi ineptitud amenazaba con devorarme. Mantuve los ojos bajos y calculé exactamente lo que debía decir en respuesta a ella. Lo más sensato sería felicitarla y esperar que se marchara, pero no moví la lengua. No podía reprimir mi orgullo. El dolor y la vergüenza convirtieron mi sangre en magma dentro de mis venas.

Cuando las puertas de la sala común volvieron a abrirse, otro olor nuevo me retorció el estómago.

—Mara. Tenemos que prepararnos para reunirnos con los Betas de Moonstone —dijo Oswald antes de que su voz se apagara al verme en la mesa. Gruñó con disgusto—. ¿Por qué gastas saliva con ella?

Mara tomó una inspiración y se enderezó, arqueando el cuerpo para alejarse de mí como si acabara de escupir veneno.

—¿Por qué dices algo así, Aria?!

Su voz, que antes había sido suave como un susurro, se alzó de repente, y parpadeé sorprendida al ver las lágrimas que se formaban en su rostro.

—¿Qué? —La miré boquiabierta.

—Sé que lo que pasó te dolió, ¿pero decir algo tan cruel? —La voz de Mara tembló con una precisión que haría llorar de alegría a cualquier productor—. ¡Nunca te he deseado nada malo de ninguna manera!

—¿Qué está pasando?! —Oswald ya estaba al lado de su compañera, rodeándola con el brazo.

Mara enterró la cara en su hombro y dijo:

—N-Nada, vámonos. Por favor.

Cuando su voz se quebró, me puse de pie. "

—¡Yo no he dicho nada! ¿Por qué mientes?

La rabia en los ojos de Oswald me hizo marchitarme.

—¡Dime la verdad, Mara! —Oswald gruñó—. ¡¿Qué te ha dicho esta perra?!

¿Perra?

Antes de que pudiera asimilar sus duras palabras, Mara levantó la cabeza, con lágrimas corriéndole por la cara.

—Ella deseaba... ¡oh, Oswald, me ha dicho que esperaba que tú y yo nunca pudiéramos tener hijos! Que yo sea estéril. Sabes cuánto me gustan los niños.

—¿Qué?! —rugió Oswald.

Me estremecí ante la flagrante mentira, me puse de pie de un salto y miré a nuestros compañeros de manada en la sala común.

—¿Hablas en serio? Yo no he dicho nada de eso.

Pero fui una tonta al pensar que Oswald me escucharía. Se abalanzó sobre la mesa, me agarró del cuello de la camisa y, sin pensárselo siquiera, me abofeteó.

El escozor de su palma me dejó la mejilla palpitante. Miré atónita a Oswald mientras todos los demás en la sala común guardaban silencio. El sonido de la bofetada aún resonaba en mis oídos, la sensación me entumecía la piel.

Mientras tanto, Mara permanecía detrás de Oswald con la mano tapándose la boca. Pero incluso mientras mi cabeza daba vueltas, pude ver las arrugas de sus mejillas por la amplia sonrisa que escondía tras la palma.

Capítulo 7: Aria

—No toleraré semejante falta de respeto hacia mi compañera —gruñó Oswald entre dientes—. ¡Aria, no tienes derecho a descargar tu ira contra Mara! No ha sido otra cosa que amable y generosa con esta manada. ¿Y tú? Eres una mocosa amargada y venenosa.

Mi cabeza me daba vueltas. Ni siquiera podía formar una frase, atrapada entre el reflejo de disculparme o negar y defender mi honor. Era evidente que Mara mentía, pero Oswald no iba a atender a mis razones. Tartamudeé, con las mejillas al rojo vivo mientras se me retorcían las entrañas y se me cerraba la garganta, con la rabia indignada impidiéndome decir absolutamente nada.

—Un pedazo de mierda grosero como tú no merece vivir en la Logia. No quiero volver a ver tu cara por allí. A partir de ahora, vuelves a los aposentos de los Omegas —me espetó, y luego me tiró al suelo.

El impacto me dejó sin aliento. Vi cómo Oswald deslizaba el brazo alrededor de los hombros de Mara, le besaba la sien y la alejaba del trauma que yo le había causado.

—Y no te atrevas a mostrar tu rostro ante Mara —añadió Oswald—. No quiero que recuerde el papel que jugaste en mi pasado.

Mara me lanzó una mirada de reojo, secándose las lágrimas de los ojos que yo sabía que no podían ser reales; ¡veía cómo sonreía como si lo hubiera hecho todo para hacerme sufrir! Sin embargo, no pude hacer otra cosa que sentarme en el suelo, echando humo y viéndolos alejarse juntos, con el ego maltrecho. Me escocía la mejilla donde Oswald me había abofeteado. Ese dolor resonaba por todo mi cuerpo. Sólo había venido a leer un libro, y había acabado con Mara humillándome delante de toda la manada... otra vez. Y ahora, ni siquiera tenía mi habitación en el alojamiento para visitantes. También me la había quitado.

Mi cuerpo se marchitó derrotado. Los transeúntes caminaban a mi alrededor, murmurando entre ellos, mientras yo me levantaba y me quitaba el polvo de los pantalones. No quería que nadie me mirara. Evité sus ojos y recogí mis libros mientras huía de la sala común.

En el albergue se corrió la voz. Cuando llegué a mi habitación en el alojamiento para visitantes, un guardia de seguridad ya me estaba empaquetando las cosas.

—¡Espera! —grité, rogando que mis lágrimas no cayeran todavía.

El guardia de seguridad me ignoró, tirando sin cuidado mis pertenencias en una caja de cartón. Mi ropa, mi almohada y mi manta, la foto enmarcada de mi familia que se resquebrajó cuando le tiró encima mi botella de agua. Corrí a la habitación y le quité la caja de las manos mientras las lágrimas se desbordaban, resbalando por mis mejillas.

—Vamos. —El guardia de seguridad señaló el pasillo, cerrando la habitación tras de mí. Ni siquiera confiaban en mí para salir por mi cuenta.

Llevé mi caja más allá de la sala común sintiendo la mayor vergüenza que jamás había conocido. Me pesaba tanto el corazón que me arrastraba los pies y apenas podía ver por el borrón de lágrimas que tenía en los ojos. A mi alrededor, mis compañeros de manada me observaban. Incluso vi a mis padres de pie junto a la sala común, mi padre con la mano en el hombro de mi madre, mirando con frialdad a la decepción de su hija. Mis hermanas se burlaban detrás de sus manos y me señalaban.

—Sabía que no lo conseguiría —dijo Emma.

—Con suerte, podremos olvidar que existe —dijo Cassie—. Entonces nuestra familia podrá ser perfecta como se suponía que debía ser, sin una hermanita de más rondando por ahí.

—¡Mírala; está llorando! —se burló Emma—. Boohoo, pobre Aria. ¡Eso te pasa por tener una rabietta! Mara siempre va a ser mejor que tú.

Nadie dijo nada en mi defensa. Las palabras de mis hermanas resonaron cruelmente dentro de mi cabeza hasta que el guardia de seguridad llegó a las puertas delanteras y me empujó hacia ellas.

—Si la vuelven a ver por las dependencias de la Logia, el Alfa Moore ha dado instrucciones a seguridad para que tomen medidas físicas para expulsarla. Le sugiero que se mantenga alejada de la Logia si quiere evitar la pérdida de sangre.

Así que ni siquiera podía ir a visitar a mi familia sin ser golpeada y sacada a la fuerza por la seguridad, como si mi familia quisiera siquiera que la visitara. Me escabullí por la puerta principal, aferrándome a mi caja mientras mi corazón se rompía en pedazos a mis pies.

¿Cómo había podido deshacerse todo en mi vida tan rápidamente?

Al otro lado del patio estaba el edificio de apartamentos donde vivían las familias de clase baja. Hacía años que no entraba en él, pero nada más cruzar la puerta me acordé de la gran diferencia que había entre este edificio y la Logia. El olor era a viejo y a sudor, saturado de una docena de familias hacinadas. Los pisos superiores tenían sus propios apartamentos, pero a mí ni siquiera me dieron uno. Me dirigieron al sótano, donde los miembros más bajos de nuestra manada estábamos obligados a vivir en una gran habitación compartida de hormigón frío, con un catre contra la pared como único espacio personal. Dejé mi caja de cartón sobre el catre y miré a mis nuevos compañeros. Eran la escoria de la manada Grey Creek: los vagos y desmotivados, los criminales, los que habían faltado al respeto al Alfa Moore lo suficiente como para ser condenados. Ahora, yo no era mejor que ellos.

Y ni siquiera ellos me aceptaron aquí.

—¡Mira quién es, Miss Rechazo Alfa!

—¡Debes haber fallado todo tu entrenamiento Alfa para que el Alfa Moore te meta aquí abajo con nosotros!

—No, oí que era porque ni siquiera podía fingir ser amable con Mara.

—¡Niña estúpida! Seguro que pensaba que le iban a servir el mundo entero en bandeja. Eso le pasa por ser tan engreída.

No me conocían en absoluto. No sabían lo duro que había trabajado para preparar mi futuro ni lo mucho que me importaba la manada. Quería que todos y cada uno de los miembros de la manada de Grey Creek prosperaran bajo mi liderazgo. Habría hecho todo lo posible para darles a todos un hogar amoroso y un lugar al que pertenecer. Pero todo lo que veían era un fracaso, un fantasma deprimente y vergonzoso de una adolescente con sueños rotos. Veían al monstruo celoso que Mara me había hecho parecer. En realidad, tenía el corazón roto, estaba sola y desesperada.

Me arrastré hasta mi catre y me rodeé las piernas con los brazos, enterrando la cara en las rodillas, ignorando a todo el mundo mientras mis lágrimas empapaban mis pantalones.

El agotamiento me acosaba, pero por muy cansada que estuviera, sabía que no sería capaz de conciliar el sueño en los fríos aposentos de los Omega. No tenía lámpara, así que, una vez

apagadas las luces, utilicé la luz de mi smartphone para iluminar las páginas del libro que aún intentaba leer. El dolor de mi corazón me impedía disfrutarlo. Sólo quería algo que mantuviera mi mente ocupada.

—¡Eh! —gruñó alguien a unos cuantos catres de distancia. Luego, me lanzaron una servilleta de papel a la cabeza—. ¡Apaga la puta luz!

—¡Sí, perra egoísta! ¡Algunos de nosotros estamos tratando de dormir!

Mientras se alzaba un coro de protestas de los descontentos omegas, apagué rápidamente el teléfono, metí los libros debajo de la cama y me escondí bajo la manta. No estaba acostumbrada a estar rodeada de tanta gente. Sin nada que ocupara mi mente, la desesperación se apoderó de mí y me sumió en la oscuridad.

Ya había amanecido cuando me desperté. Aturdida, me levanté de la cama, me estiré y me di cuenta de que el espacio bajo la cama estaba vacío. Los libros que había sacado de la biblioteca habían desaparecido.

En un arrebato de pánico, me arrodillé y busqué alrededor de mi cama, bajo las sábanas, en mi caja de cartón y por todas partes alrededor de mi catre antes de mirar a mi alrededor.

—¿Alguien ha visto mis libros?

El hombre mugriento del catre de al lado soltó una risita.

—Mejor no guardar objetos de valor aquí abajo... a menos que puedas dormir con ellos bajo la cabeza.

—¡Eran sólo libros! Libros de la biblioteca. Los necesito de vuelta.

Se encogió de hombros y se dio la vuelta, claramente sin intención de levantarse por hoy.

—Qué pena, qué triste, .

Incluso oír el insulto de un lobo de bajo rango como él me escocía porque me recordaba lo bajo que había caído. No era mejor que esos Omegas, y ni siquiera ellos sentían la menor simpatía por mí. Suspirando, preparé mi cama, tratando de encontrar una manera de evitar el dolor persistente del exilio de ayer. No podía quedarme en el catre deprimida. Dondequiera que fuera, mis compañeros de manada me criticarían por ser una fracasada. Al menos tenía que intentar

demostrar que no era una inútil. Seguía siendo la misma Aria Gunn que iba a por todas, trabajadora y honesta, sólo que... sin un futuro brillante al que aspirar, y cada vez era más difícil ser esa persona.

Como nunca había descuidado las responsabilidades, el primer lugar al que fui fue la biblioteca de la Logia. Puede que el guardia de seguridad me hubiera aconsejado que me mantuviera alejada, pero aún tenía responsabilidades que cumplir, y esto no estaba cerca de los alojamientos. Estaría bien si me escabullía, ¿no?

Me quedé tímidamente en el mostrador hasta que volvió la bibliotecaria, mirándome a mí y a mi falta de libros.

—Lo siento mucho, pero he perdido los libros que había sacado —admití.

El bibliotecario frunció el ceño bajo sus gafas de montura gruesa.

—¿Los has perdido?

—Bueno, yo... tuve que trasladarme ayer. Seguro que oyó todo el alboroto. —Tras una pausa, la ceja del bibliotecario, que se alzaba lentamente, me aseguró que estaba al corriente de lo ocurrido —. Guardaba los libros debajo de mi catre en los aposentos de los Omegas, y alguien se los llevó.

—Ya veo.

—No sé si los traerán de vuelta o si se han ido para siempre. Sólo quería decírselo porque suelo ser muy puntual cuando se trata de estas cosas, y si las tuviera, ahora mismo estaría registrándolas de nuevo, pero...

El bibliotecario levantó una mano para interrumpirme.

—Está bien —dijo secamente—. Los anotaré en el sistema como desaparecidos. Tendrás una marca en tu expediente, pero si los vuelves a encontrar, tráelos y te quitaré la marca.

Mi corazón se animó.

—¡Gracias!

El bibliotecario puso los ojos en blanco, claramente ambivalente. Pero la pequeña misericordia

que me ofreció fue enorme a mis ojos. Había perdido tanto que la idea de que me quitaran una marca del expediente me parecía una bendición. Por supuesto, aún tenía que encontrar los libros.

Impulsada por ese pequeño destello de esperanza, me dirigí a la granja. Tenía que haber algo para mí allí, y aunque no era el trabajo más glamuroso, estaba desesperada por cualquier cosa. Entré en el granero y me golpeó el olor a estiércol y heno, a ganado y cerdos, y respiré por la boca hasta que me acostumbré. El jefe de la granja estaba de pie al fondo del granero, pasando páginas en su portapapeles.

—Buenos días —saludé, forzando la alegría en mi voz a pesar de la reciente muerte de mi alma.

El jefe de la granja me echó un vistazo y mostró un colmillo.

—Nada de visitas no registradas en el granero. Perturba a los animales.

Les eché un vistazo. Los animales parecían estar perfectamente y ni siquiera se fijaron en mí.

—Lo siento, no sabía que había que registrar a los visitantes.

—Es una nueva política. —Se cruzó de brazos y me miró—. ¿Qué quieres?

—Me preguntaba si necesitabas ayuda por aquí. No tengo nada que hacer desde que... ya sabes.

Entrecerró los ojos. Mis intentos de olvidarme del devastador rechazo en mi ceremonia de apareamiento fueron muy poco apreciados.

—El único puesto que tenemos vacante es el de herrador, así que a menos que tengas más de dos años de experiencia en el mantenimiento de cascos de caballo, la puerta está por ahí.

Me dio un vuelco el corazón y el atisbo de esperanza se apagó en mi pecho.

—¿No necesitas ayuda extra para limpiar los establos? ¿Dar de comer a los animales?

—No. —Volvió a contar bolsas de pienso en el rincón.

—Quiero decir, incluso puedo palear estiércol...

El jefe de la granja se rio, pero no había diversión en sus ojos cuando me devolvió la mirada.

—Escucha, no quiero ser conocido como el imbécil que se dejó embaucar para sentir lástima por

la pequeña Aria Gunn, ¿de acuerdo? Has cabreado a toda la manada, ¿sabes? Ya tengo suficientes enemigos. Lárgate.

Me estremecí, cada sílaba afilada se clavaba como un cuchillo en mi piel. Abatida, me di la vuelta y salí del granero, sintiéndome aún más inútil que antes, preguntándome si realmente quedaría tan mal con él —o con cualquiera— darme una segunda oportunidad. Los rumores que corrían por la manada debían de ser realmente malos. Era tan patética que ni siquiera me querían paleando mierda en el granero.

Como mínimo, sabía que era una buena luchadora. La manada siempre estaba buscando más soldados que añadir a sus filas. Puede que estuviera desanimada, pero no estaba dispuesta a rendirme, así que, incluso con una nube pesando sobre mi cabeza, fui al gimnasio, al campo de entrenamiento donde los soldados solían pasar el tiempo.

En cuanto abrí la puerta, su atención se centró en mí. Una docena de cambiaformas lobo altos y musculosos, hombres y mujeres, me miraban como si fuera una cierva herida topándose con una manada de perros rabiosos. Me quedé helada al reconocer a Preston, que sonreía maliciosamente mientras se acercaba sigilosamente.

—¿Qué es esto? ¿Un nuevo saco de boxeo? —se burló.

Me erguí más, manteniéndome firme a pesar de que todos los instintos me gritaban que huyera.

—La última vez pensaste eso, el saco de boxeo te dio una paliza. Creo que deberías hacerte una revisión ocular —le recordé.

Preston arrugó la nariz. Los soldados que tenía detrás aullaron de risa.

—¡Maldita sea, tío! ¿Vas a dejar que la Rechazada te hable así? —gritaron—. ¡Reclama tu honor, hermano! ¡Ella no vale una mierda ahora!

Haciéndose crujir los nudillos, Preston acortó rápidamente la distancia que nos separaba y se colocó sobre mí.

—La última vez, fui suave contigo porque eras la hermana pequeña de mi novia y porque pensé que no se vería bien si golpeaba a mi futura Hembra Alfa. Pero lo echaste todo por la borda, ¿verdad? Ahora no hay nada que me impida restregar tu pequeño culo de tonta por el suelo.

¿Realmente iba a vengarse por haber perdido durante mi examen final de combate?

Le había ganado una vez. Podría ganarle otra vez, ¿verdad?

La incertidumbre me revolvió el estómago. Preston se abalanzó y yo me aparté esquivando por los pelos su enorme hombro. Luego se dio media vuelta, se encaró conmigo y le di una fuerte patada en el estómago. Me agarró del tobillo y me levantó el pie, tirándome al suelo. Mis ojos se abrieron de golpe. No esperaba caer al suelo tan rápido, ni que las emociones se me agolparan tan repentinamente en la garganta, las mejillas se me calentaron y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Oh, ¿qué pasa? ¿Vas a llorar como siempre? —se burló, y luego me cogió por la camiseta, sólo para tirarme de nuevo al suelo y reírse—. No pensarías que en realidad eras bueno peleando, ¿verdad?

Me puse de lado, me apoyé y tosí.

—¡Fui lo suficientemente buena como para completar todo mi entrenamiento!

—¡Eso es todo lo que era: entrenamiento! Nunca has estado en una pelea de verdad. —Preston me miró fijamente—. ¡Dime que no has venido aquí pensando que podrías ser un soldado como el resto de nosotros!

Eso era exactamente lo que esperaba. Pero ahora no me atrevía a decirlo, no con Preston burlándose de mí. La duda llenaba mi mente.

—¡Estúpida, patética enana! —Preston retrocedió un pie, dispuesto a darme una patada antes de que uno de los tenientes que observaban el campo de entrenamiento se adelantara.

—¡Ya vale! —gritó el señor Ross—. ¡Preston, retrocede!

El pie de Preston se estrelló contra el suelo.

—Zorra con suerte —me gruñó.

Cuando Preston se apartó, el señor Ross le dio un empujón, formando una barrera entre los soldados y yo.

—Volved todos al entrenamiento. ¡Ahora!

Los soldados refunfuñaron y se retiraron. La expresión del señor Ross estaba envuelta en

consternación, y sus puños se apretaron.

—Levántate, Aria.

Con la cabeza gacha, hice lo que me dijeron.

—No puedo permitir que vengas e interrumpas su entrenamiento. Tienes que irte.

Ya era demasiado tarde para detener mis lágrimas. Por más que intentaba frenarlas, seguían fluyendo, así que miré al señor Ross y luché por tener voz.

—¡Sabe que puedo luchar!

Los hombros del señor Ross se hundieron un instante. Me miró como si lo estuviera considerando, luego su rostro se endureció de nuevo y negó con la cabeza.

—No mantendrás un perfil bajo estando aquí. Este no es tu lugar. Tus habilidades se aplican mejor en otra parte, Aria.

Era la forma más amable en que alguien me había mandado a la mierda hasta el momento, pero, de todos modos, era otro rechazo más. Me dolía el cuerpo y el corazón.

Me alejé de él, perdiendo rápidamente la esperanza de encontrar alguna vez mi lugar en la manada.

Capítulo 8: Aria

Después de pensarlo mucho, decidí intentarlo con una persona más. Sabía que me estaba preparando para una decepción, pero me estaba quedando sin opciones. Todos los demás ya me habían rechazado. ¿Qué era un rechazo más?

Estuve sentada fuera de su despacho durante treinta minutos, escuchando la conversación amortiguada que había dentro, hasta que se abrió la puerta y alguien salió. De pie, asomé la cabeza por la puerta de la señora Foster y esbocé una débil sonrisa.

—Hola, señora Foster.

La mujer mayor levantó la vista, sorprendida.

—Aria. ¿Qué haces aquí?

—Me preguntaba si necesitarías ayuda por aquí.

Cuanto más me miraba, peor me sentía, hasta que su expresión se suavizó con simpatía y me indicó con un gesto que tomara asiento.

—Supongo que los últimos días han sido bastante duros para ti.

Sólo oírla reconocerlo me dieron ganas de llorar, pero ya había gastado todas mis lágrimas del día. Volví a sentirme vacía por dentro, como si hubiera un hueco donde debería estar mi corazón. Sentada frente a la señora Foster, acepté su mirada de simpatía como un acto hecho por necesidad. Probablemente no le importaba más que a los demás.

—Odio darte más malas noticias, pero no estoy autorizada a darte trabajo —dijo la señora Foster—. Era diferente cuando te entrenabas para ser la Hembra Alfa. Pero ahora que no tienes rango, el departamento de informes civiles y la gestión de fondos de la sucursal están por encima de tu nivel de acceso.

Sin rango. Esa era una forma más agradable de decir que era básicamente un Omega.

—Además, Mara se ha encargado de la mayor parte de aquello para lo que te entrenaron.

Sólo oír su nombre fue un puñetazo en las tripas. Resistí el impulso de fruncir el ceño, manteniendo el rostro neutro y la mirada atenta a la señora Foster.

—Está bien. ¿Quizá pueda ser tu ayudante o algo así?

Suspiró y negó con la cabeza.

—Me temo que no necesito un ayudante.

Tal vez estaba mintiendo, alejándome como todos los demás. La traición de ella también me caló hondo. Habíamos pasado mucho tiempo juntas en esta oficina, enseñándome, explicándome finanzas, contabilidad y teneduría de libros, dándome proyectos y tareas, llegando a conocerme. Sabía de lo que era capaz, posiblemente más que nadie.

—¿Hay... algo que pueda recomendarme? Por favor, señora Foster. Sólo necesito algo que hacer. Un lugar al que pertenecer.

La mujer mayor se contuvo, pero me di cuenta de que estaba preparando otro rechazo. Desvió la mirada hacia una estantería y yo la seguí por costumbre. Allí vi dos libros apilados en el borde de la estantería, como si los hubieran colocado allí distraídamente. Los dos libros que había sacado de la biblioteca y que me habían robado anoche.

—Esos son mis libros.

—¿Qué? —La señora Foster parpadeó, confusa.

Me levanté y cogí los libros.

—Saqué estos libros de la biblioteca, ¡y alguien los cogió de debajo de mi catre anoche en los aposentos de los omegas! —Al abrir los libros, busqué el bolsillo en la parte posterior de los libros, confirmando la presencia del sello de la biblioteca que habían recibido cuando los saqué —. ¿De dónde los has sacado?

—Oh, me reuní con nuestro director de informática esta mañana. Los encontró en una papelera de camino a mi despacho y me los dejó para que los dejara en la biblioteca. Ni siquiera comprobé los nombres en la tarjeta de préstamo. Supusimos que alguien los había robado de la biblioteca —explicó la señora Foster.

Ahora, las brasas crepitaban en mi pecho. Quienquiera que los hubiera robado planeaba hacerme quedar aún peor haciendo que pareciera que acababa de tirar los libros. Los apreté contra mi pecho y sacudí la cabeza.

—Tengo que devolvérselos al bibliotecario.

La señora Foster me miró y sus ojos se iluminaron.

—En realidad, Aria, tengo una idea de algo que podrías hacer. Sabes que visito la biblioteca casi todos los días para sacar registros y archivos relacionados con las Industrias Shadow Manufacturing —empezó—. No soy la única que tiene que visitar la biblioteca para estas cosas. Ese pobre bibliotecario se desvive por mantener todo organizado en los archivos mientras vigila la biblioteca. Quizá puedas echarle una mano.

La forma en que se iluminó me dio esperanzas de un nuevo propósito, pero tan rápido como se encendieron mis brasas, se apagaron.

—No lo sé. Nadie quiere ni siquiera mirarme, y mucho menos darme un trabajo. Además, se supone que no debo estar en la Logia.

—Los archivos están en el sótano. Nadie te lo va a poner difícil, y sería tonto si dijera que no. ¿Por qué no voy contigo?

Quería decirle a la señora Foster que no perdiera el tiempo conmigo —con todo respeto, por supuesto—, pero ella ya estaba de pie, rodeando su escritorio en dirección a la puerta. Y como, en el fondo, realmente quería ese trabajo en la biblioteca, la seguí.

Ya me parecía mal acercarme a la Logia. Esa misma mañana había sido una excepción, pero volver aquí con la intención de ignorar la advertencia del guardia de seguridad era un nuevo nivel de insubordinación que no estaba segura de querer aceptar. Seguí de cerca a la señora Foster cuando cruzamos la puerta principal, pero me encontré con el mismo guardia de seguridad que me había sacado a rastras la noche anterior. Me quedé paralizada, con los ojos muy abiertos.

Dio un paso adelante antes de que la señora Foster lo detuviera.

—La señorita Gunn ha sido autorizada para trabajar en los archivos —dijo.

—¿El Alfa Moore ha aprobado esto?

La señora Foster me miró en su periferia.

—Sí.

El guardia gruñó.

—Mientras no vaya a otro sitio que no sean los archivos, entonces.

Se me aceleró el corazón cuando la señora Foster me fue contando una mentira tras otra, adentrándose en el terreno prohibido de la Logia. Me escabullí a su lado, preguntando en voz baja:

—¿Qué vamos a hacer si Oswald se entera?

—Sólo te prohibieron la entrada a la vivienda, ¿no? Tienes todo el derecho a estar aquí. Sería un error prohibirte el acceso a los servicios públicos de la Logia: toda la manada depende de ellos.

Tenía razón. Se suponía que la cafetería, la biblioteca e incluso la sala común eran de uso gratuito para todos los miembros de la manada. Aunque había un estigma obvio contra los omegas que usaban la sala común, ya que muchos creían que se aprovechaban de la manada, tomando un lugar para comer y dormir sin dar nada a cambio, hasta donde yo sabía, no había ninguna ley que dijera que los compañeros de manada de estatus inferior no pudieran estar allí.

Al entrar en la biblioteca, encontramos al bibliotecario corriendo de un lado a otro del mostrador, tratando de ordenar un carro de libros que unos jóvenes habían dejado desordenados. Cuando oyó que se abría la puerta, se detuvo y sonrió a la señora Foster, luego me hizo una mueca. Estaba preparada para una respuesta sarcástica cuando se dio cuenta de que tenía los libros en las manos y su mueca desapareció.

—Has encontrado los libros.

—Si —dije, colocándolos tentativamente sobre el mostrador.

El bibliotecario los abrió de par en par y los examinó en busca de daños antes de asentir satisfecho.

—Muy bien. Eliminaré la marca de tu expediente.

—En realidad, Jonathan, esperaba que pudieras hacer algo más por Aria hoy —dijo la señora

Foster, juntando amablemente las manos sobre el mostrador.

El bibliotecario miró entre nosotras, esperando.

—Ayer mismo te quejabas de lo sobrecargado de trabajo que estás. Sabes tan bien como yo que Aria es una joven responsable e inteligente. Conoce bien el sistema de archivos de la biblioteca. ¿Por qué no la envías a los archivos para que te ayude a ordenarlo todo?

Jonathan se puso rígido como si le hubieran clavado una punta de hielo en la columna vertebral.

—Señora Foster, por favor, piense en lo que me está pidiendo.

La mujer mayor lo miró expectante.

—He pensado en ello. Aria se merece una segunda oportunidad después del... desafortunado resultado de su ceremonia de apareamiento.

Bajé la mirada, embargada por la gratitud y luchando contra una oleada de indignada ira, esperando lo mismo del bibliotecario. Era demasiado optimista, tanto por parte de la señora Foster como mía, pensar que él sería diferente a los demás.

Y sin embargo...

—Muy bien —suspiró—. Tienes razón. —Jonathan bajó la voz y se inclinó sobre el mostrador—. Si tengo que pasar otro día dirigiendo esta biblioteca entre cumplir las órdenes de los demás, puede que me vuelva loco.

La señora Foster rio entre dientes.

—Comprendo. Gracias, Jonathan.

—Mm.

Excepto que en el instante en que la señora Foster salió de la biblioteca, Jonathan entrecerró los ojos mirándome, su comportamiento amistoso se heló de nuevo en la rigidez que normalmente me mostraba.

—Que la señora Foster tenga razón no significa que quiera darte un trabajo —dijo—. Y no es realmente un trabajo, ¿de acuerdo? No te voy a pagar.

Su antipatía me hizo estremecerme, pero me tragué mi enfado y asentí.

—No necesito paga. Sólo algo para demostrar que no soy totalmente inútil.

El bibliotecario abrió la boca y me lo imaginé diciendo algo así como: “Ya lo veremos”, pero en los últimos cuatro años ya le había demostrado mi ética de trabajo. Se limitó a cerrar los labios y a regañadientes me condujo alrededor del mostrador hasta las escaleras que bajaban a los archivos.

—Todo está organizado a lo largo de esas estanterías o en los archivadores de aquí. Puedes utilizar este ordenador como directorio. Ya estás familiarizada con nuestro sistema de clasificación —dijo Jonathan.

El sótano se abría a una enorme sala de paredes oscuras con paneles de madera, vigas de madera en el techo y suelo de cemento. La habitación estaba iluminada por unas luces que zumbaban por encima y estaba llena de estanterías con libros y carpetas a salvo del resto de la manada.

—Toma —añadió, dando golpecitos en un papel que había sobre el escritorio donde estaba el ordenador—. Esta es una lista de todas las copias que hay que preparar para mañana.

Asentí con la cabeza, hojeando la larga lista, suponiendo que sólo sería responsable de recoger unos pocos ejemplares. Entonces me di cuenta de que lo que tenía que preparar era toda la lista. Debían de ser más de veinte artículos, y tenía que localizarlos y fotocopiarlos todos.

Pero eso no era nada comparado con los proyectos que la señora Foster me hacía hacer.

Jonathan ya estaba subiendo las escaleras.

—No me molestes si no puedes resolverlo. Y tampoco ensucies nada. Si es demasiado para ti, es mejor que busques trabajo en otro sitio.

—No te preocupes —respondí—. Creo que puedo manejar esto.

Jonathan resopló antes de desaparecer escaleras arriba.

Durante toda la tarde me dediqué a cincelar la lista. Aunque era un trabajo tedioso, era un cambio refrescante de la terrible angustia que había estado sufriendo. Era mejor que sentarme a pensar en todo lo que había hecho mal. Empecé a sentir que volvía a tener un propósito. Y mejor aún, estaba en los archivos, donde nadie podía burlarse de mí ni atormentarme.

Para cuando terminé, tenía en mis brazos una pila de papeles organizados por coloridas pestañas y carpetas para sus destinatarios designados. Jonathan estaba ordenando y preparándose para cerrar la biblioteca por la noche mientras yo los entregaba en el mostrador.

—¿Eso es todo? —Ladeó la cabeza, mirando por encima del montón—. Pensaba que había más.

—He ahorrado espacio escaneando los archivos y reorganizándolos en documentos individuales. También ahorraré papel en vez de imprimir una copia para cada cosa.

El bibliotecario frunció los labios. No sabía decir si estaba impresionado o molesto. —De acuerdo. Entonces tienes la noche libre. Pero te necesitaré mañana a las 6 de la mañana para asegurarme de que se recogen estas copias y para atender más peticiones.

—¡Entendido! —Sonreí, y mi ánimo se elevó con una nueva sensación de dirección. Sólo después de salir de la biblioteca me rugió el estómago y me di cuenta de que no había comido nada en todo el día. Estaba tan inmersa en mi tristeza, luego en mi búsqueda de trabajo y después en el trabajo de Jonathan que ni siquiera había pensado en comer.

La señora Foster me tranquilizó diciéndome que aún podía visitar la cafetería. Era el único lugar de la villa donde servían comida preparada de las cacerías, y como yo no era muy cazadora —y no tenía cocina propia— tendría que ser donde encontrara la cena.

Tal vez mi nuevo propósito me había cegado ante la realidad de mi situación.

Al entrar en la cafetería, todos los que estaban sentados en las mesas o de pie junto al mostrador guardaron silencio. Me miraron fijamente y enseguida sentí la presión de su juicio. Me dio un vuelco el corazón. Todavía podía entrar en la cafetería, ¿no?

Una camarera se me acercó y me detuvo antes de que llegara al mostrador.

—No puedes estar aquí —me dijo—. Tienes que irte.

—¿Qué? —Levanté la vista y miré a los demás que seguían mirándome boquiabiertos. Entonces vislumbé a mi familia sentada en una mesa de la esquina. Todos ellos: mi padre, mi madre, mis tres hermanas, incluso Preston. Se me puso la piel de gallina.

—Tienes prohibido comer en la cafetería —dijo la camarera. Nos dijeron que te echáramos si entrabas.

—¿Por qué? —Sentí que la ira hervía en mi interior—. ¡Necesito comer!

Mi madre entrecerró los ojos. Mi padre empezó a levantarse de la mesa como si cumpliera la función del guardia de seguridad de acompañarme a la salida. Salvo por la tensión de su postura, no podía imaginar que lo haría amablemente.

—No importa —murmuré—. Está bien. Me iré.

Todos me miraron, sus ojos me penetraron hasta que salí de la cafetería. Incluso a través de las ventanas del pasillo, vi cómo me seguían, como si esperaran que escupiera, insultara y plantara cara. Les devolví la mirada, especialmente a mi madre.

En el momento en que Oswald me prohibió la entrada a la Logia, tuvieron motivos suficientes para repudiarme. ¡Sólo buscaban una excusa!

Mientras el sol se ocultaba en el horizonte, me quedé fuera con un jersey y unos vaqueros, echando humo. Ni siquiera me dejaban comer. ¿Qué esperaban que hiciera? No tenía dinero para comprar comida en las máquinas expendedoras. No tenía coche para ir a una de las ciudades cercanas. Apenas podía cazar, sobre todo con mi pelaje rojo fuego.

Pero supuse que no tenía otra opción.

Si quería comer, tendría que pescar algo yo misma.

Capítulo 9: Aria

Una brillante media luna iluminaba el bosque en patrones de filigrana plateada y oscuridad informe. Yo formaba parte de esa oscuridad, escabulléndome entre los árboles en las sombras más profundas para que mi pelaje castaño no me delatara. Con cuidado de no pisar donde la luz de la luna se filtraba a través de las copas de los árboles, me deslizaba rápidamente sobre la hierba, con el olfato atento al olor de la presa.

La montaña rusa de emociones que había sufrido en los dos últimos días volvía a mí por intermitencia. Intenté no dejarme distraer por la gravedad del rechazo de mis padres. En todo caso, pensar en su actitud mientras me echaban de la cafetería me enfurecía aún más. Me llenó de la ambición de demostrar que podía cuidar de mí misma, y no sólo eso, sino que era una loba capaz, era más que mi entrenamiento Alfa. Podía cazar, luchar o hacer cualquier cosa que mi manada necesitara de mí. Incluso si no me querían ahora, ¡demostraría lo que valía! Esos pensamientos me mantuvieron concentrada en mi misión el tiempo suficiente como para rastrear el olor de un ciervo joven. Mi estómago gorgoteaba de excitación y hambre desesperada. No había comido en todo el día y esperaba que mi impaciencia no arruinara mi cacería. Mi corazón no podía soportar otro fracaso.

Apunté con mi cuerpo en la dirección del olor, moviéndome rápido y bajo como una flecha.

El olor llevaba ya diez minutos, lo que significaba que tendría que moverme rápido para encontrar al ciervo. Me agaché y me moví entre los árboles, manteniendo los ojos bien abiertos en busca de mi presa.

Entonces, en medio de un claro bañado por la luz de la luna, vi al ciervo pastando tranquilamente. Debía de ser un cervatillo de principios de primavera, que acababa de perder sus manchas y cuya madre no estaba a la vista. Me agaché para acercarme al animal, con la cola temblorosa. Mis músculos se enroscaron, listos para atacar. Contuve la respiración y esperé a que el ciervo se alejara lentamente, dándome la espalda...

Sólo para que un gruñido rasgara el aire. El ciervo levantó la vista y se alejó de un salto al mismo tiempo que dos cuerpos salían disparados de entre los árboles hacia el claro, envolviéndose el uno al otro entre dientes y uñas.

Me incorporé de golpe, con los ojos muy abiertos: primero fue el susto y luego la frustración al darme cuenta de que mi cena se escapaba. Di media vuelta y casi me di a la fuga antes de reconocer a uno de los lobos enzarzados en combate. Incluso a la luz de la luna, sabía que la coloración plateada, los toques de negro que bordeaban sus pelos y su cola... ¡era Luke! Su enorme cuerpo estaba tenso, los músculos ondulaban bajo su pelaje mientras se defendía de su agresor.

¿Qué hacía aquí fuera?

Estaba claro que se había metido en algún lío, porque el lobo que luchaba contra él no mostraba signos de detenerse ni siquiera después de que Luke rompiera el contacto, retrocediendo y gruñendo en señal de advertencia. El otro lobo enseñó los dientes y avanzó hacia él, agitando la cola en señal de desafío.

Dudé si era prudente exponerme, pero en el tiempo que pasé deliberando, dos lobos más aparecieron de la oscuridad, rodeando a Luke. Ahora le superaban en número.

En un abrir y cerrar de ojos, los tres lobos convergieron sobre Luke gruñendo y escupiendo. Sentí que mi corazón se me salió por la garganta. No podía dejar que esos lobos lo destrozaran. Desesperada por ayudarlo, me lancé desde los arbustos hacia el lobo más cercano. No pensé en el peligro; lo único que me importaba era ayudar a Luke. Mi entrenamiento de combate estaba al frente de mi mente, animándome a enganchar mis mandíbulas alrededor del lado del cuello de mi enemigo.

El lobo chilló de sorpresa y se apartó de Luke, girando sobre sí mismo para mordirme. Las alarmas sonaron en mi cabeza mientras retrocedía para alejarme de sus colmillos sin dejar de sujetar su cuello. Mis dientes se hundieron en su carne y saboreé la sangre, pero mi entrenamiento me instó a apretar para infligirle el mayor dolor posible. No quería matarlo, sólo hacerlo retroceder.

Por el rabillo del ojo, vi a los otros dos lobos mordiendo a Luke con clara intención maliciosa. Luke me llamó la atención antes de ser arrastrado de nuevo a la lucha. Estaba tan sorprendido de verme aquí como yo de estar luchando a su lado.

El lobo que tenía agarrado se soltó y perdió un trozo de piel y pelaje. Lo escupí y gruñí, pero el lobo no pareció inmutarse por el enorme agujero de su cuello. La visión me aterrorizó por dentro. Me abalancé sobre el lobo para atacarlo por segunda vez, y esta vez me esperaba de frente, con

nuestras mandíbulas abiertas chocando y los dientes rechinando. Me cortó el hocico justo por encima de la nariz, abriéndome una herida profunda que me empapó de sangre. Le clavé los dientes en el ojo y chilló de dolor, retrocediendo, pero ya era demasiado tarde: lo había cegado.

La sangre se me subió a la cara y oí como pulsaba en mis oídos. Luke tenía inmovilizado a un lobo mientras el otro le agarraba el tobillo e intentaba quitárselo de encima. Me di la vuelta y me abalancé sobre el lobo tirando del tobillo de Luke. Soltó un gruñido diabólico y se volvió hacia mí, mordiéndome la oreja. El dolor me atravesó la cabeza. Agité mis fauces de un lado a otro, destrozando la carne de su anca antes de que soltaran a Luke. Mientras él se ocupaba del lobo que tenía debajo, yo luchaba con el que tenía delante, pensando en nuevas formas de incapacitarlo como había hecho con el primero.

Antes de darme cuenta, tenía dos lobos sobre mí. El lobo cegado todavía tenía un ojo bueno para ver.

El pánico luchaba contra la determinación en mi cabeza. No podía meter la pata: mi vida dependía de ello, y también la de Luke. Miré entre mis dos oponentes y, cuando ambos se lanzaron contra mí, me agaché y me aparté, haciendo que chocaran entre sí. Mientras caían enredados, agarré una de sus colas y tiré de ella, rompiéndole una vértebra y provocándole un angustioso aullido. Pero rápidamente se pusieron de pie y me rodearon. Sus dientes llovieron sobre mí y, por una fracción de segundo, me arrepentí de haberme sumergido en la lucha. Cada mordisco hacía estallar mi terror, distrayéndome de mi entrenamiento. ¿Así iba a morir?

Cuando uno de los lobos me tiró al suelo con sus dientes en el cuello, me agité, pataleando y mordiendo. El otro lobo aprovechó la ocasión y se lanzó a por mi abdomen. Mi vida pasó ante mis ojos, pero antes de que hiciera contacto, su cabeza retrocedió y su cuerpo fue arrojado a un lado. Luke lo había agarrado y me lo había quitado de encima.

El otro lobo me soltó. Luego, me incorporé, dándome cuenta de que el lobo con el que Luke estaba luchando había desaparecido, dejando sólo un charco de sangre a su paso. Luke golpeó salvajemente al lobo cegado, haciéndole huir tras arrancarle el otro ojo. El último lobo que quedaba volvió a centrar su atención en Luke, pero ahora le superábamos en número. Entonces, me puse de pie y gruñí.

Al ver que no le quedaban aliados, el lobo gruñó, echando espumarajos, y se abalanzó, pero en lugar de golpearlos a ninguno de los dos, pasó corriendo junto a nosotros, y desapareció en el bosque.

Luke y yo jadeábamos, nuestros cuerpos cubiertos de sangre, mirando fijamente el lugar por donde habían desaparecido los atacantes. Me temblaban las piernas, pero me mantenía fuerte y aturdida por la victoria, aunque mi cuerpo anhelara derrumbarse.

—¿Estás bien? —preguntó Luke en lengua de lobo.

Su voz me sacó de mi aturdimiento. Levanté la vista y me encontré con sus inteligentes ojos ámbar clavados en mí.

—Estoy bien —insistí, pero el vacío de mi voz indicaba lo contrario.

Se acercó y olfateó mis heridas.

—Eso ha sido increíblemente valiente de tu parte —dijo Luke—. Pero supongo que no debería esperar menos de la Hembra Alfa de la Manada Grey Creek.

Me aparté de él, dudando en responder. No debe haberse enterado de lo terrible que fue mi ceremonia de apareamiento.

Afortunadamente, Luke continuó hablando antes de que yo pudiera decirle nada

—Gracias por tu ayuda. Dos lobos, puedo manejar con facilidad. Pero tres lobos -peleando tan salvajemente como lo hacían- no sé cuánto más podría haber durado por mi cuenta.

—¿Por qué te han atacado?

Agitó una oreja.

—No lo sé. Estaba patrullando y aparecieron de la nada.

Eso era preocupante. Me acerqué al charco de sangre que había dejado uno de los lobos, tratando de identificar el olor, pero no pude reconocer de qué manada venían. No eran de las manadas Grey Creek, Moonstone, Crescent Moon o Silent Shadow. ¿Significaba eso que teníamos solitarios arrastrándose por nuestro territorio, robando nuestra comida y causando problemas? Fruncí el ceño al pensarlo. Alguien tendría que decírselo a Oswald.

Me pregunté si serían los mismos granujas que habían herido a Mara.

El palpita de mi cara y oído me distraían. No sólo me dolía el corazón, sino que ahora me

chirriaba el dolor por todo el cuerpo. No quería admitir ante Luke que nunca me convertiría en la Hembra Alfa, así que, sin volver a mirarle, me dirigí hacia los árboles.

—Espera —llamó detrás de mí—. Estás sangrando.

Un sudor frío me recorrió.

—Lo sé.

—No quiero que atraigas a esos solitarios si te vas por tu cuenta. Deja que te acompañe a tu manada —me ofreció Luke, con sus pasos detrás de mí.

La idea de pasar aún más tiempo con él me erizaba la piel. Bajo ningún concepto podía admitir lo que me había pasado... todo lo que había perdido... No quería que me juzgara igual que los demás.

—No —insistí—. Estaré bien.

Sacudí la cabeza, mirando mis heridas.

—No puedo en conciencia dejarte ir sola. Sabes que es peligroso que una metamorfa viaje sola en tu estado, especialmente una hembra alfa. Por muy gran luchadora que seas, ni siquiera tú puedes enfrentarte a tres solitarios... Quizá más.

¿De verdad pensaba que yo era una gran luchadora? Rápidamente sofoqué las brasas que surgían en mí.

—No voy a volver a la manada —murmuré.

—¿Por qué no?

No podía decirle la verdad. La lengua y el corazón me pesaban.

—Estoy... cazando. Es más fácil si me quedo aquí.

Luke ladeó la cabeza, mirándome con escepticismo, pero yo ya no tenía energía para defenderme. Ni siquiera pensaba dormir aquí, pero tenía que comprometerme a mentir o Luke se enteraría de que me habían echado de la Logia. Lo miré a los ojos durante una fracción de segundo, luego aparté la mirada y continué mi camino hacia los árboles.

Después no dijo nada ni intentó detenerme. Quizá sintió que algo iba mal. Por mucho que intentara ocultarlo, el dolor de Oswald y el rechazo de mi familia siempre parecían salir a la luz.

La noche parecía más oscura después de la pelea. Habían entrado nubes que tapaban la luna y oscurecían el bosque. El dolor estaba siempre presente, pero me alegraba que los solitarios no me hubieran dejado lisiada; mi oreja y el corte de mi hocico sanarían. Cuanto más caminaba, más agotada me dejaban el dolor y el hambre, hasta que por fin encontré un agujero bajo unas raíces. Al estar protegido por las raíces, probablemente era el mejor lugar que podría haber encontrado. Entonces, me metí en el agujero y me acurruqué, escondiendo la nariz bajo la cola. El hambre me roía el estómago y la soledad me arañaba.

Me moría por acurrucarme con alguien, por una pizca de compasión tras la pelea, por alguien que me limpiara las heridas, me abrazara y me dijera que lo había hecho bien. En lugar de eso, estaba sola. Realmente sola, por primera vez en mi vida, pasando la noche lejos de la villa, en medio de la naturaleza. Me golpeó más intensamente de lo que esperaba. Me dolía la garganta por el nudo emocional. Cerré los ojos con fuerza, bloqueando esos pensamientos hasta que el sueño se apoderó de mí.

En ese momento, se rompió una rama.

Abrí los ojos de golpe y contemplé el bosque tenuemente iluminado con los colores del alba. Cuando enfoqué la vista, apenas vi un cuerpo oscuro que se arrastraba entre los árboles, de espaldas a mí, mientras se alejaba. Levanté la cabeza y entrecerré los ojos.

Segundos después, un olor cálido y cobrizo me llegó a la nariz. Cerca estaba el cadáver ensangrentado del ciervo que había rastreado la noche anterior.

La alarma volvió a sonar en mi cabeza. Me puse de pie a tientas, salí del agujero y me arrastré hacia el ciervo recién matado. El olor de Luke estaba por todas partes. Debía de haberlo matado hacía una hora. Volví a mirar hacia el bosque, donde lo vi caminando, pero ya se había fundido en las sombras, desapareciendo de mi vista. No era sólo el ciervo, sino que todo el claro estaba saturado de su olor.

¿Se había quedado toda la noche vigilándome?

Por mucho que quisiera perseguirle y decirle que se llevara el ciervo a su propia manada, el hambre me convenció de lo contrario. Mi estómago gruñó en señal de protesta y salivé con sólo mirar el cadáver aún caliente. Incapaz de resistirme, devoré al ciervo. Mi cuerpo fue

recompensado con la satisfacción de un festín. Era el venado más sabroso que había comido nunca. Aunque habría sabido mejor si lo hubiera cazado yo misma.

Entonces supe que tendría que recompensar a Luke, no sólo por el conejo que había cazado para mí o por el ciervo que me acababa de dejar, sino por el hecho de que se hubiera quedado a vigilarme. No tenía que hacerlo, pero se había asegurado de que estuviera a salvo. Y se lo agradecía.

La próxima vez que lo viera le diría la verdad.

Pero antes de eso... tenía que advertir a Oswald sobre los solitarios.

Capítulo 10: Aria

—¡Llegas treinta minutos tarde! —me regañó Jonathan desde detrás del mostrador de la biblioteca cuando entré.

Me apreté más la rebeca para disimular los moretones de la pelea en los brazos y el cuello, pero no había forma de ocultar el vendaje que tenía en el puente de la nariz.

—Lo siento. Me he liado con algo.

Jonathan entrecerró los ojos ante el vendaje.

—¿Qué ha pasado?

—Sólo es un grano —le dije, corriendo a su lado hacia las escaleras que bajaban a los archivos.

El bibliotecario se burló y se cruzó de brazos.

—Entonces te quedas treinta minutos más.

—Vale —volví a decir subiendo las escaleras.

Una vez en el mostrador, por fin me paré a respirar. Aquella mañana había tenido que correr desde el bosque hasta la villa, ducharme y vestirme. Armándome de valor, fui primero al despacho de Oswald, pero no estaba.

Una parte de mí se sintió aliviada. Pero el peligro de los solitarios se cernía sobre mí y mi manada.

No tuve más remedio que dirigirme a la biblioteca, guardándome para mí la pelea de la noche anterior mientras atendía solicitudes de expedientes y registros, rebuscando en los archivos los documentos que me pedían mis compañeros de manada. Al menos no tenía hambre.

A media tarde, las peticiones se ralentizaron y ya estaba recopilando documentos para distribuirlos. Alguien me había pedido la documentación del tratado de paz entre los

cambiaformas lobo de Silent Shadow y las Brujas de hacía seis años. Me encontré curiosa hojeando un artículo al respecto en un boletín compartido entre nuestras manadas.

“El alfa Richard Black y Yuna Bergen, matriarca del Aquelarre de la Luz de las Estrellas, están negociando un acuerdo de paz en medio de disputas territoriales”, rezaba el título del artículo. “Con la reciente llegada de dos nuevas manadas de cambiaformas lobo a Alsa Stone, las tensiones por la gestión de los recursos entre los cambiaformas y el territorio vecino de Aquelarre de la Luz de las Estrellas han aumentado. Con el fin de acomodar a las dos nuevas manadas subsidiarias, el alfa Richard Black solicita territorio adicional a Aquelarre de la Luz de las Estrellas a cambio de acciones de crecimiento en Shadow Manufacturing Industries. Esta contraoferta es una respuesta a una petición anterior del Aquelarre de la Luz de las Estrellas de un matrimonio concertado que fue rechazada por el Consejo de Siete...”.

Me pareció interesante que hubieran intentado concertar algún tipo de matrimonio entre una bruja y un cambiaformas lobo. Por lo general, no existían vínculos matrimoniales entre los cambiaformas y una raza diferente de Otros —brujas, vampiros y elfos oscuros. Especialmente no humanos. Debía de ser un intento de heredar poder dentro de Shadow Manufacturing Industries.

Adjunta al artículo había una foto del alfa Richard Black sentado a una mesa con los tres representantes metamorfos del Consejo de los Siete. Por lo que yo sabía, Richard era el padre del alfa de Silent Shadow, Lucas Black, y desde entonces se había convertido en uno de los metamorfos del Consejo de los Siete, lo que había abierto el puesto de alfa a Lucas. Recorrí la foto con las yemas de los dedos, encontrando familiar su pelo negro con mechas grises, hasta que mis ojos se fijaron en los collares que llevaban los miembros del Consejo. Cada uno llevaba un gran medallón dorado colgado de una cadena dorada alrededor del cuello, con imágenes grabadas de lobos, cuervos, murciélagos y zorros, que representaban a los cambiaformas lobo, las brujas, los vampiros y los elfos oscuros. Se suponía que representaba la unidad entre las razas de los Otros.

—¡Aria! —Jonathan bramó desde arriba—, ¿Dónde están esos documentos?

Sobresaltada, dejé el boletín a un lado y recogí todas las copias que había hecho.

—¡Ya voy!

Cuando por fin terminé con mis tareas del día, no encontré tregua al salir de la biblioteca. La

certeza de que tendría que enfrentarme a Oswald se cernía sobre mí. Inspiré, armándome de valor por segunda vez, y salí de la Logia en dirección al despacho de Oswald. Después de no verlo la primera vez, me di cuenta de que en realidad no quería hablar con él. Quizá tuviera suerte y no volviera a estar allí. Tal vez podría pasarle el mensaje a otra persona. Nunca me había resistido a hablar con Oswald, pero después de todo lo que había pasado tenía los nervios a flor de piel.

Me detuve frente al edificio de oficinas, reconsiderando la posibilidad de entrar. Entonces, oí que alguien se acercaba por detrás.

—Buenas noches, Alfa Gunn.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Me giré y vi un rostro familiar, que me miraba con sus serenos ojos ámbar y una pequeña sonrisa amistosa en los labios. Los cortes en el cuello y los brazos me recordaron la pelea de la noche anterior.

—Hola, Luke —fue todo lo que logré decir.

En sus brazos, Luke sostenía un ramo de flores envuelto en papel de estraza y tenía un aspecto pulcro con sus pantalones negros y su camisa blanca de vestir.

—¿Vas a hablar con Oswald?

—Sí.

—Bien. Esperaba que pudiéramos hablar del ataque de solitarios de anoche —dijo, acercándose a las puertas.

Se me heló la sangre. Probablemente esperaba que yo ya hubiera informado a Oswald. Debía contarle a Luke la verdad sobre mí, pero no creía que en el tiempo que transcurría entre que entrábamos en el edificio de oficinas y llegábamos al despacho de Oswald fuera capaz de explicárselo todo. El corazón me latía con fuerza mientras iba tras él, balbuceando lo único que se me ocurrió decir.

—¿A qué viene eso?

Luke miró el ramo que tenía en las manos y luego me sonrió.

—Ya verás.

No me gustaron las implicaciones de su respuesta.

—¿Cómo están tus heridas? —preguntó mientras caminábamos.

—Están bien. —Ni siquiera las había mirado desde mi ducha. Debería haber ido al centro médico, pero había estado demasiado ocupada, y me daba demasiada vergüenza mostrar mi cara en otro lugar que no fuera la biblioteca.

—¿Las tuyas?

—Oh, sobreviviré —dijo Luke con buen humor—. ¿Supongo que has recibido mi regalo esta mañana?

Mis mejillas enrojecieron, recordando cómo me había vigilado la noche anterior.

—Sí.

—Considéralo un regalo para la Manada de Grey Creek en nombre de Silent Shadow.

Habría sido vergonzoso que yo fuera realmente la Hembra Alfa, dependiendo de la caridad de un subordinado de Silent Shadow para mantener a mi manada. Me reí débilmente y no estaba segura de qué era más embarazoso, si la verdad o mi evidente falta de destreza en la caza.

La conversación trivial con Luke era penosa, pero la prefería al silencio mientras nos acercábamos al despacho de Oswald. Me quedé atrás, indecisa de si debía mostrar mi cara, pero Luke sólo esperó a que yo tomara la iniciativa. Probablemente por respeto: seguía pensando que yo era la hembra alfa.

Llamé a la puerta. La puerta se abrió y vi a Oswald mirándome, con el rostro contorsionado en un gruñido.

—¿Qué...?

Su voz se entrecortó al mirar al hombre que estaba detrás de mí.

—Ah, no te dio ninguna molestia en el camino, ¿verdad?

—No —contestó Luke cordialmente al entrar en el despacho. Debió pensar que era una broma—. ¿Cómo estás hoy, Alfa Moore? Lamento haber tenido que perderme tu ceremonia de

apareamiento.

Mientras Luke se sentaba en la silla frente a Oswald, yo me quedé rondando incómodamente hasta que Oswald me fulminó con la mirada.

—¿Por qué sigues aquí? —espetó—. No necesito tu hedor apestando mi oficina.

La frialdad de su voz me hizo estremecer. Su abierta burla hacia mí me afectó mucho, sobre todo sabiendo que el desdén que sentía ahora era el mismo que debía de haber sentido por mí todo este tiempo. Agaché la cabeza y me encogí hacia la puerta, avergonzada.

Luke enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Perdón?

—Me disculpo por ella. Está claro que no sabe dónde se la necesita y dónde no —dijo Oswald.

—Pensaba que la necesitaban aquí —dijo Luke.

Oswald ladró con una risa cruel.

—No, amigo mío. Hace demasiado tiempo que no hablamos. Supongo que tengo que ponerte al corriente de todo lo que te has perdido.

¿Mi amigo? La poca confianza que tenía en Luke se fracturó instantáneamente. Si hubiera sabido que él y Oswald eran amigos, me habría mantenido lejos de él. Tragándome mi consternación, me di la vuelta y traté de escapar de la oficina, sólo para detenerme cuando encontré otro cuerpo bloqueando la puerta. Se me heló la sangre.

El aire bien podría haber cantado cuando la última luz del atardecer entró por las ventanas y cayó sobre Mara. Estaba de pie, con las manos entrelazadas, vestida con un vaporoso vestido azul de verano y el pelo plateado recogido en una elegante trenza. La tranquila sonrisa de su rostro desapareció al instante, sustituida por la angustia que le causaba mi presencia. Pero yo la descubrí. Fuera cual fuera su expresión, todo en Mara destilaba un engaño que sólo yo podía ver.

—¡Aria! —susurró, con voz débil por el terror.

Oswald gruñó y se puso de pie, apartándose de un empujón para llevar a Mara de forma protectora al despacho.

—Te pido disculpas, mi amor. Ya se iba.

Luke también se levantó. Su mano se lanzó a mi brazo como para defenderme de la fuerza de Oswald.

—¿Tu amor? —Parpadeó, mirando entre Oswald y Mara—. ¿Quién es?

—Esta es mi pareja, Mara Torres —declaró Oswald con orgullo.

Luke se quedó mirando a Oswald con incredulidad. El calor estalló en mi pecho. No quería otra cosa que huir avergonzada de la verdad.

—¿Tu pareja? —Luke finalmente se hizo eco, luego me miró—. Pensaba que Aria Gunn era tu compañera.

—No —escupió Oswald con disgusto—. Esa chica ha demostrado que no es apta para ser la Hembra Alfa a mi lado. He elegido a Mara en su lugar.

—No lo entiendo —dijo Luke. Extendió el ramo, mirando entre Oswald y yo—. He traído esto como regalo para felicitaros a los dos por vuestra ceremonia de apareamiento. Aria, pensaba que eras la Hembra Alfa de Grey Creek.

Antes de que pudiera contestar, Mara cogió el ramo de las manos de Luke, desenvolvió el papel y se quedó boquiabierta ante la belleza de las flores.

—Oh, son tan hermosas. Gracias, Alfa Black.

Todo lo que hubiera podido decir para explicarme se me quedó en la garganta. Mis ojos se clavaron en Luke cuando resonaron las palabras de Mara. Alfa Black.

—Ella te ha dicho eso, ¿verdad? —Oswald me fulminó con la mirada—. Al parecer, la chica no puede olvidarlo. Ahora anda por ahí intentando convencerte a ti, el Alfa de la manada de las Silent Shadow, de que sigue siendo la Hembra Alfa. ¿No ves por qué no podría tener a alguien tan embustero a mi lado?

—Qué terriblemente engañoso —contribuyó Mara, con voz frágil por la decepción que sentía hacia mí.

—¡Empezó con ella haciendo comentarios horribles a Mara, amenazándola de muerte,

poniéndole las manos encima! ¡Ahora mancha la reputación de la manada Grey Creek difundiendo mentiras! Siento que hayas tenido que ver esto, Lucas. He estado tratando de hacer control de daños, pero ella se está descontrolando.

Al mencionar todos los crímenes que había cometido contra Mara, sus ojos brillaron con lágrimas inminentes. La visión encendió un pequeño fuego en mi pecho, sabiendo que todo eran mentiras, pero Oswald sólo oía lo que quería oír. Extendió una mano reconfortante hacia el brazo de Mara, y ella se apretó más a Oswald, como escondiéndose de mí. Mi fuego interior crepitaba, pero no podía hacer nada. Me sentía desesperada, atrapada.

—Me disculpo por los pensamientos que ella pueda haber puesto en tu cabeza, pero ella de ninguna manera representa los ideales de la Manada Grey Creek —continuó Oswald—. Ya la he desterrado de la Logia y la he despojado de su rango. Esta Omega ni siquiera debería estar ante nosotros en mi despacho.

Cada palabra que decía Oswald me hacía sentir más y más pequeña. Perdí las fuerzas para mirar a nadie y me limité a mirar al suelo humillada. Este hombre a mi lado no era un simple técnico informático que me había regalado una presa por la bondad de su corazón. Era el Alfa de Silent Shadow. Era Lucas Black, el lobo en la cima del tótem, líder no sólo de su manada, sino también de las manadas subsidiarias. Todo este tiempo, había sido Lucas Black quien me había invitado a correr con él, quien había luchado a mi lado, quien me había cuidado anoche.

¿Cómo pude no saberlo? Me sentía tan estúpida que quería derrumbarme.

—Incluso ahora, ella está montando un espectáculo, tratando de torcer nuestros sentimientos. No le hagas caso. Eso es justo lo que ella quiere.

No ayudaba que Oswald estuviera disfrutando de su ataque verbal contra mí, abriéndome en canal con las garras de sus palabras, destruyendo la imagen que intentaba presentar de mí misma a Luke... no, a Lucas. La verdad había quedado al descubierto, y era incluso peor de lo que podía haber imaginado.

—¡Basta! —dijo Lucas.

Su voz rebosaba una rabia que yo sabía que iba dirigida a mí. Le había mentado. Había caído al nivel de luchar junto a un Omega. Lo había avergonzado al aceptar su amabilidad, y ahora iba a volverse contra mí, igual que Oswald.

Lucas gruñó y se puso delante de mí.

—Tu crueldad me horroriza, Oswald. Has dejado de lado a una hembra alfa con un talento excepcional que destacó en su entrenamiento por esta... ¿esta extraña? —Lucas señaló a Mara, sin inmutarse por su inocencia—. ¿Cómo has podido ser tan irresponsable?

Me quedé mirando a Lucas, atónita.

¿Realmente me estaba defendiendo?

Capítulo 11: Aria

Parecía que no era la única sorprendida por el enfado de Lucas. Oswald lo miró boquiabierto antes de enderezarse, su lucha por mantener la calma era evidente.

—Alfa Lucas, soy cualquier cosa menos irresponsable. Dar a Aria el rango de hembra alfa sería irresponsable. Si vieras cómo se ha comportado en las últimas semanas mientras Mara estaba aquí, lo entenderías. No la conoces como yo.

Tenía tantas ganas de responderle a Oswald que él tampoco me conocía. Nunca tuvo la oportunidad de conocerme. Pero ya estaba en el punto de mira por mis rumores de mal comportamiento, y hablar sólo cavaría más hondo mi tumba. Eché humo entre la humillación y la rabia.

Lucas negó con la cabeza.

—Incluso después de las pocas veces que he visto a Aria, puedo decir que sería muy valiosa para cualquier manada. Los informes que recibí de sus maestros durante su entrenamiento como alfa contenían elogiosas críticas sobre su dedicación al trabajo. Anoche me ayudó a repeler a los solitarios, ¿cómo puedes decir que carece de las cualidades de una Hembra Alfa cuando todas las pruebas sugieren lo contrario?

—¿Solitarios? —se hizo eco Oswald, ignorando el otro elogio en favor de la noticia que no había tenido oportunidad de contarle—. ¿Qué solitarios?

Lucas me miró. Bajé los ojos, avergonzada por no habérselo dicho aún a Oswald, pero en el fondo tenía la sensación de que él entendería por qué. Su mano se posó en mi hombro para tranquilizarme, haciendo que mi cuerpo se pusiera rígido.

—Anoche me atacaron —dijo Lucas—. Mientras cazaba, tres solitarios me tendieron una emboscada. Puede que no hubiera salido con vida de no ser porque Aria apareció para echarme una mano. Su valentía es digna de elogio.

Oswald, erizado, miró entre nosotros y me fulminó con la mirada.

—¿No has pensado en informarme de esto?

—Intenté decírtelo esta mañana, pero no estabas en tu despacho —le dije—. No he podido ir a buscarte a la Logia. —Olvidé mencionar que había ido a la Logia a trabajar en los archivos de todos modos.

—Porque le prohibiste la entrada a la Logia —recordó Lucas—. Quizá te hubieras enterado antes de la noticia si Aria no hubiera sido apartada de los canales dentro de su propia manada. —La decepción se filtró a través de sus palabras.

—Hay múltiples maneras en que Aria podría haberme informado —dijo Oswald, resistiendo el gruñido en su voz—. Cuéntame más sobre esos solitarios.

—No hay nada más que contar —dijo Lucas—. No pudimos determinar de dónde venían. Nos atacaron sin ninguna consideración por sus propias vidas. No sé cuáles eran sus intenciones más allá de la violencia pura y sin sentido.

Las consecuencias del ataque eran visibles en Lucas. Sus heridas estaban cubiertas de vendas y los moretones formaban manchas oscuras en sus brazos y su cuello. Si Oswald estuviera un poco menos preocupado por su preciosa Mara, tal vez se habría dado cuenta.

Oswald apretó los labios para evitar que se le escapara un gruñido.

—Enviaremos patrullas extra, entonces. No puedo permitir que esos solitarios hieran a ninguno de mis compañeros de manada.

—Bien —dijo Lucas inmediatamente—. De paso, que alguien examine las heridas de Aria también.

Oswald abrió la boca para protestar, pero el peligro de discutir con el Alfa superior le hizo callar.

En lugar de Oswald, fue Mara quien habló, juntando las manos delante de ella.

—Alfa Black, te ruego que reconsideres tu opinión sobre Aria. Es tan peligrosa para nosotros como esos solitarios. Es muy posible que incluso haya estado trabajando con ellos.

—¿Qué razón podría tener para trabajar junto a solitarios asesinos? —solté.

Mara se estremeció al oír mi voz, agarrándose al brazo de Oswald. La emoción se agolpó en su

interior, un conjuro de indignación y frustración y desesperación por ser creída por encima de mí.

—Creo que lo sabes muy bien. Los celos pueden hacer que la gente haga cosas impensables.

—Nunca pondría en peligro a mi propia manada —insistí.

—Ella está delirando, Oswald —desvió Mara, haciéndole señas para que siguiera la conversación por ella.

La furia se despertó en mi interior cuando Mara simplemente hizo caso omiso de mí. Pero incluso la tensión en mis músculos era suficiente advertencia de mi ira, y eso puso a Oswald y Mara a la ofensiva, esperando que arremetiera y me defendiera, pero no había manera de que pudiera hacerlo, especialmente con Lucas aquí. Pero no iba a quedarme aquí a escuchar cómo me calumniaban por más tiempo. Me reí de las palabras de Mara, me di la vuelta y me marché del despacho. Estaba claro que mi presencia ya no era necesaria. Oswald ya conocía a los solitarios, así que podía ocuparse de ellos por su cuenta.

Nadie dijo nada cuando salí de la oficina, y eso fue para mejor. Cuando bajé por el pasillo y volví al ascensor, me sentía tan mortificada como furiosa. No podía creer que Oswald y Mara me hubieran degradado así delante de Lucas. Mi única salvación era que Lucas pensaba que yo era mejor que eso —había visto de lo que era capaz—, pero me esperaba a que Oswald y Mara le hicieran cambiar de opinión ahora que se había quedado a solas con ellos. Alguien que creía que podría haber sido un amigo se convertiría en otro espectador crítico que no sabía nada.

Por otra parte, todo este tiempo me había equivocado sobre quién creía que era Lucas. Era más que un simple técnico informático. No era sólo un subordinado de la Manada Silent Shadow. Él era su líder, así que incluso si no creía lo que Oswald decía, todavía no había ninguna posibilidad de que pudiera considerarlo mi amigo. Lucas Black tenía cosas mucho más importantes en las que gastar su tiempo que en mí.

Me ardían las mejillas, el nudo que tenía en la garganta se me hinchaba hasta dolerme. Por mucho que quisiera llorar y revolcarme en mi rabia, ya no tenía ningún sitio privado al que ir. No quería llamar la atención de los otros omegas del sótano, así que, en lugar de volver allí, salí de la villa y me cambié de ropa, transformándome de nuevo en lobo.

Era la única manera que se me ocurría de quemar mis frustraciones. Al caer la noche, corrí por los campos hacia el bosque, concentrándome en la caza. Si era productiva y podía distraerme, tal

vez el dolor de que Lucas supiera la verdad sobre mí no me dolería tanto. Aun así, deseaba volver a ver su pelaje plateado. Que lo encontrara aquí en la naturaleza, como la noche anterior, y que me mostrara la compasión que me había hecho sentir que no estaba sola por una vez.

Corrí toda la noche, cazando y buscando algo más que comida.

A pesar de la falta de sueño, me sentí mejor preparada para afrontar el día cuando regresé a la villa a la mañana siguiente. Mi estado de ánimo se había recuperado tras una noche solitaria de autorreflexión. Vestida con mis vaqueros azules y un jersey gris, entré en la Logia y me alivió ver que no había guardias de seguridad apostados en la puerta principal. La mañana pintaba bien, hasta que me di cuenta de adónde habían ido los guardias de seguridad.

Dos de ellos estaban delante del mostrador de la biblioteca, acechando a Jonathan. Los tres me miraron cuando entré en la biblioteca. Me quedé helada, con el miedo agolpándose en mis entrañas.

—Te vienes con nosotros —ordenó uno de los guardias de seguridad.

Ambos se pusieron a mi lado, cogiéndome de los brazos mientras yo miraba confundida a Jonathan.

Parecía sorprendido, incluso enfadado, se frotaba la nuca y me pedía perdón. Si no hubiera sabido lo mucho que necesitaba ayuda en los archivos, le habría acusado de chivarse a los guardias de seguridad. Pero tenía la sensación de que había alguien más detrás de todo esto.

Obedecí a los guardias, pero mientras me sacaban de la Logia y cruzaban el patio, mi temor se transformó en un resentimiento que me resultaba terriblemente familiar. Me preguntaba qué había hecho mal. Me esforzaba al máximo por ser útil. ¿Por qué nunca era suficiente?

No fue ninguna sorpresa cuando me llevaron al edificio de oficinas, conduciéndome una vez más por los pasillos hasta el despacho de Oswald. Allí estaba sentado en su escritorio, reclinado en su silla con los brazos cruzados como si me estuviera esperando.

—Cierra la puerta —dijo a uno de los guardias después de que me dejaran.

La puerta se cerró y me quedé al otro lado del escritorio de Oswald, mirándole a los ojos mientras le retaba en silencio a que me explicara por qué me habían apartado de mi trabajo. Mi resentimiento se convertía en ira cada segundo que pasaba antes de que hablara. Ya podía intuir

lo que iba a hacer.

—Te he prohibido la entrada a la Logia —dijo.

—Me prohibieron la entrada a la vivienda de la Logia —respondí.

—¡No te hagas la tonta! —gruñó Oswald—. ¡Sabes que no quiero que te acerques a la Logia y, sin embargo, mentiste y te colaste en un trabajo en los archivos! Mentiste a mis guardias diciendo que tenías autorización para trabajar en la Logia. Manipulaste a Jonathan para que te dejara manejar documentación delicada... ¿de verdad creías que no lo descubriría?

—Llevo intentando encontrar un propósito desde que me rechazaste —argumenté—. Nadie me quiere trabajando con ellos. Ni en el granero. Ni como soldado. La señora Foster sabía que Jonathan necesitaba una mano extra distribuyendo documentos de los archivos, ¡era el único trabajo que podía conseguir! No lo hice para ir en tu contra. Por favor, Oswald. ¡Sólo estoy tratando de encontrar un lugar al que pertenecer!

—Quizá si me hubieras hablado de esto, te habría dado el visto bueno. Pero lo hiciste a mis espaldas, y no sólo eso, sino que interferiste en nuestras relaciones diplomáticas con Silent Shadow. Involucraste al Alfa Black, ¡y ahora la relación de la manada Grey Creek se ha puesto en peligro por tu comportamiento idiota! Así que ahora me veo obligado a tomar medidas drásticas. Tengo que castigarte, Aria.

¿Qué quería decir con que interfería en nuestras relaciones diplomáticas? No había hecho más que luchar junto a Lucas, ¡y estaba sirviendo a mi manada! Mi buen humor fue aplastado por un pisotón metafórico de Oswald. La agonía que me había tragado con tanto esfuerzo volvió a rugir en mi garganta. Apreté los puños y contuve la respiración, esperando a oír qué más pretendía quitarme Oswald.

—Estarás privada de contacto durante un mes —gruñó Oswald—. Nadie se podrá acercar a menos de un metro de ti. Nadie podrá hablarte, ni siquiera los miembros de nuestras manadas vecinas. Vivirás aislada hasta que se cumpla tu castigo.

Me dio un vuelco el corazón. La ansiedad heló mi cuerpo ante la idea de ser alienada por mi manada, tratada como una leprosa, incluso peor que un Omega. Iban a ignorarme, a recluirme como si no existiera. Oswald quería hacerme sufrir arrancándome la poca conexión que aún tenía con mi manada. La sangre de mis venas se convirtió en hielo al darme cuenta de lo que significaría. Iba a arriesgarme a la locura por la soledad forzada. Los cambiaformas lobo

necesitaban el contacto físico con sus compañeros de manada. Incluso sin el afecto de mi familia, el apoyo de aquellos que una vez creyeron en mí había sido suficiente. Las palmaditas en la espalda de la señora Foster, los abrazos de Dax... Ahora, no recibiría nada de eso. Toda mi manada y todos mis conocidos tenían órdenes de ignorarme. Mi existencia se reduciría a la nada absoluta.

El aliento de mis pulmones se marchitó. Ni siquiera podía respirar, allí de pie, mirando a Oswald con la esperanza de que se diera cuenta de lo irrazonable de mi castigo y lo reconsiderara. Pero no lo hizo. Me fulminó con la mirada, castigándome por avergonzarle delante del Alfa Black. No, esto iba más allá del castigo. Esto era el exilio.

Entonces se hizo obvio que Oswald me quería fuera de ahí por completo.

Me odiaba. No me quería en la manada, y basándome en la ferocidad con la que mis compañeros rechazaban mi compañía, estaba claro que ellos tampoco me querían en la manada. Nadie me quería aquí.

Me tapé la boca con la mano, intentando ocultar el grito lastimero que se apoderaba de mi garganta. Apretando los ojos, me rogué a mí misma no derramar lágrimas. Entonces, me aparté de Oswald y cogí el pomo de la puerta, temblando, pero antes de que pudiera escapar, su voz cortó el silencio.

—No me desobedezcas esta vez, Aria —dijo Oswald con una amenaza premonitoria—. Me encargaré de que aprendas la lección.

Sus palabras resonaron en mi mente mientras salía corriendo de su despacho, incapaz de resistir las lágrimas que resbalaban por mis mejillas rojas como remolachas. No podía hacer nada para defenderme. Discutir sólo empeoraría las cosas. Creía que Oswald ya me lo había quitado todo, pero me equivocaba. Estaba dispuesto a llegar a extremos para hacerme sufrir, y ahora, me había quitado toda la manada. Fue devastador.

No tenía trabajo. Ningún propósito. Ni amigos ni familia. Todo el mundo me odiaba.

A partir de ahora, iba a ser la solitaria de la manada Grey Creek, inferior a un Omega, a la que estaba prohibido hablar o incluso mirar. Yo valía menos que la basura.

Mi vida había terminado.

Capítulo 12: Aria

Ni siquiera podía recordar lo que pasó después de salir de la oficina de Oswald. Mi alma estaba destruida, y mis esperanzas y sueños quemados hasta la inexistencia. Vagué por el patio como un fantasma, deseando haber muerto de verdad en lugar de recibir el castigo al que me había condenado Oswald.

La siguiente vez que entré en la vivienda de los Omega, descubrí que las pocas pertenencias que tenía habían sido arrojadas de mi cama, esparcidas o robadas. Incluso la cama en la que dormía había sido reclamada por otra persona. Recogí los trozos de ropa que quedaban intactos, los metí en la mochila y abandoné el edificio. Aunque terminara mi castigo, nunca volvería.

Mis días se volvieron vacíos, ecos huecos de lo que solían ser. Me despertaba todas las mañanas antes del amanecer, salvo que, en lugar de despertarme en mi habitación de la suite de mi familia, lo hacía en un agujero lleno de tierra bajo un árbol. En lugar de desayunar en la cafetería, me pasaba la mañana cazando. A veces no atrapaba nada, pero iba mejorando, lo suficiente como para cazar un conejo o una ardilla y guardarlos en mi alijo. Luego entrenaba mi cuerpo, pero en lugar de entrenar con el señor Ross, corría por la carrera de obstáculos del bosque, saltando por encima de troncos caídos y sorteando rocas y arbustos, intentando mantenerme en forma. O corría una patrulla por el territorio, manteniéndome en los límites más alejados para no correr el riesgo de encontrarme con nadie. Por la noche, volvía a cazar. Era lo único que podía hacer. No tenía sentido que volviera a la villa si todo el mundo iba a tratarme como si estuviera maldita o infectada con algún virus mortal. Era mejor estar sola. Sin embargo, eso no lo hacía más fácil de manejar.

Todas las noches terminaba el día acurrucándome sola y llorando. Mi corazón estaba tan en carne viva y herido que ya no podía ver la luz al final de todo esto. No podía sentir ningún alivio, pensando en volver a la manada cuando terminara este mes porque sabía que no cambiaría lo que sentían por mí. Me seguirían odiando. No podía sentir ninguna satisfacción por una cacería exitosa, ni siquiera podía recordar cómo se sentía la felicidad. Todo lo que había dentro de mí era un entumecimiento gris. Al cabo de unos días, también dejé de llorar. No me atrevía a sentir nada.

Una noche, tarde, volví de una cacería fallida y me encontré con los olores de mis compañeros de manada cruzando mi escondite, incluidas mis hermanas Emma y Cassie. Habían echado tierra y terrones de hierba y barro en mi pequeña madriguera. Me quedé fuera de ella con una desesperación y un rechazo nauseabundos, imaginando que mis propios compañeros de manada habían venido aquí a enviar un mensaje, a insultarme. Con una punzada de preocupación, me acerqué al árbol cercano donde guardaba mi comida y descubrí que también la habían destruido. Habían desenterrado mi escondite, donde tenía dos conejos que se suponía que me alimentarían esta noche y mañana por la mañana si mis cacerías se habían ido al traste. En lugar de eso, mi escondite era un amasijo de suciedad, y los cadáveres estaban destrozados y esparcidos por los árboles y ni siquiera comidos, sólo desperdiciados.

Mis compañeros de manada querían que supiera que me odiaban. No me querían aquí. Emma y Cassie hacían todo lo posible para sabotear mis intentos de supervivencia.

¿Cómo podía seguir viviendo así? ¿Sabiendo que toda la gente en mi vida pensaba que no valía nada? Estaba completamente sola y sentía que vivir no tenía sentido. ¿Por qué iba a seguir luchando por sobrevivir en una manada que me trataba así? Y sin embargo... ¿cuál era la alternativa? No podía irme. Este era el único hogar que tenía. Había peligros en la naturaleza a los que una loba metamorfa como yo no sobreviviría, y aunque me rechazaran, seguía queriendo a mi familia.

Sólo deseaba que me correspondieran.

El hambre y la desolación me atormentaron durante toda la noche. El miedo a que mis compañeros de manada volvieran me mantenía despierta. ¿Y si decidían descargar su ira directamente contra mí? No quería ser un blanco fácil, sobre todo ahora que sabían dónde me alojaba.

Con la luna iluminando en lo alto de un cielo despejado, deambulé por el bosque, haciendo lo único que ya era capaz de hacer. Busqué en el viento un olor prometedor, pero mi determinación ya se había reducido a nada. La desesperanza me volvía lenta y desconcentrada. Arrastré las patas por la noche, temblando por la fría brisa, sin apenas preocuparme cuando un olor cálido me hizo cosquillas en la nariz.

Hasta que me di cuenta de que no era el olor de una presa, sino de lobos.

Oh, no. ¿Me habían rastreado mis compañeros de manada como me temía?

Levanté la cabeza, buscando. Sombras oscuras se movían entre los árboles. A lo lejos, las oí retumbar, comunicándose entre sí con gruñidos y gruñidos viscerales. El pelaje de mis hombros se erizó cuando me di la vuelta, intentando hacerme una mejor idea de cuántos eran. Tenían que ser al menos cinco, pero no olían como la manada de Grey Creek.

Eran solitarios.

Se acercaron a mí demasiado rápido. El aire se encendió de repente con el sonido de sus violentos gruñidos. Levanté la cola y enseñé los dientes en señal de advertencia, pero eso no los detuvo. Al igual que la última vez, parecía que lo único que les interesaba era causar el mayor daño posible; aunque hubiera querido razonar con ellos, no me habrían dado tiempo a hablar. En cuanto estuvieron a su alcance, se abalanzaron sobre mí, atacándome por todos lados.

Era una pesadilla que cobraba vida. Sus dientes rasgaron mi pelaje, arrancándome trozos y derramando mi sangre por el suelo. Me desgarraron las patas y las orejas mientras intentaba correr, pero no conseguía alejarme lo suficiente. Se agarraron a todo lo que pudieron, me tiraron al suelo y tiraron de mí como si fuera una presa.

—¡Para! Por favor, ¡para!" —grité de dolor.

No me oían entre sus golpes. Lo único que les importaba era destrozarme. Estaba completamente indefensa debajo de ellos. Me superaban tanto en número que sabía que no tenía ninguna posibilidad de escapar.

¿Acaso quería...? El dulce abrazo de la muerte me llamaba. No tenía sentido seguir viviendo si mi manada me odiaba.

Los cinco solitarios se turnaron para acuchillarme los flancos, mordiéndome con fuerza las patas para asegurarse de que no pudiera huir. Destellos de dolor me cegaron, aterrorizándome, y aunque estaba rodeada, me sentía más sola ahora que cuando Oswald me había sentenciado a morir por privación de contacto porque, en ese momento, supe que nadie iba a ayudarme. No habría recuperación de este golpe final. Mi vida estaba acabada, y nadie vendría a buscarme, ni lloraría por mí, ni siquiera le importaría lo que había pasado. Probablemente se sentirían aliviados. Querían que así fuera. La angustia era incluso peor que la agonía de mis heridas recientes.

Estaba dispuesta a rendirme y dejar que me mataran.

Sólo un milagro podría haberme salvado, y llegó en forma de pelaje plateado, ojos ámbar enfurecidos y un gruñido intimidatorio. Un recién llegado a la lucha salió de la oscuridad y se metió en la refriega, chocando con uno de los solitarios y apartándolo de mí.

Los otros cuatro retrocedieron, asustados al ver al enorme lobo luchando contra uno de los suyos. Tirada en el suelo, lo observé atónita antes de que me mirara por encima de su hombro.

—¡Corre! —gritó.

Debía de ser una alucinación. Estaba a segundos de la muerte, y la única forma en que mi mente podía aceptar lo que estaba sucediendo era imaginando el alivio. No creí que fuera real, pero, de todos modos, me puse de pie a trompicones mientras los otros solitarios estaban distraídos y corrían.

El dolor me recorría el cuerpo. Intenté no gemir mientras huía, pero la angustia era tan abrumadora que me ahogaba. Sin saber siquiera en qué dirección corría, me moví tan rápido como mis patas podían llevarme. Los sonidos de la pelea se desvanecieron en el bosque y, segundos después, me di cuenta de lo que había pasado. Mi salvador había desviado toda la atención de mí y la había centrado en sí mismo. Lo había dejado solo frente a los cinco solitarios.

El corazón me dio un vuelco en el pecho y me detuve. En contra de todos mis instintos que me gritaban que huyera, me detuve y me giré, dispuesta a volver y ayudarlo; no tenía motivos para vivir, ¡pero no podía dejar que muriera por mí! Sólo para que el lobo que me perseguía casi se estrellara contra mí.

Su cuerpo chocó con el mío, sus dientes contra mi cuello, no para hacerme daño, sino para instarme a seguir corriendo.

—¡Date prisa, Aria! Estamos muertos si nos cogen —advirtió Lucas.

Con los oídos zumbando, hice exactamente lo que me dijo. Continué corriendo junto a Lucas, siguiéndole mientras se abría paso por el bosque. Los solitarios que venían detrás aullaban de rabia, chillando su sed de sangre, burlándose de nosotros. Amenazaban con hacernos pedazos si éramos demasiado lentos. Pensé que la muerte ya me había atrapado, pero ahora que tenía una segunda oportunidad, no iba a dejar que se apoderara de mí. Me di cuenta de que aún quería vivir.

Lucas me había dado esa segunda oportunidad.

Corrimos hasta que, finalmente, el aullido se convirtió en silencio. Incluso entonces, no bajamos el ritmo hasta que pasamos por encima de un marcador de olor. Reconocí que pertenecía a la manada Silent Shadows, lo que significaba que debíamos de haber corrido muchos kilómetros, y así lo parecía. Cuando por fin nos detuvimos, me dolían los músculos, me pedían descanso y ya no tenía fuerzas para sostenerme. Me desplomé en el suelo, jadeante y aturdida por el dolor, con la luz de la luna iluminando mi pelaje empapado de sangre. Cerrando los ojos, me concentré en sobrevivir un poco más, luchando contra la bruma del agotamiento.

Unas patas me rodearon la cabeza. Abrí los ojos y miré a Lucas, que se había agachado frente a mí y olfateaba con cautela las heridas de mi cuerpo.

—Sé a ciencia cierta que si te preguntara si estás bien, cualquier otra respuesta que no sea no sería más que una mentira —comentó con calma.

Mi espalda subía y bajaba en una respiración desesperada antes de recuperar lentamente la compostura y sentarme. Me dolía sólo moverme.

—Pensaba que iba a morir —murmuré en lengua de lobo.

—Temía que ya estuvieras muerta —dijo Lucas—. Me alegro de que no lo estés. El mundo habría perdido un espíritu brillante.

¿Se alegraba de que estuviera viva? Parpadeé escéptica. Nada de lo que había hecho me hacía merecedora de sus amables palabras.

Lucas me rodeó y examinó mis heridas antes de detenerse frente a mí.

—¿Qué hacías ahí fuera? Especialmente con los recientes ataques de los solitarios, ya sabes lo peligroso que es.

La vergüenza me invadió como el fuego. Eché las orejas hacia atrás y agaché la cabeza.

—Estaba cazando para mi manada.

—No me mientas, Aria. — Sacudió la cabeza.

La acusación de mentir me hizo estremecer. Pero no lo había dicho del mismo modo que Oswald. Había un matiz de preocupación en su voz que me imploraba que admitiera la verdad.

—Realmente estaba cazando —dije—. Sólo... tenía que cazar para mí misma. Mi alijo ha sido destrozado.

—¿Tu alijo? ¿Por qué no estás comiendo con el resto de tu manada?

—No se me permite. —Fruncí el ceño—. No me quieren cerca de ellos. Y... —Aunque quería decirle la verdad, me ardía la garganta. Desvié la mirada mientras la amargura se apoderaba de mí—. Me matan de privación de contacto. Es mi castigo por intentar trabajar en la Logia después de que me desterraran e interferir en las relaciones de la manada.

—¿Privación de contacto? —repitió Lucas, horrorizado—. Sé que Oswald puede ser duro, pero nunca habría imaginado que caería tan bajo. ¿Cómo podrías merecer que tu manada te privara de contacto?

Me encogí de hombros sin fuerzas.

—He sido una terrible compañera de manada... Mentí, hice enfadar a Mara y di por sentada mi posición como compañera predestinada de Oswald. Ni siquiera debería estar viva —murmuré. Aunque deseaba desesperadamente redescubrir mi propósito, las semanas de abandono extremo por parte de Oswald, mi familia y toda mi manada habían empezado a convencerme de que lo que acababa de decir era cierto. Nunca me había sentido tan mal... no había forma de salvar el terrible naufragio de mi vida.

—No, Aria —gruñó Lucas—. Si eso es lo que Oswald te ha hecho creer, entonces está equivocado. No sé exactamente qué ha pasado entre él y tú, pero basándome en lo que he visto de ti hasta ahora, no creo que seas tan ofensiva como él dice. Prometías mucho como Hembra Alfa en formación. Puede que él no lo vea, pero yo sí.

La duda llenó mi mente precisamente por la razón que había dicho Lucas. No me conocía tan bien. No sabía todo lo que había pasado. Empezaba a perder la noción de lo que era real y lo que no, pero incluso yo sabía que me había comportado tan mal como para merecer el castigo de Oswald.

—Estás malgastando tu aliento conmigo —suspiré—. No valgo nada. Deberías haber dejado que me destrozaran.

—¡Basta! —Lucas chasqueó los dientes—. No voy a soportar oírte hablar así de ti misma. Tienes valor, Aria. Lo he visto. Puede que Oswald se conforme con dejarte de lado, pero sé que hacerlo

sería descartar a una loba metamorfa perfectamente buena, capaz de mucho más. —Se acercó más y se cernió sobre mí. Su sombra me envolvió y me hizo sentir más pequeña de lo que ya era—. Si Oswald no va a utilizar todo tu potencial, entonces lo haré yo. Quiero que vuelvas conmigo a la Manada Silent Shadows.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué? —Claro que le había oído, pero no le creía—. Pero yo... sólo voy a causar problemas.

—No, no lo harás —afirmó Lucas—. No si sabes lo que te conviene.

Creía que sabía lo que me convenía, pero me equivocaba. Y si volvía a equivocarme, no podía permitirme sabotear esta segunda oportunidad. Sin embargo, no sería una verdadera segunda oportunidad si no aceptaba la oferta. Eso era lo que quería. Una segunda oportunidad para demostrar mi valía. Era lo único que quería desde que me habían rechazado.

Mientras yo me quedaba boquiabierta y balbuceaba mi respuesta, Lucas caminó a mi lado, instándome a levantarme.

—Vamos. Sé que estás herida, así que te ayudaré a caminar.

En cuanto me ofreció su hombro, me puse rígida. Hacía días que nadie se atrevía a tocarme. Aquel simple contacto encendió un fuego en mi interior, extendiendo calidez donde antes mi cuerpo estaba helado y vacío. Le devolví la mirada a Lucas, sorprendida de que ofreciera su contacto tan voluntariamente. No parecía molesto. Tal vez ni siquiera se diera cuenta de lo mucho que significaba para mí.

Lentamente, me puse de pie y me apoyé en él. Dio pasos cuidadosos, observándome a cada paso, asegurándose de que no perdía el equilibrio. Estaba decidido a ayudarme a volver a la seguridad de su manada, y yo no entendía por qué.

Yo no valía nada.

Pero Lucas se negaba a creerlo.

Deseaba tanto aceptar su ayuda, trascender el juicio que Oswald, Mara, mi familia y mi manada habían vertido sobre mí, pero lo único que sentía era que le decepcionaría, igual que había decepcionado a todos los demás.

El miedo a decepcionarle me mantuvo con los ojos en el suelo hasta que reuní el valor para mirarle.

Me miró a los ojos y sonrió.

Capítulo 13: Aria

El territorio de la Manada de Silent Shadows era el doble de grande que el de la Manada de Grey Creek, y su guarida lo reflejaba. Mientras que yo estaba acostumbrada a la acogedora villa donde podía ver la mayoría de los edificios y me sabía orientar, la Manada de Silent Shadows abarcaba un pueblo entero. Lucas me acompañó hasta el borde de la aldea que lindaba con el bosque, donde una hilera de casitas espesas de aromas familiares se iluminaba desde dentro.

—Podemos proporcionar alojamiento a la mayoría de las unidades familiares de la manada —explica Lucas—. Las familias suelen vivir juntas, independientemente de su rango en la manada. Padres, abuelos, hijos... nos aseguramos de que todos tengan espacio suficiente y un alojamiento cómodo.

Una punzada en el corazón me hizo añorar brevemente a mi propia familia. Pero ya no me querían. Era como si no tuviera familia.

—¿Y si llega una nueva familia? ¿O una pareja apareada quiere su propio hogar?

—Les construimos uno.

Parpadeé sorprendida.

—¿Puedes simplemente... darles una casa?

—Bueno, tienen que presentar la documentación adecuada que confirme su condición de pareja, y damos preferencia a las familias con hijos o niños en camino —aclaró Lucas—. Pero sí. La felicidad y el bienestar de mis compañeros de manada son importantes para mí.

“Oswald debería tomar nota”, pensé con amargura. Lo más probable era que le importaran un bledo las familias, a menos que fueran de alto estatus, porque eran las que aportaban más ingresos a la manada. No había esperanza para las parejas Omega que buscaban construirse una vida. De vez en cuando, durante mi entrenamiento Alfa, pensaba en ellos con lástima, imaginando que una vez que fuera Hembra Alfa, podría cambiar las cosas para ellos. Pero ¿habría intentado realmente cambiar las cosas o simplemente habría aceptado el estado de la

manada una vez asegurada mi propia posición? Ahora que era Omega, su situación era mucho más real.

Todavía en nuestras formas lobunas, Lucas y yo nos adentramos en el pueblo, siguiendo una carretera asfaltada que conducía a una calle principal más grande que atravesaba el corazón del territorio. A estas horas de la noche no había nadie, pero imaginé que durante el día la calle estaría llena de compañeros de manada que entraban y salían de las tiendas y oficinas. Permanecimos en nuestras formas lobunas hasta que llegamos a una modesta casa de dos pisos, y Lucas me condujo alrededor de la misma hasta el patio trasero.

—Puedes transformarte aquí. Te traeré algo para que te pongas —me dijo, y ya se estaba quitando el pelaje antes de que pudiera responderle.

Observé con asombro cómo el cuerpo de Lucas se transformaba, sus huesos crujían, sus músculos se adelgazaban y su anatomía se deformaba hasta adoptar una postura erguida. En cuestión de segundos, estaba de pie ante mí como un hombre, con la piel desnuda de un tono áspero de melocotón teñido, y el vello negro en el pecho y los brazos. Se mantenía con la dignidad de un alfa a pesar de estar completamente desnudo. A pesar de que la normalidad de cambiar de forma solía otorgar a los cambiaformas lobo una falta de pudor, no pude evitar apartar la mirada. La visión del Alfa Lucas Black era como una visión sagrada que nunca debí ver.

Sin dirigirme otra mirada, se marchó al interior de la casa, dejándome sola para transformarme. Mi propia transformación fue agotadora y ardua. Sentía que mis heridas se desgarraban más mientras mi cuerpo cambiaba, luchando por mantenerme en pie mientras todas mis partes se transformaban de loba a humana. Apreté la mandíbula todo lo que pude hasta que me quedé de rodillas en la hierba, jadeando, sudando y sangrando.

—Toma —dijo Lucas, dándome una camiseta y unos pantalones cortos—. Te limpiaremos y luego te daré algo un poco más sustancioso para que te pongas.

Me ardían las mejillas al darme cuenta de que debía de haber visto la última mitad de mi transformación. No sólo me daba vergüenza verle desnudo, sino que ahora yo también estaba desnuda ante él, totalmente expuesta para que me viera. Cuando levanté los ojos y lo miré, Lucas me sostuvo la mirada, sin atreverse a mirar ninguna otra parte de mí. Le agradecí que me respetara así. Pero al mismo tiempo, estaba convencida de que no había nada en mí que mereciera la pena mirar.

¿En qué estaba pensando? No quería que Lucas me mirara así.

Aquel pensamiento me inquietó. Cogí la ropa y me vestí rápidamente antes de que Lucas me condujera al interior.

—Siéntete como en casa —ofreció, señalando un sofá en la sala de estar.

En el instante en que mi trasero tocó el asiento, me fundí con el mullido y cómodo acolchado, pero puede que fuera más por el alivio de encontrarme en un espacio seguro y cálido que por la calidad del sofá. Suspiré y me recosté, cerrando los ojos y olvidándome por un momento de dónde estaba.

Hasta que sentí un peso en el asiento de al lado.

Abrí los ojos y vi que Lucas ya me estaba agarrando el brazo. Por reflejo, me sobresalté y miré a Lucas con los ojos muy abiertos mientras él hacía una pausa.

—Perdona, sólo quiero mirar. —Me sujetó suavemente el brazo por debajo de un tajo abierto por los solitarios—. Ya he llamado a un sanador para que venga a verte.

Las palabras me llegaron, pero estaba demasiado aturdida por su contacto como para reaccionar. Su mano era suave y cálida, me recordaba la comodidad del contacto físico. Pero Oswald me había prohibido tocarle y mi miedo a agitarle incumpliendo sus órdenes me impulsó a apartarme.

Lucas me miró confundido.

—¿Te he hecho daño?

—N-No —dije, sacudiendo la cabeza—. Es que... se supone que estoy privada de contacto.

El Alfa de Silent Shadows frunció el ceño.

—Olvídate de eso. Descarto la orden —dijo—. Si Oswald tiene algún problema con eso, puede hablarlo conmigo.

Me quedé mirando sorprendida de que Lucas hiciera eso por mí. Por supuesto, tenía el poder de hacerlo, pero yo no era digna de su misericordia. Una pizca de miedo residía en mi pecho al imaginar cómo respondería Oswald a Lucas, anulando su decisión de castigarme. Probablemente no acabaría bien para mí. Pero si Lucas quería ignorar la orden y proporcionarme el contacto

físico que tanto ansiaba mientras estaba aquí, ¿quién era yo para negárselo?

Nos sentamos juntos en silencio hasta que se abrió la puerta. Una mujer alta con el pelo rubio recogido en la nuca entró en el salón con una gran bolsa negra colgando del brazo.

—¡Vaya! —Sus cejas se alzaron cuando vio la multitud de heridas dispersadas por mi cuerpo—. Lucas no bromeaba cuando dijo que te habían dado una paliza. Parece que fue todo un baño de sangre —dijo sin rastro de burla, con un matiz de humor, tal vez, pero sobre todo con una sincera simpatía que me hizo entrar en calor. La mujer se arrodilló frente a mí y abrió su bolsa de material médico.

Observé con incertidumbre cómo colocaba vendas y paños mientras Lucas sacaba un cuenco de agua caliente. Cuando la curandera me miró, su amable sonrisa me aseguró que me cuidarían.

—Te llamas Aria, ¿verdad? Yo soy Esther Weis.

—Encantada de conocerte, Esther —dije en voz baja—. Y... gracias.

—Por supuesto. Los amigos de Lucas son mis amigos—dijo Esther, limpiando cuidadosamente la sangre de mis heridas. Puso las manos sobre mis cortes y magulladuras, exudando el calor de la magia curativa que no reparaba mis cortes de inmediato, pero ayudaría a que la carne sanara más rápido que si la hubiera dejado curar por sí sola. Agradecí no tener que preocuparme por las infecciones, pero mantener las heridas limpias mientras dormía fuera sería toda una prueba. Ya me ocuparía de eso más tarde. Mi mente estaba demasiado obsesionada con el hecho de que Esther se refiriera a mí como la amiga de Lucas.

—¿Estarás aquí para la Celebración de las Perseidas? —preguntó Esther, desviando su atención hacia Lucas mientras vendaba mis heridas.

Lucas escurrió el agua de un trapo.

—Sí. Me he asegurado de mantener despejado ese fin de semana.

—Bien —dijo Esther con una sonrisa—. No sería una celebración adecuada sin nuestro Alfa para iniciarla.

Miré entre ellos, queriendo hablar, pero mi confianza vaciló hasta que ambos percibieron las palabras en mi lengua.

—¿Qué es la celebración de las Perseidas?

—Es una tradición de la manada Silent Shadows —explicó Lucas—. Durante la lluvia de meteoritos de las Perseidas, en agosto, pasamos tiempo juntos como manada. Cazamos, aullamos y celebramos como lobos mientras observamos los meteoros.

—No hacemos nada de eso en la Manada Grey Creek.

Lucas parpadeó.

—¿Por qué no?

—No estoy segura. Oswald nunca ha sido de celebraciones... —Siempre estaba demasiado ocupado con el trabajo. Pero empezaba a darme cuenta de lo poco que parecía importarle fortalecer las relaciones entre sus compañeros de manada.

—Tal vez deberías unirme a nosotros para la celebración de este año —sugirió Esther, mirando a Lucas con un brillo en los ojos. Él sonrió y asintió.

—Estoy de acuerdo. Creo que lo disfrutarías, Aria.

—¿En serio? Aunque no soy parte de tu manada.

—Una invitación personal del Alfa... Creo que eso justifica la excepción —dijo Lucas con descaro.

La calidez volvió a mí en mayor magnitud.

—No hace falta... De verdad, estás siendo demasiado amable.

—Tonterías —dijo Lucas—. Has tenido unas semanas duras. Creo que te mereces relajarte un poco.

Bajé los ojos al suelo y apreté los labios en una lucha contra la oleada de emociones que brotaban de mi interior.

—Si tú lo dices. —Me costaba elevar la voz más allá de un susurro a riesgo de que me temblara; no quería que Lucas y Esther vieran lo profundamente que me afectaba su amabilidad. Me sentía tonta por ello. Debería haber sido fácil aceptar su invitación, pero luché incluso para creer que

era digna de ella.

Una vez curadas todas mis heridas, Esther se levantó y me tendió la mano.

—Te dejo para que descanses un poco. Pero ha sido un placer conocerte, Aria.

Le di la mano y asentí.

—Igualmente.

Esther sonrió, pero todo lo que pude producir a cambio fue una mirada de vacío sombrío antes de que Esther se diera la vuelta. Hizo un pequeño gesto con la cabeza a Lucas, cogió su bolso y volvió a dejarme sola en la casa con él.

Luego, él también se levantó y mi corazón dio un vuelco inesperado. No quería que se fuera.

—Descansa un poco, ¿vale? Luego iremos a la tienda y podrás elegir algo de ropa. Te la compraría, pero quiero que elijas algo con lo que te sientas cómoda. Además, aún no conozco tu estilo —explicó con una risita amable.

¿Ya? ¿Planeaba conocer mis preferencias de vestuario? Mi antigua yo habría intentado burlarme de él, pero lo único que pude hacer fue asentir y tumbarme, obsesionada con todo lo que decía.

Me costó conciliar el sueño, pero una vez que lo conseguí, podría haber dormido mil años. Cuando volví a despertarme, ya era media tarde y me sentía como si hubiera desperdiciado el día. Me incorporé de golpe, presa del pánico por no haber cazado nada para comer, y el estómago me rugió en señal de advertencia.

Lucas levantó la vista del libro que estaba leyendo en una silla cercana.

—¿Tienes hambre?

—Sí —dije tímidamente.

Como si no hubiera hecho bastante por mí, Lucas me preparó la comida y me la trajo al sofá. Una y otra vez, sentí que no merecía estar aquí. Estaba fuera de lugar, sentada en la casa del Alfa de Silent Shadows, siendo mimada por él cuando mi propia manada odiaba mi mera existencia. Sentía como si mantuviera en secreto su rechazo masivo, pero, extrañamente, Lucas era plenamente consciente de lo que había sucedido, y me cuidaba igualmente. Me asombraba

incluso cuando salíamos de casa y visitábamos la sastrería cercana, cuando sacaba ropa del perchero para que me la probara, cuando me sonreía y reía con una ligereza que nunca habría imaginado en él.

Cuando salí del vestuario con una blusa amarillo sol, los ojos de Lucas se abrieron de par en par.

—Me gusta mucho.

—¿En serio?

Se acercó más, alisó un pliegue de la tela en mi hombro y me pasó el pelo rojo por detrás de la oreja.

—Te queda increíblemente bien. —Su mirada recorrió la mía—. Te sienta de maravilla el amarillo.

El impacto de sus palabras detuvo mi corazón. Intenté decir algo, lo que fuera, pero no encontraba la voz. Lucas me miró antes de darse cuenta de lo que había dicho. Se rio, se frotó la nuca y se apartó.

—Lo siento, ha sido... demasiado.

—No pasa nada. —No podía creer que dijera que estaba estupenda. El amarillo era mi color favorito, pero me cohibía llevarlo desde...

No importaba. No quería ni pensar en Oswald.

—Vamos —dijo Lucas, cambiando rápidamente de tema—. Tengo más cosas que enseñarte.

—¿Más? ¿Como qué?

Me llevó hasta la puerta.

—Lo que sea necesario para sacarte una sonrisa.

El calor en mi piel fue casi suficiente para hacerme torcer los labios. Tuve que apartar la mirada de nuevo, con el corazón encogido, porque por mucho que quisiera sonreír por Lucas, sabía que todo esto era sólo temporal. Ni siquiera mi nuevo atuendo duraría mucho.

Pero Lucas hablaba en serio cuando dijo que quería enseñármelo todo. El día estuvo lleno de

visitas a tiendas y oficinas, breves saludos y presentaciones a sus compañeros de manada, todos los cuales me sonrieron, me estrecharon la mano y alabaron mis esfuerzos por ayudar a Lucas en su lucha contra los solitarios. Todos eran conscientes de lo que había ocurrido: todos sabían que era yo quien lo había ayudado a repeler a sus atacantes, y ahora las pruebas de mis altercados físicos estaban aquí, ante sus propios ojos, en vendas y moretones.

—Eres terriblemente valiente —dijo alguien.

—Podríamos haber perdido a nuestro Alfa si no hubiera sido por su rapidez mental y su abnegación —dijo otra persona.

—El pueblo parece un poco más luminoso al verte pasear —comentó un hombre mayor, como si yo fuera el primer rayo de sol que veía en mucho tiempo.

Cuando nos detuvimos para sentarnos en el parque del centro del pueblo, junté las manos y miré a cualquier parte menos a Lucas.

—No tenía ni idea de que los metamorfos de la Manada de Silent Shadows fueran gente tan encantadora —dije—. Había conocido a un par durante mi entrenamiento, pero eso fue en un entorno profesional.

—Sí. Parece que les gustas a todos —murmuró Lucas.

—Eso es sorprendente.

—No debería serlo.

—Díselo a mi manada —me reí con sorna.

Pero esta vez, Lucas no se rio. Me miró a los ojos con una seriedad que parecía fuera de lugar para el ambiente alegre de nuestro día juntos.

—¿Saben que te has ido?

Negué lentamente con la cabeza.

—No estoy segura de que les importe.

Al oír eso, la cara de Lucas brilló con fastidio. No iba dirigido a mí.

—¿Qué clase de manada ni siquiera se preocupa si uno de los suyos ha desaparecido? Es terrible que te traten así, Aria. Te dan por sentada. Eres tan prometedora, tienes tanto que ofrecer. No deberías perder el tiempo con ellos. Diablos, tal vez debería mantenerte aquí.

—¿Qué?

—Obviamente, te van a maltratar. Nunca alcanzarás todo tu potencial en la manada Grey Creek. Es decepcionante, tengo grandes expectativas puestas en mis aliados y no las están cumpliendo. Pero eso no es culpa tuya —continuó Lucas—. Quédate aquí. Deja que me ocupe de Oswald y su manada como es debido.

Me quedé sin palabras. Lucas no me quería aquí en serio, ¿verdad? ¿No se daba cuenta de los problemas que era propensa a causar?

—Yo... no lo sé. Son mi familia.

—La familia es a quien eliges amar —dijo Lucas—. No les debes nada. Y menos si te tratan así.

Nunca lo había pensado así. Nunca me había dado cuenta de que tenía elección.

Sin embargo, aquí estaba el Alfa Lucas Black, diciéndome que la familia era quien yo quisiera que fuera.

¿Era posible que encontrara aquí una nueva familia?

En el oscuro vacío de duda que se había instalado en mi pecho, por fin había una pequeña luz de esperanza. Aunque sabía que su oferta era demasiado buena para ser cierta —que me traicionaría a mí misma, a mi familia y a mi manada si los abandonaba—, una parte de mí deseaba desesperadamente aceptar su consejo y formar mi propia familia.

Me tendió la mano para tranquilizarme.

Por dentro me derrumbé, sabiendo que no podría quedarme tanto como quisiera.

Capítulo 14: Aria

Me destrozó separarme de Lucas. Toda la caminata de regreso a la manada de Grey Creek fue pesada con la fatalidad inminente como si estuviera caminando hacia mi muerte. Lo único que lo hizo tolerable fue la compañía de Lucas, pero cuando llegamos a los límites del territorio de mi manada al atardecer, nos detuvo y me tocó el hombro.

—Aquí es donde tengo que dejarte —dijo suavemente—. Me gustaría que te quedaras. Al menos dime que lo pensarás.

Se lo debía.

—No podré dejar de pensar en ello —admití, e inmediatamente después me arrepentí de haberlo dicho.

Lucas sólo sonrió, apretando mi hombro.

—Ya somos dos.

Alejándose de mí, Lucas se detuvo para mirar en mi dirección mientras yo volvía sola a la villa. Le eché un vistazo por encima del hombro y lo sorprendí mirándome.

—Vendré a verte pronto —prometió.

—De acuerdo. Adiós, Alfa Lucas.

Lucas se rio detrás de sus labios.

—Adiós, querida Aria. Hasta la próxima.

Querida...

Mis mejillas se calentaron, apartándome tímidamente para que Lucas no viera cuán profundamente me afectaba su amabilidad. Sólo era eso, ¿verdad? Amabilidad.

La sensación me acompañó mientras me adentraba de nuevo en los claustrofóbicos muros de la

villa. Me aferré al calor que se agitaba en mi interior cada vez que pensaba en Lucas, reconfortándome mientras la realidad me dejaba alienada una vez más. No sabía qué debía hacer ahora que había vuelto a casa. No tenía trabajo al que volver, ni responsabilidades que cumplir, sólo el aislamiento de la caza fuera de la villa. Me quedé allí en el patio, sintiéndome desplazada e incómoda mientras intentaba averiguar cuál sería mi siguiente movimiento. ¿Qué me animaría a hacer Lucas?

Un par de caras conocidas llamaron mi atención, partiendo por la mitad mis pensamientos sobre Lucas. Mi madre y mi padre caminaban junto a Emma cuando volvían del gimnasio. Emma aún llevaba el uniforme de fútbol, y los tres no se percataron de que yo estaba cerca. A medida que me acercaba, su conversación se esclarecía entre los murmullos de la noche.

—Gracias por venir a verme practicar —dijo Emma, sonando nada amable—. Definitivamente puso nerviosas a las otras chicas que algunos cambiaformas lobo de alto rango estuvieran observando.

—Cualquier cosa con tal de dar ventaja a nuestra niña —dijo mi padre cariñosamente, pasándole la mano por el hombro.

Todo el calor que sentía de Lucas se evaporó. Solía ser la niña de mis padres. Ahora actuaban como si yo no existiera.

—Me pregunto si tendrá el mismo efecto en tu próximo partido de mañana —dijo mi madre.

—¿Crees que podrías hacer que Oswald y Mara aparezcan? Así seguro que la competición sudará —dijo Emma.

—Seguro que les encantaría —dijo mi padre.

—Quiero marcar un gol para Mara —dijo Emma, rebosante de orgullo—. Eso me haría quedar bien con ella, seguro.

La idea de que mi familia se doblegara para apaciguar a Mara era demasiado. Me detuve detrás de ellos y apreté los puños, incapaz de evitar que la ira saliera de mis labios.

—¿No deberías ganar el juego por tus propios méritos? Yo diría que intimidar a las otras chicas para que jueguen mal es hacer trampa, ¿no?

Mi familia dejó de caminar, mirándome lentamente por encima del hombro.

Las cejas de Emma se alzaron divertidas mientras mis padres sólo parecían agitados.

—Sabes un par de cosas sobre hacer trampa, ¿eh? —acusó.

—¿Qué se supone que significa eso? —repliqué.

—¿No te has enterado de los últimos cotilleos? —Emma se dio la vuelta completamente, dando un par de pasos desalentadores hacia mí—. Todo el mundo sabe que le lavaste el cerebro a la señora Foster para que aprobara tus tareas de entrenamiento Alfa. Hiciste lo mismo la semana pasada, contándole una historia triste para que te consiguiera ese trabajo en los archivos.

El shock golpeó mi corazón dentro de mi pecho.

—¿Crees que le lavé el cerebro?

—Obviamente eres demasiado estúpida e inepta para manejar realmente las responsabilidades Alfa. Mírate. Ni siquiera puedes cazar tú sola sin que te den una paliza. ¿Qué, un ciervo te ha dado una patada en la cabeza? —se burló Emma, señalando el surtido de vendas que tenía por todo el cuerpo.

¿Cómo habían podido torcer tanto mi historia para hacer creer a todo el mundo que le había mentado a la señora Foster y la había manipulado para que me ayudara? ¿Cómo podían pensar tan mal de mí? ¿Qué había hecho yo para sugerir que haría tal cosa?

—Esto no fue de un ciervo —empecé.

Pero antes de que pudiera terminar, mi madre se puso al lado de Emma.

—¿De quién es esa ropa? Más vale que no se la hayas robado a tus hermanas.

—Esa blusa se parece mucho a una que tiene Lacey —sugirió Emma.

—¡Es mi ropa! —argumenté—. El Alfa Lucas me la compró en una tienda del pueblo de Silent Shadows.

En cuanto lo dije, deseé no haberlo hecho. Mis labios se sellaron cuando mis padres y Emma intercambiaron una mirada. La mención del Alfa de Silent Shadows había atraído la atención de otros transeúntes: chicas del entrenamiento de fútbol de Emma, compañeros de manada que regresaban a sus alojamientos, incluso algunos de los soldados que volvían a casa tras un día de

entrenamiento. Todos los ojos estaban puestos en mí.

—¿Cómo te atreves a calumniar el buen nombre de Alfa Black? —siseó mi madre.

—No digas esas tonterías, Aria —ordenó mi padre—. Ya has herido la imagen de la manada Grey Creek arrastrando al Alfa Black a tu hostilidad contra Mara. ¿Ahora esperas que creamos que se apiadó de ti, lo suficiente como para comprarte esa ropa nueva? ¿Cómo puedes insultarlo así?

—Probablemente también piensas que le he lavado el cerebro, ¿verdad?

—No —dijo mi padre—. Lo que dices es una mentira descarada.

—De todas formas, ¿cuándo te habría llevado de compras? —preguntó Emma—. ¡Hace días que estás desterrada a las afueras del territorio!

—¡Exacto! —Volví a apretar los puños, resistiendo el impulso de acercarme. Mis padres estaban a la defensiva. No quería que pensarán que estaba a punto de atacar a alguien, aunque mi ira ya se estaba manifestando en acción—. No tienes ni idea de lo que he estado haciendo, excepto cazar. O intentándolo, sin que te colaras en mi alijo y destruyeras todo lo que había cazado. — Mis ojos se clavaron en Emma.

Sabía que me refería a cuando ella y Cassie sabotearon mis almacenes de comida. Sus labios se tensaron en una mueca mientras se cruzaba de brazos.

—Qué triste. Ni siquiera puedes responsabilizarte de tus cacerías fallidas cuando las pruebas están ahí.

—Esto no es la evidencia de una cacería fallida —dije, mostrando mi brazo donde una profunda herida de mordedura había sido vendada por Esther—. ¡Este es el resultado de un ataque de los solitarios!

Un grito ahogado se extendió entre la multitud que se había reunido a nuestro alrededor. La arrogante sonrisa de Emma se debilitó, claramente desconcertada cuando la atención se desvió hacia ella y pasó a preocuparse por la noticia de un ataque de solitarios.

—¿Qué? ¿No os habéis enterado todos? —Miré a mis compañeros de manada a mi alrededor—. ¿No os ha advertido Oswald sobre los solitarios?

—¡Basta, Aria! No hay necesidad de difundir rumores aterradoros —dijo mi padre.

—No tienes ni idea de lo que he estado haciendo. Ayer ni siquiera te diste cuenta de que había desaparecido, ¿verdad? —Le clavé la mirada ahora, con el vello de la nuca erizado.

—No es nuestra responsabilidad saber dónde estás. Ya no eres una niña, Aria —me regañó mi madre.

—Sin embargo, habrías pasado de mí sin importar la edad que tuviera —me defendí—. Aunque aún fuera una niña, no me habrías defendido de los rumores, del sabotaje de Emma y Cassie o de las demandas de Mara contra mí. Habrías dejado que pasara como fuera porque no soy tan guapa ni encantadora ni perfecta como ellas. —Empezaba a ver la verdad de todo aquello. Todo este tiempo, mi única cualidad redentora era que había sido la compañera predestinada de Oswald, y ahora que Mara era su compañera, ¿no valía nada para ellos—! Es por eso que me tratas como a una extraña, ¿no? Actúas como si yo fuera... ¿una especie de leprosa! ¿Como si sentir simpatía por mí fuera a hacer que el resto de la manada te despreciara!

—¡Tú te lo buscaste, por cómo actuaste con Mara! —gritó mi madre.

—¡No me merecía nada de eso! ¡Intentaba ser la mejor Hembra Alfa posible! Pero cuando perdí mi oportunidad, porque Oswald nunca me quiso, ¿me diste la espalda!

—¡Todos tuvimos que hacer sacrificios, Aria! —La voz de mi madre se alzó de un modo que me hizo estremecer, su tono cortante—. ¿Sabes que todo lo que hacemos tu padre y yo es por el bien de nuestra familia!

—Entonces, ¿qué? ¿Ya no me consideras parte de tu familia?

Me di cuenta de que mi madre quería replicarme, pero ante la multitud que nos rodeaba, guardó silencio y se limitó a mirar a mi padre.

El resto de mis compañeros de manada escucharon la discusión, desarrollaron sus propias opiniones y, para mi sorpresa, no todos parecían estar del lado de mi familia.

—Creo que Aria ya ha hecho suficientes sacrificios —dijo una de las chicas del equipo de fútbol de Emma—. No es como si hubiera intentado volver a la fuerza al grupo tras el castigo de Oswald.

—Así es —dijo alguien más—. No la he visto desde que Oswald ordenó que la privaran de

contacto. Ella hizo lo que le dijeron.

—Sus hermanas son las que la atormentan, intentando que no coma.

—¡Eh! —ladró Emma a la multitud—. No sabéis nada de nosotros. Ni de ella. Aria es una mocosa irresponsable y celosa, pero ninguno de vosotros se da cuenta porque se ha estado haciendo la niña malcriada. ¡Ser la pareja predestinada de Oswald la convirtió en una niña engreída y malcriada! Cree que el mundo le debe algo cuando en realidad no es así.

—¡No estoy fingiendo nada! —argumenté. Si no hubiera sido por Lucas, podría haber pensado que Emma tenía razón, pero ahora me daba cuenta de que la forma en que mi familia me estaba tratando no era la correcta. Ninguna familia debería tratar a su hija como si fuera una paria por haber sido rechazada por su pareja predestinada. Yo no había hecho nada malo. Trabajé duro todos los días, incluso después de ser rechazada, dejada de lado, insultada... La Manada de Silent Shadows había visto el valor que poseía. Mi familia hizo la vista gorda simplemente porque no coincidía con la narrativa que tejían sobre mí. Ellos eran los que estaban equivocados.

Y ahora el resto de mi manada empezaba a verlo.

—No sé lo que has estado haciendo fuera de la villa, pero está claro que se trata de algún tipo de plan para vengarte de Oswald —dijo mi padre—. No lo permitiré. Cualquiera que hable en contra de las decisiones de Oswald bien puede estar declarando traición contra él.

La manada murmuró.

—¿Crees que el rechazo de Oswald la cambió? —dijeron.

—No, siempre fue odiosa. Sólo que nunca lo vimos hasta ahora.

—Oswald tomó la decisión correcta al rechazarla.

El infierno rugió en mi interior cuando oí a mis compañeros de manada llamarme odiosa. Sin embargo, los que simpatizaban conmigo replicaban, diciendo que sólo actuaba así por lo que me habían quitado. Los pocos compañeros de manada con los que había interactuado antes salieron en mi defensa, pero esa era la desventaja de mi intenso entrenamiento Alfa. Nunca me habían dado la oportunidad de hacer amigos. No tenía a nadie más que se pusiera de mi parte, salvo los pocos que presenciaron mi entrenamiento, y eran muy pocos en comparación con los que tenían incitar a la traición. El tema de los solitarios volvió a surgir cuando mis compañeros de manada

se preguntaron en voz alta por qué Oswald aún no había advertido a nadie sobre ellos, pero algunos lo tacharon de rumor. Otros se volvieron contra mí, acusándome de traer a los solitarios a nuestro territorio y de planear los ataques en primer lugar.

El caos se apoderó de la multitud mientras mis compañeros de manada discutían entre sí. Su juicio opresivo se abatía sobre mí, sofocándome. No era mi intención causar tanto drama, pero parecía que dondequiera que fuera, había una discusión a punto de estallar. Aunque quisiera echarme atrás y huir de la discusión, me rodeaban. No podía irme.

Entonces se hizo el silencio entre la multitud. Mis ojos saltaron por encima de todos, buscando una abertura por la que pudiera retirarme, y cuando vi que la gente empezaba a apartarse, me abalancé, pero me detuve en seco. Se estaban apartando para dejar pasar a otra persona.

Los rojos del atardecer bañaban su etéreo cabello plateado, que brillaba en un recogido sobre su cabeza, sujeto por apretadas trenzas y bucles. Su vaporoso vestido lavanda desprendía el aire de una diosa, mientras sus largas pestañas enmarcaban una suave mirada clavada en mí. Mara había aparecido de la nada, materializándose justo en el momento en que sintió que la manada necesitaba más su presencia tranquilizadora. Cuando podía aprovecharse del caos en su propio beneficio.

—Aria —pronunció con tristeza—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué la manada está tan desorganizada?

Quería lanzar toda mi rabia contra Mara, pero me la tragué, a pesar de que ella era la razón por la que me habían quitado todo en primer lugar.

—¿Por qué Oswald no ha advertido a todos sobre los solitarios? —pregunté en su lugar.

Sus ojos se abrieron de par en par, asustados.

—¡Los solitarios...! Lo siento mucho. Tienes razón, Aria.

Tenía... ¿razón?

Mara se volvió para mirar al resto de la reunión.

—Oswald y yo dudábamos si sacar el tema de los solitarios... No queríamos asustar a nadie. Pero miren lo que le han hecho a la pobre Aria. —Me señaló, usando mis heridas para reforzar su imagen de compasión—. Estábamos planeando una reunión para avisar a la manada sin causar

pánico, pero parece que llegamos demasiado tarde. Aria... entiendo por qué estás actuando así ahora. Oswald y yo te hemos fallado. Por favor, acepta mis disculpas y permíteme compensarte.

Entrecerré los ojos con inmediata desconfianza. Nunca me había mostrado tanta compasión. Pero, rodeada de nuestros compañeros de manada, supuse que tenía que esforzarse al máximo para convencerlos de que ella era la heroína tierna y cariñosa de las dos.

—Haremos un anuncio oficial mañana por la mañana, y para unificar nuestra manada, me gustaría invitarte a ti y a todos los demás a participar en una carrera de manada más allá de la villa. Será un día de entrenamiento, una experiencia de unión que nos preparará para la amenaza de los solitarios. Aria, ya te has enfrentado antes a los solitarios. ¿Estarías dispuesta a compartir tu experiencia con nosotros?

Era imposible que lo dijera en serio cuando antes me había hecho pasar por la mala. ¿Ahora quería cambiar la opinión de la manada, pidiéndoles que me creyeran, que confiaran en mí?

Por otra parte... yo era la única de ellos que se había enfrentado a los solitarios, a excepción de los propios Oswald y Mara. Yo era la única que podía preparar a mis compañeros de manada para los peligros que yacían más allá de nuestro territorio. Tal vez esta podría ser mi oportunidad de redimirme. No confiaba en Mara para nada, pero esto no se trataba de ganar su confianza. Se trataba de probarme a mí misma ante mi manada.

Miré entre todos y asentí lentamente.

—Bien. Nos prepararé para los solitarios.

Mara juntó las manos y sonrió.

—Gracias, Aria.

Pero cuando la miré, reconocí el brillo engañoso de sus ojos. Sabía que se estaba tramando algo bajo esa fachada celestial. El destino de mi manada dependía de que estuvieran preparados para enfrentarse a los solitarios, y ella lo sabía.

Mara contaba con que no tendría más remedio que ayudarles.

Capítulo 15: Aria

Tumbada en mi madriguera, sentí un dolor sordo en el pecho al pensar en Lucas y su manada. Podía sentir su calor, incluso a kilómetros de distancia, y deseaba más que nada unirme a ellos, pero mi orgullo me lo impedía. Imaginé lo que sería formar parte de su celebración; la alegría en sus caras, la reverberación de sus numerosas patas golpeando el suelo mientras corrían bajo la lluvia de meteoritos y cantaban. Durante toda la noche, di vueltas en la cama, incapaz de encontrar consuelo en ninguna postura. Pensé en el tacto comprensivo y la sonrisa afectuosa de Lucas. Aunque su oferta de quedarme seguía presente en mi mente, no podía aceptarla. Era hora de probarme a mí misma ante mi manada. En la oscuridad de mi madriguera, recé para que fuera suficiente.

La anticipación del día que me esperaba me agobiaba y me impedía conciliar el sueño. Cuando por fin me desperté, sentía el cuerpo agotado y pesado, como si hubiera hecho ejercicio.

Por la mañana, salí al campo, más allá de la villa, donde ya estaba reunida la mayor parte de mi manada. Todos estaban en sus formas de lobo: Emma con toques marrones y negros, Cassie de color canela pálido y toques ámbar, e incluso Lacey había venido a unirse a la carrera con su pelaje de distinguidas marcas agutí. Mis padres, en sus distintos tonos de madera. Vi a Jonathan con un pelaje color crema claro y a la señora Foster con sus cálidos tonos veraniegos. El señor Ross, alto y orgulloso, con una mezcla de plata y gris oscuro. Todo el mundo se reunía en torno a los dos líderes de nuestra manada, Oswald con su pelaje marrón madera y Mara con un pálido blanco plateado, como si la luna la hubiera creado con su propia luz resplandeciente. Se me encogió el estómago de envidia, pero me duró poco cuando volví a pensar en Lucas. Puede que Mara fuera hermosa, pero Lucas creía que yo era despanpanante, y eso importaba mucho más que los pequeños destellos desagradables que sentía a su alrededor.

Mientras la manada se preparaba para la carrera, me mantuve al margen del grupo, observando a todos jugar y retozar. Por lo que yo sabía, el plan consistía en correr un rato, recuperar energías y empezar a entrenar. Después de eso, sospechaba que habría una cacería. Todos parecían estar lo bastante animados como para que mi presencia no les afectara. Me veían, —los había sorprendido observándome, así que sabía que eran conscientes de mi presencia—, pero no parecía importarles que estuviera allí. En lugar de sentirme el enemigo público número uno, me

sentí invisible, una mejora marginal, pero una mejora, al fin y al cabo.

Cuando por fin la manada estuvo lista para moverse, encontré mi sitio entre los demás Omegas, cerca de la parte trasera del grupo. No había muchos; la mayoría carecía de la motivación para socializar con la manada de esta manera. Pero incluso los demás omegas mantenían las distancias conmigo. Veía sus miradas de reojo y los oía burlarse de mí en voz baja. Era más fácil ignorarlos, sabiendo que yo tenía otras preocupaciones mayores.

El silencio se rompió con un aullido de Oswald. Todos volvimos los ojos y los oídos hacia el Alfa, escuchando.

—Gracias a todos por reuniros hoy aquí con nosotros —anunció, agitando la cola en alto por encima de su espalda—. Aprovechemos este día para fortalecer nuestros lazos como manada y aprovechar los puntos fuertes de cada uno. Será crucial en los próximos días mientras nos preparamos para protegernos y defendernos unos a otros.

Aunque hablaba alto y seguro, mi corazón se agrió de acidez, sabiendo que Oswald sólo dirigía esta carrera porque a Mara se le había ocurrido la idea. Justo ayer, le había dicho a Lucas que Oswald nunca había reunido a la manada así. Ahora me sentía como una tonta por haber mentido directamente a la cara de Lucas. Aun así, una parte de mí quería ver lo mejor de Oswald y de mi manada. Tal vez sería bueno que se demostrara que estaba equivocado. Podría ser el comienzo de una vida mejor en la Manada Grey Creek si Oswald iba a ser más atento.

Me aferré a ese pensamiento mientras la manada echaba a correr tras Oswald y Mara. Dejé que la esperanza me alimentara, impulsándome hacia adelante con el puro placer de correr junto a mis compañeros de manada. Sintiendo el viento en mi pelaje y la hierba bajo mis patas, casi podía olvidar todas las cosas terribles que había sufrido. Sentía que era una con mis compañeros de manada.

Más adelante, vi a Jonathan. No corría con nadie más. No lo conocía muy bien, pero por lo poco que sabía, no parecía tener muchos amigos propios, y me dio un vuelco el corazón por él. Aceleré hasta correr justo detrás de él y le pellizqué el costado.

Me vio y se apartó. Al principio, pensé que sólo estaba sorprendido, sus ojos muy abiertos sugerían que no esperaba que yo apareciera. Pero entonces miró a su alrededor y se me adelantó. Aceleré para seguirle el ritmo, pero Jonathan me advirtió enseñando los dientes.

Mi corazón se hundió. Debería haber esperado que no quisiera correr conmigo. Probablemente se

metió en problemas cuando Oswald se enteró de que había estado trabajando en los archivos, así que no lo culpé por negarse. Con un suspiro, dejé que se alejara de mí a toda velocidad, captando la última mirada que me lanzó para asegurarse de que no le seguía.

La optimista que había en mí quería creer que alguien me dejaría correr con él. Cuando vi a la señora Foster, galopé hacia ella con un aullido de saludo y un amistoso movimiento de cola. Para mi sorpresa, me sonrió, saltando a mi alrededor con una energía juvenil que no correspondía a su edad. Volví a animarme. Sabía que siempre podía confiar en que la señora Foster me daría una oportunidad. Corrí tras ella, golpeándole las patas y la cola en un juego.

Tampoco duró mucho. La familia de la señora Foster también estaba corriendo: su hijo y su hija se nos echaron encima y me apartaron del camino. Me gruñeron, amenazándome para que no me acercara a la ella. Una vez más, mi estado de ánimo se resintió, mis orejas se marchitaron sobre mi cabeza mientras reducía la velocidad. La señora Foster me miró con compasión, pero olvidó rápidamente mi difícil situación mientras seguía corriendo.

Un fuerte mordisco me devolvió a la acción. Con un aullido, miré detrás de mí y vi a Emma mordiéndome la cadera. Mostró los dientes con una risa malvada. Detrás de ella, mis padres me ignoraban fríamente, fingiendo que no existía.

Fue suficiente para destruir por completo mi estado de ánimo. Mi ritmo vaciló hasta que me quedé rezagada en la cola del grupo, apenas motivada para mover los pies. Vi a todo mi grupo avanzar delante de mí. Sentirme invisible no era lo mejor.

Ahora que me había detenido a recuperar el aliento, noté una sensación desagradable en el aire. Había una nota acre en él que no pertenecía a ninguno de mis compañeros de manada. Arrugué la nariz, mirando a mi alrededor en busca de la fuente. Por delante, mis compañeros de manada no reaccionaban ante él, casi como si no lo hubieran detectado mientras corrían. Pero el olor se estaba volviendo lo suficientemente fuerte como para ponerme nerviosa, enviando electricidad a través de mi piel y haciendo que mi pelaje se erizara.

Mis ojos recorrieron el grupo y, por pura suerte, empezó a girar para correr junto al bosque en lugar de adentrarse en los árboles. Me puse en marcha, con la esperanza de cruzarme con Oswald a la cabeza del grupo. Me vio venir hacia él y también enseñó los dientes, erizándose la piel para que retrocediera.

—¡Oswald, algo está mal! —grité—. ¡Hay un olor desconocido!

Sacudió la cabeza y me ignoró.

—¡Oswald, por favor! —llamé detrás de él—. Mara me ha invitado a esta carrera por una razón: ¡para compartir lo que sé! ¡Y sé que algo va mal!

Los ojos de Oswald brillaron de ira. Se acercó a mí, pero sólo para responderme con un chasquido.

—¡Retrocede, Aria! No permitiré que arruines esta carrera.

—¿No lo hueles?

Arrugó la nariz como si intentara a propósito no inspirar.

—¡No me hagas advertirte de nuevo!

—¡Por favor, escúchame! —le supliqué.

Pero mi desesperación llevó su temperamento al límite. Descargó su mandíbula contra mí, arrastrando los dientes por encima de mi ojo y desgarrándome la sien. Su reacción me aturdió, haciéndome tambalear hacia un lado para alejarme de él. Mientras la sangre goteaba en mi ojo, me tambaleé y miré fijamente a Oswald, que no se molestó en devolverme la mirada. Estaba decidido a ignorarme.

Cuando la brisa giró, me abofeteó con un olor aún más fuerte, y me di cuenta de por qué no podía ver de dónde venía. El olor soplaba desde el bosque que teníamos delante. Y con la brisa llegó una oscura marea de lobos solitarios que habían estado al acecho de mi manada.

Jadeé, el shock me paralizó al ver cómo la masa de lobos solitarios que se acercaba convergía con mi manada como un maremoto que consumía a los desprevenidos bañistas. La alegría en las voces de mi manada de repente se convirtió en terror. Sabían que había solitarios al acecho. El objetivo de este día era prepararlos para ello. Pero nadie podía saber que atacarían esa misma mañana.

De repente, estalló una carnicería en la linde del bosque. Mis compañeros de manada aullaron y lloraron cuando los solitarios los rodearon, lanzándose irreflexivamente para causar el mayor estrago posible. Sus dientes destrozaban la carne y arrojaban sangre a la hierba, sus encías echaban espuma con una violencia salvaje y feroz. No podía quedarme de brazos cruzados viendo cómo destrozaban a mi manada. Tenía que hacer algo, tenía que protegerlos, ¡aunque no

me quisieran!

Salté a la refriega, golpeando a los solitarios que apresaban a mis compañeros de manada. Los solitarios también se comportaban igual que las dos últimas veces que me había topado con ellos, luchando con la misma crueldad descerebrada. Su objetivo era matar, y parecía que no importaba cuánta sangre perdieran, no se detenían. La última vez, los solitarios habían huido, pero esta vez era como si supieran que su número nos superaría, así que seguirían luchando hasta que ellos o todos nosotros muriéramos. Lo vi en la forma en que destrozaron todo a su paso. ¡Habían venido a matarnos!

Mis heridas de la última vez ni siquiera estaban curadas. Me ralentizaban, pero no me impedían luchar. No importaba quién fuera el atacado: tenía que salvarlo. Cuando vi que uno se abalanzaba sobre Cassie, le clavé el hombro en las costillas y lo derribé, luego le clavé los dientes en el cuello y le abrí una herida sangrante. Dos solitarios más agarraron a mi madre por la pata trasera y la cola mientras intentaba huir. Los intercepté, mordí con fuerza la muñeca de uno de ellos, rompiéndosela, y luego lancé otro mordisco a la columna vertebral del otro. Sus gritos llegaron a mis oídos, pero su agonía no. Eran monstruos y había que detenerlos.

Entonces, Los solitarios se dieron cuenta de que les había cortado el paso. No estaba segura de si había matado a alguno, pero desde luego no les gustaba lo rápido que era como guerrera. Tres de ellos me siguieron y se turnaron para atacarme y saltar sobre mí, tratando de arrastrarme. No había forma de dominarlos a los tres. Mi única opción era ser más astuta que ellos. Así que me desvié hacia la línea de árboles, adentrándome en el bosque. Lo conocía mucho mejor que ellos. Su error fue pensar que podrían vencerme en mi propio terreno, pero yo había llegado a conocer cada raíz retorcida y cada árbol caído que enganchaba a los solitarios que me perseguían. Un agudo aullido detrás de mí prometía que al menos uno de ellos se había herido, y en poco tiempo, los otros dos se perdieron en la maraña del bosque. Salí de nuevo al campo para ver a la mayor parte de mi manada retirándose hacia la villa.

Mara no aparecía por ninguna parte, pero Oswald se había quedado atrás y estaba luchando contra otro solitario. No lo estaba haciendo bien. La sangre le empapaba el cuello y parecía que el granuja le había desgarrado el costado. Me daba asco ver cómo el granuja le hacía daño. La ira hervía en mi interior, pero no porque tuviera sentimientos por Oswald.

Estaba enfadada porque Oswald debería saber que no debía quedarse atrás, dejándose vulnerable al enjambre de solitarios.

Perdiendo todo sentido de la autopreservación, abordé al solitario que atacaba a Oswald. Nos enredamos en un lío gruñendo, mordiéndonos y desgarrándonos mutuamente. Atrapada de espaldas, lo agarré por el cuello y lo rodeé con los brazos, sujetándolo para que Oswald asestara el golpe final, pero él no aparecía por ninguna parte. El solitario se soltó y rodé sobre mis patas para ver a Oswald alejarse a toda prisa, abandonándome a la furia de los solitarios.

No sólo se había dejado atrapar tontamente por los solitarios, ¡sino que luego su cobardía le había empujado a huir cuando yo estaba en peligro!

Y yo seguía en peligro porque la mayoría de mis compañeros de manada habían huido y yo era una de los pocos que quedaban para luchar. El resto de mis compañeros de manada eran soldados, totalmente entrenados para la batalla, y estaban demasiado preocupados para mirar en mi dirección.

Jadeando, supe que no podría aguantar más. Retrocedí, pero los solitarios continuaron rodeándome. Sus dientes chasqueantes me cortaron la carne, reabriendo heridas que Esther había curado ayer mismo. Mis gritos no fueron escuchados por mis compañeros de manada. No iban a ayudarme y moriría si seguía intentando luchar. Mi única opción ahora era correr, pero mis patas no me llevaron en dirección a la villa.

Porque sabía que, si arrastraba mi cadáver de vuelta a la villa, alguien me culparía de lo ocurrido. A mi manada no le importaba que hubiera arriesgado mi vida luchando por ellos. Me habían dejado aquí para morir. Tal vez esperaban que lo hiciera.

No... Sólo había un lugar al que podía ir.

Aunque me dolía todo el cuerpo, corrí lo más rápido que pude para alejarme de la destrucción. Sólo sentía culpa y vergüenza. Debería haberme quedado, haber luchado hasta mi último aliento, pero... estaba desesperada por no morir por una manada que me odiaba. Mi muerte no debería ser en vano.

Seguí corriendo hasta que mi rastro se perdió en el bosque.

Capítulo 16: Aria

La muerte me acechaba como un buitre, esperando a que mi fuerza de voluntad se desvaneciera. Pero no podía rendirme. Cada paso adelante era un paso más cerca del santuario.

Durante tres días, me arrastré por el bosque, siguiendo el rastro de la única persona con la que me sentía segura. Si no fuera por mis heridas, habría llegado al anochecer del día del ataque. Pero estaba perdiendo demasiada sangre. Estaba demasiado cansada. Era demasiado difícil caminar durante mucho tiempo, así que tenía que parar y descansar cada dos horas, y mi agotamiento era tan intenso que no podía resistir el sueño. Me quedaba inconsciente y volvía a despertarme con el sol a medio camino en el cielo, como si mi cuerpo protestara por el mero hecho de viajar, rogándome que me recuperara. No tenía elección. Aquellos tres días contuve la respiración a cada ruido, miré fijamente en la oscuridad y esperé a que los solitarios asomaran la cara. Nunca lo hicieron. Fue un milagro que sobreviviera.

Finalmente, di con los marcadores de olor de la manada Silent Shadows. Respirando el aroma fuerte y reconfortante de Lucas Black, me derrumbé en la hierba y lo disfruté. Lo había conseguido. Todo lo que tenía que hacer era llegar a la aldea, pero era tan difícil mantener los ojos abiertos. La sangre seca se agolpaba en mis heridas, que escocían con la amenaza de una infección, y mis huesos resonaban con un dolor que no podía resolver. Mi cuerpo estaba a punto de rendirse, pero no podía. No cuando estaba tan cerca...

Se me cerraron los párpados. Tumbada en la hierba, inspiré profundamente, con el olor de Lucas en la punta de la lengua. Luego, cuando el aliento salió de mis pulmones, sentí que me alejaba.

Si no volvía a despertar, no sería una gran pérdida para nadie. Le había fallado a mi familia y a mi manada. Sólo le fallaría a Lucas, también. Tal vez era mejor para todos si me rendía aquí.

Entonces, una nariz húmeda se pegó a la mía.

—¿Hola? ¿Puedes oírme? —Una voz llegó a mis oídos, sonando a un millón de kilómetros de distancia, como si hubiera salido de un sueño—. Por favor, levántate. Puedo ayudarte. Sólo necesito que despiertes.

A pesar de los gritos de protesta de mi cuerpo, volví a la vida y abrí los párpados con pesadez. Volví a enfocar el oscuro bosque que tenía delante y, con él, el cuerpo de un lobo agazapado frente a mí. Se encendieron las alarmas y se me atascó un grito en la garganta mientras me alejaba del extraño. Podría ser un solitario intentando matarme. O uno de mis compañeros de manada intentando sabotearme. Puede que mi voluntad de vivir se hubiera debilitado, pero mis instintos seguían siendo tan fuertes como siempre. Sin pensarlo, mi primer reflejo fue protegerme, y el desconocido lo reconoció. La culpa cruzó su rostro mientras retrocedía, dejándome espacio.

—¡Lo siento, no quería asustarte!

Tenía las orejas gachas y el cuerpo cada vez me pesaba más. Me costaba mantenerme en pie. Todo el dolor que me agobiaba volvía a invadirme cuanto más tiempo estaba consciente.

—Eres Aria Gunn, ¿verdad?

Sabía mi nombre y me había reconocido, pero estaba claro que no era de mi manada. Aspiré su olor y descubrí que coincidía con el de la manada Silent Shadows. Es más, curiosamente, casi me recordaba a Lucas. Entonces, me tragué el nudo que tenía en la garganta y asentí.

La expresión del lobo se suavizó, satisfecho de haberme identificado, sólo para volver a la preocupación.

—Estás herida. ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

Me quedé con la boca abierta. Mi garganta estaba tan seca que las palabras luchaban por escapar.

—Nos atacaron.

—¿Atacaron? —Sus ojos se abrieron de par en par—. ¿Quiénes? ¿Quién te atacó?

—Mi manada. Estábamos corriendo juntos cuando un enjambre de solitarios nos emboscó desde los árboles —expliqué débilmente—. Eran implacables. Había tanta sangre... —Se me cortó la voz al recordar una visión del ataque. Dientes rechinantes y ojos brillantes. Pura sed de sangre. No se parecía a nada que hubiera experimentado, ni siquiera a los pocos ataques de Solitarios que había sufrido antes. Algo en este ataque era mucho más violento, salvaje y horrible. Tal vez era la magnitud del derramamiento de sangre. El alboroto me había sacudido hasta lo más profundo de mi ser.

—¿Qué le ha pasado a tu manada? —El otro lobo buscó mi mirada.

Volví a prestar atención y me puse de pie con un suspiro.

—Han huido. No sé si están bien.

—Entonces, ¿cómo has acabado aquí?

—Yo... —¿Había sido yo una cobarde por huir en vez de volver a la villa? La culpa roía mi corazón—. Todavía estaba luchando cuando el resto huyó.

Sus ojos se abrieron de par en par en un destello de ira.

—¿Y simplemente te dejaron?!

Eso era lo que había pasado, ¿no? Aun así, sentí que me había equivocado. Asentí con la cabeza.

—Oh, Lucas no se va a estar contento —dijo el otro lobo. Sacudió la cabeza, resopló y, al verme vacilar, vino rápidamente a mi lado—. Te llevaré de vuelta con él ahora mismo.

Me tensé ante su contacto, negándome a permitir el contacto físico debido a mi privación de contacto. La sensación me resultaba extraña. La única persona que quería cerca de mí era Lucas, e incluso entonces, no estaba segura de que fuera responsable de mi parte el quererlo.

—Espera. ¿Quién eres?

El lobo parpadeó, sorprendido.

—Soy Scott Black. El hermano menor de Lucas.

Así que por eso compartía el olor de Lucas.

—¿Puedo... confiar en ti?

Hay que reconocer que era una pregunta estúpida. Tanto un mentiroso como una persona honesta dirían lo mismo. Lo único que hizo Scott fue sonreírme tranquilizadamente, ofreciéndome su hombro para que me apoyara en él.

—Nunca le haría daño a alguien que Lucas aprecia.

Las palabras me apretaron el pecho. Lucas debía de haber dejado bastante claro a todos los que le rodeaban que le gustaba, pero yo no estaba segura de si sería capaz de estar a la altura de sus expectativas.

Aceptando el gesto de Scott, me apoyé cautelosamente en él, utilizando su hombro como apoyo mientras nos adentrábamos en el territorio de Silent Shadows. El sol ya se hundía en el horizonte, quitando calor al aire húmedo y dejándolo helado. Largas sombras se extendían desde los árboles hasta la aldea. Casi me estremecí cuando escapé de la oscuridad y me topé con los últimos rayos de sol. Cuando salimos a la carretera principal, me di cuenta de que todo el mundo se había parado a mirarme, con preocupación y curiosidad. Al principio, eso me recordó que era una forastera. No pertenecía a este lugar. Pero no me miraban boquiabiertos como lo habría hecho mi propia manada. Murmuraban, pero yo captaba los susurros de sus palabras:

—Oh Dios, espero que esté bien.

—Me pregunto quién le habrá hecho eso.

—Parece cansada. Espero que haya venido a descansar.

Evité sus ojos, pero su juicio no me quemó como esperaba. Históricamente, ser el centro de atención nunca acababa bien para mí.

Apenas habíamos llegado a la pasarela de la casa de Lucas cuando la puerta se abrió de golpe y el Alfa de Silent Shadows salió disparado al exterior.

—¡Aria, ahí estás!

Aún en mi forma lobuna, me encogí y metí el rabo entre las piernas, insegura de lo que me esperaba. Lucas no me dio tiempo a aclimatarme a su compañía. Me cogió en brazos y me llevó a su casa.

Una vez dentro, me tumbó en una manta y sacó el móvil.

—Esther, ¿estás ocupada? Necesito que vengas a mi casa ahora mismo. Trae algo de ropa. —
Luego miró a Scott, que ya se estaba transformando—. ¿Dónde la has encontrado?

Scott se puso rápidamente de rodillas, sentado y respirando con dificultad tras su transformación.

—En las fronteras orientales. Estaba inconsciente.

Lucas le entregó algo de ropa y volvió a centrar su atención en mí, frotando ligeramente el punto entre mis hombros encorvados.

—Ha venido aquí —dijo en voz baja, sorprendido de que buscara refugio en su territorio—. Después de enterarme del ataque, fui al territorio de tu manada para ver cómo estabas, pero no estabas allí. Tu olor se había perdido en la masacre. Estaba tan preocupado de que los Solitarios te hubieran llevado.

Escucharle hablar era como un sueño. Estaba tan agotada que no sabía si estaba allí de verdad o sólo alucinaba en mis últimas horas antes de morir. Lucas me hablaba con tanta dulzura, la cadencia de su voz teñida de una preocupación tan genuina, tan tierna, que debería haber estado reservada para alguien más especial que yo. Era el tono de voz que uno usaría con su propia pareja. Apenas éramos más que conocidos. Y, sin embargo, me adoraba, se inclinaba para besarme la sien y abrazarme mientras el cansancio me drenaba la vida. Me consoló mientras esperábamos a Esther.

Debí de quedarme dormida de nuevo, porque antes de que me diera cuenta, la sanadora estaba arrodillada a mi lado, haciéndome despertar con suavidad.

—Aria, ¿tienes suficiente fuerza como para volver a tu forma humana?

Levantando la cabeza cansada, asentí en señal de confirmación. Lo intentaría.

El dolor se apoderó de mí al instar a que comenzara la transformación. Un gemido salió de mi garganta mientras yacía inerte en el suelo, con mi cuerpo retorciéndose. Mis heridas, que se habían coagulado y secado, volvieron a abrirse de repente, derramando sangre sobre el suelo de Lucas, pero a él no pareció importarle. Le preocupaba más que me hubiera transformado por completo. Cuando fui humana, me acunó en sus brazos mientras me acariciaba el pelo, silenciando los agónicos gemidos que salían de mis labios.

En los pocos minutos que pasé allí tumbada, desnuda y vulnerable, sentí el calor de Lucas contra mi piel descubierta y me sentí más segura que nunca. Un afecto sin precedentes me consumió, y me sentí increíblemente agradecida de estar allí con él. Pero no duró mucho.

—Me alegro mucho de que estés bien —me dijo al oído.

Debería haberme hecho sentir aún mejor, pero en lugar de eso, me dejó con una premonitoria sensación de vergüenza.

Teniendo en cuenta todo lo que había perdido, sabía que era cuestión de tiempo que yo también arruinara esto. No podía caer en la trampa de sentir algo por Lucas. Él se daría cuenta de lo indigna que yo era, y no creía que mi alma pudiera soportar más rechazos. Era mejor no sentir nada.

—Aria, dime, ¿por qué has elegido venir aquí en vez de volver a tu casa? —preguntó Lucas. Le miré sin saber qué decir—. ¿Te siguen maltratando? —Bajé los ojos al suelo—. ¿Te han hecho daño?

Su pregunta fue como un cuchillo clavándose en mi pecho. Tragué saliva, incapaz de volver a mirarle.

—No, no pasa nada. Estoy bien.

—Aria, me doy cuenta de que no estás bien —insistió Lucas.

Pero cuando me cogió del brazo, me aparté. La amargura plagó mi lengua. No entendía que el mero hecho de hablar conmigo le condenaba a sufrir por mi negligencia y egoísmo, como Oswald y Mara. No quería que sufriera por mi culpa.

Lucas suspiró, cediendo por ahora.

Me adormecí ante las emociones que siguieron a la ayuda de Lucas para vestirme. Mientras Esther me ponía las manos encima y curaba mis heridas, me quedé mirándola a ella, a Lucas y a Scott, concentrándome en la textura de la pared. El dolor de mi corazón resonaba en mi interior: no podía ser reparado por la magia curativa de Esther. Me pesaba tanto que pensé que me hundiría en el sofá y desaparecería. Lo deseaba. Las últimas imágenes que tenía de mi manada parpadeaban en mi mente, recordándome lo poco que significaba para ellos y lo poco que acabaría significando para Lucas. Al final todos me habían abandonado porque nunca fui lo bastante buena. No estaba segura de lo que había hecho para que Lucas se encariñara conmigo, pero sentía que lo había engañado y que, con el tiempo, descubriría lo nefasta que era. No merecía su ayuda. No merecía nada de esto.

Una vez terminada la cura, Lucas me cubrió con una manta y se alejó. Me quedé tumbada, pensativa, mientras le oía hablar con Esther en la otra habitación.

—¿Sabes qué le puede estar pasando? —preguntó en voz baja.

—Está mostrando signos de depresión —dijo Esther—. No es de extrañar, teniendo en cuenta lo mal que la tratan sus compañeros de manada. Estar privada de contacto ha debilitado su cuerpo, por lo que luchar contra esos solitarios requirió mucha energía, y sus heridas no se están curando tan bien como podrían.

Lucas se quedó un momento en silencio, pensando.

—¿Qué puedo hacer para ayudarla?

—En este punto, no estoy segura de si hay algo que puedas hacer. Su manada la ha rechazado. Su vínculo con ellos está fallando. Si ella pierde su vínculo con su manada, su cuerpo puede simplemente rendirse.

Lucas gruñó.

—No dejaré que eso suceda.

—Hay una alternativa... pero dependería de ella que funcionara.

Sus voces se difuminaron en un murmullo inaudible. Una pequeña curiosidad en mi interior me rogaba saber qué decían, pero mi apatía anulaba cualquier intento de escuchar. Fuera cual fuera la alternativa de Esther, estaba condenada al fracaso. Entonces, ¿para qué molestarse?

Debería dejar que mi vínculo con mi manada se marchitara. Serían más felices.

Y al final, sería más fácil para Lucas.

Cerré los ojos, deseando poder darme prisa y desvanecerme para ahorrarles a todos la molestia de tener que lidiar conmigo.

Capítulo 17: Aria

El sol de la mañana entraba por la ventana y me quemaba los párpados. Me desperté con un grito ahogado, mi primer instinto para protegerme de los dientes furiosos de la naturaleza salvaje que acechaba mis sueños.

Entonces mi cuerpo registró la comodidad del sofá y la manta a mi alrededor, y el olor de Lucas Black inundó mi nariz. Miré a mi alrededor sin fuerzas y recordé que no estaba aislada en la selva, despertándome en una guarida y luchando por alimentarme. Estaba por segunda vez en casa de Lucas, y él estaba sentado en una silla cercana, dándose cuenta ahora de que yo estaba despierta.

Sonrió cálidamente.

—¿Tienes hambre?

Le devolví la mirada, pero, aunque hubiera querido negarme, el rugido de mi estómago habló por mí.

Lucas rio entre dientes y se levantó.

—Déjame traerte algo.

—No tienes por qué hacerlo —respondí sombríamente, moviéndome lentamente fuera del sofá, sólo para vacilar cuando el dolor sacudió mi cuerpo.

Al notar mi dolor, Lucas se acercó y me guio hasta mi cómoda posición en el sofá. —Necesitas descansar, Aria —dijo. Una pizca de severidad hizo que su voz se volviera rígida bajo la calidez que reservaba para mí—. Sé que crees que tienes que hacerlo todo sola, pero créeme cuando te digo que estoy aquí para ayudarte.

El calor me hizo cosquillas en las mejillas. Me esforcé por mantener la mirada de Lucas, mi vergüenza como un puñetazo en el estómago.

—No deberías perder el tiempo conmigo. Eres el Alfa de la manada Silent Shadows —murmuré

—. Tienes cosas más importantes que hacer.

Lucas enarcó las cejas.

—Eres lo más importante para mí.

El impacto de sus palabras me mareó. No pude evitar buscar sus ojos, perdiéndome en la ternura de sus melosas profundidades.

Al darse cuenta de las implicaciones de sus palabras, Lucas se frotó la nuca y se apartó.

—No te muevas. Te traeré algo para desayunar, ¿vale?

Luego, sin esperar mi respuesta, Lucas se retiró a la cocina, seguramente arrepentido de haber soltado así sus pensamientos. La idea de que yo pudiera ser tan importante para él me dejó atónita. No había hecho nada para merecerlo y, con demasiada rapidez, recordé lo poco que quería valer para nadie, porque al final sólo iba a decepcionarlos. Lucas incluido. Quería decírselo, y las palabras se iban formando lentamente en mi garganta, pero cuando volvió a aparecer con una bandeja de comida, de repente me resultó imposible romper el silencio. El miedo abrumador a parecer desagradecida sólo se vio reforzado por mi hambre desesperada, al ver y oler el desayuno que Lucas había preparado.

Ante mí había una tostada con crema de cacahuete y mermelada de fresa, un bol de cereales con un vasito de leche al lado y un plato de beicon y huevos.

—No estaba seguro de lo que preferirías, así que te he puesto un poco de todo —dijo Lucas.

Sinceramente, todo parecía delicioso. No recordaba la última vez que había comido en condiciones, excepto cuando había estado aquí. Ya salivando, devoré todo lo que había en la bandeja. Sólo después de devorar el desayuno sentí vergüenza por ser tan glotona, pero a Lucas no pareció importarle.

—Debes haber pasado hambre estos últimos días —dijo—. ¿Te sientes mejor? —Asentí lentamente—. ¡Bien!

Lucas se llevó la bandeja a la cocina y reapareció unos segundos después, deteniéndose frente a mí para estirarse.

Debería haber desviado la mirada, pero la estrecha franja de piel que quedaba al descubierto bajo

la camisa de Lucas mientras alzaba los brazos por encima de la cabeza y arqueaba la columna me cautivó por completo. El rastro de vello castaño que se extendía por su ombligo y el borde de sus pantalones hizo que mi mente se volviera loca de asombro. Mi corazón se apresuró a imaginar qué más había bajo su ropa.

Luego giró los hombros y su camisa volvió a hundirse sobre su cintura. Me miró, dándose cuenta de que lo había estado observando, y yo luché por recuperar la compostura, con las mejillas más rojas que nunca. Lucas volvió a reírse, el sonido provocándome. Se sentó a mi lado en el sofá, pero lo único que pude hacer fue mirar en otra dirección, deseando atravesar una pared con la cabeza por la humillación.

¿Por qué pensaba esas cosas de Lucas cuando sabía que no lo merecía así?

—Aria —me dijo para llamar mi atención.

No podía mirarle. Deseaba arrastrarme a un agujero y morir.

—Está bien que te relajes conmigo, ya sabes.

—Lo sé.

—¿Y por qué no lo haces?

Había mil verdades, pero nada que pudiera reunir el valor para decir.

Lucas se acercó un poco más.

—¿Por qué no puedes?

Tal vez se había dado cuenta de lo difícil que era su primera pregunta. Esta pregunta era un poco más fácil de responder. Me maravillé brevemente ante la diferencia entre intención y razón —la diferencia entre no hacer y no poder— antes de aspirar y hablar por fin.

—Cualquier alegría que siento me es arrancada segundos después. Entonces, ¿qué sentido tiene...?

La melancolía de mi respuesta hizo palidecer a Lucas.

—¿Qué quieres decir? Tienes tanto por lo que vivir. —Luego, reconsiderando su respuesta,

Lucas me cogió la mano, rozándome los nudillos con las yemas de los dedos—. Has cambiado desde el día en que te conocí. Aria, ¿qué ha pasado?

Una vez más, se me hinchó la garganta y meforcé por hablar.

—Les he fallado a todos.

Lucas me apretó la mano.

—¿Cómo?

Pero cuanto más ansiaba una respuesta, peor me sentía. El calor de mi rostro se manifestó en lágrimas en las comisuras de mis ojos. Respiré lentamente, tratando de evitar que las lágrimas cayeran.

—Simplemente... no era lo bastante buena para ser Hembra Alfa. No era lo bastante buena para Oswald ni para mi familia. Toda mi manada cree que soy una mocosa egoísta y dramática.

—Pero algo debe haber pasado para que piensen eso. ¿Has tenido un fallo en tu entrenamiento? ¿Ha habido una pelea de la que no sé al respecto?

Aquí era donde deseaba tener pruebas reales de por qué yo era tan mala para Lucas. Deseaba poder contarle alguna terrible fechoría que hubiera cometido para convencerle de que era una pérdida de tiempo, pero me costaba señalar exactamente mis defectos. Era el mismo dilema que me mantenía despierta noche tras noche, devanándome los sesos con una tristeza implacable, intentando pensar qué había hecho mal y cómo podía arreglarlo. Lo había pensado lo suficiente, y la respuesta acabó saliendo de mi boca antes de que pudiera detenerla.

—Nunca importaba lo que hiciera. Lo hice lo mejor que pude y nunca iba a ser suficiente. Oswald siempre me ha despreciado, y luego Mara apareció en el momento justo para darle a mi compañero predestinado una excusa para rechazarme. Mara siempre se siente herida por mí, de alguna manera, cuando nunca he tratado de hacerle daño. La mitad de la manada cree que he atacado a Mara. La otra mitad sólo siente lástima por mí. Todo a lo que dediqué mi vida me fue arrebatado hasta que me quedé privada de tacto y desangrándome por Solitarios rabiosos, y parece que es exactamente lo que Oswald y Mara quieren.

Las lágrimas se me salían de los ojos mientras volcaba todos mis sentimientos en Lucas, resumiendo todo lo que había vivido con cruda sinceridad, con la esperanza de que Lucas

pudiera darle sentido a lo que yo no podía. ¿Cómo pudo Oswald ser tan cruel de alargar tanto nuestra relación? ¿De dónde había salido Mara? Mi vida se vino abajo en lo que se suponía que era mi apogeo. ¿Cómo era posible que cosas así se alinearan para quebrarme tan severamente? Lloré desconcertada, lamentando la vida que tenía antes de mi desastrosa ceremonia de apareamiento.

Lucas me pasó el brazo por los hombros y tiró de mí. Apretó los labios contra un lado de mi desordenada melena, grasienta porque hacía días que no me bañaba, y me abrazó a pesar del olor y el cansancio. Al principio me quedé atónita, esperando que me apartara como hacía todo el mundo. Lucas se limitó a abrazarme con fuerza, respirando profunda y pacientemente. Me frotó el brazo y me inclinó el hombro hacia él hasta que me desplomé contra su pecho, estremeciéndome, dándome cuenta de lo mucho que había echado de menos el contacto de otra persona. No sólo eso, sino sentir que otra persona se preocupaba por mi existencia. Lucas lo hacía. Me abrazó como si, a pesar de todos mis defectos, sintiera verdadera empatía por mí. Se sentía triste por mí y quería lo mejor para mí. Lloré con más fuerza ante la sinceridad de su tacto.

Tras unos largos minutos, Lucas tomó aire.

—Siento que hayas pasado por eso. Una manada no debería comportarse así con alguien que sólo ha hecho todo lo posible por cumplir las expectativas de todos. —Su voz era suave y pensativa, acariciándome el corazón con un afecto que no podía creer que fuera real. Tenía que haber algún motivo oculto detrás de su abrazo. Pero, aun así, quise derrumbarme sobre él y creer en lo mejor del momento. Que Lucas podía preocuparse por mí.

No supe hacer frente a aquel momento de otra manera que no fuera seguir llorando hasta haber expulsado toda la tristeza que tenía acumulada en el pecho. Tardé un poco más en poder articular palabras.

—Me duele el agujero que ha dejado dentro de mí donde debería estar nuestro vínculo predestinado. Oswald nunca sintió ni una pizca de amor por mí —grazné—. Sin embargo, debido a nuestro vínculo predestinado, se aferró a mí. Si no hubiera sido por Mara, ¿habría dicho que sí? ¿Nos habría encerrado en una relación sin amor hasta que inevitablemente hiciera que me mataran porque me odiaba?

—Un Alfa no debería ser tan frío —coincidió Lucas conmigo—. Si no puede sentir amor y simpatía por cada miembro de su manada, hasta por el Omega más bajo, entonces está fallando en ser un Alfa apropiado. Peor aún, Oswald está arriesgando tu vida. Romper tu vínculo de

destino podría matarte. Sabiendo que el vínculo de destino magnetiza a los compañeros entre sí, lo usa para ponerte en situaciones de riesgo hasta que pueda romper tu vínculo. Mostrar una malicia tan descarada hacia alguien tan devoto... No sé cómo toda tu manada no puede ver que Oswald está fallando en mantener los estándares de nuestra alianza. Estoy decepcionado. Te mereces algo mucho mejor.

Sus palabras resonaron en mi interior. Su perspectiva externa era exactamente lo que yo había estado experimentando. Lo vio todo sin que su opinión sobre mí estuviera empañada, influenciada por otra persona; lo vio como yo lo veía, y comprendió mi dolor, y me dijo a la cara que no me merecía el dolor. Había trabajado duro. Casi me hizo llorar, si me hubieran quedado lágrimas, pero no lo hice. Volví a mirar a Lucas, perdiéndome en su mirada ambarina, impotente ante la forma en que me admiraba.

Lucas apretó la frente contra la mía y me acarició los mechones de pelo, metiéndomelos detrás de la oreja.

—¿Cómo puedo ayudarte a sentirte mejor? —me preguntó con dulzura.

La sensación de que me acariciara el pelo me hizo plenamente consciente de lo sucia que estaba. Mi voz temblaba por la emoción que me embargaba por dentro. —¿Puedo darme un baño, por favor?

Sus hombros temblaron de diversión.

—Sí. Llamaré a la curandera y te ayudará a limpiarte.

No tenía fuerzas para insistir en que no necesitaba ayuda. Para ser sincera, no me importaba la compañía de Esther. Inspiré y traté de mover los músculos de la cara para sonreír, pero lo único que conseguí fue una punzada en los labios.

Después de llamar a la sanadora con su smartphone, Lucas se lo metió en el bolsillo y me puso de pie, ayudándome despacio y con paso firme por el pasillo hasta su lavabo. Me costaba caminar con todas las heridas y, para cuando entré en la feroz luz brillante del cuarto de baño, estaba ansiosa por saber qué me haría el agua caliente. Lucas me sentó en el borde de la bañera, miró mi ropa antes de apartarse de repente.

—Desvístete, pero no te toques las vendas. Esther llegará en cualquier momento.

Luego, sin mediar palabra, Lucas salió del cuarto de baño, cerrando la puerta y dejándome sola para que me desnudara. Tragando saliva, me quité la ropa y me rodeé con los brazos, temblando mientras exponía al aire mis cortes y moretones. Me metí lentamente en la bañera, escondiéndome entre las rodillas para cuando alguien inevitablemente irrumpiera.

Sin embargo, Esther no irrumpió. Llamó educadamente y se inclinó más cerca:

—Aria, ¿puedo entrar?

Me estremecí y abrí los ojos.

—Sí.

La puerta se abrió de golpe. Esther entró, con el pelo rubio recogido en un moño desordenado.

—¡Ah! Pobrecita —me dijo riendo, pero no sin compasión. Yo también le daba pena—. Toma. Deja que te desenvuelva las vendas mientras abrimos el grifo y calentamos el agua.

Esther se inclinó hacia mí y abrió el grifo hasta que goteó agua fría. Me recorrió con la mirada, desenvolviendo las vendas que cubrían las heridas de color rosa brillante por las curas y rosa oscuro por las costras. Cuando estuve totalmente desnuda y el agua salió caliente, Esther puso el tapón y llenó la bañera, sumergiéndome poco a poco en un calor sorprendentemente agradable y terapéutico. No esperaba sentirme tan bien.

—Siéntate ahí. Te lavaré —dijo.

Al principio, me pareció invasivo, pero era sólo mi privación de tacto que hacía que su afecto me pareciera extraño e inmerecido. Quería que me mimara. Quería una atención de la que me había sentido privada toda mi vida. Era agradable sentarme allí y dejar que otra persona se ocupara de mí después de haberme alejado de todos los que antes apreciaba.

—¿Cómo estás durmiendo? —aventuró Esther.

La sensación de sus dedos en mi pelo casi me durmió, y yo estaba muy cansada.

—Rara vez duermo unas horas seguidas —le dije—. Estoy acostumbrada a estar medio despierta toda la noche en la naturaleza. A veces me hace imaginar cosas. Vivo... pesadillas constantes... incluso aquí —admití con vulnerabilidad. Pero la dulzura con la que Esther me trató me hizo confiar en ella más que en nadie en mucho tiempo.

Esther frunció el ceño.

—Lo siento. Te dejaré una almohada perfumada con lavanda y algunos aceites. Te ayudarán a dormir mejor. Necesitarás dormir mucho si quieres curarte de estas heridas.

—No tienes por qué hacerlo.

—Bueno, quiero hacerlo. Es mi trabajo —sonrió Esther—. Pero también quiero hacerlo porque quiero verte mejor. El Alfa Lucas te quiere mucho, y yo también. Tienes mucho potencial. No me gustaría ver desperdiciado a alguien con tu talento.

—Suenas como él —observé.

Esther se rio esta vez.

—Hemos pasado mucho tiempo juntos.

Mis pensamientos se desbocaron, tratando de imaginar la relación entre ellos. Esther debió de percibir mi incertidumbre porque un momento después añadió:

—No te preocupes, nunca fue romántico. Somos amigos de la infancia. Así es él con todos los cambiaformas lobo con los que creció en la manada.

Así que era amiga de Lucas. Esther parecía mucho mayor que él —tenía un aire más maternal— y eso me tranquilizó al saber que no había nada entre ellos. Confiaba fácilmente en Esther.

Me atraganté cuando Esther aprovechó para decirle después a Lucas, mientras yo estaba sola secándome con una toalla, que sufría pesadillas y que debería pasar la noche con alguien en vez de sola.

—Dormí en la silla junto a ella toda la noche —señaló.

—Su cuerpo aún se está recuperando. A medida que su vínculo predestinado se desintegra, sigue debilitándose, y cualquier estrés adicional podría detener su recuperación y matarla. Incluso siete u ocho horas sin contacto podrían inclinar la balanza. Lucas, tal vez deberías mantenerla en tu habitación. Creo que el contacto físico que le has estado dando ayudaría en su recuperación y la ayudaría a sanar más rápido.

Me dio un vuelco el corazón. Sus voces quedaban ocultas tras la puerta, pero, aun así, sólo por el

tono podía completar las piezas que me faltaban. Tragando saliva, me vestí rápidamente, escondiéndome mientras Lucas se hacía a la idea de llevarme a su dormitorio.

Minutos después, llamó a la puerta.

—Aria, ¿estás vestida?

—Sí. —Mi lengua se sentía pesada.

Lucas entró en el húmedo cuarto de baño, la niebla se separó a su alrededor como si fuera una deidad etérea.

—¿Nos has oído hablar fuera?

—...Sí.

Una leve sonrisa titiló en la comisura de los labios.

—Creo que sería útil. ¿Qué te parece?

—Yo... no lo sé. Siento que podría estar demasiado cerca. —Un calor familiar se apoderó de mis mejillas.

—De eso se trata —dijo Lucas.

—Puedo regularme —protesté débilmente.

—Pero ¿y si pasa algo cuando yo no esté? Tengo que ayudarte a hacerte más fuerte como sea. Es mi deber como Alfa —dijo Lucas con firmeza.

Tenía la sensación de que, por mucho que discutiera, Lucas se limitaría a alegar alguna excusa y a sonreírme, decidido a cuidarme.

Fue... agradable.

—De acuerdo —murmuré.

Su sonrisa se hizo más brillante, y me resistí a admitir que estaba enamorada de él. Quería repararme de verdad, y yo quería confiar en que podía hacerlo.

Capítulo 18: Aria

No había mucho que pudiera hacer ese día aparte de descansar. Mientras Lucas se ocupaba de asuntos de la manada, yo me acurrucaba en su cama, envuelta en las mantas impregnadas de su olor y hundiéndome en sus almohadas, cerrando los ojos para dormirme demasiado rápido. La siguiente vez que me desperté, había oscurecido y Lucas se estaba metiendo con cuidado en la cama a mi lado. Mi cuerpo se sobresaltó de sorpresa al sentir el calor corporal de otra persona contra mí.

—Vuelve a dormirte —me dijo suavemente detrás de la oreja—. No te tocaré ni nada durante la noche. Sólo estoy aquí para asegurarme de que estás bien.

Todavía aturdida por el sueño, tarareé y volví a caer en la inconsciencia.

Mi primera noche compartiendo cama con Lucas no fue emocionante ni sexy ni nada parecido. Fue exactamente como él había prometido: una noche tranquila y reconfortante en la que me sentí más segura que nunca durmiendo sola.

Por la mañana, Lucas ya estaba levantado. Me vestí perezosamente y me reuní con él en la cocina para desayunar, esta vez una gran tortilla rebosante de queso, pimientos y espinacas, acompañada de panceta y patatas fritas.

—Nos acompañarás a decorar el salón comunitario para la celebración de las Perseidas, ¿verdad?
—me preguntó entre bocado y bocado.

La oferta me pilló desprevenida.

—No sabía que querías que hiciera eso. Perdona. Sí. Sólo dime cómo te gustaría que lo hiciera.

Lucas se rio.

—No lo trates como un trabajo. Quiero que te diviertas.

Sonaba mucho a que ya tenía expectativas de que me ganara mi sustento. No es que yo formara parte de su manada ni nada parecido, pero mientras estaba curándome aquí, tenía sentido

ponerme a trabajar. ¿Pero esto era sólo por diversión?

—De acuerdo —dije a regañadientes.

Cuando llegamos al salón comunitario —un gran edificio de ladrillo con un pequeño y limpio vestíbulo, una cafetería y el enorme gimnasio que íbamos a decorar—, doce compañeros de la manada Silent Shadows ya estaban allí, incluida Esther. En cuanto me vio, sonrió y se acercó a nosotros, cogiéndome del brazo.

—¡Aria! Me alegro mucho de que estés aquí. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy... bien.

Esther me sonrió.

—Esperaba que te unieras a nosotros. Vamos, las mesas ya están preparadas. Tenemos que poner los manteles y decorarlas.

Cuando me apartó, miré a Lucas con un destello de preocupación. Se limitó a asentir, animándome a acompañarla.

Así que trabajé junto a Esther, colocando los manteles estirados sobre las mesas hasta que se convirtieron en elegantes sombras negras de sí mismos. Esperaba que sus compañeros de manada gruñeran y me criticaran, pero sólo sonreían, elogiándonos a Esther y a mí por lo bien que habían quedado las mesas.

—Gracias por ayudarnos —dijo alguien—. ¡Tienes buen ojo para esto!

Su amabilidad fue una gran diferencia con respecto a lo que habría experimentado con mi propia manada. Un trabajo así habría sido ingrato. Aún esperaba oír algún comentario malintencionado en voz baja. Pero en el gimnasio sólo se respiraba positividad cuando todos me dieron la bienvenida, haciendo que decorar la sala fuera menos un trabajo y más una actividad de unión de grupo. Las risas llenaban el ambiente y sentía una ligereza en el cuerpo que me hacía sentir que estaba disfrutando.

Después de bajar de una escalera para colgar serpentinas azules y amarillas, un ruido metálico en la puerta atrajo mi atención hacia Lucas y Scott, que arrastraban un alto arco metálico hacia el gimnasio. Lo colocaron justo delante de la puerta y me di cuenta de que había otro igual al otro lado. Me acerqué cautelosamente a la puerta, esperé a que Lucas diera un paso atrás y le eché el

ojo, sin expresar mi curiosidad.

—¡Eh, eres justo la mujer que necesito! Solemos montar dos arcos de globos a cada lado de la puerta que da al vestíbulo. Tengo una foto exacta de cómo tiene que quedar y tenemos todos los globos —dijo Lucas, señalando una fila de cubos de plástico rebosantes de globos brillantes, bulbosos y coloridos—. Sólo necesito que alguien me ayude a atarlos a los arcos. ¿Entonces?

La duda me hizo vacilar.

—No me digas que los arcos de globos no están en tu repertorio de organización de eventos —se burló Lucas.

—No son mi especialidad —admití—. Pero... no pueden ser tan difíciles, ¿verdad?

Lucas se animó.

—Eso es lo que me gusta oír. Vamos.

Mientras todos los demás permanecían en el gimnasio, Lucas y yo nos pusimos a trabajar fuera. Él tenía una copia impresa del arco de globos pegada a la pared para que nos sirviera de referencia. Me arrodillé y até cada globo a medida que él me lo entregaba, olvidando poco a poco mis miserias en favor de la atención al detalle. Fue fácil perderme en el proyecto, asegurándome de que cada globo estaba perfectamente colocado según la foto. Cuando llegamos a la parte superior del arco, me puse de puntillas y no pude alcanzar la barra metálica.

—Ahí va —dijo Lucas. Me rodeó la cintura con los brazos y me levantó.

No pude evitar el aullido de risa mientras mis pies abandonaban el suelo.

—¡Lucas, espera!

—¿Qué pasa? ¿No puedes llegar ahora?

Perdí el equilibrio y me tambaleé en el aire antes de darme cuenta de que tenía la mano enredada en su antebrazo. Con una lenta exhalación, le solté el brazo y até el globo en su sitio.

—Perfecto. —Su voz reverberó profundamente justo detrás de mi espalda y me recorrió por completo. Me alegré de estar en el aire y de espaldas a él, porque si no vería lo sonrojada que me ponía. Por otra parte, probablemente ya sabía el efecto que tenía en mí.

A última hora de la tarde, el gimnasio estaba totalmente decorado. Lo atravesé y admiré todo el trabajo que habíamos invertido en la sala. Las serpentinas azules y amarillas recorrían las paredes, y del techo colgaban farolillos de papel de los mismos colores. Las mesas estaban adornadas con velas apagadas y entre las paredes había una pancarta pintada a mano de color plata por los miembros más jóvenes de la manada con el lema "CELEBRACIÓN DE LAS PERSEIDAS. AULLAD A LAS ESTRELLAS FUGACES". Los arcos de globos estaban adornados en azul, amarillo y plata, y entre ellos había globos especiales de estrellas. Las lámparas LED en forma de estrella formaban los vibrantes centros de mesa, y a lo largo de las paredes se instalaron un par de estaciones fotográficas. Las mesas y las paredes también estaban decoradas con luces de fantasía.

—A la luz del día no parece gran cosa, pero a última hora de la tarde, cuando todo el mundo venga mañana para empezar la celebración, quedará precioso —dijo Esther—. Todo estará iluminado. Las lucecitas brillarán como estrellas. Estoy deseando que lo veas.

Se me encogió el corazón al imaginarme formando parte de su celebración. Todos actuaban como si yo ya formara parte de ella. ¿Realmente querían que estuviera aquí con ellos?

Entonces me di cuenta de que nunca supe realmente lo que se sentía al ser deseada por mis compañeros de manada. No de la forma en que la Manada de Silent Shadows quería que estuviera con ellos.

Lucas me puso la mano en el hombro.

—Ahora tengo que reunirme con el Alfa de la manada Crescent Moon, pero no debería tardar. Scott te llevará a mi casa.

—De acuerdo, claro.

—Traeré alce para cenar. ¿Qué te parece?

Mis ojos se abrieron de par en par.

—Ni siquiera recuerdo la última vez que comí alce.

Eran animales enormes y producían mucha carne, sí, pero debido a su valor, se acordó entre los cambiaformas lobo que sólo se nos permitía cazar uno cada mes. Y normalmente, la carne de esa cacería iba a parar a Oswald y a las familias de cambiaformas de mayor rango. Incluso mis

padres y hermanas cenaban con ella, pero yo nunca llegué a hacerlo.

Lucas sonrió.

—Mejor guarda tu apetito, entonces.

Todos estaban ansiosos por despedirse de mí, prometiendo verme o hablar conmigo más tarde antes de que Scott y yo partiéramos de regreso a casa de Lucas. En el camino entablamos conversación fácilmente, adormeciéndome en una sensación de comodidad y seguridad tras un agradable día con la Manada de Silent Shadows.

—Parece que tienes un don para la decoración —dijo Scott.

—Sí. Estuve muy involucrada en la planificación de mi ceremonia de apareamiento.

—¿Con Oswald?

Tragué saliva.

—Si...

—Apuesto a que se veía hermosa —dijo Scott—. Ese imbécil probablemente ni siquiera lo apreció.

Me invadió una extraña satisfacción, pero no dije nada.

—Lucas suele encargarse de los eventos por su cuenta —continuó Scott—. Pero vi cómo te miraba mientras trabajabais en los arcos de los globos. Creo que te admira.

Mi corazón se aceleró.

—¿En serio?

—¡Aportas mucho! Le gusta que estés dispuesta a implicarte.

—Quiero participar —dije—. Ser productiva y útil... siento que ese es mi propósito.

—Casi como si siempre hubieras estado destinada a ser una Hembra Alfa —bromeó Scott.

La idea casi me hizo sonreír si no fuera por la inminente tristeza que me invadió después. Pero

tenía razón. Sentía que siempre había estado destinada a servir a mi manada de esa manera, como su Hembra Alfa. Viví toda mi vida creyéndolo. Cuando me lo arrebataron, no supe qué hacer conmigo misma. Ser útil a la Manada de Silent Shadows me recordó lo que sentía al hacer aquello para lo que estaba destinada.

Cuando llegamos a casa de Lucas, Scott abrió la puerta y no me siguió dentro.

—Tengo que patrullar las fronteras ahora, pero Lucas debería estar en casa pronto.

—De acuerdo. Gracias por acompañarme.

Scott sonrió.

—Cuando quieras, Aria. Nos vemos.

Cuando se marchó, me pasé la hora siguiente reflexionando sobre el día como si estuviera atravesando un sueño. Me duché, pensando una y otra vez en cada interacción que había tenido, buscando alguna maldad subliminal que no hubiera detectado antes, intentando reventar la felicidad que me había creado para demostrar que sólo estaba siendo una tonta. No quería engañarme pensando que aquí todo era perfecto, sabiendo que inevitablemente lo estropearía todo. Pero por mucho que intentara encontrar los defectos de la Manada Silent Shadows, no podía pensar en ni una sola experiencia desagradable. El día era perfecto.

Entonces, la voz de Lucas entró por la ventana abierta de su dormitorio. Me estaba secando el pelo con una toalla cuando le oí hablar con alguien. La ansiedad me empujó hacia la ventana, por donde me asomé y lo vi de pie junto a Esther, con una bolsa de plástico en una mano y un pequeño ramo de flores en la otra.

—Por supuesto, creo que le gustará —dijo Esther—. Sólo digo que debes moderar tus expectativas.

—Pero está mostrando claros signos de recuperación —argumentó Lucas.

—Sí, pero aunque se recupere físicamente, existe la posibilidad de que Aria nunca vuelva a ser la misma... emocional, mental o espiritualmente. Los cambiaformas lobo que han sido abusados por su manada al grado que ella lo fue, a menudo mueren, especialmente aquellos tan jóvenes como ella. Causa un daño emocional tan inmenso que el dolor no puede ser superado. Vivirá con los recuerdos del abuso de su manada para siempre, y... puede que tome medidas drásticas para

aliviar ese dolor. Incluso si no lo hace, podría ser miserable por el resto de su vida.

—¿No he dejado claro que estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para ayudarla? —gruñó Lucas.

—Puede ser, pero la depresión es una herida en el corazón de la que no todo el mundo puede curarse. No todo el mundo tiene un corazón lo bastante fuerte.

—El suyo lo es. Lo sé.

Esther suspiró, cruzándose de brazos. Su mirada se dirigió a la ventana. Jadeé y me escondí contra la pared, mi mente luchando por comprender lo que estaba oyendo.

—Dijiste que sólo ella puede hacer los cambios para curarse completamente. ¿Y si puedo convencerla para que se una a nuestra manada?

—Sería un comienzo. Reemplazar sus recuerdos de su manada abusiva con recuerdos de compañeros de manada más amables y cariñosos...

—Entonces la convenceré después de la reunión —decidió Lucas.

Hubo una pausa, luego la voz de Esther se suavizó.

—Espero que puedas.

No oí el resto de la conversación hasta que se abrió la puerta principal. Cerré rápidamente la ventana, tiré la toalla en el cesto de la ropa sucia y empecé a cepillarme el pelo, fingiendo ignorancia a pesar de la conversación que ardía en mi mente. Lucas estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para ayudarme a recuperarme. Debería haberme hecho sentir feliz, pero sólo me pesaba. ¿Y si no era lo bastante fuerte como para superarlo?

Se abrió la puerta del dormitorio.

—Hola —saludó Lucas, sonriéndome como si la conversación con Esther nunca hubiera ocurrido—. Ha habido un pequeño cambio de planes. Los otros Alfas y yo hemos convocado una reunión estratégica improvisada sobre esos Solitarios. Pero debido a tu experiencia con ellos, quería que estuvieras allí para dar tu opinión. ¿Te parece bien?

Parpadeé sorprendida.

—Ayudaré en lo que pueda.

—No debería tardar mucho. Después cenaremos —dijo Lucas, guiándome escaleras abajo. Cuando pasamos por delante del comedor, me di cuenta de que había puesto las flores en un jarrón entre dos platos. Lucas no dijo nada al respecto —quizá esperaba que yo no me diera cuenta—, pero eso también me quedó grabado en la mente. Parecía como si nos hubiera preparado una velada romántica.

Apenas salimos por la puerta cuando apareció Scott, jadeando.

—¡Espera, Lucas! Siento interrumpir, pero... —Puso las manos sobre las rodillas y recuperó el aliento—. Lo siento. He venido corriendo desde la frontera.

Lucas se rio entre dientes.

—¿Qué pasa? Aria y yo íbamos a reunirnos con los otros Alfas.

—Sobre eso... —Scott se secó el sudor de la frente y se enderezó. Su sonrisa habitual había desaparecido en lugar de una seria preocupación—. Oswald ha llegado, pero... no está aquí para la reunión. Ha traído a algunos de su manada. —Los ojos de Scott se desviaron hacia mí—. Quieren hablar contigo, Aria.

El nombre de Oswald me hundió el corazón en el pecho de pavor.

Por supuesto, este día era demasiado bueno para ser verdad.

Debería haber sabido que mi pasado nunca estaría lejos de mí.

Capítulo 19: Aria

Un sudor frío me perseguía mientras seguía a Scott hasta la frontera, donde me esperaba la manada. El miedo me hacía sentir pesada a cada paso, y el corazón me latía tan fuerte en los oídos que ahogaba todo lo demás. Ni siquiera la tranquilizadora presencia de Lucas era suficiente para calmar mi malestar; una gélida ansiedad me sacudió hasta la médula. Sentía que caminaba hacia mi perdición.

Un silencio espeluznante se apoderó del bosque a medida que nos alejábamos de la seguridad de la aldea de Silent Shadows. Ni siquiera los pájaros conversaban en lo alto, limitándose a observar desde las copas de los árboles a la manada de lobos que se acercaba a los visitantes de su territorio. Contuve la respiración con cada movimiento entre los árboles, esperando que mi manada apareciera en cualquier momento, deseando poder dar media vuelta y volver a la mesa adornada con flores de Lucas y olvidarme por completo de la manada de Grey Creek. Después de la completa y absoluta amabilidad de la manada de Lucas, no quería volver con la gente que me despreciaba o sentía lástima por mí. Me gustaba que me apreciaran, que se hicieran amigos míos y que me hicieran sentir valorada. No podía volver con los metamorfos que no me veían más que como un fracaso decepcionante de Omega.

Pero ese destino se hizo aterradoramente real cuando la luz del sol vespertino reveló a Oswald, Mara y una multitud detrás de ellos. Mi manada se había unificado para enfrentarse a mí.

Era mi peor pesadilla. La debilidad de mis rodillas casi me dejó inconsciente, pero una mano fuerte y cálida en la parte baja de mi espalda me mantuvo de pie. Lucas revoloteaba detrás de mí, dándome ánimos con sus caricias y murmurándome a la oreja:

—No te preocupes. No tardaré mucho.

Le miré a los ojos durante unos segundos de confianza. Me devolvió la sonrisa e inclinó la cabeza para besarme la frente. De repente, su cercanía me inundó con su olor y su afecto calentó mi escalofrío nervioso. Deseaba desesperadamente creer que Lucas pretendía protegerme, que valía la pena protegerme, pero sabía que en el instante en que Oswald hablara, yo quedaría reducida a la nada. Con toda mi angustia, no me di cuenta de la mirada mordaz que Lucas dirigió a Oswald.

Al acercarnos a mi manada, levanté la vista hacia Oswald e inmediatamente sentí su ira y su juicio clavándose en mí. Mis hombros se hundieron y dudé si acercarme más. Lucas me rodeó, formando una barrera entre Oswald y yo. Detrás del Alfa de Grey Creek, Mara puso mala cara y me miró con desprecio, igual que su compañero. Mi familia también permanecía detrás de él: mi padre fruncía el ceño, mi madre se tragaba su ira, sólo dos de mis hermanas —Cassie y Emma— se reían entre ellas, haciendo que se me revolviera el estómago. A la izquierda de Oswald, el ceño rencoroso de mi profesor de combate, el señor Ross, no parecía aprobar la decisión de Oswald de haber venido aquí. El señor Ross me miró, y reconocí el más leve destello de simpatía antes de que apartara la mirada.

Apreté los puños y me obligué a sostener la mirada de Oswald.

El Alfa de Grey Creek arrugó la nariz y se burló, pero antes de que pudiera hablar, Lucas rompió el silencio.

—Debes de haberte desviado de camino hacia aquí —dijo Lucas con firmeza, con una advertencia para que Oswald anduviera con cuidado.

El tono del Alfa de Silent Shadows hizo que Oswald se pusiera rígido, como si le subiera hielo por la columna vertebral.

—Podemos reanudar la reunión de estrategia en cuanto se resuelva este primer asunto —afirmó.

Lucas entrecerró los ojos.

—¿Qué asunto es ese?

A Oswald se le hinchó una vena de la sien y me miró, señalándome con un dedo.

—¡Tú! ¡Desertando de tu manada cuando habías prometido protegernos contra los Solitarios! Arrastrándote hasta Silent Shadow para eludir tu castigo de privación de contacto, ¡haciendo que el Alfa Black sintiera lástima por ti! —Su malicia se volvió hacia Lucas—. ¡Estoy aquí para recuperar a Aria Gunn, y he traído compañeros de manada dispuestos a testificar por qué debería ser devuelta a nosotros!

No importaba lo que argumentaran. Yo sabía la verdad. No me querían de vuelta porque me echaran de menos o se dieran cuenta de lo que significaba para ellos. Ya sabían lo que significaba para ellos: nada. Me querían porque me querían muerta. El miedo burbujeó en mi

garganta, pero miré de reojo a Lucas y vi que tenía la vista fija en Oswald. Se mantuvo firme ante la indignación de Oswald.

—¿Qué te hace pensar que mereces tenerla de vuelta? —Lucas gruñó. Su lobo estaba erizado, enseñando los dientes, aceptando el desafío de Oswald con vigor—. Cuando mi hermano encontró a Aria en mis fronteras, fue tres días después del ataque de los Solitarios, y ella estaba al borde de la muerte. Me dijo que tú y tus compañeros de manada la habíais abandonado en medio de la lucha. Aria protegió a tu manada. ¿Dónde más crees que se hizo estas heridas? Y tú la abandonaste.

Oswald se puso rígido.

—¿Crees que habría sido prudente sacrificar mi vida por unos cuantos solitarios hambrientos? ¿Por qué, por honor? Aria podría haberse retirado a la villa con nosotros y haberse asegurado de que volviéramos a casa sanos y salvos. Es culpa suya que dejara que sus heridas se infectaran mientras se perdía intentando encontrar el camino a tu manada. Debería considerarse afortunada incluso de estar viva.

—Yo sí —intervine, con voz temblorosa.

Oswald se detuvo sorprendido al oírme.

—¿Tú qué?

—Me considero afortunada. —Respirando hondo,forcé las palabras desde mi garganta—. Debería haber muerto en el bosque después de aquel ataque. Os he causado tanto sufrimiento a Mara y a ti. Debería haber dejado que el destino jugara y me castigara por todo lo que he hecho. Tengo suerte de que Scott me encontrara. Tengo suerte de que Lucas haya sido tan compasivo como para darme cobijo. Pero no lo merezco. Tienes razón... Todo lo que he sufrido es culpa mía. Por eso me entregaste a los Solitarios después de que te salvara la vida, ¿no?

Un grito ahogado recorrió mi manada. Frente a ellos, detrás de mí, los miembros de Silent Shadows que nos acompañaban murmuraban con desaprobación hacia Oswald. Nadie me había visto interrumpir el combate que Oswald estaba perdiendo, pero aún llevaba las heridas infligidas por el solitario que le atacaba. Mientras mi manada susurraba acusaciones contra mí de que podría estar mintiendo, la Manada de Silent Shadows me creía de todo corazón. El señor Ross fue el único que miró sorprendido y decepcionado a Oswald. Había visto mis habilidades de lucha de primera mano: sabía que decía la verdad.

Oswald también sabía que decía la verdad, pero nunca lo admitiría. Curvó el labio con disgusto y miró a Lucas.

—¡Su arrogancia no tiene límites! ¿De verdad le crees a esta enana melodramática y las historias que cuenta? Cuanto más tiempo permanezca en vuestra manada, más corromperá vuestras mentes con sus mentiras. Déjame hacerte un favor y llevarla de vuelta a casa.

—¡Basta, Oswald! —le interrumpió Lucas, alzando la voz con un enfado poco común—. Le creo más a ella que a ti. Aria no ha sido más que sincera y servicial mientras ha estado a mi cargo, y no tengo motivos para creer que actuaría de otro modo en cualquier otro lugar. El hecho de que la calumnies y la pintes bajo una luz que es tan claramente errónea me convence aún más de que es ella la que ha sido agraviada. No sé por qué la tienes tomada con Aria, ¡pero voy a ponerle fin!

—¡Te está manipulando! —gruñó Oswald.

Simplemente no lo dejaba pasar. No entendía por qué Oswald me odiaba tanto; creía que lo sabía porque no se sentía atraído por mí y le molestaba tenerme como compañera, pero estar casado con Mara debería haber resuelto ese problema. ¿Por qué no podía dejarme vivir en paz? Sentí una ira similar a la de Lucas hirviendo en mi estómago y no pude evitar contestar a Oswald:

—¡Tú eres el que está manipulando a la gente! Has puesto a toda mi manada en mi contra. —Oswald se había convertido en mi peor enemigo, pero las lágrimas que punzaban en mis ojos le seguían de cerca. No quería que nadie viera mi arrebato de emoción, y menos aún Lucas, pero era imposible contenerlo todo cuando Oswald me atacaba con tanta saña. Tenía que defenderme, y quizá sólo me sentía con fuerzas para hacerlo ahora que tenía a Lucas a mi lado—. ¡Has hecho de mi vida un infierno! ¿Por qué? Actúas como si intentara arruinarte la vida, pero lo único que quiero es ser útil para mi manada. Me rechazas a cada paso. ¡Me lo has robado todo! Incluso mi propia familia no quiere saber nada de mí, y es por tu culpa. ¡Pero todo lo que has dicho de mí es mentira, Oswald!

Discutir con Lucas podría no haber sido suficiente para que Oswald perdiera la calma, pero en cuanto alcé la voz, vi cómo el vapor brotaba de sus orejas enrojecidas.

—¡Pequeña delincuente...!

—¡Alfa Moore! —estalló Lucas.

Aproveché la interrupción para continuar.

—Sé por qué quieres que vuelva —dije—. No quieres que sostenga tus números ni que me redima de mi mal comportamiento. No quieres darme la oportunidad de encontrar mi lugar porque ya has decidido cuál es: ¡en la mugre!

Otra oleada de murmullos me animó a seguir.

—No sé por qué crees que mi presencia causa tantos problemas, pero ahora está claro que el único valor que tendría para ti es como loba muerta. Sería mucho más conveniente, ¿no? No más lazos predestinados tirando de tu corazón. No más de mis travesuras mientras trato de encontrar mi propósito en tu manada. No más culpa, mientras tú y mi familia me tratáis como la mierda. ¡Todo sería más fácil para ti si estuviera muerta!

La cara de Oswald se contorsionó en incredulidad, luego en exasperación.

—¡No seas tan dramática!

—Tiene razón —dijo Lucas—. Incluso yo puedo ver lo descaradamente que desprecias que Aria esté cerca. Has hecho todo lo posible para alejarla, debilitarla y hacerla vulnerable a las amenazas. Esperando que muriera. No te molestes en seguir negándolo, Oswald. En este punto, sería un idiota si te la devolviera. Hacerlo sería enviar a Aria a su muerte.

El Alfa de Grey Creek vaciló. Una cosa era que yo me defendiera, pero otra totalmente distinta era que Lucas reprendiera abiertamente a Oswald, exponiendo la verdad evidente de sus crímenes. Oswald siempre podía alegar que yo mentía, deliraba o cualquier otra gilipollez, pero ¿cómo iba a rebatir al Alfa Lucas Black? No podía. Por eso se quedó con la boca abierta y le faltaron las palabras.

Al verlo, me sentí más segura de mí misma. Me acerqué a Lucas y me atreví a cogerle del brazo.

—¿Realmente deseas que me quede aquí? ¿Con tu manada?

Lucas parpadeó mirándome.

—Por supuesto, Aria. —Giró su cuerpo para mirarme, agarrándome los brazos con suavidad—. Lo único que deseo es que te unas a la Manada de Silent Shadows. Está claro que Oswald y la Manada de Grey Creek no te aprecian. No te merecen. Hablo en serio cuando digo que quiero que te quedes aquí conmigo.

Cada palabra hacía que mi pecho ardiera más. Me daba cuenta de que a Oswald también le ardía,

pero de la peor manera posible. Él hervía de rabia indignada mientras yo brillaba con las brasas de la aceptación de Lucas.

Pero antes de que pudiera dar mi última respuesta y poner fin a la discusión, se rompió el silencio. No por Oswald, sino por Mara.

—¡Esto es indignante! —gritó, atrayendo todas las miradas hacia ella—. ¿Confías en la palabra de una Omega por encima de la de tu propio compañero Alfa? El Consejo de los Siete no puede tolerar esto.

—¿Qué sabes de la opinión del Consejo al respecto? —desafió Lucas.

Los ojos de Mara se abrieron de par en par y brillaron. Se puso más erguida, como si se sintiera fortalecida por toda aquella atención, con su fachada afilada y preparada. Todos esperamos, pero ninguno de nosotros podía esperar lo que diría a continuación.

—He hablado con el Consejo —dijo, con la voz temblorosa, como si luchara por tener fuerzas para desafiarme—. Tienen razones para creer que Aria Gunn... ¡es una impostora!

Capítulo 20: Aria

La acusación de Mara me dejó sin aliento.

El Consejo de los Siete no sólo me conocía, sino que también habían hablado de mí y, de algún modo, habían llegado a la conclusión de que era una impostora. Y claramente, yo no era la única sorprendida por esta afirmación. Los gritos ahogados y el trasfondo de la conversación entre las dos manadas sugerían que esto era nuevo para todo el mundo. Incluso Oswald parecía sorprendido al oírlo.

Pero Mara se mantuvo firme, decidida a respaldar sus palabras.

—No creeríais que era mera coincidencia que una bribona de bajo rango como ella haya resultado ser la pareja predestinada de Alfa Moore, ¿verdad? —Miró a la multitud—. Incluso su familia, antes de que se descubriera su vínculo predestinado, apenas tenía un rango superior al de los Omegas. ¿Cómo es posible que alguien tan inadecuado para el papel de Alfa fuera elegido para ello? Y tan tarde, cuando la mayoría de los cambiaformas lobo sienten su vínculo predestinado cuando no son más que niños, ¡y más cercanos en edad, también!

Mi madre se adelantó, confusa.

—¿Estás sugiriendo que de alguna manera forjamos este falso vínculo predestinado para nuestra hija?

Mara negó con la cabeza.

—No, no creo que tuvieras nada que ver. Creo que fue el propio egoísmo de Aria lo que la llevó a buscar la forma de forjar el vínculo. Vio que Oswald no tenía pareja y encontró la manera, seguramente mediante magia, de forzar la formación del vínculo.

—¿A los doce años? —me burlé con incredulidad.

—Siempre has sido una chica lista, Aria —dijo Mara con dulzura, pero su voz se ensombreció inmediatamente después—. Con tu nariz siempre metida en los libros. No dudo de que encontraste alguna forma de hacerlo.

—Tiene sentido —dijo Oswald—. Siempre sentí que tenía algún tipo de vínculo predestinado en mí, pero nunca fue por Aria.

El asco y la rabia brotaron de mi interior cuando Oswald apoyó las afirmaciones de Mara.

—¡No tiene ningún sentido! Durante casi cinco años, ¡nunca has insinuado que pudiera haber alguien más! Siempre he sido yo.

—¿Qué podía hacer, Aria? ¿Negarte y arriesgarme a oponerme a las tradiciones de nuestra gente? —se burló Oswald—. ¡Hice lo que tenía que hacer para mantener mi papel de Alfa!

—Sin embargo, tus mentiras y engaños podrían muy bien ser en vano —advirtió Lucas.

—Ella es la mentirosa —insistió Mara—. ¡Por favor, Lucas! Tienes que creernos. ¡Habla tú mismo con el Consejo! Verás que tienen todas las pruebas.

—No puedo creer que una niña de doce años sea capaz de utilizar una magia tan poderosa como para fingir un vínculo de apareamiento. Ni siquiera existe literatura al respecto. Tendría que confabularse con una bruja y, que yo sepa, no hay brujas cerca de la manada de Grey Creek. Esto no tiene sentido —dijo Lucas—. Tienes razón en que me pondré en contacto con el Consejo, pero no será para demostrar lo que dices.

—La severidad de las tácticas de manipulación de Aria os está poniendo a ti y a tu manada en peligro —suplicó Mara—. Puede que haya salvado a Oswald y a la familia Gunn de su maldad... ¡pero todos nosotros seguimos en peligro, incluso más ahora, mientras ella camine entre nosotros! ¡Estás cometiendo un terrible error, Alfa Black!

Ahora no sólo era una mocosa delirante y melodramática, sino que también era malvada. Mara quería desesperadamente hacer creer a todo el mundo que yo era una impostora maliciosa y confabuladora, y era tan increíble que me entraron ganas de reír y llorar a la vez.

—¿Por qué me haces quedar como una villana, Mara? Deberías alegrarte de que no vuelva a la manada de Grey Creek. Ahora tienes todo lo que quieres. Tienes a Oswald, el amor y el apoyo de mi manada. Eres la Hembra Alfa. ¿Por qué no puedes simplemente dejarme estar?

—¡No te atrevas a soltarme mentiras, demonio! —gritó Mara—. ¡Veo a través de ti!

—¡Yo también veo a través de ti! —contraataqué—. ¡Veo a través de todos vosotros! Ninguno de vosotros me ha amado nunca lo más mínimo. —Mis ojos recorrieron el grupo reunido detrás

de Oswald, deteniéndose en mis padres, mis hermanas, la gente a la que alguna vez intenté llamar amigos—. Todo lo que siempre quise fue ver prosperar a la Manada Grey Creek. Quería ser vuestra Hembra Alfa para guiaros a la grandeza, serviros y manteneros. Entrené día y noche para ser lo suficientemente inteligente como para manejar los complejos asuntos internos de la manada y lo suficientemente fuerte como para defenderla físicamente de las amenazas. Dediqué toda mi vida a esta manada, ¿y qué habéis hecho todos vosotros por mí? Todos los días soportaba las burlas y la maldad de mis hermanas. ¡Mis padres me ignoraban y me trataban como si fuera un objeto! ¡Yo adoraba a Oswald, pero él ni siquiera quería mirarme, y mucho menos tocarme! Nadie me apoyó nunca. Yo era una carga. No importaba cuánto intentara probarme a mí misma, ¡todos me atormentabais como si fuera una broma para vosotros! ¿Quién querría ser un impostor e insertarse en una manada como esta? Si fuera a hacer eso, iría a algún sitio donde a la gente le importara una mierda.

No podía contenerlo más. Todos debían saber cuánto me dolía el modo en que me habían tratado durante toda mi vida. Tenían que enfrentarse a la verdad de lo que habían hecho.

Y sin embargo...

—¿Qué, como la Manada de Silent Shadows? —intervino Emma, rebosante de malicia.

Lucas se apresuró a rebatirla.

—No le des la vuelta a esto. No creo que Aria se habría quedado en una manada que la maltrataba tanto si hubiera podido elegir.

Miré rápidamente a Lucas para hacerle saber que apreciaba su comentario.

—Si hubiera podido elegir desde el principio, me habría quedado en la manada de Grey Creek.

—Mi voz se suavizó con tristeza mientras mi mirada volvía a mi familia—. No conocía nada mejor. Habría seguido amándolos y sirviéndolos pasara lo que pasara. Si no fuera por Lucas, seguiría allí.

—Habrías muerto si te hubieras quedado —dijo, sacudiendo la cabeza.

—No habríamos dejado morir a nuestra hija. —Mi padre finalmente dio un paso adelante, hablando en un lamentable intento de salvar las apariencias—. Toda esa basura que ha dicho Aria sobre que Oswald la quería muerta... él tiene razón. Sólo está siendo dramática. No conoces a Aria como nosotros.

—¡No, tal vez no! —ladró Lucas—. ¡La conozco mucho mejor que tú!

—¡Eso es imposible! —dijo mi madre.

—¡Sólo la conoce desde hace un par de meses! —dijo Cassie con incredulidad a Emma.

Emma hizo un ruido de duda.

—Es su magia impostora.

—Tienes que estar bromeando —murmuró Lucas. Volvió a mirarme a los ojos, tratando de adivinar cómo me sentía en aquella reunión. No oculté la angustia que me causaban Oswald, Mara y mi familia, pero me mantuve firme. Estaba decidida a defender mi honor frente a ellos. En los silenciosos segundos que Lucas y yo intercambiamos una mirada, él pareció tomar algún tipo de decisión. Su mano no había abandonado mi brazo, pero ahora se deslizó hasta mi muñeca y luego hasta mi propia mano, entrelazando sus dedos con los míos. El atrevido gesto hizo que mi corazón se acelerara.

Lucas volvió a mirar a la manada de Grey Creek.

—Bajo ninguna circunstancia arriesgaré la vida de Aria entreteniéndote estas tontas afirmaciones tuyas —dijo—. Aria se unirá a la manada de Silent Shadows. Y no se unirá como miembro regular. ¡Que se sepa que se unirá como mi potencial futura compañera y futura Hembra Alfa de la Manada de Silent Shadows!

Mi voz se quebró por la sorpresa. Volví a mirar a Lucas y traté frenéticamente de saber si mentía para quitarme a Oswald de encima o si hablaba en serio, pero por la forma en que miraba fijamente a mi manada... tenía la sensación de que hablaba en serio.

Los demás estaban tan sorprendidos como yo. Volvieron los murmullos y esta vez los observadores no dudaron en expresar sus opiniones. Mientras todos se felicitaban o protestaban, a mí me costaba encontrar las palabras. Mis ojos se aferraron a Lucas quien finalmente me devolvió la mirada y sonrió, apretándome la mano.

—¿Quieres...?

Lo decía en serio.

No creía que Lucas fuera capaz de sentir algo así por mí. Sin un pensamiento racional, lo único

que pude hacer fue decir:

—Sí.

Capítulo 21: Aria

El Alfa Lucas Black me quería como su pareja. Eran palabras que nunca pensé que oiría, y mucho menos que fueran verdad.

Calor y frío chocaron en mi interior, creando una tormenta de sentimientos encontrados. Volví a mirar a Lucas mientras su rostro se iluminaba, contento de que hubiera dicho que sí, y lo demostraba con sus ojos jubilosos y sus labios torcidos. Su alegría desconocida era infantil y pura, como nunca antes había visto en él. Parecía realmente feliz. Eso hizo que yo también quisiera sentirme feliz.

Una reacción volcánica se desató en la manada contraria. Oswald gruñó, su lobo arañando para ser liberado. La ira salvaje le hizo enrojecer, con los dientes enseñados y los dedos arqueados.

—¡Ella no te pertenece! —soltó. Y cuando él y todos los demás se dieron cuenta de lo que había dicho, Oswald inspiró y se enderezó—. Lucas, no puedes —gruñó.

A estas alturas, Oswald se estaba convirtiendo en una molestia, sin hacer nada productivo más que recordarme a la familia que no me quería. Estaba demasiado fascinada con la atención de Lucas como para dejar que Oswald me angustiara más. Apretando la mano de Lucas, intuí que él sentía la misma impaciencia.

—No puedes convertir a esa chica en tu Hembra Alfa —continuó Oswald con urgencia—. Ya es mi compañera rechazada. Su valor se convirtió en nada en el momento en que la rechacé. Ahora es una Omega. ¿Realmente vas a devaluar tu manada tomando como compañera a una Omega rechazada? Tus compañeros de manada se burlarán de ti y te llamarán tonto, Lucas. Tus socios verán a tu esposa como la arpía manipuladora que es. El Consejo cuestionará tu integridad. Esa Omega ya ha demostrado su valía. Así que o debes estar bajo la influencia de su magia impostora, o simplemente eres un mal líder para tomarla como tu compañera, tu igual.

Oswald nos sorprendió a ambos volviendo su veneno contra Lucas y amenazándole, intentando desesperadamente hacerle cambiar de opinión. Alimentó la ira mutua de Lucas y mía hasta que Lucas estalló:

—No se unirá a mi manada como Omega rechazada. Y yo cuidaría mi lengua si fuera tú, Oswald, soltando tradiciones que tú y yo sabemos que fueron abolidas hace décadas. La visión que tienes de los compañeros es anticuada y francamente perturbadora. —También enseñó los dientes—. No puedes atribuirte el valor de otra persona. Para mí, ella tiene un valor incalculable.

En el tiempo que tardó Oswald en responder, eché un vistazo a Mara, que estaba a su lado, y volví a sorprenderme al ver que su rostro se ensombrecía con otro tipo de ira. Debía de cabrearla que Oswald la dejara de lado, pues seguía desesperado por tenerme de vuelta. Sus afirmaciones de que yo era una impostora fueron escuchadas y olvidadas en cuestión de minutos, usadas como munición y nada más.

Pero Oswald se dio cuenta de que mis ojos habían ido más allá de él, y su boca se abrió y atrajo mi atención, torciendo el tono una vez más.

—¡Aria! —suspiró exasperado—. Bien. Admito que entendías bien los asuntos internos de la manada. A Mara y a mí nos vendría bien tu ayuda. Olvida todas estas tonterías, vuelve a la Manada de Grey Creek, y te tomaré como mi segunda compañera.

Se me revolvió el estómago.

—¿Qué? ¡No! —La reacción había sido involuntaria, pero lo dije en serio. No había nada que Oswald pudiera ofrecerme que me hiciera volver. Llegaba demasiado tarde. Si me hubiera ofrecido ser su segunda pareja semanas atrás, aún habría estado tentada de decir que sí, pero ahora el daño ya estaba hecho. Su desprecio por mí casi me había costado la vida, y no quería tener nada que ver con él. No podía imaginar lo mal que me iría la vida si hubiera dicho que sí, sabiendo lo que sabía ahora.

—Oswald, nunca podría volver a querer ser tu pareja. Mis sentimientos por ti están muertos. Incluso si Mara pudiera sufrir el compartirte, ¡no te querría de todos modos! —escupí. Había demasiada rabia dentro de mí como para mantener la calma. Me quemaba por dentro, todo lo que decía Oswald derretía los principios que una vez me mantuvieron obediente a mi antiguo Alfa—. Estás dispuesto a caer tan bajo, a engañarme haciéndome creer que podría recuperar de algún modo la vida que antes quería. Bueno, ¡he terminado con esa vida! Deja de malgastar tu aliento rogando por una manera de traerme de vuelta porque no voy a ir contigo. Me quedo aquí con Lucas.

Sabía que mis palabras sólo lo enfurecerían aún más, pero me sentía bien enfrentándome a

Oswald. De algún modo, casi me sentí bien al verle tambalearse y mirarme boquiabierto, incapaz de controlarme como lo había hecho desde que descubrimos nuestro vínculo predestinado. Estaba libre de sus grilletes. No podía decir ni hacer nada que no fuera atacarme y arrastrarme por el pescuezo si quería que volviera.

—Este es un comportamiento repugnante, Oswald —dijo Lucas—. ¿Qué te pasa? Nunca hubiera esperado que te deshonraras así.

Oswald casi se atragantó.

—¡Alfa Lucas! ¡Debes entender lo urgente que es que no le des ningún tipo de poder!

—No tienes ninguna base para estas afirmaciones más allá de los rumores —dijo Lucas—. Permíteme que te explique cómo Aria ha demostrado que te equivocas. Ha arriesgado su vida varias veces luchando contra los solitarios para ayudarme, para ayudar a su manada y ha estado dispuesta todo este tiempo a compartir sus experiencias con los solitarios para preparar a los demás. Es dedicada e inteligente, y se nota no sólo en sus habilidades físicas sino en su devoción por ayudar a los demás. Si fueras una pizca del Alfa que yo creía que eras, verías que Aria no es más que una chica que se esfuerza al máximo por complacer a la gente a la que quiere. Su bondad y compasión son un milagro, dado por lo que la has hecho pasar. Que siga dispuesta a servir a los demás a pesar de todos los abusos que ha sufrido es un testimonio de su carácter. No permitiré que la sigan dando por sentada. He terminado de discutir contigo, Oswald. Puedes unirme a nosotros ahora para reunirte con los otros Alfas y discutir la amenaza de los Solitarios, o puedes quedarte aquí y no gritarle a nadie.

Mara se volvió hacia Oswald y le tocó el pecho.

—Estás llevando esto demasiado lejos —dijo, con la ira entrecortando sus palabras mientras luchaba por templar la voz.

Oswald la ignoró.

—No me dejes fuera, Lucas —gruñó—. Todavía hay una tradición en la que tú y yo podemos estar de acuerdo: ¡robar a la pareja predestinada es una declaración de guerra!

Los espectadores se callaron cuando Oswald se atrevió a presentar la amenaza de guerra. Iría tan lejos como para romper la alianza entre Silent Shadows y Grey Creek, un vínculo aún tan tenue en sus inicios, sólo para recuperarme. Sacudí la cabeza con incredulidad.

—¡No quiero ser tu compañera predestinada!

—No importa lo que digan, ¡siempre serás mi compañera predestinada! Mía —gruñó Oswald.

Su crueldad, su exigencia, su avaricia... no podía soportarlo más. No iba a quedarme de brazos cruzados y dejar que pensara que podía negociar por mí o que yo era suya. Oswald era el que deliraba. Busqué dentro de mí la tensa conexión que tenía con Oswald y la agarré, ahogándola y arrancándola de mí. No quedaba calor en mí para él. Ni adoración no correspondida ni ensoñaciones en las que yo era su verdadero amor: todos eran viejos recuerdos que se esfumaron como el polvo. Ya no había entre nosotros ningún vínculo de pareja predestinada. Incluso el más mínimo magnetismo entre nosotros había desaparecido. Ahora, mirarle era como mirar a un extraño.

La destrucción de nuestro vínculo predestinado le perforó los pulmones. Los ojos de Oswald se abrieron de par en par y se apretó el pecho, visiblemente dolorido por la pérdida, como si hubiera significado algo para él. Me pregunté si estaba fingiendo, pero la fuerza del vínculo que tuve que arrancarme implicaba que aún había sentimientos por su parte.

No me importaba.

—Ya no soy tu compañera predestinada —afirmé, poniéndome más erguida—. Ahora no soy nada para ti. No soy una excusa para empezar una guerra ni una esclava a la que puedas golpear y tirar cuando te aburras. Nuestro vínculo ha desaparecido, y con él, mi vínculo con el resto de tu manada. Ahora me declaro solitaria.

Mientras mi familia se movía incómoda detrás de Oswald, pasé los ojos por encima de ellos y no sentí nada.

—Y como solitaria, soy libre de aceptar la oferta de Lucas. Me uniré a la Manada de Silent Shadows. Eso es definitivo.

Ni siquiera me di cuenta cuando mi voz se fortaleció, proyectando mi determinación e independencia hacia Oswald hasta que me callé y encontré a toda la multitud asombrada por mi poderosa aura. Incluso Oswald me devolvió la mirada, escuchándome en lugar de clavar sus puñales en mí con su mirada. Mara se aferraba a su pecho y a su brazo, intentando calmar el dolor de nuestro vínculo desmembrado, pero Oswald no parecía afectado en absoluto por ella ahora mismo. Estaba absorto en mí y en lo que acababa de perder.

Entonces, en otra fracción de segundo, la expresión de Oswald se transformó en un gruñido de rabia.

—¡No te das cuenta de lo que te has buscado! —Su cuerpo se sacudió, sus músculos se agitaron y temí que estuviera a punto de transformarse. Pero en lugar de eso, Oswald se separó de Mara, se dio la vuelta y cargó contra la manada que le pisaba los talones, ordenándoles que le siguieran —. ¡Te arrepentirás, Lucas! —nos gritó.

El resto de la manada de Grey Creek parecía indecisa entre ponerse del lado de Oswald o reconocer que aquello era una locura. Algunos de ellos me miraban con envidia y amargura, pero todos acabaron yendo tras Oswald y Mara, dejando la frontera abandonada con los restos de su hedor. Me quedé estupefacta al ver lo desesperado que Oswald llegó a estar por mantener el control sobre mí. Aquel no se parecía en nada al Oswald que conocí de pequeña, y aunque había revelado secretos sobre sí mismo, no era suficiente para justificar todo un cambio de personalidad. Nunca había sido tan ruidoso y agresivo. Nunca habría comprometido la opinión que los demás tenían de él para hacer acusaciones tan estúpidas. La persona a la cabeza de la otra manada era alguien a quien ya no conocía, y era mejor así.

No quería que me asociaran con el Alfa de la manada Grey Creek. Era irracional, condescendiente y manipulador. Se había vuelto un extraño para mí.

Entonces, Lucas me puso la mano en el hombro y me llevó lejos. Aún teníamos que asistir a una reunión de estrategia y yo necesitaba limpiar mi paladar del sabor agrio que Oswald Moore me había dejado en la boca.

Capítulo 22: Aria

Las suaves yemas de los dedos me apartaron mechones de pelo de la cara, despertándome con una forma borrosa en la oscuridad previa a la mañana.

—Buenos días, querida Aria —susurró Lucas—. Son las seis y media de la mañana y es hora de despertarse. Tienes mucho que preparar para hoy.

Mis párpados se agitaron mientras luchaba contra el sueño. Dando un largo suspiro, me di la vuelta y me encontré de repente muy cerca del cuerpo sin camiseta de Lucas. Su calor penetró en la manta y me envolvió, atrayéndome. Me quedé inmóvil con la aguda incertidumbre de que me arrepentiría de haber acortado la distancia.

Lucas sonrió, volviendo a acercar las yemas de sus dedos a mi sien para cepillarme el pelo por detrás de la oreja. Me quedé tumbada y dejé que mi cuerpo se relajara, apreciando los pocos segundos de paz que me dio para despertarme.

Por primera vez en mucho tiempo, el sol de la mañana me sentó bien. Me desperté sintiendo ligereza en el pecho, nada me agobiaba. Era como si alguien me hubiera atado un globo de helio al corazón. Y eso era porque me despertaba con la compañía de personas que no me menospreciaban, ni sentían lástima por mí, ni eran desagradables conmigo. Estaba con una manada que me apreciaba de verdad y quería que fuera uno de los suyos. Aquella mañana era muy especial, no sólo porque era el día de la Celebración de las Perseidas, sino porque era el día de mi juramento de sangre a la Manada de Silent Shadows.

Mi vida iba a cambiar a mejor. Por fin sabía lo que se sentía ser apreciada y deseada. Aunque no parecía real, no tuve más remedio que creer que lo era. Los compañeros de manada de Lucas me acogieron y apoyaron porque ellos mismos habían sido testigos de lo que me había pasado. Entendían por qué estaba tan destrozada, eran pacientes y compasivos, y yo quería dejar que mi corazón se abriera a ellos. El miedo al rechazo total aún persistía y tenía que aprender a confiar de nuevo. Pero ahora era más consciente de las señales de engaño y abuso. Quería confiar en la Manada de Silent Shadows, pero sólo el tiempo demostraría que me querían de verdad. Y como quería confiar en ellos, mi primer acto de apertura fue aceptar su oferta de unirme a la manada.

La persona en la que más anhelaba confiar era la persona más dedicada a rehabilitarme. Apenas estaba empezando a sentirme cómoda con Lucas porque me dedicaba mucho tiempo y quería conocerme de verdad; era más de lo que esperaba de él, siendo el Alfa de Silent Shadows. Sin él, puede que nunca hubiera vuelto a sentir el rescoldo de la felicidad, pero mi corazón solo estuvo muerto unas semanas antes de que Lucas lo reviviera. Me resucitó y avivó mi fuego hasta que volví a sentirme viva. Pero como el efecto de la compasión de Lucas era tan potente, también lo era el miedo a la traición inminente de perderle tan rápida y repentinamente como perdí a Oswald. El miedo era irracional en su intensidad y, por eso, aún me costaba mirar a Lucas a los ojos o tocarlo sin que él me tocara primero. Los progresos eran lentos. Creía que acabaría confiando en él. Hasta entonces, lo único que conseguía eran sonrisas débiles y una tímida evitación del contacto.

En lo que más me centré fue en normalizar la sensación de volver a ser una parte funcional e importante de una manada y en conocer nombres y caras, y comprender mi lugar entre mis nuevos compañeros.

Aquella mañana, me levanté con una visión clara del día que me esperaba. Por primera vez desde mi ceremonia de apareamiento, había confianza en mi pecho, y aunque era reticente, seguía siendo un gran paso hacia la recuperación. Tenía un sentido de propósito. Así que, tras esos minutos tumbada con Lucas, me lavé y me preparé para el día, alimentada por el optimismo de una vida mejor.

Pasé las primeras horas de la mañana con Esther. Trabajábamos en su cocina, preparando y dando los últimos toques a la comida para las celebraciones. La mesa de Esther estaba adornada con bandejas que contenían aperitivos como bocaditos de patata, un plato de queso con galletas saladas, apio con mantequilla de cacahuete o salsa ranchera de ajo, verduras y frutas, y huevos rellenos. Me tenía en la encimera de la cocina preparando pequeños sándwiches de ensalada de pollo y ensalada de huevo. Toda la comida tenía un aspecto delicioso, pero no era más que comida para los aburridos e inquietos antes del plato principal de las celebraciones: un alce vivo que la manada había capturado para la cacería de la tarde. Había cenado filete de alce madurado con Lucas después de la reunión de estrategia, pero alce fresco... me hacía babear sólo de pensarlo.

—Gracias por toda tu ayuda —dijo Esther mientras envolvíamos y empaquetábamos los últimos bocadillos—. Esto me habría llevado horas si lo hubiera hecho sola.

—¿Cómo es que nadie más estaba cerca para ayudar? —pregunté.

—Oh, seguro que alguien lo habría hecho. Pero todos los demás ya tienen bastante que hacer para prepararse para hoy. No quería apartar a nadie de su trabajo. Además, quería pasar la mañana contigo —dijo sonriendo.

La alegría agitó mi pecho. Mi mirada cruzó la de Esther y sentí algo cálido que me impulsó a responder:

—Me alegra ayudarte, Esther.

Me di cuenta de que había estado buscando una señal de positivismo en mí por la forma en que se le iluminaron los ojos antes de mirar el reloj.

—Oh, ya es hora de que te prepares. Las chicas llegarán pronto.

Como convocadas por esas mismas palabras, llamaron a la puerta principal. Esther recibió a dos chicas, unas adolescentes de mi edad que se habían interesado por la belleza y la moda y que acababan de ser admitidas en una escuela de estética de la ciudad.

—¿Eres Aria? —preguntó la chica de pelo castaño.

Asentí con la cabeza.

—Soy Holly —me dijo estrechándome la mano—. Ella es Paula —añadió mientras la chica rubia y bajita que estaba a su lado se acercaba a mí, pasándome las manos por el pelo. Su repentino contacto me puso nerviosa, pero la amabilidad de Esther con ellas me devolvió la tranquilidad.

—Yo te peinaré —dijo Paula—. Holly te maquillará. ¿Tienes algún estilo en mente?

Sacudí la cabeza.

—Nunca solía arreglarme para nada... —Excepto para mi ceremonia de apareamiento. Pero eso parecía que había ocurrido hacía una eternidad.

Holly me sentó en el tocador del gran lavabo de Esther.

—No te preocupes; tengo en mente un look perfecto. Lucas se va a quedar boquiabierto cuando te vea. —Se inclinó hacia mí y me guiñó un ojo.

Durante toda la sesión, imaginé la reacción de Lucas al verme y cada vez tenía más ganas de

reunirme con él. Estar lejos de él me hacía echarle de menos. Mi corazón anhelaba su compañía y, cuando me di cuenta, me invadió la emoción y el miedo. Me estaba encariñando demasiado con él. ¿Y si de repente las cosas se torcían hoy?

Esos pensamientos me atormentaban, pero no por mucho tiempo. Las chicas me peinaron el pelo pelirrojo con un bonito recogido y me hicieron un look sexy con ojos difuminados, y entonces otro golpe en la puerta llevó la voz de Lucas a la casa de Esther.

Las chicas salieron primero a saludarle.

—Buenas tardes, Alfa Lucas —las oí decir.

Entonces salí del lavabo, recién vestida con una blusa amarillo claro y una falda marrón. Lucas se detuvo a mitad de frase, y en ese momento sus funciones cerebrales cesaron para redirigir todos los recursos a responder adecuadamente al verme. Nunca me había visto tan arreglada y cada vez me resultaba más difícil resistirme a sonreír.

—Eres la criatura más hermosa que he visto nunca —dijo por fin, acercándose a mí con una mano tendida hacia la mía. Tomé su mano y saboreé su atención, su otra palma recorriendo mi brazo, su atención toda mía—. No creo que vea ninguna estrella fugaz esta noche. Mis ojos estarán puestos en otra cosa.

A estas alturas, ya sabía cómo suprimir el calor de mis mejillas. Lo que normalmente me habría sonrojado me hizo soltar una risita en su lugar.

—Gracias, Lucas.

—Soy tan jodidamente afortunado —murmuró para nosotros dos solos. Luego, sonriendo, se apartó—. ¿Estás lista para el juramento de sangre?

Una sensación chisporroteante se apoderó de mi estómago mientras asentía.

—Estoy lista.

Salimos de casa de Esther en dirección a un parque situado en el centro del pueblo. Rodeada de coníferas decorativas y rosales, una pasarela de guijarros nos condujo hasta un ornamentado jardín en el que nos esperaban la Beta de Silent Shadows, tres ancianos y Scott.

—Por lo general, somos un poco más elaborados con nuestras decoraciones y la asistencia, pero

dado el corto plazo, hemos optado por tener una ceremonia más pequeña, más privada. Espero que te parezca bien —dijo Lucas mientras caminábamos por el sendero.

—Es perfecto —lo tranquilicé.

Al final de la pasarela, rodeada por el más alto consejo de la Manada de Silent Shadows, Lucas me plantó frente a una alta pila de piedra. A lo lejos, un coro de aullidos indicaba que la cacería de la manada estaba a punto de comenzar. Lucas me hizo señas para que acercara la mano, girando mi palma hacia el cielo mientras preparaba un pequeño cuchillo contra mi carne.

—Aria Gunn, en este día, la Manada de Silent Shadows te invita formalmente a unirse a nuestras filas como Hembra Alfa En Consideración. Serás probada y entrenada apropiadamente para tu idoneidad para el rol y se te ofrecerá el rol o, en caso de que no sea el adecuado, se te ofrecerá un rol subordinado dentro de la manada. ¿Aceptas estos términos?

Asentí con la cabeza.

—Así es. —Seguía pareciéndome imposible encontrarme de repente con unas expectativas tan enormes -y la poderosa confianza- de una manada aún mayor que aquella en la que había crecido.

—¿Juras dedicar tu lealtad, dedicación, amor y vida a la Manada de Silent Shadows?

—Sí —dije—. Con cada aliento que respire, viviré para la Manada de Silent Shadows.

—¿Juras proteger a tus compañeros de manada, honrarlos y respetarlos, y esforzarte por mejorarlos a ellos, a ti misma y a todos aquellos con los que trabajas?

—Sí. Nada quiero más que ver florecer a la Manada de Silent Shadows.

Mis respuestas complacieron a Lucas; al menos, juré que podía sentir la conmoción en mi corazón igualada por su satisfacción, insegura de qué otra cosa podía ser.

—Entonces, con esta daga, extraeré tu sangre para compartirla en el recipiente de la Manada de Silent Shadows, que representa nuestro territorio, unidad y hogar. Lucas me miró a los ojos, asegurándose de que estaba preparada antes de cortar mi palma con la daga. Apreté los dientes sólo un segundo, pero este pequeño corte no era nada comparado con dolores que había sentido en la vida.

Juntos, observamos cómo una gruesa gota de sangre brotaba de mi palma, bajaba por mi mano y goteaba en la pila de piedra. En el instante en que cayó, una nueva fuerza ardiente se despertó en mí. Se acababa de crear un nuevo vínculo entre la manada de Silent Shadows, mi nuevo hogar, y yo.

—Ahora estás ligada física y espiritualmente a la Manada de Silent Shadows —declaró Lucas, sonriendo—. Bienvenida, Aria. Eres una de los nuestros.

De verdad, mi espíritu cantaba, sabiendo que empezaba mi nueva vida como miembro de la manada de Lucas. Ahora era real. Los cambiaformas reunidos aquí lo habían presenciado, aplaudiendo mi introducción en la manada. Lucas me cogió la mano ensangrentada y la levantó ante la multitud. Las lágrimas amenazaban con salpicarme los ojos, pero por primera vez desde que tenía memoria, eran lágrimas de alegría. Sonreí y me reí, deleitándome con la nueva sensación de ser celebrada. Me habían aceptado. Estaba... en casa.

Gran parte de la celebración de las Perseidas fue un borrón. Cuando me reuní con la manada tras la caza del alce, los rostros que había llegado a conocer y reconocer me vitorearon en señal de felicitación. Esther me abrazó con fuerza, prometiéndome que me enseñaría lo que era la verdadera amistad. Holly y Paula presumieron ante todos de haberme peinado y maquillado y me contaron en privado cómo me pondrían al día de los cotilleos de la manada. Revoluteé entre todos, dándoles las gracias o presentándome y luego uniéndome poco a poco a las celebraciones. Comimos, bebimos y bailamos en el salón hasta que el sol empezó a ponerse y las estrellas brillaron en el crepúsculo.

Me quedé en el campo a las afueras del pueblo con Lucas, viendo cómo sus compañeros de manada —nuestros compañeros de manada— se transformaban y corrían bajo el cielo. Ya había rayas de luz iluminando la noche. La lluvia de meteoritos convocaba la voz colectiva de la manada, que cantaba en honor de las estrellas.

Cuando el último compañero de manada se convirtió en lobo y echó a correr para unirse al grupo, Lucas me apretó la mano.

—Antes de unirnos a ellos, hay algo que quería preguntarte.

Mientras me miraba, me perdí en la profundidad de sus dulces ojos color avellana. Aquel mechón de plata entre su pelo negro que colgaba sobre su frente tentó a mis dedos a apartarlo. Quise acercarme, pero el asombro me detuvo.

—¿Qué pasa?

—¿Tú también lo sientes?

Tragué saliva.

—¿Sentir qué?

Lucas agachó la cabeza, sus labios se cernieron junto a mi oreja.

—Nuestro vínculo de pareja.

Las palabras por sí solas fueron suficientes para enviar mi corazón a toda marcha. —No lo sé. — En realidad, sí lo sabía. Era esa pequeña brasa que ardía en la boca de mi estómago, cambiando de forma con el humor de Lucas, reflejando todo lo que sentía. Felicidad. Satisfacción. Molestia. Angustia. Simpatía. Amor. Me costaba admitir su existencia porque temía lo que significaba. ¿Estaba preparada para ser tan vulnerable con Lucas? ¿Para arriesgarme a que me destrozaran el corazón otra vez?

Al notar mi vacilación, Lucas me levantó suavemente la barbilla.

—Creo que tengo una forma de que lo sepas.

La respiración se me salió de los pulmones. Lucas se acercó lo suficiente para que nuestros labios se rozaran. El abrazo de nuestros labios me derritió por dentro, debilitándome las piernas hasta que Lucas tuvo que sostenerme. Se rio tras el beso mientras yo luchaba por componer un solo pensamiento en respuesta. Pero no pude. Me arrastró y fui incapaz de resistirme.

Lucas Black fue mi primer beso. Deseaba que este momento durara para siempre.

Sólo terminó porque dos lobos reaparecieron ante nosotros. Lucas rompió el beso, sonriendo con la promesa de continuar más tarde. Pero nuestro ambiente ligero y amoroso no estaba destinado a durar.

Los exploradores que vinieron a nosotros tenían los ojos muy abiertos por el pánico.

—¡Alfa Lucas! Debemos detener las celebraciones de inmediato. Nuestra manada podría estar en peligro.

—¿Por qué? —Lucas arrugó la frente.

—Hemos encontrado dos cambiaformas lobo en la frontera. Cubiertos de sangre. Están muertos, Alfa. Alguien los mató y los dejó allí. Tememos que sea una advertencia para ti.

Capítulo 23: Aria

No quería tener miedo de lo que pudieran significar los cambiaformas muertos. Mi vida iba camino de mejorar, y tenía todo lo que necesitaba para recuperarme: una manada que se preocupaba por mí, un Alfa amable, cariñoso y guapo que creía en mí, y un propósito. Estaba preparada para dejar atrás el trauma que casi había acabado con mi vida. Pero parecía que el trauma no estaba preparado para abandonarme tan fácilmente.

—Deberías quedarte aquí —me dijo Lucas suavemente, agarrándome por los hombros y besándome la sien. Sacudí la cabeza.

—No. Si voy a ser tu futura Hembra Alfa, necesito ver lo que ha pasado. Necesito formar parte de esto, Lucas. —Aunque el miedo amenazaba el volumen de mi voz, me encontré con los ojos de Lucas con una mirada firme y segura.

Suspiró, buscó en mis ojos una forma de convencerme de lo contrario, pero sospeché que sabía que yo tenía razón.

—Vale, pero quédate cerca. —Lucas miró a los exploradores—. No quiero cancelar preventivamente la celebración sin saber qué ha pasado. Tú busca a Scott y cuéntale lo que ha pasado. Y tú, llévanos hasta los cadáveres —dijo a cada explorador por turno. Luego me miró a mí—. Vámonos.

Los tres volvimos a transformarnos en nuestros lobos, y aunque mi cuerpo ansiaba correr junto a mis nuevos compañeros de manada y cantar bajo las estrellas fugaces, el deber volvió a apoderarse de mí. Corrimos en dirección opuesta a la manada, adentrándonos en el bosque hacia los límites de la Manada de Silent Shadows. No pasó mucho tiempo antes de que el olor nauseabundo de la sangre llenara el aire. Y con él, el repulsivo hedor de los culpables.

—Pícaros —le dije a Lucas mientras nos acercábamos. Asintió, probablemente pensando lo mismo.

El olor ya era bastante desagradable, pero la visión era francamente espantosa. Bañados por la luz de la luna, dos cuerpos estaban esparcidos por la hierba; su pelaje agutí y gris, empapado de

sangre roja oscura, parecía negro en la noche. El miedo ya no me era desconocido, pero la forma en que se me agolpaba en la garganta y el pecho me producía náuseas. Junto con la compasión que sentía por los lobos asesinados, todo mi cuerpo se rebelaba contra la idea de acercarme más. Me quedé atrás mientras Lucas se acercaba a los cadáveres y bajaba la cabeza para olisquearlos. El ceño fruncido de sus fauces decía lo que no decía. Era una tragedia terrible. Nadie debería perder la vida así.

—Les han arrancado la garganta —dijo Lucas con gravedad—. También los ojos y la lengua. Imagino que esto es lo que los Solitarios pretenden hacernos. A mí.

—¿Pero por qué? ¿Qué quieren? —Me acerqué más, conteniendo la angustia de mi corazón para buscar pistas en los cadáveres. Durante todo este tiempo, los Solitarios nos habían estado atacando, y ni siquiera me había planteado qué les motivaba. Por el momento, parecía que su única fuerza motriz era la sed de sangre, pero esto demostraba que había algo más en juego. Este ataque había sido calculado.

A pesar de nuestra investigación, los únicos olores que encontramos pertenecían a los Solitarios y al de los metamorfos, identificándolos por la manada a la que pertenecían.

—Estos son los exploradores de Crescent Moon —dijo Lucas—. Su territorio está a quince kilómetros de aquí. No hay razón para que estén tan lejos.

—A menos que los Solitarios los hayan arrastrado hasta aquí —sugerí.

Lucas negó con la cabeza.

—No. Veríamos suciedad y barro en los cuerpos. Oleríamos toda la vegetación por la que han sido arrastrados. Además, las heridas aún están frescas. Los cuerpos aún están calientes. Los han matado aquí.

Oír eso hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo.

—Eso significa dos cosas —murmuré—. La Manada de Crescent Moon estaba tratando de llegar a nosotros, y... los Solitarios aún podrían estar cerca.

Lucas resopló.

—No dejaré que te pase nada —dijo, acercándose a mí con una actitud protectora. Su voz se suavizó para tranquilizarme, pero bajo sus palabras seguía habiendo una firme confianza que

prometía que Lucas hablaba en serio. Su nariz me rozó el lóbulo de la oreja antes de acariciarme la mejilla, recordándome que yo era su máxima prioridad. Cuando rompió el contacto conmigo, fue sólo para volver a centrar su atención en el morboso misterio que teníamos ante nosotros—. ¿Por qué Archer no me llamó o me envió un mensaje de texto? Sus vidas podrían haberse salvado.

—Archer Blood —repetí pensativa—. El Alfa de la manada Crescent Moon.

—Sí —confirmó Lucas.

—Tal vez lo ha intentado —sugirió el otro explorador, al acecho detrás de nosotros entre los árboles—. ¿Has comprobado tu teléfono?

Lucas agitó una oreja e hizo una mueca de culpabilidad.

—No, estaba demasiado preocupado con la celebración.

—Traigamos los cuerpos y busquemos a Archer para que los recupere —dije.

Lucas asintió, mirando a los cambiaformas muertos. Sus hombros cayeron con un suspiro.

—Si los Solitarios están cerca, tenemos que suspender la celebración.

—La gente lo entenderá —lo consolé—. Seguro que prefieren estar a salvo que ser ignorantes de lo que sucede.

—Tienes razón. —Lucas esbozó una pequeña sonrisa, pero no duró mucho. Recuperar los cuerpos iba a ser un trabajo agotador tanto física como emocionalmente.

Juntos, cargamos un cuerpo en la espalda de Lucas y el otro en la del explorador. Si hubiera sido más grande, habría cargado yo misma con el cuerpo, pero íbamos justos de tiempo y yo aún estaba débil por mis dificultades con la manada de Grey Creek. Todo lo que podía hacer era ayudar a estabilizar los cuerpos mientras caminaba junto a Lucas y el explorador. Nuestros oídos estaban atentos y nuestros ojos alertas mientras viajábamos por la noche, con cuidado de que los solitarios invadieran nuestro territorio y nos atacaran cuando éramos más vulnerables.

Afortunadamente, volvimos a la aldea ilesos, pero no pasamos desapercibidos. Cuando el olor de la sangre llenó el aire, los que habían regresado de la carrera se abalanzaron sobre nosotros inmediatamente.

—¿Qué ha pasado?

—¿Quiénes son?

—¿Quién hizo eso?

Sus voces se alzaron temblorosas, formando un coro de terror que despertó rápidamente la atención de Scott y Esther, que bajaron corriendo a saludarnos.

—Oh, no —dijo Esther, con la pena atenazando su voz a pesar de que eran meros desconocidos. Era como yo, afligida por la compasión hacia todos y hacia todo. La miré a los ojos y compartí su dolor.

Después de que Lucas y yo volviéramos a nuestras formas humanas, señaló a la multitud que se agolpaba lentamente.

—Llevad a estos lobos adentro. Esther, reúne a todos los que aún están en el campo y tráelos a la sala. Scott, coordina una patrulla para buscar más pícaros en nuestras fronteras. Trae el doble de exploradores. Quiero asegurarme de que no haya pícaros cerca de nuestra casa, pero si los hay, prepararlos para una pelea. Y llámame de inmediato.

—Sí, Alfa —dijo Scott, retomando su forma de lobo en una fluida transformación y corriendo a reunir a sus exploradores.

Lucas sacó el teléfono del bolsillo. La pantalla iluminó su rostro y la expresión de revelación que prometía que el explorador tenía razón.

—Tengo cinco llamadas perdidas de Archer —me dijo. Caminamos uno al lado del otro hacia el vestíbulo mientras llamaba a Archer, pero no hubo respuesta—. Maldita sea.

—Prueba con sus compañeros de manada —le ofrecí.

—Lo estoy haciendo. Lo intento con todos, pero no hay respuesta.

La sensación de pavor que me perseguía desde que descubrí aquellos cuerpos se intensificó.

—Algo debe haber pasado allí. Intentaban hacernos llegar un mensaje, advertirnos.

—Seguro que han encontrado a los Solitarios. Era parte de nuestra reunión de estrategia,

¿recuerdas? —Lucas enarcó las cejas.

—Archer sugirió que rastreáramos a los solitarios para ver de dónde venían —recordé—. Pero le dijimos que esperara.

—Sí, bueno, Archer tiene la mala costumbre de disparar primero y preguntar después.

Entonces, ¿fue eso lo que había pasado? ¿Archer había descubierto de dónde venían los Solitarios, se metió demasiado y envió mensajeros para advertirnos? Ahora veía el panorama más amplio. Los ojos y la lengua que faltaban eran para asegurar que los mensajeros de Archer no pudieran comunicar lo que habían descubierto. Los Solitarios se habían delatado a sí mismos mutilando a los mensajeros.

—¿Y si necesitan nuestra ayuda?

Lucas dirigió sus ojos hacia mí.

—No puedo arriesgarme a lanzar mi manada a lo desconocido.

—No, pero tal vez alguien más sabe qué hacer. Podemos contactar con el Consejo de los Siete.

Ahora los ojos de Lucas se abrieron de par en par.

—¿Quieres ir al Consejo después de las afirmaciones que Mara hizo sobre ti?

El recuerdo de las mentiras de Mara hizo que mi ánimo decayera.

—Mara mintió. Podemos pedir ayuda al Consejo y demostrar mi inocencia al mismo tiempo.

—No. Lo siento, Aria, pero tenemos que quedarnos aquí y proteger a nuestra manada.

—Entonces déjame ir sola. Sólo son unas horas de camino hasta Hale Stone. Estaré a salvo en cuanto llegue a la carretera.

Lucas volvió a fruncir el ceño, esta vez el gesto dirigido directamente a mí.

—No voy a arriesgar tu vida y la de toda la manada para dirigirme solo al Consejo de los Siete. Reuniremos a la manada en el salón y esperaremos noticias de Archer.

Sabía que Lucas sólo intentaba protegerme, pero el presentimiento que sentía en mis entrañas me

decía que esperar sólo provocaría más muertes.

—Podrían estar en grave peligro —dije.

—No lo sabemos.

—Tampoco sabemos si están a salvo.

Al acercarnos al vestíbulo, Lucas y yo nos detuvimos cerca de las puertas mientras nuestros compañeros de manada empezaban a entrar. Puso sus manos sobre mis hombros, suavizando su rostro en una atención suplicante.

—Entiendo que quieras ayudar, pero Aria... si dejo que te pase algo, nunca podré perdonármelo. Yo... —Su voz vaciló de una manera que nunca había oído antes. Como si quisiera decir algo, pero no pudiera. Sus manos me apretaron los hombros—. Por favor, ayuda a Esther a reunir a la manada. Estaré en el pasillo, manteniendo a todo el mundo tranquilo y organizado. Ven conmigo en cuanto puedas.

El anhelo en sus ojos me imploraba que escuchara. Que comprendiera. Y lo hice.

Pero si iba a convertirme en su Hembra Alfa, tenía que emplear mi entrenamiento, confiar en mi instinto y tomar la decisión correcta.

—De acuerdo.

Lucas me dedicó otra sonrisa. Sus labios rozaron mi frente y me besó suavemente antes de dirigirse al vestíbulo.

Sentía frío en la piel sin él. Mis pies dudaban en moverse. Inspirando profundamente, me di la vuelta y pasé por delante de todos los que entraban en la sala, mirando en dirección al campo que había más allá del pueblo. La luz de la luna brillaba en el pelaje de Esther mientras aullaba llamando a nuestros compañeros de manada, reuniendo a los últimos que disfrutaban de la fiesta. Una noche tan hermosa, y arruinada por la malicia de los Solitarios.

No podía dejar que hicieran daño a nadie más.

Retomando mi forma de lobo, corrí hacia el campo y luego hacia la arboleda. Lucas no tardaría mucho en darse cuenta de que me había ido, pero con suerte, para entonces, habría ganado suficiente ventaja como para dejarle atrás a él o a quienquiera que enviara tras de mí. Me dolía

desobedecerle y dejarlo atrás, pero el Consejo necesitaba saberlo. Alguien tenía que ayudar a la Manada de Crescent Moon, y yo les conseguiría su ayuda.

La noche me consumía mientras corría más allá de la frontera de Silent Shadows hacia Hale Stone. Sólo tenía una cosa en mente: un amargo deseo de venganza hacia los Solitarios. Eso era lo que me alimentaba, lo que me inspiraba a correr tan rápido como podía.

Debí suponer que no me aventuraría sola en tierra no reclamada.

Los aullidos de mi manada gritaban que volviera, pero las zarpas que golpeaban la tierra detrás de mí no les pertenecían.

Capítulo 24: Lucas

Aria se había ido.

Incluso después de decirle que no fuera, insistiendo en su importancia para mí y en mi miedo primario a que le ocurriera algo, se marchó sola para ponerse en contacto con el Consejo de los Siete. Debería haber esperado a que tomara las riendas del asunto. Tenía habilidad para ello. Esa era una de las innumerables cosas que adoraba de ella. Lástima que esta vez, se había vuelto en mi contra.

Miré fijamente a las masas reunidas ante mí, sabiendo sin verlo que ella se había marchado. Su rostro no estaba entre los de la multitud. Nunca volvió con Esther. Mis puños se cerraron con tanta fuerza que se volvieron blancos mientras reflexionaba sobre todo lo que me había llevado hasta ese momento. El momento en que perdí a Aria tan rápido después de por fin hacerla mía.

Durante mucho tiempo, había vigilado a Aria. Al principio, sólo porque estaba destinada a convertirse en la hembra alfa de una de mis manadas subsidiarias a través de su vínculo predestinado con Oswald Moore. Me mantuve a distancia, observándola desde lejos, pero seguir sus progresos se convirtió en un placer culpable. Sobresalía en todo lo que emprendía. Cada prueba, cada proyecto, cada evaluación, cada desafío. Su diligencia me impresionaba. Odiaba decirlo, pero estaba celoso.

Nunca había dicho una palabra de esto a nadie. Nadie lo habría entendido. Yo, Lucas Black, Alfa de la Manada de Silent Shadows, CEO de Shadow Manufacturing... celoso de alguien. Lo tenía todo.

Excepto una pareja predestinada.

La pérdida de mi compañera predestinada fue una tragedia de la que a nadie le gustaba hablar. Entró y salió de mi vida en un abrir y cerrar de ojos, dejando un vacío en mi corazón que nada podía llenar. Intenté ignorarlo, pero ese vacío resultó tener exactamente la misma forma que mis celos. Aria habría sido la pareja perfecta para mí si hubiera nacido en mi manada.

Pero estaba mal suspirar por lo que no podía tener. Aria era varios años más joven que yo, de

todos modos. No tenía por qué desearla.

Perdí toda razón cuando la vi por primera vez. Nuestro fatídico encuentro unos meses atrás encendió en mí el fuego que ansiaba quemar todo a mi paso para llegar hasta ella. Era más hermosa de lo que jamás hubiera imaginado. Su sedoso pelo cobrizo olía dulcemente a vainilla y arándanos. Sus preciosos y brillantes ojos verdes eran de un tono que nunca había visto y, cuando me miraba, era como si hubiera mirado dentro de mi alma, hubiera leído mi mente y supiera todo lo que sentía. Guardaba cada pensamiento detrás de sus suaves labios. Me perdí contando cada adorable peca de su mejilla. Era tan pequeña y a la vez tan envolvente; sentí como si supiera todo lo que había en mi corazón, en aquellos pocos momentos en que hablamos por primera vez.

Todo estaba en mi cabeza, pero la obsesión era real.

Me costó todo lo que tenía no tenderle la mano a Aria, encontrar alguna excusa para convocarla a mi despacho y dejar escapar que la deseaba. Respetaba demasiado a Oswald Moore como para excederme. Pero admitiría de buen grado los escauceos que me llevaron al territorio de la manada Grey Creek, aquellos próximos encuentros con Aria. Quería reírme cuando me confundía con un simple subordinado, pero era más fácil interactuar con ella de esa manera. Nos ponía al mismo nivel. Ella no sospechaba nada de las travesuras de mi lobo. Era fácil dejarse llevar por el instinto y el impulso en nuestra persecución. Ese día volví a casa y me dormí fantaseando con el sonido de su risa y su olor en la brisa.

Luego, al verla luchar, al ver su destreza física en acción, me enamoré de ella antes incluso de que supiera quién era yo.

Tal vez podría haber sido suficiente, sólo llegar a conocerla desde la distancia como un colega Alfa. Tal vez podría haber superado mi pequeño enamoramiento. Si nuestra relación fuera puramente de negocios, si ella estuviera bien y verdaderamente dedicada a Oswald, si ella me mostrara que no tenía interés en mí, tal vez podría haber cambiado mi enfoque en otra persona. En cambio, aprendí que todo lo que me impedía perseguir a Aria era mentira.

Oswald no la amaba. ¡Abusaba de ella! ¡Y la mayoría de la manada hacía lo mismo! La gente en la que confiaba le dio la espalda a esta pobre chica y la trató como si no valiera nada. La marginaron por razones que me costaba entender. No podía comprender por qué Oswald había elegido a una extraña en lugar de a Aria. Ella era perfecta y, sin embargo, todos en esa manada la estaban socavando poco a poco, destrozándola hasta convertirla en una cáscara de sí misma. Me

angustiaba saber que no tenía derecho a sacarla de aquella manada, sobre todo cuando la propia Aria insistía en que era allí donde debía estar, con una familia que la trataba como basura.

El día que Aria apareció casi muerta en mis fronteras, decidí que la haría mía. La reclamaría como mi compañera y le daría la vida que se merecía después de dedicarse a Oswald y al papel que definió toda su vida para luego sufrir su traición. Incluso le dije a Esther que no me detendría ante nada para satisfacer mi obsesión; si no era el destino el que la ponía en mi regazo después de tantos años de deseo no correspondido, no sabía qué era.

El destino no siempre tenía que ser un vínculo intangible, ¿verdad? El destino podían ser las circunstancias. Podría ser el karma, y podría ser todo el mundo ciego a las virtudes de una mujer perfecta. El destino me dio a Aria Gunn. Y sin importar qué, no iba a dejarla ir.

Una vez que mi manada estuvo lista, aclaré mi mente y hablé.

—Me duele hacer esto, pero nuestras celebraciones de esta noche deben terminar temprano. Se han detectado solitarios en nuestra frontera. Han asesinado a dos metamorfos de Crescent Moon. Para vuestra protección, os pido que permanezcáis aquí esta noche en la sala.

La multitud prorrumpió en murmullos preocupados, desvaneciendo al instante el buen humor de mi manada. Crepitaba de rabia porque los solitarios nos habían arrebatado esta noche.

No había tiempo que perder, así que, una vez compartida la noticia, reuní a mis soldados más fuertes y salí corriendo al campo. Encontré su olor en cuestión de segundos, tan magnetizado por nuestro creciente vínculo, y lo seguí en dirección a las fronteras. Como me temía, se dirigía hacia Hale Stone.

—Vosotros tres, conmigo —ordené, movilizando a mis compañeros de manada para ir tras Aria—. Vosotros cuatro, flanquead al este. Vosotros tres, al oeste. Si hay alguna posibilidad de que esos solitarios sigan en la zona, quiero que los detengáis antes de que puedan siquiera avistar a Aria. Moveros.

En el instante en que nuestras patas tocaron el suelo, grité una llamada larga y poderosa a Aria, suplicándole que se diera la vuelta y volviera. La necesitaba de vuelta. Y sabía que ella podía oírme. Mi voz era la más fuerte de todos los cambiaformas lobo de Alsa Stone. Sabía que ella podía sentir mi desesperación porque, a su vez, yo sentía su obstinada determinación. Sin embargo, a lo lejos, hacia donde apuntaba su rastro, sólo había silencio.

En cambio, al oeste, un alboroto de ladridos y aullidos captó mi atención. Me desvié hacia el sonido, sólo para reconocer los colores otoñales de Dax Knight, el Cazador de la Manada de Moonstone, jadeante y fatigado en su forma de lobo.

—¡Dax! —grité—. ¿Qué pasa?

—Alfa Black. Siento interrumpir su celebración de las Perseidas esta noche, pero necesito hablar con usted. Es urgente.

—Tendrá que ser rápido. Nuestra celebración terminó antes de tiempo debido a la amenaza de Solitarios.

Sus cejas se alzaron.

—¿Ellos también están aquí?

—Posiblemente. —Un gruñido nació en mi pecho—. ¿Qué quieres decir con, también?

Dax se acercó, mirando con inquietud por encima de su hombro, como si temiera que le hubieran seguido.

—La Manada de Moonstone ha estado persiguiendo Solitarios de nuestras fronteras todo el día. Nos han estado atacando sin piedad, tal y como experimentasteis Aria y tú. No sólo eso, sino que en la zona neutral entre la manada Grey Creek y nosotros, hemos encontrado pruebas de que los Moonstone se mezclan con los Solitarios. Expandiendo su frontera en nuestra dirección.

Eso me pilló desprevenido. No había ninguna buena razón para que Oswald confraternizara con Solitarios ni expandiera su territorio sin mi permiso. Teniendo en cuenta que su manada no había participado en la reunión de estrategia, no conocía su punto de vista al respecto. Sabía que habían sido atacados, pero ¿por qué el repentino cambio de opinión ahora?

—¿Dónde está Aria? —intervino Dax, con cara de preocupación—. Escuché que dejó la manada Grey Creek para unirse a Silent Shadows. Su rastro pasa justo por aquí, pero lleva hacia Hale Stone.

Mi corazón se hundió. Incluso si había estado esperando que Dax viera a Aria en su camino, esto solo probaba que ella también lo había evadido.

—Ella fue a hablar con el Consejo de los Siete. Tenemos razones para creer que la manada

Crescent Moons está siendo atacada por los Solitarios. Le dije que no fuera sola, pero...

—Pero esa chica tiende a tomarse la justicia por su mano —dijo Dax—. No me sorprende. Si cree que hay algo, cualquier cosa que pueda hacer para ayudar, nada la hará cambiar de opinión.

La comprensión de Dax calmó mi frustración. Al ser primo de Aria, tenía mucha más experiencia con la joven Gunn, pero ambos veíamos las mismas cualidades en ella. Confianza. Altruismo. Coraje inquebrantable. Tenía el corazón de una Hembra Alfa. Sólo rezaba para que no la mataran.

—Tenemos que encontrarla antes de que sea demasiado tarde —dije con firmeza, retrocediendo en dirección a su rastro de olor.

Dax se apresuró a seguirme.

—Quiero ayudar —dijo—. Pero hay algo más que deberías saber.

Incliné una oreja hacia atrás para escuchar, mi ritmo por lo demás ininterrumpido.

Dax me alcanzó y caminó a mi lado, bajando la voz para que mis compañeros de manada no pudieran escuchar.

—Desde que Aria dejó la manada Grey Creek, el Alfa Moore ha estado actuando... de manera cuestionable.

—Ha estado actuando cuestionablemente desde que rechazó a Aria. ¿Qué es diferente ahora?

—Bueno, entonces, supongo que su comportamiento sólo ha empeorado. Se ha vuelto salvaje y agresivo. Su temperamento cambia de un momento a otro. Mi Alfa y yo nos reunimos con él hoy temprano por negocios relacionados con la expansión de su territorio, y de lo único que hablaba era de Aria. Está obsesionado con recuperarla. Matarla. Lucas, creo que ella podría estar en peligro real por él.

El tema de Oswald me dejó un sabor amargo en la boca. Cada vez demostraba más que no estaba capacitado para el papel de Alfa. No siempre había sido así; hasta hacía unos meses, Oswald había sido un líder firme y fiable. Desde que Mara Torres entró en escena, su racionalidad y sensatez habían desaparecido en favor de una locura sin sentido. Cada día era más impredecible. Me estremecía pensar hasta dónde le llevaría su locura, pero tenía la sensación de que ya lo sabía.

Lo que significaba que Aria estaba en un peligro aún más grave de lo que pensaba. Ella podría ser capaz de huir de los Solitarios, pero si Oswald tenía a toda su manada detrás de ella... El destino de Aria estaría decidido, y Oswald se aseguraría de que su destino no estuviera conmigo.

Tenía que salvarla.

Capítulo 25: Aria

El ambiente del bosque se saturó demasiado rápido con el golpeteo de pies y gruñidos bajo respiraciones agitadas. No estaba sola.

Una parte de mí siempre esperó encontrarse con problemas en mi camino a Hale Stone, así que conseguí mantener la calma el tiempo suficiente como para orientarme y averiguar lo lejos que estaba en relación con la seguridad. El territorio de la Manada de Silent Shadows estaba más cerca. Si seguía corriendo, tal vez podría dar la vuelta y dejar atrás a mis perseguidores. Así que giré hacia el este, observando los árboles en mi periferia.

Los cuerpos que corrían a mi lado no tenían problemas para seguirme el ritmo. No importaba el plan de contingencia, parecía que siempre estaba destinada a enfrentarme a mi destino.

En cuanto vi el destello de sus ojos reflejando la luz de la luna, mi calma se desvaneció y me di cuenta de la gravedad de mi error. Eran muchos y empecé a reconocer sus olores. Si fueran solitarios, estaría muerta sin posibilidad de escapar. Pero de alguna manera, esto era peor. Antes de que pudiera siquiera abrir la boca para razonar con ellos, seis cuerpos me rodearon simultáneamente, acercándose y llevándome en manada hacia un claro del bosque. Sus dientes arrasaron mis hombros y piernas, tirando de mí en todas direcciones mientras corrían. Gruñí, devolviéndoles el golpe, pero los soldados de la manada de Grey Creek estaban entrenados para no tener miedo.

Un fuerte mordisco en la nuca me hizo caer al suelo. Con un aullido, caí de costado sobre la hierba. Mis patas se revolvieron debajo de mí mientras recuperaba la compostura, reuniendo ferocidad en los labios pelados, la ira rugiendo en mis ojos. Los rojos erizados de mi pelaje parecían un infierno encendiendo el bosque iluminado por la luna. Daba vueltas a mi alrededor, arremetiendo contra cualquiera que se acercara demasiado. Mis antiguos compañeros de manada me miraban como a un animal salvaje acorralado, algunos recelosos, otros burlones, pero todos sabían lo capaz que era de causar daños si se acercaban demasiado.

La agitada multitud de lobos se separó para revelar un cuerpo más grande que merodeaba hacia mí. Me tensé, reconociéndolo por su mera forma antes de que el olor me golpeará, y luego por el color de su pelaje, la forma de su cara, el brillo de sus ojos fríos. Todos los aspectos de un

hombre que sólo conocía de recuerdos materializándose en el extraño que no quería volver a ver. Oswald arrastró las patas hacia delante, sólo para detenerse a unos metros y mirarme a mí, la chica a la que había rechazado, con una emoción que no podía leerse. Ya ni siquiera estaba segura de si él mismo era capaz de reconocer sus emociones.

—¿Qué haces tan lejos de casa, Aria? —dijo en lengua de lobo, dejando entrever sus amenazadores dientes.

Levanté la cabeza.

—Mis deberes con la Manada de Silent Shadows no son de tu incumbencia. Aunque tenía la sensación de que ya estaba al tanto de lo ocurrido con la Manada Crescent Moon.

—No estoy hablando de la Manada Silent Shadows.

Mi mente tartamudeaba de incredulidad. No creería que la manada Grey Creek seguía siendo mi hogar, ¿verdad?

—Te echamos de menos, Aria. —Oswald se acercó.

El corazón se me subió a la garganta. Di un paso atrás, desesperada por mantener la distancia entre nosotros.

—Es demasiado tarde. Creía que lo había dejado claro.

En un instante, los ojos de Oswald se encendieron de locura, su oscuro pelaje se erizó y le hizo parecer el doble de grande de lo que era realmente.

—¡Me has traicionado!

—¿Cómo? —Me obligué a parecer más grande también, levantando la cabeza y la cola en señal de desafío—. ¡Me rechazaste por Mara! ¡Me lo quitaste todo cuando lo único que quería era servirte! ¡Yo no te traicioné, Oswald! Tú me traicionaste a mí.

—¡Ya estás otra vez soltando inmundicias y mentiras! —La voz de Oswald se convirtió en un trueno irreconocible. Los soldados que lo rodeaban aullaron de acuerdo, como si todos se hubieran convertido en caricaturas psicóticas de sí mismos. El alfa de Grey Creek sacudió la cabeza, con el blanco de los ojos brillando. —¡Aria, siempre me has pertenecido! El abandono de tu familia es un insulto. Una vergüenza. Dishonraste el nombre de la manada de Grey Creek al

alejarte de nosotros. Si no puedes soportar las dificultades, como cuando te expuse a las consecuencias de tus acciones, ¡entonces no puedes llamar lealtad a tus lazos con nadie!

Cada puñetazo de su crítica me traía de vuelta los terribles días en los que formaba parte de su manada, soportando los abusos de él y de mi familia. Incluso en el poco tiempo que llevaba con Lucas y la manada Silent Shadows, había aprendido lo que se sentía ser amada y apreciada. Ser tratada como una persona, no como un objeto. El tono de la voz de Oswald me golpeó con un recuerdo tan visceral que me paralizó en el acto y, por un momento, me sentí demasiado envuelta en la desesperación y la miseria como para responder.

Pero el espacio vacío junto a Oswald, donde Mara solía estar, juzgándome, me recordó que ya no me superaban en número. Quizá aquí y ahora sí, pero donde importaba, en casa, con Lucas, tenía a toda una manada detrás de mí.

—No sabes lo que estás diciendo. Te estás agarrando a un clavo ardiendo, Oswald, y no tengo tiempo para eso —le dije con firmeza—. Tengo asuntos que atender".

Cuando me giré, Oswald estalló de furia.

—¡No te atrevas a darme la espalda, Aria! Te haré mía de nuevo, ¡aunque tenga que arrastrarte de vuelta a casa por el cuello!

Oswald se lanzó sobre mí, con las fauces abiertas para sujetarme la cadera. Lo oí venir lo bastante rápido como para esquivarlo, pero aun así consiguió agarrarme el tobillo, hundiendo sus dientes en el tendón con una fuerza dolorosa. Un aullido salió de mis labios mientras me esforzaba por contrarrestarlo. Oswald y yo descendimos rápidamente en una andanada de dientes al coro de los soldados de Grey Creek que aullaban a nuestro alrededor. Animaban a su brutal Alfa para que me derribara y me reclamara como si ninguno de ellos tuviera la más mínima empatía o comprensión por mi situación. No podía entender cómo todos pensaban lo mismo. Sin razón, sin siquiera pensar, casi como si fueran tan descerebrados como los Solitarios.

Oswald no se contuvo a la hora de hacerme daño. Me agarró con fuerza, me desgarró la carne y me arrancó mechones de pelo, intentando incapacitarme. Le di una patada en la mandíbula, pero no le afectó. Aunque parecía que la pelea había durado una eternidad, en realidad, Oswald y yo sólo nos enfrentamos durante treinta segundos antes de que me inmovilizara en el suelo, con sus dientes apretándome la garganta. Jadeé, pero apenas podía respirar de lo fuerte que me tenía. Mis ojos se abrieron de par en par por el miedo: Oswald me tenía justo donde quería y, si quería

matarme, ya no había nada que se lo impidiera.

Él lo sabía. Vi ese reconocimiento en sus ojos. Gruñó y su cuerpo respiró hondo y rápido por la nariz, apretándose cada vez más. Estaba en guerra consigo mismo sobre si probar o no mi sangre.

—Oswald —dije con voz ronca. Una parte de mí quería suplicar por mi vida. Una parte de mí quería apelar a Oswald, alcanzar el último vestigio de cordura que rezaba por que existiera todavía en él. Y una parte de mí no podía soportar reducirme a suplicar. La última parte de mí fue la que se impuso al final. Apreté los dientes y tragué saliva.

Cuando sus dientes se clavaron en mi tráquea, me preparé para un último diluvio de dolor. Cerré los ojos y odié a Oswald más que a nada. Mi corazón pidió ayuda, pero no me di cuenta de que esa desesperación podía sentirla otra persona.

Mi conciencia parpadeó.

Entonces, un cuerpo se estrelló contra Oswald, liberándome. Al principio, pensé que era un sueño que me alejaba del dolor. Pero al aliviar el peso de mi cuerpo, mis vías respiratorias volvieron a abrirse y aspiré una fuerte bocanada de aire, con los ojos desorbitados al darme cuenta de que seguía viva. La multitud que me rodeaba gritó de rabia, sacada del trance de la victoria de Oswald por otra ronda de combate. Rodando sobre mis pies, vi la hermosa figura de mi salvador golpear a Oswald, rechazándolo y castigándolo por hacerme daño. Lucas estaba aquí. Y había traído a nuestra manada para rescatarme una vez más de la malicia de la manada de Grey Creek.

Los soldados intentaron atacarme, pero mis compañeros de manada interceptaron cada dentellada. Las dos manadas se fundieron en un huracán de violencia, protegiéndome, apartándose mutuamente y expresando con uñas y dientes lo que las palabras no podían hacer justicia. Yo quería unirme a la refriega, demostrar a mi nueva manada que no esperaba que librarán mis batallas por mí, pero en cuanto me tragué mi dolor y elegí un objetivo, Lucas se separó de su enredo con Oswald para volver a mi lado.

Apretó la nariz contra mi cuello, con la preocupación brillando en sus ojos.

—¿Estás bien?

Recuperé el aliento y asentí, mirando la lucha que seguía surgiendo a nuestro alrededor.

—No pararán hasta que Oswald tenga lo que quiere.

—No dejaré que se te acerque —me aseguró Lucas.

Con sólo mencionar a Oswald, reapareció ante nosotros, con el cuerpo demacrado y sangrando.

—¡Hazte a un lado, Lucas! —gruñó—. Voy a recuperar lo que es mío.

—Es tu mente la que has perdido, Oswald —gruñó Lucas—. Tu manada no tiene nada que hacer aquí. ¡Vete!

—¡Me niego a obedecer a un Alfa ladrón como tú! —Oswald saltó hacia nosotros, apuntando a Lucas. Toda semblanza de pensamiento había desaparecido. El Oswald que yo conocía nunca le habría dicho algo así a Lucas.

Por mucho que quisiera defender a mi Alfa, la pelea había terminado en cuestión de segundos. Lucas era más grande, más fuerte y más rápido que Oswald, mejor guerrero a leguas; rápidamente agarró el hocico de Oswald y lo tiró a la hierba, mordiéndole lo bastante fuerte como para abrirle una herida en la nariz. El Alfa de Grey Creek insistió, y Lucas respondió a su embestida agarrándole la pierna y rompiéndole el hueso, lo que hizo que Oswald retrocediera.

—¡Entrégate o mi manada se verá obligada a defenderse hasta la muerte! —dijo Lucas.

—¡No! —Oswald echó espumarajos de rabia.

Pero en una sorprendente demostración de independencia, los soldados de Grey Creek retrocedieron como si algo les hubiera sacado de sus casillas. Se estaban cansando, y todos estaban heridos. Tal vez fue ver a Oswald con la pierna rota. Tal vez fue darse cuenta de que los superaban en número. Fuera lo que fuera, me sentí aliviada de que mi antigua manada no fuera a conducirse a su propia muerte siguiendo las desquiciadas órdenes de Oswald.

—Vamos, Aria. —Lucas me rozó el hombro, instándome a seguirle. Me giré pero no sin antes echarle un último vistazo a Oswald.

Me miró a los ojos y me arrepentí de haberle dedicado siquiera una mirada.

—¡No te alejes de mí! —Oswald trató de embestir, pero su pierna rota le hizo vacilar, tropezando en su lugar. Gruñó a sus soldados—. ¡Atrapadlos!

Pero se quedaron atrás, observando, murmurando entre ellos.

—¡Traidores! ¡Cobardes, todos ustedes! —gritó Oswald.

Mantuve mi mirada al frente, intentando bloquear el sonido de los gritos grotescos de Oswald. Lucas me ofreció su hombro en señal de apoyo, y el resto de la Manada de Silent Shadows formó una barrera protectora mientras caminábamos, pero la furia y la desesperación de Oswald se clavarón en mi cerebro y me atormentaron. Algo iba terriblemente mal. Temía que no se detuviera hasta que estuviera muerto, y lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que me recordaba a los Solitarios.

¿Qué le había hecho esto?

Hasta que no llevábamos cinco minutos caminando no se hizo el silencio en el bosque. Podía oír el esfuerzo de algunos de mis compañeros de manada al caminar, el aire empapado con su sangre. La culpa me carcomía, pero sobre todo podía sentir algo en mí que no me pertenecía del todo. Preocupación, miedo... de perderme.

Mirando a Lucas, incliné las orejas hacia atrás avergonzada al darme cuenta de que la sensación venía de él. De alguna manera, yo también podía sentirlo.

No esperaba enfrentarme tan pronto a las consecuencias de desobedecerle. Mientras caminábamos en silencio, temía lo que iba a decirme a continuación.

Capítulo 26: Aria

—Seguid adelante. Vosotros, volved a casa para contarle a Scott lo que ha pasado. La manada Grey Creek ha puesto nuestra alianza en peligro. El Consejo de los Siete necesita saberlo. Voy a decírselo yo mismo. —Lucas se dirigió a sus compañeros de manada, con la voz cargada por el peso de la lucha. Me aparté y esperé, con la ansiedad mordiéndome el estómago, dándome cuenta de que sus tareas dispersarían a todos nuestros compañeros de manada y nos dejarían viajando solos. No le había dicho nada desde que dejamos atrás a Oswald.

Mientras nuestros compañeros de manada se alejaban en distintas direcciones, Lucas nos observó hasta que todo rastro de ellos desapareció en la noche. Entonces se volvió hacia mí y se me revolvió el estómago.

Su expresión se suavizó.

—Parece que no puedes pasar un día sin hacerte una nueva herida. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, estoy bien. —Tenía razón. Estas heridas ya no eran nada nuevo para mí—. Lo siento mucho. No me di cuenta de que mi antigua manada me había seguido.

Lucas negó con la cabeza.

—No podías saber que estarían cerca. Es casi como si Oswald estuviera merodeando por nuestro territorio, esperando el momento en que fueras vulnerable...

Ni siquiera lo había considerado. ¿Estaba tan desesperado por recuperarme que descuidaría sus deberes sólo para acosarme?

—Nunca fue así antes.

—Lo sé. Es extraño, no sé qué le ha pasado. Perder a su pareja puede causar locura a veces, pero él te perdió por decisión propia —dijo Lucas.

Así es. Oswald me despreció todo el tiempo que fui su compañera predestinada, y luego me rechazó. Lo que lo había obligado a quererme de nuevo ahora no era natural.

—No deberías haber salido sola —añadió.

Ahí estaba. Había estado esperando a que me amonestara por mi estúpido error. La vergüenza me comía viva, así que bajé la cabeza, incapaz de mirarle a los ojos. —Tenía que hablar con el Consejo, Lucas. Lo siento mucho.

—No, esto también es culpa mía. Debería haber esperado que hicieras esto.

Las palabras me dolieron, y más viniendo de Lucas. Fue suficiente para que se me hinchara la garganta y me brillaran los ojos.

—Siempre supe que eras terca. Debería haberme preparado para enviar a alguien contigo para mantenerte a salvo. Demonios, debería haberme aguantado e ir contigo desde el principio.

Parpadeé sorprendida.

—¿No estás enfadado?

—Conmigo mismo, claro.

—Pero conmigo también, ¿no?

Lucas se rio sin querer.

—No puedo enfadarme contigo por ser quien eres.

No tenía palabras. No estaba segura de haber recordado nunca un momento en el que alguien me apreciara por lo que era en lugar de atacarme o criticarme por lo que no podía ser. Me quedé con la boca abierta mientras miraba a Lucas, viendo sólo sinceridad en su rostro.

Al verme, ladeó la cabeza.

—¿Qué?

—Nada —dije rápidamente, empujando hacia adelante para seguir caminando.

Lucas aminoró el paso para poder caminar a mi lado.

—¿Puedo decirte algo, Aria?

La curiosidad hizo que el corazón me diera un vuelco. Me costó mantener la calma, pero asentí despacio y le dirigí una mirada para demostrarle que le estaba prestando toda mi atención.

Siguió mirando al frente.

—Puede que no lo creas, pero te conozco mejor de lo que crees.

—Eso es bastante difícil de creer.

—Te inclinarías a pensar eso porque acabamos de empezar a pasar tiempo juntos. Pero te he echado el ojo desde hace mucho tiempo. —Sonrió avergonzado, pero enseguida se serenó—. Sé que te has sentido sola la mayor parte de tu vida. Envidias a tus hermanas por las conexiones que han hecho. Te sumergiste en tu trabajo con la esperanza de que diera sus frutos, pero en lugar de eso, la gente se limitó a apartarte por sus propias ideas preconcebidas sobre ti. Ahora, te cuesta pensar que le gustes a alguien de verdad, incluso a mí. Especialmente a mí.

Mi silencio estupefacto expresó exactamente lo acertado que era. Oír cómo Lucas se abría e identificaba todos los rasgos que definían estos últimos años de mi vida me hizo sentir tan vulnerable que quise acurrucarme y esconderme. Si no hubiera sido Lucas, me habría parecido invasivo, pero cuando me contó las cosas que sabía de mí, sentí que por fin me comprendían. Como si alguien me viera de verdad por primera vez en mi vida, y todas las experiencias terribles y la soledad pudieran justificarse.

—¿Cómo sabes todo esto...?

—No pensabas que podrías pasar cuatro años entrenando para convertirte en la Hembra Alfa de la Manada Grey Creek sin que tu Alfa superior te vigilara, ¿verdad? —Se rio.

—¡Pero si acabo de conocerte hace un par de meses!

—Bueno, eso fue parte del entrenamiento, también. No era sólo Oswald poniéndote a prueba. Yo también. Necesitaba ver cómo te comportarías, conociendo a otra figura política por primera vez.

Mis ojos se abrieron de par en par. Me alegré del pelaje de mi forma lobuna. De lo contrario, Lucas me habría pillado sonrojada.

—Ni siquiera reconocí que eras el Alfa de Silent Shadows.

Lucas se rio de nuevo, inclinándose más hacia mí.

—Pensabas que era un técnico informático de bajo rango. Pero aun así me trataste con respeto y decoro, lo cual dice mucho de ti.

—Sí... —Y ahora que había sacado el tema, no pude evitar el millón de preguntas que zumbaban en mi cabeza—. Entonces, ¿cuándo decidiste que querías que fuera tu Hembra Alfa?

—Oh. —Lucas rompió el contacto visual conmigo, replegándose en sus pensamientos. El extraño pozo de emociones que nos conectaba floreció de nuevo con vergüenza—. No mucho después de que empezara a vigilarte.

—¿De verdad? ¿Tanto tiempo? —Entonces debían de ser años los que llevaba sintiendo eso por mí.

—Lo sé, es raro. Desearía haber sabido que Oswald planeaba rechazarte. Todo el tiempo, deseé que fueras mía. Podría haberte ahorrado todo el dolor. Podría haber ayudado a construirte. Me fustigo por ello, pero...

—No, no lo hagas —le dije—. Tienes un deber con tu manada y con las manadas subsidiarias. Lucas, es suficiente con saber cómo te sientes ahora.

—En cuanto te vi por primera vez hace unos meses, quise hacerte mía.

La intensidad de sus palabras hizo que mi corazón latiera con fuerza, que mi pecho se apretara de repente y que mi sangre se calentara demasiado. Su franqueza hizo que mi cerebro entrara en cortocircuito. Lucas ni siquiera esperó a que yo tanteara una respuesta. Cuando dejó de caminar, su cuerpo experimentó inmediatamente el cambio, doblándose, curvándose y perdiendo todo su pelaje hasta que empezó a adoptar su forma humana. Tuve que dejar de mirar boquiabierto para poder seguirle, sabiendo que se estaba transformando por una razón.

En cuanto se puso de pie, Lucas se agarró a mis brazos, esperando a que yo también terminara de moverme. Jadeé, luchando contra el dolor de mis heridas recién abiertas para mirarle fijamente.

—Tienes que saber lo en serio que hablo de ti —dijo Lucas. En su forma humana, todas sus emociones se manifestaban con más claridad que nunca. Sus cejas se fruncieron y sus ojos oscuros se clavaron en los míos. Sus labios firmes se apretaron en una línea. Entonces, Lucas me acercó hasta que sentí el calor que desprendía su cuerpo y sus manos se deslizaron por mis brazos hasta tocarme las caderas desnudas. Los dos estábamos desnudos después de la transformación y, aunque quería sentirme tímida y protegerme de sus ojos, él me hizo sentir tan

segura que, en lugar de eso, ansiaba el contacto. Cogió una de mis manos y se la llevó al pecho, saciando ese deseo.

—¿Qué se siente? —preguntó, su voz apenas por encima de un susurro, logrando tal suavidad que me derretí por dentro.

Era difícil mantener mi respiración estable.

—Es agradable, Lucas.

—¿Te gusta? ¿Lo quieres?

—Yo... —Sería estúpida si dijera que no. La única razón por la que dudaba era ese siempre presente miedo al rechazo, pero él sabía que eso existía en mí.

—No voy a hacerte daño —dijo Lucas—. Nunca quiero hacerte daño. Quiero darte todo, Aria. Te lo prometo. Cualquier conflicto que tengamos, podemos hablarlo. Te escucharé. Me comprometeré. Haré todo lo posible por entenderte, y espero que tú hagas lo mismo. Por favor, confía en mí lo suficiente como para decirme cómo te sientes.

Luego de esas palabras, me acercó lo suficiente como para que nuestros cuerpos quedaran apretados. Mi pecho contra el suyo, la piel de mi estómago perdiéndose en el bosque de vello de su abdomen. Su ingle me hacía cosquillas en el muslo y dispersaba mis pensamientos.

—Quiero esto, Lucas —conseguí decir—. Lo que quieras darme, lo quiero.

Lucas sonrió.

—Quiero darte todo de mí. —Sus manos subieron por mi columna y su barbilla se inclinó para plantarme un beso en la mejilla. Pero cuando esperaba que se apartara, siguió besándome a lo largo de la mandíbula y luego por el cuello, provocándome un cosquilleo en cada lugar que tocaban sus labios. Me estrechó contra sí y respiró con embriaguez—. Deja que te reclame.

La satisfacción de su tacto era tan adictiva que le dejaría hacer lo que quisiera.

—Vale, Lucas.

Tenía la respiración entrecortada. Lucas se agachó, me cogió por debajo del trasero y me levantó en brazos. La brusca elevación me hizo reír, o tal vez fue la serie de besos que me dio en el

cuello, bajándonos poco a poco a los dos a la hierba hasta que yo estaba tumbada boca arriba y él se había encajado entre mis piernas. Lucas me asfixió con su afecto, aprisionándome entre sus brazos, su pecho y el suelo. No quería estar en ningún otro sitio que no fuera con él. Sentía su estómago mientras respiraba entre besos, le pasaba los dedos por el pelo, me calentaba y excitaba la dureza que me mordisqueaba entre los muslos. También me daba miedo; nunca había intimado con nadie, pero Lucas lo hacía sentir tan natural que no quería que se acabara. No tuve que decirle que fuera despacio o con cuidado. Él ya lo sabía. Me preguntaba a menudo:

—¿Te parece bien? ¿Te estoy tocando bien?

Hasta la más torpe de las caricias me parecía una bendición. En el momento en que empujó dentro de mí y nuestros cuerpos se unieron, me perdí en la sensación, en él. Nada más importaba excepto el placer y la felicidad que Lucas y yo nos proporcionábamos mutuamente.

Quería que nuestra primera vez durara para siempre, pero mi cuerpo no podía más. Nos quedamos sudando y pegados el uno al otro, bañándonos en el resplandor de nuestra unión, saboreando los olores y las caricias del otro. Me acarició el pelo con las yemas de los dedos mientras yo observaba cómo se tensaban sus músculos.

—Nunca imaginé que se sentiría así —le dije.

—Sólo se siente así de bien para las verdaderas almas gemelas —murmuró.

—¿En serio?

Lucas soltó una risita.

—No lo sé. Dímelo tú.

Ahora reía con facilidad. Quizá tenía razón. Parecíamos completarnos el uno al otro tanto física como emocionalmente.

Aunque me pesaban los párpados, no quería dormir. Estábamos expuestos en medio del bosque. Incluso con los poderosos brazos de Lucas rodeándome, sabía que quedarme dormida aquí nos pondría en peligro a los dos, así que finalmente nos levantamos y volvimos a nuestras formas lobunas.

—Podemos descansar cuando lleguemos a Hale Stone —dijo Lucas.

Tuve que luchar contra el cansancio durante todo el camino. Me devané los sesos, intentando mantenerme despierta, repasando el torrente de preguntas que Lucas había despertado en mí.

—¿Alguna vez tuviste una pareja predestinada?

Sólo después de preguntárselo me di cuenta de que podía ser un tema delicado para él, pero Lucas se limitó a sonreírme, imperturbable.

—Así es.

¿Quién era? ¿Seguía por aquí? ¿Era una de nuestras compañeras de manada? Las preguntas no hacían más que intensificarse.

—¿Por qué no la elegiste?

—Lo habría hecho, pero... —Lucas suspiró—. Sabes, hace mucho tiempo que no hablo de esto.

—Oh. Lo siento. No tenemos que hacerlo.

—No —Lucas negó con la cabeza—. Deberías saberlo. Murió cuando éramos jóvenes. Sólo hacía un par de semanas que sabíamos que estábamos predestinados, y entonces la atacó un oso. Era demasiado joven para defenderse, estaba demasiado lejos de la manada para que la salvaran. Lo sentí... cada momento de su muerte. Me asustó. No sabía si volvería a conectar con alguien.

Al escuchar su historia, mi corazón se compadeció de él.

—Oh, Lucas. Lo siento.

—Está bien. Supongo que por eso me sentí tan unido a ti tan pronto. No me daba cuenta de lo solo que estaba, y entonces apareciste tú, y me hiciste darme cuenta de lo mucho que deseaba esa conexión. —Lucas se acercó más a mí y me besó la mejilla—. Ahora tengo esa conexión. El vínculo de pareja... Puedo sentirlo.

Mi corazón latía con fuerza.

—¿Puedes sentir un vínculo de pareja? ¿Uno de verdad?

—Un vínculo de pareja sólo puede formarse si ambos cambiaformas sienten la conexión.

Una ráfaga de mariposas estalló en mi pecho, atándome una vez más la lengua. Era inútil negarlo

ahora. Después del momento que habíamos compartido y después de todo el tiempo que habíamos pasado juntos, sabía que sentía algo por Lucas.

—Esto es real, entonces.

—Me alegro de que así sea.

Deseé que volviéramos a nuestra forma humana para poder besarle, cogerle la mano, cualquier cosa. Lo único que podía hacer era mirarle a los ojos, pero eso bastaba para abrirle mi alma. Dejamos de caminar un momento para deleitarnos con la verdad de nuestro nuevo vínculo. No podría expresar con palabras la alegría que despertó en mí.

Lucas Black quería ser mi pareja, y yo quería ser la suya. Esta noche era nuestra, y sólo nuestra. Era un sueño.

Sin embargo, todos los sueños están destinados a terminar.

Caminábamos uno al lado del otro, tocándonos todo lo que podíamos, riendo, bromeando y olvidando por qué estábamos aquí en primer lugar. Y entonces despertamos de nuestro sueño, cuando el aire se agrió con el hedor de la muerte y recordamos la pesada nube que se cernía sobre nuestras cabezas, amenazando con estallar en un aguacero.

Capítulo 27: Aria

Como loba, había encontrado muchos olores extraños a lo largo de mi vida. El olor de la sangre fresca, la sangre vieja, el almizcle de la presa, las feromonas amargas y dulces de mis compañeros de manada. El olor de una presa enterrada bajo tierra. El olor de huesos viejos blanqueados bajo el sol.

Pero el rancio hedor de un cadáver humano en descomposición era algo totalmente distinto.

Una sensación de fatalidad se apoderó de los dos mientras seguíamos el olor a través de los árboles, acercándonos a Hale Stone con cada paso. Lucas tomó la delantera, abriéndome paso con cautela detrás de él, ambos observando los árboles en busca de indicios de una emboscada. Pero, por una vez, no había señales de solitarios o de la manada de Grey Creek al acecho, sólo la escalofriante y vacía quietud que rodeaba al olor.

Cuando los primeros rayos de sol escarlata atravesaron el bosque, el cuerpo apareció en un montón arrugado, parcialmente oculto por un tronco podrido. Con la visión del cuerpo llegaron también todos los demás olores que lo identificaban, y por el retorcimiento de las tripas de Lucas supe que lo había reconocido.

—No —murmuró en voz baja, con el dolor enhebrando su voz a medida que se acercaba—. No puede ser...

Mientras Lucas se paralizaba conmovido, me acerqué a su lado para verlo mejor. La piel correosa y púrpura se extendía sobre una tripa hinchada, desprendiéndose y agujereándose como una tela apolillada. Los músculos expuestos se habían vuelto marrones y los huesos amarillentos estaban roídos y manchados de sangre negra coagulada. Los animales habían mordisqueado las extremidades rígidas extendidas sobre la hierba, mientras la cabeza estaba vuelta hacia nosotros, con los ojos huecos y la boca abierta contorsionada en el jadeo final de la muerte. Las canas de su cabeza definían su edad, y el sentimiento que inundaba a Lucas indicaba aún más que no se trataba de un anciano cualquiera.

—Padre —graznó, sufriendo al dar un paso más cerca, temiendo que acercarse demasiado profundizaría la herida ya mortal de la muerte en su corazón.

Quería llorar por el hombre que tenía a mi lado. Las lágrimas ya amenazaban con derramarse por mis mejillas. Pero él había sido tan fuerte para mí todo este tiempo; ahora, tenía que demostrarle que yo podía ser la fuerza de los dos.

—Lucas, lo siento mucho —murmuré, apretando mi hombro contra el suyo.

Contempló el cadáver durante unos largos minutos de silencio, apretando los ojos, pero las lágrimas seguían derramándose. Nos sentamos juntos mientras dejaba que su dolor siguiera su curso. A través de nuestro vínculo, sentí todo lo que le atormentaba: la pesada culpa de no haber sido capaz de ayudar a su padre, el dolor adormecedor de su pérdida, la rabia punzante que llegó en último lugar, la rabia contra quienquiera que hubiera hecho esto. Finalmente, inspiró y me miró.

—No ha sido una muerte natural —dijo Lucas—. Alguien le ha hecho esto.

—Los Solitarios —sugerí.

Lucas asintió.

No había duda de que los Solitarios estaban lanzando ataques contra las manadas de Alsa Stone. Ahora se trataba de averiguar por qué y qué tenía que ver Oswald con ello. Su comportamiento y las pruebas de que había estado interactuando con los solitarios demostraban su implicación. Si nunca hubiera abandonado la manada de Grey Creek, ¿también habría sido víctima de su locura?

No podía imaginarme perder la cabeza como lo hizo él.

El resto del paseo fue sombrío, pero no tranquilo. Descubrir al padre de Lucas fue un despertar cortante del agotamiento que se había apoderado de nosotros a primera hora de la noche.

—Me pregunto si estarán intentando usurpar uno de los territorios de la manada —dije—. O tal vez sea algún tipo de infección o alguien que los controla.

—Tal vez sólo busquen sangre —añadió Lucas con amargura.

Nuestra conversación se entremezcló con especulaciones, teorías y recuerdos de la infancia de Lucas, oscilando entre el duelo y la culpa. Cuando por fin divisamos el cartel metálico que nos daba la bienvenida a Hale Stone, nuestra determinación se concentró en una ambición ardiente y justiciera centrada en el Consejo.

En forma humana, vestidos con ropas guardadas en un escondite que sólo conocían los cambiaformas lobo de Alsa Stone, llamamos a la puerta de una vieja casa de dos plantas y contuvimos la respiración, esperando.

Cuando la puerta se abrió, apareció una anciana con el cabello plateado recogido en la cabeza. Su expresión se endureció entre arrugas y cejas fruncidas.

—Alfa Black. Aria Gunn. Adelante. —Mientras nos hacía un gesto para que la siguiéramos, la anciana habló por encima de su hombro—: Si las circunstancias fueran más amables, os ofrecería una taza de té. Pero me temo que vuestra llegada es un mal presagio para todos nosotros.

—Pido disculpas por esto, Magnolia —dijo Lucas—. No convocaría una reunión de urgencia con el Consejo a menos que fuera grave. Y lo es.

—Estamos esperando a tu padre —dijo, conduciéndonos a una gran sala poblada por otras cinco personas sentadas alrededor de una larga mesa de roble.

—No hace falta que esperéis más. —Lucas se plantó ante todos ellos, poniendo las palmas de las manos sobre la mesa—. Mi padre ha muerto.

Una ronda de jadeos y ojos muy abiertos exclamó la misma conmoción que se apoderó de Lucas y de mí antes.

—¿Cuándo?

—¿Qué ha pasado?

—¿Cómo es posible que no lo supiéramos?

Los miembros del Consejo levantaron una tormenta de preguntas antes de que Magnolia levantara la mano, y luego mirara a Lucas en busca de una explicación.

Se aclaró la garganta.

—Lo encontramos esta mañana a unos kilómetros de Hale Stone. Llevaba allí al menos dos días y olía a Solitario. Ellos lo asesinaron. Y eso no es todo: la Manada Crescent Moon fue atacada ayer, y la Manada Grey Creek nos atacó anoche cuando veníamos hacia aquí.

La confusión se apoderó de los miembros del Consejo. Miré entre todos ellos, intentando poner

nombres a caras que no conocía.

Al notar mi incertidumbre, Lucas me puso la mano en el hombro.

—Tal vez reconozcáis a la señorita Aria Gunn como la antigua hembra alfa en entrenamiento de la manada Grey Creek. Ahora pertenece a la Manada de Silent Shadows. —Luego señaló a cada uno de los miembros del Consejo.

—Edmund Garou, Anciano de la Manada de Grey Creek. — Un hombre de fino pelo blanco y larga barba blanca.

—Wendell Tilasky, Anciano de la Manada de Crescent Moon. —Un hombre calvo de piel aceitunada con una cicatriz sobre el ojo.

—Magnolia Piranot, Anciana de la Manada Moonstone. —La anciana de pelo plateado.

—Helga Yeomir, Anciana del Aquelarre de las Brujas de la Luz de las Estrellas. —Una mujer demacrada y pálida de largo cabello negro.

—Nikolas Renfrew, Anciano del Aquelarre de Vampiros de Bloodstone. —Un hombre sorprendentemente joven, de pelo castaño alisado y colmillos asomándole por el labio.

—Y Janeira Malek, Anciana del Círculo Icewind. —Una mujer de belleza sobrenatural con pelo rubio y esclerótica negra alrededor de ojos amarillos. Una Elfa Oscura. Nunca antes había visto uno, y mucho menos conocido a uno.

—El último miembro del Consejo de los Siete era, por supuesto, mi padre, Richard Black.

Asentí con la cabeza y sonreí amablemente al grupo de ancianos. Me miraron críticamente, pero no esperaba menos. Todos llevaban al cuello unos medallones de bronce que me resultaban familiares, lo que me hizo darme cuenta de que faltaba el de Richard. ¿Se había dado cuenta Lucas?

La angustia palideció en el rostro de Wendell.

—¿Has sabido algo de la Manada de la Crescent Moon desde el ataque?

—No —dijo Lucas—. Temo que estén en terrible peligro.

Wendell se levantó bruscamente.

—Debo ir con ellos de inmediato.

—Haré que Dylan envíe refuerzos —dijo Magnolia.

Wendell asintió y salió de la habitación.

Edmund, mientras tanto, parecía cada vez más preocupado.

—¿Por qué atacaría Oswald a la Manada de Silent Shadows?

—No lo sé, pero creemos que tiene vínculos con los Solitarios —dijo Lucas.

—Desde que llegó Mara, no se comporta como él mismo —aporté.

El Consejo frunció el ceño o entrecerró los ojos, todos menos Helga.

—¿Quién es Mara? —preguntó Janeira.

—Mara Torres —aclaré—. La nueva compañera de Oswald.

—¿Quién es ella? ¿De dónde viene? —preguntó Magnolia.

—No lo sé. Era una solitaria, herida de alguna pelea. Oswald la trajo a la manada Grey Creek hace unos meses.

—Extraño —murmuró Magnolia.

No se me escapó que Helga era la única anciana que no estaba visiblemente confundida por la noticia. Su desconcierto colectivo me impulsó a continuar.

—Pensé que ya la conocerías. Dijo que había hablado de mí al Consejo.

—No —dijo Magnolia—. ¿De qué se supone que nos ha hablado?

—Un rumor —gruñó Lucas—. Una mentira, claramente.

—Esto es preocupante —dijo Edmund—. Debemos reunirnos con Oswald de inmediato.

—Sí —coincidieron los miembros del Consejo.

—Gracias por exponernos el problema —dijo Magnolia—. Discutiremos los próximos pasos necesarios. Una reunión con los Alfas está en orden.

—Avisadme cuando hayáis tomado una decisión —dijo Lucas—. Por ahora, Aria y yo debemos volver a casa. Tenemos que proteger a nuestra manada.

—Viajad rápido y seguros —dijo Magnolia. Los demás se hicieron eco de sus palabras y, en cuestión de segundos, ya estábamos fuera de la casa, de vuelta a la naturaleza.

La reunión con el Consejo me dejó la cabeza dando vueltas. Había oído hablar mucho de ellos, pero verlos por fin en persona fue como conocer a una liga de famosos. Ninguno de ellos negó saber quién era yo, pero Mara era un enigma para ellos, y ese hecho era a la vez reconfortante e irritante. Había mentido sobre las acusaciones contra mí. Siempre supe que tenía algo contra mí, pero esto lo demostraba. ¿Pero por qué? Cada respuesta desenterraba el doble de preguntas.

A mediodía, ya no podía seguir reprimiendo mis pensamientos.

—Helga reaccionó de forma diferente a los demás cuando mencioné a Mara —le dije a Lucas.

Sus orejas de lobo se crisparon.

—Yo también lo noté. Mara podría tener conexiones con el Aquelarre de la Luz de las Estrellas.

Antes me habría parecido completamente arbitrario que un cambiaformas lobo tuviera algo que ver con las Brujas, pero cuanto más pensaba en ello, más conexiones parecían encajar. Recordé el artículo que había leído en los archivos de la biblioteca mientras trabajaba allí.

—¿No querían casar a una bruja con alguien de la manada de Silent Shadows?

—Tienes razón... ¿Cómo lo sabías?

—Leí sobre ello. ¿Quién era la pareja?

Lucas separó los labios para hablar, pero la respuesta se le quedó en el aire. Su mirada pasó junto a mí y seguí su atención hacia un par de lobos que corrían contra nosotros. Por instinto, Lucas y yo nos tensamos hasta que los reconocimos como nuestros propios compañeros de manada.

—¡Lucas! gritó Scott—. ¡Date prisa! ¡Nos están atacando!

El miedo me subió el corazón a la garganta.

—¿Qué? ¿Quién? —exigió saber Lucas, rompiendo a correr junto a Scott.

—Es la manada Grey Creek. Están asaltando el pueblo buscando a Aria.

Corriendo junto a la cadera de Lucas, capté su mirada y tragué saliva.

—Lo siento mucho.

—No te apartes de mi vista, Aria —ordenó Lucas.

Asentí, decidida a seguir sus órdenes. Oswald había dejado claro que me llevaría por la fuerza si tenía que hacerlo. Supuse que ahora había llegado a su punto de ruptura y estaba dispuesto a destruirlo todo para conseguir lo que quería.

Corrimos a toda velocidad, recorriendo la distancia restante en poco menos de una hora. Cuando llegamos a la aldea, las columnas de humo se enroscaban en el cielo, el hedor a fuego y sangre nos ahogaba la garganta y jadeábamos de cansancio —yo no había dormido en más de treinta horas—, pero el potente peligro nos bombeaba tanta adrenalina que el cansancio apenas se dejaba sentir. Seguimos el sonido de los gritos, cada paso nos acercaba más a la horrible realidad que nos aguardaba.

Esparcidas por el pueblo había peleas entre lobos y humanos por igual. Cadáveres pertenecientes a ambas manadas presagiaban lo que sería de nosotros si la lucha continuaba. Todo esto era por mi culpa, y no acabaría hasta que Oswald retirara a sus soldados o yo me entregara.

El sonido del caos nos condujo al parque, en el corazón del pueblo. Allí, masas de lobos se destrozaban unos a otros. Gruñidos y gruñidos cortaron el aire, ensordeciéndome. Lucas saltó a la refriega, apartando a los lobos de nuestros compañeros de manada, rompiendo huesos y desgarrando pelaje y carne hasta que encontró lo que buscaba. En medio de todo, estaban Oswald y Mara, causando estragos en nuestro hogar.

Irradiaba una furia vengativa como nunca antes. Esto iba demasiado lejos. Era hora de hacer justicia con la Manada Grey Creek y asegurarme de que nunca más lastimaran a mi nueva familia.

Capítulo 28: Aria

Oswald y Mara rodearon a una de las lobas de Silent Shadows como un par de buitres. No fue hasta que estuvimos más cerca que la reconocí como Esther, y eso fue todo lo que necesité para lanzarme a una carrera vertiginosa, saltando sobre Mara antes de que pudiera ponerle un colmillo encima a mi amiga.

—¡Aléjate de ella!

Nuestros cuerpos chocaron, arrancándole un aullido de sorpresa a Mara. Caímos al suelo rodando, pateándonos y mordiéndonos antes de que Mara me arrojara de ella y se pusiera de pie a tientas.

—¡Tú! —chilló, erizada de una rabia inusitada en una belleza normalmente recatada e inocente—. Todo esto es culpa tuya. Nada de esto habría ocurrido si hubieras hecho lo que te decían.

—En primer lugar, nunca tendría que haber ocurrido —le ladré—. ¡Detén esta locura, Mara!

Los ojos de la loba plateada se iluminaron.

—¡Es demasiado tarde! Ya nada puede detenerme. —Eché la cabeza hacia atrás, lanzando un cacareo como si ya hubiera ganado.

Un destello de bronce en su cuello llamó mi atención. Enclavado en el pelaje de Mara, estaba el séptimo medallón del Consejo. El medallón que una vez colgó del cuello del padre de Lucas. Jadeé, buscando a Lucas en el caos.

—¡Lucas, mira!

Había inmovilizado a Oswald y luchaba por proteger su propia garganta. Lucas me miró y luego miró a Mara, notando también el medallón.

—¡No...!

Pero esa brevísima distracción permitió a Oswald clavar los dientes en el hombro de Lucas.

Lucas gruñó, invadido por la rabia, y volvió a lanzarse al combate.

—Oh, ¿esto? —se burló Mara, regodeándose en el medallón—. ¡Esto es mío por derecho, Aria! Como todo en la manada de Silent Shadows. Voy a recuperar lo que me pertenece. Lo que nos pertenece.

La sangre corría tan fuerte en mis oídos que no podía concentrarme en nada más.

—¿De qué estás hablando?

—Ya verás —advirtió Mara, oscureciéndose su voz—. Una vez que te llevemos de vuelta a casa, verás exactamente lo que te has estado perdiendo. Entenderás por lo que Oswald y el resto de tu familia han estado luchando de verdad.

Sin dejarme tiempo a pensarlo, Mara se abalanzó sobre mí, con sus fauces abiertas apuntando a mi cara. Retrocedí, calculando rápidamente un contraataque a costa de mi hocico. Sus colmillos me rozaron el puente de la nariz, pero conseguí anclar los pies traseros, retroceder y girar la cabeza, atrapando sus fauces entre los dientes. Con la fuerza aplastante de mi mandíbula, le cerré el hocico y apoyé los pies, sujetando a Mara en su sitio.

Al darse cuenta de que estaba atrapada, Mara se agitó salvajemente, arrancándose de mi agarre y destrozándose el hocico en el proceso. Sólo que no derramó sangre. Lo que goteaba de su herida era un humo oscuro y enfermizo, como si no estuviera hecha de carne, sino de algo completamente distinto.

—¿Qué...? —Me quedé mirando confusa. Mara me devolvió la mirada como si no esperara ser herida.

No importaba. Tenía que derrotarla. Buscando mi siguiente oportunidad, me lancé hacia su pierna delantera, pero Mara retrocedió y me esquivó por completo. Frustrada, me lancé de nuevo, y ella siguió esquivándome, esta vez evitando cualquier contacto conmigo. Ahora era yo quien tomaba la ofensiva. Con un gruñido justiciero, me lancé una vez más, apuntando al cuello de Mara.

Mis dientes chocaron con el metal. Desesperada por agarrarla, cerré la mandíbula y tiré de golpe. Mara se apartó al mismo tiempo, rompiendo la cadena que le rodeaba el cuello. Sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta de lo que tenía entre los dientes. Había perdido el medallón por mi culpa.

—¡No! —gritó Mara. Volutas negras de miasma antinatural brotaban como lodo de sus orificios, babeaban de sus fauces y goteaban de sus ojos. Buscó en la escena presa del pánico, alejándose de la lucha. Al darse cuenta de que Oswald estaba demasiado absorto en su propio enfrentamiento, Mara no tuvo más remedio que rendirse. Entonces, dio media vuelta y huyó sin decir palabra.

No quería dejarla marchar. Quería gritar y correr tras ella, llamarla cobarde y decirle que volviera y luchara contra mí. Quería hacerla pagar. Pero yo... Yo era mejor que eso, y después de los primeros pasos, vi a mis compañeros de manada todavía languideciendo a mi alrededor y me di cuenta de que me necesitaban aquí.

Esther estaba curando las heridas de alguien. Corrí hacia ella y dejé caer el medallón a sus pies.

—Guárdalo bien —le dije mirándola a los ojos para que lo entendiera. Miró sorprendida el medallón, pero asintió con la cabeza, comprendiendo. Luego, volví con Lucas y Oswald.

Oswald luchaba bajo el peso de Lucas. Sus ojos se abrieron con desesperación, sus pies pataleaban mientras la sangre corría por su pelaje.

—¡No ganarás! —le espetó Oswald a Lucas—. ¡La recuperaré, ladrón! ¡Despreciable, patética excusa de un Alfa!

Lucas se limitó a mirar con asco al Alfa que se retorecía. Al notar que me acercaba, se irguió más, con un destello de lástima en los ojos.

—Acaba con esto, Aria.

Asentí con la cabeza. Echando la cabeza hacia atrás, solté una serie de aullidos rápidos y agudos, rogando la atención de todos los que luchaban.

—¡Ya basta! —grité—. Manada Grey Creek, vuestro Alfa ya no está capacitado para lideraros. ¡Retiraros ahora!

Al principio, la lucha continuaba; pero uno o dos lobos se detuvieron a escuchar, e inspiraron a otros a hacer lo mismo. Rápidamente, la mitad de los combatientes se detuvieron, y los soldados de Grey Creek se separaron de sus homólogos de Silent Shadows.

—No hay razón para continuar esta lucha —les dije—. El egoísmo de vuestro Alfa es lo único que os ha traído aquí. Rechazadle, reclamad vuestra dignidad y volved a casa. Nada justifica la

violencia y el derramamiento de sangre que os ha impuesto.

Los lobos de Grey Creek se miraron entre sí, al principio indecisos, incluso escépticos; luego, poco a poco, cayeron en la cuenta de que estaban perdiendo una batalla librada nada más que por orgullo. Ni siquiera ellos parecían saber por qué Oswald y Mara querían llevarme de vuelta. Seguían ciegamente las órdenes de un Alfa antiguamente táctico, sabio y de mente sana. Pero se había desviado tanto que nada de lo que hacía tenía sentido, y ellos se dieron cuenta.

A medida que la masacre disminuía, Oswald dejó de concentrarse en Lucas para mirar frenéticamente alrededor del parque.

—¡Mara, ayúdame! ¿Mara? —Su voz se alzó con rabia y confusión, sin entender por qué de repente estaba solo—. ¿Qué has hecho con Mara?

Mis patas me llevaron de vuelta a Oswald, tendido debajo de Lucas.

—Se ha ido, Oswald. Te ha abandonado.

Le ardían los ojos.

—¡No! ¡Ella no haría eso! ¡Mara! —llamó Oswald a su compañera, pero ella nunca volvería en su ayuda. Sabía hasta el fondo de mi alma que ella lo había dejado aquí para que muriera. Mientras gritaba y aullaba, una fracción de mi corazón se rompió por el Alfa de Grey Creek.

Pero entonces me miró fijamente, y su rabia se manifestó en una psicosis despiadada.

—¡Esto es culpa tuya!

Oswald se esforzó por zafarse de Lucas. Lucas gruñó, sujetándolo, y en un arrebato de ira, Oswald arremetió contra Lucas, lanzándole los dientes a la garganta.

Lucas se hizo eco de la ira de Oswald en una rara y abrupta reciprocidad. Durante unos fugaces segundos, hubo una furia abrasadora en los ojos de Lucas, reduciéndolo a la misma reacción primitiva impulsada por el instinto de protegerse a sí mismo, a su manada y a mí. Lucas apretó la garganta de Oswald sin pensárselo y desgarró, castigándolo por toda la destrucción que había provocado.

El aire abandonó mis pulmones al ver la sangre brotar de la herida. El shock me congeló en el tiempo. No pensaba que Lucas recurriría a tal brutalidad, pero no tenía elección. Tenía que

hacerlo. Incluso Lucas comprendió la gravedad de sus actos en el momento en que lo hizo, pero se mantuvo firme y se cernió sobre Oswald mientras la vida abandonaba su cuerpo. Oswald gorgoteaba y se retorció, con el aliento escapándole de la garganta en unos últimos zarpazos desesperados por sobrevivir. Sus ojos se volvieron hacia mí, buscándome. No sabía qué buscaba.

No sentía por él más que una fría lástima.

El hombre al que pasé toda mi vida admirando y al que le dediqué todo, que me rechazaba y me odiaba, iba a recibir su merecido.

Finalmente, Oswald se quedó quieto y se me quitó un peso del corazón. No me había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta entonces. Cuando el cuerpo de Lucas se relajó, me puse a su lado, instándole a que se alejara de Oswald y se refugiara en mi calor. La sangre empapaba su pelaje, no del todo suya. Estaba cansado por la lucha, cansado por lo que había tenido que hacer, y agradecido se apoyó en mí mientras yo le besaba la sien.

—Sea lo que sea lo que le pasaba, ya ha pasado. Podrá encontrar la paz —le susurré suavemente a Lucas.

Nunca hubiera pensado que sería yo quien lo calmara por la muerte de Oswald, pero me di cuenta de que lo había conmocionado. No le gustaba tener que quitar una vida y lo aprecié mucho más por eso.

Una vez que Lucas recobró la compostura, enderezó los hombros y miró a la multitud. Habíamos captado la atención de todos con la muerte de Oswald Moore. Entre la multitud, Emma y Cassie pasaron a primer plano, ambas heridas y claramente implicadas en la pelea. Incluso mi padre había venido a asaltar la Manada de Silent Shadows. Me sorprendió, incluso me decepcionó, verlos aquí, pero en cierto modo, no me sorprendió del todo.

—¡Gracias a Dios que está muerto! —dijo Emma—. ¡No creo que habría podido soportar más peleas!

—No sé por qué le hicimos caso en primer lugar —dijo Cassie.

Mi padre gruñó y pasó junto a ellas.

—Perdónanos, Aria —dijo—. Lo sentimos mucho. Por favor, ¡déjanos compensarte a ti y a tu manada!

Parpadeé.

—¿En serio...?

—¡Sí! —Mi padre cojeaba hacia mí, obviamente para provocar simpatía.

Pero no funcionaría. Recordé vívidamente lo poco que se preocupaban por mí antes.

Incluso Lucas se dio cuenta. Curvó los labios, enseñando los dientes en una última demostración de dominio, y se puso delante de mí.

—No te atrevas a dirigirle la palabra a mi compañera —gruñó Lucas.

Las palabras se atascaron en mi garganta. ¿Lucas me había llamado su compañera?! Pero había demasiados otros asuntos pendientes como para centrarme en eso.

—Exactamente —dijo mi padre—. Va a ser la Hembra Alfa de la Manada de Silent Shadows. Vamos a servirla como deberíamos haberlo hecho, ¡allí en la Manada de Grey Creek!

¡Superadlo! No tenéis sitio aquí, ¡no después de cómo me habéis tratado! —me burlé. Quería mantener la calma y la compostura, pero no podía evitar la ira que corría por mis venas. Había sido un día largo y difícil, y estaba a punto de estallar. Haciendo una pausa para inspirar lentamente por la nariz, me coloqué al lado de Lucas y miré fijamente a mi familia—. Lo más inteligente para ti y para toda la manada de Grey Creek es que os vayáis a casa y os llevéis a Oswald con vosotros. Marcharos y buscaros un nuevo Alfa. Tenemos nuestros propios lobos de los que cuidar.

—¡Pero Aria!

Mostré los dientes con autoridad.

—¡Vete!

Mi padre se estremeció y echó las orejas hacia atrás. Sin decir nada más, se retiró con mis hermanas, y el resto de la manada le siguió. Recogieron el cuerpo de Oswald, llevándolo a lomos del soldado más grande, mi antiguo maestro, el señor Ross. No me moví hasta que el último lobo de la manada Grey Creek desapareció de mi vista.

Entonces, mis hombros se desplomaron y casi me derrumbé allí mismo.

—Eres mucho más indulgente de lo que yo habría sido —comentó Lucas a mi lado.

—Afrontarán las consecuencias de sus actos —prometí. La manada Grey Creek expiaría todo lo que habían hecho. Pero aún no sabía cómo.

Esther apareció a mi otro lado, sujetando el cordón entre los dientes mientras el medallón colgaba bajo su barbilla.

—¿Qué quieres que haga con esto?

Lucas y yo lo miramos.

—Pertenece al Consejo —dijo Lucas—. Haremos que se lo devuelvan.

Asentí con la cabeza.

Parecía que iba a haber otra reunión con el Consejo más pronto que tarde.

Pero por ahora, sólo podía pensar en descansar. Lucas se volvió hacia el resto de la manada, haciéndoles un gesto para que se retiraran.

—La lucha ha terminado. Por ahora estamos a salvo. Tratad vuestras heridas, recoged a los muertos y descansad. Lloraremos por todos los perdidos mañana por la mañana.

Cuando la manada se dispersó, Lucas se volvió hacia mí. Sus ojos se ablandaron y, sin palabras, supe lo que nos esperaba.

Lo único que deseaba era convertirme en humana, estar envuelta por sus brazos, dormirme y dejar todo esto atrás.

Capítulo 29: Aria

Despertar a la mañana siguiente fue como despertar de una pesadilla, sólo que la pesadilla había sido muy real y había afectado a todos, no sólo a mí. El ambiente en la manada de Silent Shadows era sombrío. Aunque habíamos salido victoriosos, no se podía celebrar lo que la batalla había hecho a nuestra manada.

A lo largo del día, mientras ayudaba a mis compañeros de manada a prepararse para los funerales, tuve que recordarme constantemente *quién* había muerto ayer. No parecía real, posiblemente porque no estaba mirando un cadáver.

Oswald Moore estaba muerto, pero tal vez la verdadera razón por la que no lo recordaba era porque el Oswald que yo había conocido estaba muerto para mí mucho antes de ayer. El hombre que Lucas había matado era poco más que un extraño enfermo de psicosis.

Estaba segura de que sentían los efectos con más potencia en la manada de Grey Creek.

Después de correr todo el día y de permanecer toda la tarde en un silencio lleno de dolor, presentando nuestros respetos a los caídos, mi corazón ansiaba un poco de ligereza. Quería seguir adelante y empezar a construir mi nueva vida con Lucas.

Me despedí de Esther por la noche y seguí a Lucas hasta su despacho, donde estaba sentado con el teléfono en la oreja y las cejas fruncidas por la frustración.

Me quedé junto a la puerta, recordando de repente los tiempos en los que quedarme fuera de una oficina hacía gruñir o poner los ojos en blanco a los demás. Pero Lucas se limitó a mirarme, forzando una sonrisa cansada mientras me hacía señas para que entrara.

Cerré la puerta tras de mí y me ceñí la rebeca de lana a los hombros.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo Lucas—. No, él es lo último en lo que quiero estar pensando ahora mismo. ¿No puedes hacer que lo transfieran aquí? ...Bien. Aria y yo estaremos allí pronto.

Me sobresaltó oír pronunciar mi nombre de forma tan profesional, pero supuse que tendría que

acostumbrarme. Los asuntos del Alfa de Silent Shadows también eran asunto mío ahora.

—¿Qué pasa? —le pregunté después de que colgara.

Lucas suspiró y se puso de pie, ofreciéndome un suave abrazo.

—No te va a gustar esto, pero tenemos que ir a la villa de Grey Creek.

Resistí el gruñido que se estaba gestando en mi pecho.

—¿Por qué?

—Es Oswald. Algo extraño le está pasando. El forense quiere que echemos un vistazo.

Esta vez no pude evitar que el ceño se me frunciera, y mi disgusto se reflejó claramente en mis labios curvados y mis puños cerrados. Pero era inútil discutir. Haría lo que tenía que hacer.

Luego, Lucas me sacó de la oficina.

—Démonos prisa para que volvamos lo antes posible.

Como el tiempo apremiaba, cogimos el coche de Lucas para ir a la villa. Lucas me abrió la puerta del coche y me cogió de la mano mientras entrábamos juntos en el centro médico. Los pocos cambiaformas que había dentro me resultaban familiares —soldados y médicos que había visto durante mi entrenamiento— y me saludaron al pasar. Les sonreí amablemente, pero estaba muy lejos de perdonarles por cómo me habían tratado. Sólo el tiempo podía curar el daño que la manada de Grey Creek había causado.

Cuando entramos en la sala de reconocimiento refrigerada, sentí un hedor familiar. No lo había percibido en ese momento, en medio de todo el caos, pero supe inmediatamente cuándo y dónde lo había oído antes: durante mi enfrentamiento con Mara. Cuando huía, había soltado un penetrante humo negro.

Mi atención se centró en la sábana blanca que cubría una mesa de metal, arrugada y con manchas oscuras. Lucas también se fijó en ella.

—¿Eso es...?

—Sus suposiciones son correctas —dijo el forense.

Retiró la sábana y mostró una horrible representación de Oswald, del aspecto que había tenido su forma humana. Aunque había muerto ayer, su cuerpo estaba marchito y podrido, con la carne rancia pegada a los huesos húmedos, las cuencas de los ojos vacías y los labios despegados sobre los dientes negros como la tinta.

Me entraron náuseas en el estómago. Me tapé la boca con la mano, asaltada por una docena de emociones desagradables que amenazaban con hacerme vomitar.

La muerte de Oswald de repente se sintió increíblemente *real*.

—Oswald Moore, nuestro antiguo Alfa —continuó el forense—. Su cuerpo parece estar descomponiéndose a un ritmo inusualmente rápido, incluso para los cambiantes. Es... antinatural. No quería declarar nada en mi informe forense hasta pasarlo por ustedes, ya que sentí que ustedes dos podrían tener una mejor idea de lo que estoy viendo.

Lucas me miró, y mis largas noches de teorías por fin se hicieron realidad.

—Creo que se trata de algún tipo de magia oscura —dije, aunque no sólo lo *creía*; estaba segura de ello. Oswald había muerto bajo su control.

El forense asintió.

—Pensé lo mismo.

—¿Qué pruebas tienes? —preguntó Lucas, dirigiendo la pregunta hacia mí.

—¿Recuerdas cuando luché contra Mara? En vez de sangrar, empezó a soltar ese humo negro nocivo. Lo que sea que le esté pasando a Oswald ahora, *ella* tiene algo que ver. Sin el medallón, ella podría estar experimentando los mismos efectos que Oswald.

Lucas se lo pensó un momento.

—Ella debe haberlos tenido a todos bajo su control. Magia de control mental o algo así. Cuando le quitaste el medallón, se dañó su conexión mágica —dijo Lucas. Luego nos disculpó, me cogió del brazo y me apartó, bajando la voz para evitar que el forense escuchara.

—He leído que los medallones amplifican la magia que posee el Consejo de los Siete. Si eso es cierto, entonces Mara mató a mi padre en un intento de amplificar su magia, para tomar el control no sólo de la Manada Grey Creek, sino posiblemente también de nuestra manada.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—También me habría controlado si ella y Oswald me hubieran capturado.

—Sí. —Lucas frunció el ceño—. Podría no significar nada. Con Oswald muerto y su medallón desaparecido, Mara probablemente no se arriesgará a atacar pronto, si es que está viva.

—¿Siento que se acerca un *pero*?

Lucas contempló durante largo rato el cadáver en descomposición, con una mirada decidida.

—Pero eso no significa que no debamos prepararnos, por si acaso.

Sabía que Lucas tenía razón. Por pequeña que fuera la posibilidad, Mara podría aparecer en algún momento en un futuro lejano, y su magia oscura no era algo de lo que burlarse. Era capaz de controlar, manipular y deformar a otras personas, y una pequeña parte de mí temía qué más podría arrebatairme... *arrebataarnos*.

Por no hablar de que otros podrían seguir su ejemplo, descubriendo formas de utilizar los medallones con fines siniestros.

Pero no estaba dispuesta a dejar ir a Lucas o a mi nueva manada tan fácilmente. En mi corazón, sabía que teníamos el poder para enfrentarnos a cualquier amenaza que se nos presentara, como había demostrado la reciente guerra, y con Lucas y conmigo como líderes, nos aseguraríamos de que nada amenazara la seguridad de los de Piedra Alsa.

Si hacía un movimiento, Mara viviría para lamentarlo.

No hubo rastro de ningún Solitario ni de Mara durante el resto del verano, y parecía que la paz improvisada que habíamos establecido se convertiría por fin en algo más permanente. O bien Mara había muerto a causa de sus heridas y del abuso de la magia oscura, o bien su derrota la había empujado al exilio, y sus abrumadores fracasos la habían disuadido de regresar.

Esto último no parecía probable —no con el retorcido sentido de la determinación de Mara—, así que supuse que ya no estaba en este mundo. Aun así, habría estado bien tener una confirmación.

Lucas y yo nos reunimos con el Consejo de los Siete para informarles de lo que había ocurrido la noche en que murió Oswald y transmitirles lo que habíamos averiguado sobre Mara y su abuso del medallón. A los Ancianos les sorprendió que alguien se hubiera enterado de las propiedades

de amplificación mágica de los medallones, y nos advirtieron que lo mantuviéramos en secreto. Como se trataba de información pertinente para la reciente oleada de ataques, ataques que habían causado tanto sufrimiento, yo no estaba de acuerdo con el secreto, pero Lucas prometió que la verdad se revelaría a todos cuando llegara el momento.

Hasta entonces, el Consejo de los Siete se haría cargo de la investigación e intentaría verificar la muerte de Mara. Estaban casi seguros de que había fallecido; sin el medallón, la magia oscura que Mara había empleado probablemente resurgiría, y su cuerpo pagaría el precio.

Durante nuestro combate, le había asestado un golpe mortal en el hocico, y me pregunté si habría sentido las secuelas sin la magia que la protegía. Sin su medallón, sangraría.

Aunque no expresé mis deseos en voz alta a Lucas, quería que Mara hubiera sufrido. No me parecía bien que pudiera huir sin repercusiones después de todo lo que había hecho.

Cuando por fin todo se calmó, me integré rápida y fácilmente en la manada de Silent Shadows. Lucas dejó claro, tanto a los compañeros de manada como a los extraños, que yo era suya. Tampoco tuvo reparos en utilizar las demostraciones de afecto para demostrarlo: me cogió de la mano, me pasó el brazo por los hombros y me besó en la sien.

Una tarde, me hizo señas desde el otro lado de la sala común del centro comunitario de la manada.

—Mi amor.

Holly, Paula y Esther, sentadas juntas, murmuraron con admiración ante sus dulces atenciones. Las ignoré, o mi rubor alimentaría su entusiasmo. Me levanté y crucé la habitación hacia Lucas.

—¿Sí, Alfa?

Lucas se rio por lo bajo.

—Me encanta cuando me llamas por mi título. Hay algo sexy y misterioso en la forma en que lo dices.

Estaba haciendo *realmente* difícil no sonrojarse.

—Compórtate, Alfa —ronroneé.

—No acepto órdenes de nadie que no sea mi hembra Alfa —dijo, deslizando las manos por mi trasero y atreviéndose a apretarme las nalgas mientras me miraba.

Cada día, mis muros se derrumbaban un poco más. El vínculo que nos unía era cada vez más fuerte, lo suficiente como para minar mis reservas y convencerme de que era con él con quien quería pasar el resto de mi vida. Mi cerebro lo sabía, y mi corazón también, pero mi alma herida aún no cedía.

Incliné la cabeza y le pasé los dedos por el pelo, sonriendo.

—Entonces supongo que será mejor que te acostumbres a recibir órdenes.

Las chicas se rieron entre ellas.

—¡Oooh!

Lucas se rio, pero me di cuenta de que se había cansado de tener público.

Abrazándome, se levantó y me puso sobre su hombro.

—Creo que es hora de que me retire. Y me llevo a ésta conmigo.

Me reí, tratando de mantenerme erguida.

—¡Buenas noches, chicas!

—¡Buenas noches! —contestaron, volviendo rápidamente a cotillear entre ellas mientras Lucas y yo salíamos de la sala común.

Me volvió a poner de pie fuera, cogiéndome de la mano mientras caminábamos.

El calor de la cama de Lucas, con él a mi lado, era un consuelo que esperaba cada noche. Ya formaba parte de nuestra rutina. Él se aseaba mientras yo me ponía una camiseta ligera y unos pantalones cortos para dormir, luego me aseaba y me metía en la cama que él ya había calentado con su calor corporal, sus brazos esperándome para envolverme. Me abrazaba y me besaba en la mejilla, y luego, en el transcurso de nuestros afectos, volvíamos a encontrarnos desnudos.

Me senté contra el cabecero y apoyé la cabeza en el cuello de Lucas, que me rodeaba la cintura con el brazo y me recorría la cadera con los dedos. Un suave suspiro salió de mis labios mientras

todos los pensamientos de mi cabeza se materializaban antes de que me diera cuenta.

—Me tratas tan bien, Lucas. A veces pienso que no te merezco.

Inclinó la cabeza para presionar sus labios en mi pelo.

—Te mereces el mundo, Aria. El hecho de que lo dudes constantemente no hace más que demostrarlo.

Me reí entre dientes.

—La modestia es un buen rasgo para una hembra alfa, ¿no?

—Sí. No hay nada bueno en un líder arrogante.

Reflexioné sobre sus palabras durante unos segundos.

—¿Crees que seré una buena líder?

—Has pasado cuatro años formándote para ser líder. Pero los rasgos más importantes de un líder no se pueden enseñar; son inherentes. Y tú.... Serás la líder más amable, justa y equitativa que he conocido.

Su confianza inquebrantable en mí me derribió el corazón.

Cerré los ojos y sonreí ante la felicidad que me invadía.

—Te quiero, Lucas.

No me di cuenta de lo que había dicho hasta que noté que su respiración se había detenido y sus dedos se habían congelado. El vínculo de pareja que había estado cultivando para Lucas brilló con más intensidad que nunca. Me invadió un fuego de amor y adoración cuando el vínculo se abrió y conectó nuestros corazones por completo.

—Aria.... —Dijo mi nombre como una oración que atraía mis labios a los suyos—. Yo también te quiero. Te quiero más que a nada en el mundo.

Incluso a través del beso, quería llorar de alegría. Lucas me hacía sentir completa. Mi lugar estaba aquí, de verdad. Y estaba muy agradecida de que él se hubiera dado cuenta antes que yo.

—Quiero ser tu pareja —le dije—. Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Luego de mis palabras, Lucas me abrazó más fuerte, y nuestros corazones latían como si fueran uno solo.

—Lo harás —prometió.

Capítulo 30: Aria

El primer día de septiembre, la Manada de Silent Shadows celebró una ceremonia en el parque del centro del pueblo. Estandartes amarillos, blancos y azules brillantes colgaban entre los árboles, flores preciosas y luminosas adornaban el pasillo mientras yo caminaba hacia mi futuro compañero con el vestido amarillo sol de mis sueños. Lucas Black vestía un traje gris oscuro con un ramillete de flores azules y amarillas, el pelo negro peinado hacia atrás con ese precioso mechón plateado que le caía por encima de la oreja izquierda. Sonrió en cuanto me vio. Llevaba sonriendo desde que me desperté aquella mañana. Pero sólo cuando estuve a su lado me sentí más feliz que nunca.

—Aria Gunn, ¿aceptas que Lucas Black, tu compañero elegido, sea tu legítimo compañero a los ojos de la Manada de Silent Shadows? —preguntó el Chamán que oficiaba nuestra ceremonia de apareamiento.

—Sí, quiero —dije en voz baja.

—Y Lucas Black, ¿aceptas que Aria Gunn, tu elegida, sea tu legítima compañera a los ojos de la Manada de Silent Shadows?

Sentí una sacudida de electricidad nerviosa en las venas al recordar el rechazo al que me había enfrentado antes. Pero dudar de Lucas, a estas alturas, era una tontería. No tenía motivos para temer lo que ocurriría a continuación.

—Sí —dijo con orgullo, estrechándome las manos.

El chamán nos sonrió a los dos.

—Entonces el vínculo de apareamiento está sellado. Me complace presentarles al Macho Alfa y a la Hembra Alfa de la Manada de Silent Shadows: Lucas y Aria Black. Felicidades.

La manada rugió en celebración, rebotante de alegría y deleite por la unión de su Alfa con la chica que amaba. Por fin, la Manada de Silent Shadows tendría dos líderes tan comprometidos el uno con el otro como lo estaban con la salud y el éxito de su manada.

—Entonces, ¿para cuándo podemos esperar ver a pequeños bebés Black correteando por ahí? —preguntó Esther durante la recepción posterior.

Lucas volvió los ojos hacia mí y yo sólo pude reírme.

—¡Déjame disfrutar de un tiempo con mi pareja antes de que empecemos a añadir bebés a la mezcla!

Pero sabía que el tema rondaba por la cabeza de Lucas. Podía sentirlo a través de nuestro vínculo, cómo sus pensamientos volvían continuamente a la idea de la familia.

Borracho de vino y de mutua compañía, al final de la noche, Lucas me llevó en brazos a nuestra cama, me dejó caer sobre el colchón y me colmó de besos. La forma en que me abrazó me provocó una oleada de calor que me recorrió la espina dorsal hasta llegar a la entrepierna.

—Creo que quiero ponerte un bebé dentro —retumbó Lucas en mi cuello.

Las implicaciones primarias de sus palabras despertaron en mí una excitación ardiente. Instintivamente, rodeé sus caderas con las piernas y lo atraje hacia mí.

—Yo también quiero eso —murmuré—. Pero todavía no.

—Entonces, ¿qué tal si practicamos?

Significó mucho para mí que Lucas estuviera dispuesto a ser paciente y a esperarme.

Un gruñido de deseo burbujeó en mi pecho, instando a Lucas a hacer lo que quisiera conmigo allí mismo. No dudó en recorrerme el cuerpo con las manos, deslizando los dedos entre mis muslos en tentadores preliminares. En los dos meses que llevábamos juntos, ya había aprendido todas mis zonas erógenas más sensibles y mis ritmos favoritos.

Sus talentosos dedos me llevaron rápidamente al punto álgido del éxtasis. Lo detuve antes de que fuera demasiado, me incliné hacia delante para besarlo una vez y luego me puse a horcajadas sobre sus caderas. Lucas me miraba con hambre codiciosa, lamiéndose los labios mientras sus ojos recorrían mi cuerpo. Me hacía sentir poderosa. *Libre*. Como si tuviera el control no sólo de mi vida, sino también de Lucas, con sus manos en mi cintura mientras yo subía y bajaba, proporcionándonos placer a los dos.

Nuestros jadeos se intensificaron, las manos se paseaban por las zonas más apetecibles de la piel:

mis dedos en el vello de su pecho, sus manos apretando mis pechos. De nuevo sentí que el placer brotaba de mi interior, un volcán rebosante de calor, pero esta vez fue Lucas quien nos detuvo.

—Inclínate sobre el borde de la cama —dijo sin aliento, guiándose fuera de mí.

Ni siquiera lo pensé, renunciando a mi posición de control para hacer lo que más le apeteciera a mi compañero. Lo único que me importaba era hacerle sentir bien, y estaba segura de que él sentía lo mismo.

Inclinada sobre la cama, apoyé una pierna y ronroneé cuando sentí su polla rozándome entre los muslos, bajo las nalgas y, finalmente, empujando dentro de mí. La magnitud de su miembro me produjo un cosquilleo satisfactorio.

Pero ni siquiera *eso* fue suficiente.

Lucas se abalanzó contra mí, enredó su mano en mi pelo y tiró de él hacia atrás, inclinándose sobre mí y gimiendo.

Luego, por tercera vez, cuando ambos nos acercábamos a la cima, se apartó y me besó la columna.

—Aún no he terminado contigo.

—Lucas, por favor... —suspiré con una sonrisa—. Me vas a hacer estallar sólo con mirarme.

Gruñó, me puso boca arriba y me apretó contra la cama.

—Todavía no. Quiero sentirlo.

Aunque Lucas me había abierto los ojos a las diversas posturas en las que nuestros cuerpos podían retorcerse, ambos parecíamos preferir la más sencilla e íntima: yo tumbada debajo de él, nuestros cuerpos apretados hasta fundir cada centímetro, besándonos, empujándonos y gimiendo. Sólo entonces, por fin, nos dejó sucumbir a los dos. Un placer caliente y delirante nos encerró en un orgasmo que nos dejó sin aliento. Se liberó dentro de mí, entregando pedazos de su alma en el acto, dejándonos a ambos suspendidos en el persistente resplandor, enredados y en paz.

Lo amaba con todo lo que tenía. Y le devolvería todo ese amor, sin hacer preguntas.

Un tono de llamada atravesó la tranquilidad de la mañana, despertándonos a los dos de un

brumoso y resacoso abrazo.

Lucas reconoció rápidamente su teléfono y se dio la vuelta para contestar.

—¿Hola?

En la otra línea, apenas distinguí la voz familiar de mi primo, Dax.

—Buenos días, Alfa Black. Siento molestarte, y enhorabuena, por cierto. He oído que Aria y tú os habéis casado; ¡ha debido de ser una fiesta de locos! No quiero estropear las celebraciones, pero ¿puedo veros a ti y a Aria ahora mismo? Es urgente.

Lucas gimió.

—*Urgente* suele significar malo.

—Bueno, es... algo que querrás saber, seguro. Y me imaginé que no querrías que apareciera sin más.

—De acuerdo. Nos encontraremos en la frontera en una hora.

Cuando colgó, me incliné sobre Lucas y le besé la mejilla.

—¿Alguna idea de lo que podría ser?

—Ni una pista. Dudo que sean Solitarios, al menos ninguno que haya trabajado con Mara.

Hacia aproximadamente una semana, el Consejo había capturado a un pequeño grupo de Solitarios que estaban prácticamente perdidos sin la guía de Mara, lo cual tenía sentido teniendo en cuenta que probablemente habían estado bajo magia de control mental. Habían intentado esconderse, pero no fue difícil localizarlos; no habían cubierto bien sus huellas después de la guerra en su pánico. No fue necesario tomar medidas drásticas para sonsacarles la información deseada. Reconocieron la muerte de Mara de inmediato, e incluso ofrecieron la ubicación de su cuerpo a cambio de inmunidad parcial. Al igual que Oswald, su cadáver se había descompuesto a una velocidad anormal, pudriéndose con restos de magia negra que le arrancaban la piel de los huesos y hacían que una sustancia viscosa negra se filtrara por todos los orificios.

Ahora, sólo quedaba un escaso número de Solitarios de Mara, y la captura de sus compañeros les había animado a huir más lejos a través del país.

Por mucho que a ambos nos hubiera gustado pasar la mañana holgazaneando y disfrutando de la compañía del otro tras el reciente caos, el deber no descansaba. Estábamos vestidos y acercándonos a la frontera en menos de una hora, rastreando los rastros persistentes del olor de Dax.

Mi primo apareció en forma de lobo, y su pelaje moteado de negro y marrón parecía casi dorado a la luz de la mañana. Dax dejó caer la bolsa que llevaba en la boca, volvió a su forma humana y se vistió rápidamente.

—Gracias por reuniros conmigo —dijo—. Sé que las malas noticias son probablemente lo último que queréis oír ahora mismo...

—*Definitivamente*, lo último que queremos oír ahora mismo —corrigió Lucas, sin molestarse en ocultar su ceño fruncido.

Se cruzó de brazos como si mostrar su disgusto disuadiera a Dax de hablar y renunciara a cualquier mala noticia. Fue ineficaz.

Dax se frotó la nuca, teniendo la decencia de parecer culpable por la brusca invocación.

—¿Recuerdas cómo atacaron a la Manada Crescent Moon? Pues... ha vuelto a ocurrir.

—¿*Qué*? —soltamos Lucas y yo.

—No te preocupes; no fue ningún Solitario. Sin la magia de Mara, no volverán a atacar. Además, estos atacantes no mataron a nadie. Parecen ser ladrones de poca monta que buscan aprovecharse del caos de la reciente guerra. Archer y sus compañeros fueron capaces de luchar contra ellos, pero docenas resultaron heridos en el proceso —explicó Dax, bajando las manos a los lados—. Sus suministros se están agotando, así que pensé en pedir ayuda. Archer quería que les pidiera a ustedes dos específicamente.

Todo el cuerpo de Lucas se relajó y sus hombros se hundieron. Seguía con el ceño fruncido, probablemente por la idea de que otra manada fuera atacada tan pronto después de todo lo ocurrido con los Solitarios, pero me di cuenta de que estaba contento por ser la primera opción de ayuda y por el hecho de que nadie hubiera muerto. Las cosas seguían mejorando.

—Por supuesto, enviaremos ayuda —dijo Lucas, su mano buscó instintivamente la mía—. ¿Verdad, Aria?

Asentí y entrelacé mis dedos con los suyos.

—Por supuesto. Haremos todo lo que podamos para mantener a salvo a los metamorfos, y eso incluye a la manada Crescent Moon.

Como líderes de la manada Silent Shadows, obstáculos como estos se convertirían en algo cotidiano; tendríamos mucho trabajo por delante, pero no lo querría de ninguna otra forma. Mientras tuviera a Lucas para apoyarme y él me tuviera a su lado, superaríamos cualquier cosa.

Lucas se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla, mi piel se calentó bajo sus labios. Aunque parecía algo mundano, aquel pequeño gesto era una promesa, un testimonio de nuestro amor mutuo y del futuro que construiríamos juntos.

—¿Listo, Hembra Alfa Black? —preguntó Lucas, su voz burlona.

Le devolví la sonrisa juguetona y le apreté la mano.

—Siempre.